



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN PSICOLOGÍA  
DOCTORADO EN PSICOLOGÍA SOCIAL Y AMBIENTAL**

**NARRATIVAS DE MUJERES QUE ENCABEZAN  
FAMILIAS MONOPARENTALES**

**TESIS  
PARA OPTAR POR EL GRADO DE:  
DOCTORA EN PSICOLOGÍA**

**PRESENTA:  
LIGIA NOEMI KUMUL CORONADO**

**TUTORA PRINCIPAL  
DRA. ZURAYA MONROY NASR  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA, UNAM**

**MIEMBROS DEL COMITÉ TUTOR  
TUTORA ADJUNTA: DRA. NORMA PATRICIA CORRES AYALA  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA, UNAM.**

**TUTORA EXTERNA: DRA. MARTHA PATRICIA ROMERO MENDOZA  
INSTITUTO NACIONAL DE PSIQUIATRÍA RAMÓN DE LA  
FUENTE MUÑIZ**

**JURADO A: DR. GERARDO NECOECHEA GRACIA  
DIRECCIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS, INAH**

**JURADO A: DRA. CECILIA ANDREA RABELL ROMERO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES, UNAM**

**CIUDAD UNIVERSITARIA, CIUDAD DE MÉXICO, 2023**



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## *Agradecimientos*

A Centli, Angy, Lorena y María por aceptar compartir conmigo su experiencia de vida.

A Silvia, Sofía, Nancy, Yadi y Dennis, por aportar con sus historias las reflexiones que fueron dando forma final a esta tesis.

A la Dra. Zuraya Monroy Nasr, por su sensibilidad, comprensión y acompañamiento en la elaboración de esta tesis.

A la Dra. Pati Corres, por aceptar ser parte de mi comité, aún sin conocerme y brindarme su apoyo y ayuda cuando lo necesité.

A la Dra. Martha Romero, por compartir conmigo sus conocimientos sobre metodología e investigación, por invitarme a cuestionar mis propias creencias y prejuicios, por impulsarme a la reflexividad.

Al Dr. Gerardo Necochea, por ayudarme a pensar más allá de mi visión de género, invitándome a reflexionar a través de su acompañamiento pausado y cálido, mostrándome su calidad humana.

A la Dra. Cecilia Rabell, por ayudarme a reestructurar mi trabajo, por compartir sus amplios conocimientos y por impulsarme a pensar desde la investigación y la teoría.

A la Dra. Adriana Gil-Juárez, por cobijarme y apoyarme durante mi estancia de investigación.

A Regina y Amaral, porque sin saberlo, su existencia, me permite sentir el mundo de manera diferente, día con día.

A Ricardo, por su amor y acompañamiento incondicional.

A mi familia, por estar presente aún con la distancia.

A la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por ser tan generosa conmigo.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por otorgarme el financiamiento para que pudiera realizar la tesis a través del programa de becas nacionales.

Al proyecto DGAPA/UNAM-PAPIIT IN402515.

## Índice

<b>Resumen</b> .....	6
<b>Introducción</b> .....	8
<b>Capítulo 1. La familia</b> .....	12
1.1. La familia moderna: el surgimiento. Algunas teorías .....	12
1.2. En la industrialización .....	19
1.2.1. La familia mexicana antes de la industrialización .....	21
1.2.2. México en la Industrialización .....	27
1.3. Las transformaciones de la familia en el siglo XXI .....	30
1.3.1. En el México contemporáneo .....	34
1.3.2. Diversidad familiar .....	37
<b>Capítulo 2. La monoparentalidad</b> .....	39
2.1. Conceptualización de la monoparentalidad y jefatura femenina .....	39
2.2. Investigaciones previas. Dos visiones .....	45
2.2.1. Monoparentalidad femenina en América Latina y México .....	54
2.3. Rutas de la monoparentalidad femenina .....	55
2.4. Familia nuclear vs. Monoparentalidad .....	58
<b>Capítulo 3. La familia como construcción social, subjetiva y con perspectiva de género</b> .....	63
3.1. La familia como construcción social .....	66
3.2. Cuestión de subjetividad .....	68
3.3. Género, construcción de subjetividad y familia .....	70
3.4. La narrativa en la construcción de la subjetividad .....	75
<b>Capítulo 4. El método</b> .....	79
4.1. Objetivo .....	80
4.2. Tipo de estudio .....	80
4.3. Técnica de recolección de información .....	81

4.4. Participantes .....	82
4.5. Análisis .....	84
4.5.1. Análisis contextual .....	84
4.5.2. Análisis temático .....	88
4.6. Procedimiento .....	89
4.7. Consideraciones éticas .....	91
<b>Capítulo 5. Resultados y su análisis .....</b>	<b>93</b>
5.1. Principales hallazgos .....	93
5.2. ¿Quiénes son las participantes? .....	95
5.3. Del análisis contextual al análisis temático en cada una de las protagonistas .....	99
5.3.1. Centli .....	99
Análisis contextual .....	99
A) <i>Nivel intersubjetivo</i> .....	99
B) <i>Campo social</i> .....	100
C) <i>Metanarrativas culturales</i> .....	101
Análisis temático .....	102
A. <i>Familia</i> .....	102
B. <i>Pareja</i> .....	119
C. <i>Mujer en un hogar sin varón</i> .....	124
5.3.2. Angy .....	129
Análisis contextual .....	129
A) <i>Nivel intersubjetivo</i> .....	129
B) <i>Campo social</i> .....	130
C) <i>Metanarrativas culturales</i> .....	131
Análisis temático .....	132
A. <i>Familia</i> .....	132
B. <i>Pareja</i> .....	141
C. <i>Mujer en un hogar sin varón</i> .....	150
5.3.3. María .....	154
Análisis contextual .....	154
A) <i>Nivel intersubjetivo</i> .....	154
B) <i>.Campo social</i> .....	155
C) <i>Metanarrativas culturales</i> .....	156
Análisis temático .....	157
A. <i>Familia</i> .....	157
B. <i>Pareja</i> .....	168

C. <i>Mujer en un hogar sin varón</i> .....	179
5.3.4. Lorena .....	183
Análisis contextual .....	183
A) <i>Nivel intersubjetivo</i> .....	183
B) <i>Campo social</i> .....	184
C) <i>Metanarrativas culturales</i> .....	186
Análisis temático .....	187
A. <i>Familia</i> .....	187
B. <i>Pareja</i> .....	204
C. <i>Mujer en un hogar sin varón</i> .....	213
<b>Capítulo 6. Discusión y conclusiones</b> .....	223
<b>Reflexiones finales</b> .....	252
<b>Referencias</b> .....	261
<b>Apéndices</b> .....	277
<b>Apéndice 1. Guía de entrevista</b> .....	277
<b>Apéndice 2. Carta de consentimiento informado</b> .....	280

## Resumen

La presente investigación tiene como objetivo principal conocer las narrativas de cuatro mujeres que se encuentran al frente de un hogar sin la convivencia de una pareja masculina. Asimismo, explora los significados subyacentes de los conceptos de pareja y el ser-mujer en una familia monoparental para conocer cómo estas mujeres construyen su subjetividad, así como los significados que adscriben a la familia a partir de sus relatos, todo desde una perspectiva construccionista y de género. En primer lugar, se realiza un recorrido de las principales teorías sobre el surgimiento de la familia moderna, con énfasis en el periodo de la industrialización y el impacto que éste tuvo en el desarrollo de la familia en México, conduciéndonos así hasta las transformaciones de aquélla en el siglo XXI. Entre los cambios principales observados se encuentra la aparición de estructuras familiares diferentes a aquella de la familia nuclear biparental; tal es el caso de las familias monoparentales. El estudio de estas nuevas formas conlleva una revisión conceptual con base en las investigaciones más recientes efectuadas tanto a nivel nacional como internacional.

El andamiaje teórico de este trabajo de investigación cualitativa, descriptiva e interpretativa se basa en el construccionismo social y la perspectiva de género como formas de aproximación al discurso y la subjetividad de las mujeres. A través de entrevistas semiestructuradas, sostuve conversaciones con cuatro mujeres ocupadas del cuidado de su descendencia sin la presencia física del padre. Las causas de esta ausencia paterna fueron respectivamente la separación, el divorcio y, en el caso de una de ellas, la concepción (estando soltera) de su hijo por fertilización *in vitro*. Las edades de las participantes van de los 35 a los 52 años. Su nivel socioeconómico es medio y su nivel educativo se halla por encima del medio superior. Todas residen en la Ciudad de México y la zona metropolitana.

Para esta investigación, realicé una aproximación narrativa basada en dos tipos de análisis complementarios entre sí: el contextual (Zilber, Tuval-Mashiach y Lieblich, 2008) y el temático, propuesto por Riessman (1993, 2001, 2005). En el análisis contextual, sitúo a la mujer en su marco exterior y en el escenario de la conciencia, ámbito de los significados menos visibles e implícitos, tal como son sus sentimientos e intenciones. En el análisis temático, hago énfasis en lo compartido por las participantes durante las entrevistas, siendo tres los temas principales que surgieron de sus narrativas: la familia, la pareja y la mujer en un hogar sin varón.

Se concluye que las mujeres han construido la idea de la familia y los significados que le atraviesan a partir de sus experiencias en la familia de origen, todo en un contexto sociocultural en el que la violencia las ha acompañado a lo largo de su vida. Las situaciones que viven dentro de la monoparentalidad afectan sus emociones, viviendo situaciones de estrés y culpa por romper con la norma social al ubicarse en el rol de *ser madre soltera*. Así, la familia tradicional aparece como una idea que dista de su realidad social y a pesar de ello influye en sus decisiones y deseos. Si bien estas ideas sobre lo que viven las mujeres no son nuevas, lo que demuestra la investigación es que esta búsqueda de la familia, construida socialmente, continúa a través de los discursos. Además, influye en la permanencia y sostenimiento de prácticas violentas que se extienden aún después de que las mujeres se separan de sus parejas. En este contexto, la figura masculina (en el rol de compañero o padre) es presentada como ausente física y emocionalmente antes y después de la separación. No obstante, las participantes en este estudio han cuidado la imagen de los padres ausentes, evitando hablar mal de ellos frente a sus hijos.



## Introducción

México se caracteriza por ser un país donde predomina la idea de *familia* como un grupo al que todas las personas pertenecen de alguna u otra manera. Lo *extraño* es no pertenecer a una *familia*, pues se parte de la idea de que aquella nos da un sentido de pertenencia, de apoyo. De tal manera, cuando no se cuenta con una *familia de origen*, ésta se adopta a través de amigos u otros parientes cercanos.

Como terapeuta familiar, tuve un acercamiento profundo con el tema de la familia. Vivía en Oaxaca, una ciudad pequeña, donde las demandas y problemáticas de las personas eran una constante. En su mayoría, las mujeres a las que acompañaba en el proceso terapéutico presentaban un abanico de preocupaciones sobre las conductas de riesgo de sus hijos e hijas. Adentrándome en sus historias, encontré un denominador común: la ausencia física del padre biológico. En Oaxaca, ciudad con un alto índice de migración masculina hacia el norte, las mujeres se quedan al cuidado de sus descendientes. Lo que llamó mi atención es que, en muchos casos, el padre no había estado presente en la vida de sus hijos e hijas y, no obstante, había una fuerte demanda de su presencia. Aquellos menores presentaban problemas emocionales y de conducta, y sus madres explicaban estas problemáticas por la ausencia de los padres. Las mujeres acudían a terapia porque no sabían cómo manejar el malestar que la *ausencia* provocaba tanto en ellas como en su descendencia.

En concreto, me interesaba investigar a fondo qué sucede con las mujeres que viven dichas situaciones. Asimismo, me preguntaba si ese malestar lo experimentaban otras madres que *no* vivían con estas preocupaciones y problemas emocionales, es decir, madres que no buscan terapia psicológica para lidiar con la ausencia física del padre. Así, me generaba curiosidad *saber* por qué experimentan esos malestares y cuál era el origen o la causa de

dichos problemas. Estas mujeres experimentan malestar por no ser parte de una *familia normal, tradicional*. De esta forma dio inicio mi investigación, con la formulación de preguntas como ¿A qué le llamaban aquellas mujeres familia normal? ¿Qué significaba para ellas la idea de lo *tradicional*? ¿De dónde venían esas diferencias entre lo normal y lo no normal? Por consiguiente, investigué lo que sucede en la vida de las mujeres que crían a sus hijos e hijas sin la presencia física del padre y fuera del contexto terapéutico para conocer cómo lo viven y experimentan (en un contexto y ubicación geográfica diferentes) “otras” mujeres, es decir, aquellas que no están en terapia.

La tesis está estructurada de la siguiente manera: en el primer capítulo realizo un breve recorrido de las principales teorías sobre el surgimiento de la familia moderna, presentando los aspectos históricos y culturales de aquella. Abordo el periodo de la industrialización, así como los efectos que éste tuvo sobre la familia, particularmente en el contexto mexicano, y finalizo con las transformaciones de la familia en el siglo XXI. Este tema nos introduce a la diversidad de estructuras familiares, donde encontramos a las familias monoparentales encabezadas por mujeres.

En el capítulo 2 se trata el tema de la monoparentalidad femenina, conceptualizándolo y diferenciándolo de la jefatura familiar. Abordo las investigaciones previas que nos muestran dos visiones: una desde la vulnerabilidad, la pobreza y la marginación social y otra desde una visión más amplia, que se explica por condiciones sociales diferentes que no necesariamente tiene que ver con la pobreza y marginalidad social.

En el capítulo 3 abordo el marco teórico a través del construccionismo social, el género y la subjetividad para entender a la familia como una construcción social, definida por el género y como factor determinante en la subjetividad de las mujeres. Por ello, es

preciso conceptualizar a la familia como un grupo de personas unidas por un lazo y a dicha idea de grupo como un pensamiento construido socialmente. En este sentido, la noción de cómo debe ser una familia (incluyendo las relaciones que se establecen en su interior) y quiénes deben integrarla está indudablemente definida por la idea del *ser* mujer y hombre respectivamente, influyendo así en la subjetividad de los miembros que la componen.

En el capítulo 4 refiero al método, explico los objetivos, detallo el procedimiento mediante el cual realicé la investigación y expongo la forma en que abordé a las participantes durante las entrevistas. Asimismo, describo el proceso de análisis narrativo en sus modalidades contextual y temático. Finalmente, expongo brevemente las características generales de las participantes.

En el capítulo 5 presento los resultados y detallo los análisis realizados. El contextual está compuesto de tres ejes: relación intersubjetiva, el campo social y las metanarrativas culturales. A su vez, el temático está compuesto de tres temas: la familia, la pareja y la mujer en un hogar sin varón.

En el capítulo 6 desarrollo la discusión y conclusiones. La monoparentalidad femenina está inmersa en una narrativa cultural de la naturalización de la maternidad en las mujeres, otorgándoles a éstas un lugar de respeto que sólo se valida con la presencia del hombre-padre de los hijos: de lo contrario, la maternidad se convierte en un estigma social para la mujer. En este sentido, sostengo que se ha institucionalizado a la familia a partir de la ley y la religión. Por ello, el ideal del matrimonio para toda la vida y la legalización del estatus de la mujer casada le otorgan a ésta una posición social privilegiada. Se observa así a la familia *tradicional*, refiriéndose con ello a la estructura biparental heterosexual como ente

que genera bienestar psicológico y emocional a las personas. Por consiguiente, la separación desvaloriza a la mujer y a su descendencia.

Es preciso considerar los diversos significados en torno al concepto de familia. Ésta se convierte en un elemento que no sólo mantiene las ideas preconcebidas sobre el género, sino que salvaguarda la subjetividad de la mujer como dadora de vida y cuidadora de la prole. Por su parte, la “pareja” es aquella que sostiene y acompaña, aunque en la práctica su presencia sea disruptiva e incluso violenta. La importancia de la pareja radica en la formación de una familia que la mantendrá unida en perpetuidad y su función es esencial para el apoyo y conducción de los hijos. Finalmente, el ser una mujer en un hogar sin la presencia del varón conlleva tener que demostrar constantemente su valía: ser una mujer con un hijo sin padre significa la pérdida del honor y el respeto, es decir, ser vista como *abandonada* y *fracasada*. Estas ideas se encuentran fuertemente arraigadas en las familias de origen y en la sociedad o contexto en el que estas mujeres han crecido. Los discursos sociales que afianzan estas ideas se vuelven presiones, obligando a aquéllas a “cuidar” su imagen de mujeres-madres que merecen respeto.

## **Capítulo 1. La familia**

Para la presente investigación, retomaré el concepto de familia como un término “polisémico, que involucra personas y relaciones de parentesco” (Segalen, 1992, p. 23), normado por prácticas culturales y pautas sociales establecidas (Salvia, 1995), presente universalmente y con arreglos según el contexto histórico y social. Previamente, dicho concepto ha sido estudiado por diversas disciplinas, por lo que los enfoques y explicaciones han variado de acuerdo con el contexto histórico y sociocultural.

En este capítulo expondré brevemente las principales teorías sobre el surgimiento de la familia moderna, presentando los aspectos históricos y culturales de su desarrollo. Empezaré con el periodo de la industrialización y los efectos que éste tuvo sobre la familia, como la pérdida de funciones (posteriormente absorbidas por el Estado) y los cambios observados en las relaciones intrafamiliares. Lo anterior permitirá comprender la forma de familia monoparental en el México contemporáneo.

### **1.1. La familia moderna: surgimiento. Algunas teorías**

Las posturas teóricas sobre el surgimiento de la familia moderna provienen sobre todo de dos vertientes, la sociológica y la etnológica, esta última posteriormente denominada antropología cultural (Ronzón, 1991; Moreno Fernández, 2007). Estas propuestas teóricas se han planteado en diversas épocas, y sólo mencionaré las más importantes.

En un inicio, el interés por el estudio del parentesco se originó en la etnología, ocupándose sobre todo de la descripción horizontal, estructural o comparativa de las alianzas (Roudinesco, 2006) como una vía elemental para el estudio de las sociedades simples y de su evolución hacia estructuras más complejas. Los primeros estudios sobre la familia

realizados por antropólogos se enfocaron principalmente en el tema de parentesco de sociedades diferentes (Bestard-Camps, 1991). A modo de resumen y de manera cronológica, estos primeros estudios se enfocaron a fines de la Edad Media, época cuya característica principal fue la solidaridad de la comunidad y del linaje.

Durante la segunda mitad del siglo XIX y hasta principios del XX, los antropólogos que trabajaban bajo la influencia del evolucionismo biológico de Charles Darwin plantearon que las sociedades evolucionaban desde una forma simple hacia una más compleja (Levi-Strauss, 1982). Ejemplo de esto son las ideas de Lewis Henry Morgan, quien planteó que la familia no es estática, pues la sociedad “se desarrolla de un grado inferior a uno superior como consecuencia del desarrollo y de la economía” (Michel, 1974, p. 25). Por su parte, Friedrich Engels planteó en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884/1970) la existencia de cuatro etapas por las que ha atravesado la familia como resultado del sistema social, y postuló que aquella seguirá cambiando a la par de las sociedades y los sistemas económicos. De acuerdo con Engels, el momento ideal de la familia y la sociedad corresponderá a la instauración de la igualdad de los sexos.

A su vez, el sociólogo Émile Durkheim explicó a la familia como una institución social producida por causas sociales. Para este autor, la *familia conyugal* se funda en el *matrimonio* y es el resultado de la ley de contracción progresiva que resume la evolución humana como un movimiento que va de la periferia al centro (Michael, 1974; Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999).

Por su parte, Ralph Linton (1978) continúa en esta misma línea explicativa. Para él, el término *familia* se aplica principalmente a dos unidades sociales: a un grupo íntimo y organizado, compuesto por los cónyuges y los hijos -denominado *familia conyugal* o *familia*

*nuclear-*, y a un grupo difuso y poco organizado de parientes consanguíneos llamado *familia consanguínea*, que en términos generales se conoce como *familia extensa*.

Por otro lado, Claude Lévi-Strauss universaliza la estructura familiar y señala, desde la antropología estructuralista (1974), que para los antropólogos la familia es un fenómeno universal que se halla presente en todos los tipos de sociedad, además de estar constituida por la unión más o menos duradera y socialmente aprobada de un hombre, una mujer y la descendencia de ambos. A partir de estas ideas surgen las primeras descripciones de la estructura familiar como modelo de carácter universal. En su artículo “La familia” (1974), Lévi-Strauss refutó el criterio del evolucionismo biológico, señalando que la familia monogámica nuclear se encuentra tanto en sociedades de nivel cultural simple como en las sociedades actuales. Este autor consideró algunos principios universales de la unión matrimonial, entre ellos, el económico, refiriéndose a la división sexual del trabajo previamente mencionada por Engels (1884/1970) que conmina a los sexos a realizar determinadas tareas “correspondientes” a su género, quedando prohibido aprender o desempeñar aquellas asociadas al sexo opuesto (Meler, 1998). Finalmente, Lévi-Strauss (1974) concibió al *matrimonio* como una alianza entre familias en la que resulta importante la unión matrimonial como una manera de formar familia.

Los resultados de los estudios de la antropología cultural han permitido romper con la idea de la familia como proceso natural para otorgar peso a elementos económicos, políticos, culturales, contextuales e históricos (Cicerchia y Bestard, 2006), observando a aquélla como un fenómeno social más complejo que va modificándose de acuerdo con su contexto y sin seguir un orden o modelo evolutivo (Vicente de Castro y Cabanillas, 2010).

Desde la perspectiva sociológica, la familia ha sido estudiada con base en las filiaciones que heredan saberes y actitudes de una generación a otra, incluyendo las funciones

dentro de sistema familiar (Bel Bravo, 2000). En este sentido, la psicología se ha inclinado más por esta vertiente, enfocando su interés en la psique individual de los sujetos como miembros de un contexto familiar y en la influencia de éste en la conformación de los sujetos como personas.

Los primeros sociólogos explicaron a la familia como una institución que cambia con el tiempo y que se encarga de unir al sujeto con la sociedad. Dichos investigadores prestaron atención a las funciones familiares y su eficacia socializadora en los sujetos, por lo que se enfocaron principalmente en la función reguladora de la familia como vínculo social (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999). En el siglo XIX, el filósofo Auguste Comte planteó que la sociedad humana está compuesta por familias y no por individuos. Por su parte, Pierre Guillaume Frédéric le Play sostuvo que la familia es la célula base de la sociedad (Michel, 1974) y el orden social sólo puede lograrse a través de la familia, con el papel preponderante de la autoridad del padre sobre la madre y los hijos.

En los Estados Unidos, durante las décadas de los años veinte y treinta, la sociología empezó a estudiar a la familia empírica y cuantitativamente. En concreto, la Escuela de Sociología de Chicago abordó el fenómeno de la urbanización y su efecto en la familia (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999). En este contexto y hacia 1955, Talcott Parsons (1978) propuso una teoría sobre *la familia americana* en la posguerra que comprendía tres aspectos: las funciones de la familia, la estructura de la familia americana y los roles masculinos y femeninos (Michel, 1974). Parsons planteó a la familia nuclear (también conocida como familia conyugal) como modelo familiar, basada en un matrimonio separado de sus familias de origen y con hijos dependientes. De igual forma, definió la importancia de la familia en la conformación de la personalidad del individuo mediante la socialización, ya que “las familias son fábricas productoras de personalidades humanas” (Parsons, 1978, p. 56) y se encargan



de socializar a los menores bajo los roles de género establecidos, orientando a los hombres hacia actividades instrumentales y enfocando a las mujeres a la crianza y educación de la descendencia. De este modo, se garantiza la reproducción del orden social establecido, justificando por un lado el retiro y adscripción de la mujer al ámbito doméstico y, por otro, la presencia periférica del padre en la educación de los hijos e hijas (León, 1995).

De acuerdo con Parsons (1978), la industrialización fragmentó a la familia y la separó de la comunidad rural, reduciéndola a una estructura nuclear que, para su supervivencia, dividió los roles asignados a los géneros: las mujeres como cuidadoras y los hombres como proveedores, todo al servicio de la sociedad industrial (Segalen, 1992). Sin embargo, esta idea no correspondía con lo que pudo observarse, por ejemplo, durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial, conflictos en los que los hombres se alistaron para combatir y las mujeres pasaron a formar el grueso de la mano de obra en las fábricas; al término de estas guerras, las mujeres no siempre regresaron al hogar, y por ello, la propuesta de Parsons ha sido cuestionada (Segalen, 1992; Michel, 1974). Dicho autor se refirió a un tipo específico de familia en cierto contexto sociohistórico estadounidense, y es así como hay que leerlo.

Hacia finales del siglo XX, los sociólogos dieron un “giro epistémico, teórico y metodológico en la sociología de la familia” (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999, p. 101) y empezaron a concebir al individuo como agente social, dotado de disposiciones duraderas y permanentes, adquiridas durante su socialización primaria y variable con su pertenencia de clase (Bourdieu, 1997).

Como ya hemos visto, la antropología cultural y la sociología, con sus diversos estudios, nos brindan un panorama más amplio acerca de la familia, desde las estructuras simples basadas en el parentesco hasta las funciones y formas de relacionarse de los miembros al interior de dichas estructuras.

Por su parte, la psicología ha retomado los aportes de estas disciplinas para conducir sus propios estudios acerca de la familia. Particularmente, la psicología social ha vuelto a las teorías de Parsons para abonar al estudio de la familia desde una perspectiva funcionalista. De igual forma, diversos elementos de la antropología y sociología han permeado áreas de la psicología clínica, como la terapia familiar, por ejemplo.

Los trabajos del antropólogo Gregory Bateson y la investigadora Margaret Mead (Bateson, 1985) han permitido el surgimiento de propuestas como la comunicación simétrica y complementaria y el doble vínculo, que posteriormente han sido retomados por la terapia familiar. Para algunos, el trabajo de Gregory Bateson y su equipo (ubicado en Palo Alto, California) dio origen a la nueva teoría de la comunicación, pues para dicho autor el fenómeno comunicacional está directamente relacionado con el aprendizaje (Eguiluz, 2004). La teoría general de los sistemas, la cibernética, el doble vínculo y la teoría de la comunicación humana son formulaciones aún vigentes en el tratamiento clínico y social de la psicología, empleadas para explicar a la familia y las pautas de relaciones entre sus miembros desde la terapia familiar.

En este recorrido de las principales teorías han podido observarse los cambios en el estudio de la familia, desde el parentesco, la funcionalidad y los roles hasta llegar al campo de la psicología como abordaje directo con las familias. De igual forma, hemos observado la transformación en los estudios de la familia como concepto. Como señala Bestard-Camps (1991), éste va de unidades familiares extensas y complejas hasta unidades más simples e individuales, introduciendo las emociones en la psicología. A mediados del siglo XX, el grupo familiar se estableció en el imaginario de la sociedad como núcleo de reproducción biológica, proporcionando estabilidad afectiva y crecimiento personal y diferenciando las funciones entre los sexos.

Asimismo, ha podido observarse que la familia ha cambiado de acuerdo con la época y el contexto histórico. Al mismo tiempo, las funciones del hombre y de la mujer al interior de la familia también se han modificado, confirmando con ello la propuesta de Cicerchia y Bestard-Camps (2006) de que la familia es un hecho histórico, demográfico, económico, jurídico y cultural. Cabe señalar que, no obstante la presencia de diferentes estructuras familiares, la familia nuclear prevalece tanto en las sociedades simples como en las complejas (Vicente de Castro y Cabanillas, 2010).

Christopher Lasch (1996) menciona que, hacia finales del siglo XIX, los periódicos y las revistas norteamericanas rebosaban con reflexiones acerca de la crisis del matrimonio y la familia. Al respecto, fueron tres los hechos que provocaron alarma: el aumento en el número de divorcios, la disminución en el índice de natalidad y el gradual empoderamiento femenino. Por su parte, los historiadores señalan tres factores como origen de dichas reflexiones: el feminismo, la reducción del número de hijos y los adelantos tecnológicos aplicados al hogar (Conde, 1983). En este contexto, el feminismo surgió entre mujeres de clase alta con acceso a la educación, para quienes el hogar dejó de ser un lugar consagrado a la crianza de los hijos (Lasch, 1996) y lo privado e íntimo de los vínculos afectivos se convirtió en un ámbito natural (Burín y Meler, 1998). De acuerdo con Robert Rapoport (1982), la diversidad organizacional de la sociedad es la que está produciendo los cambios. Esto significa que existen variaciones en la estructura familiar, el tipo de hogar y los modelos de redes de parentesco, así como diferencias en la división del trabajo al interior del hogar. Para Cicerchia y Bestard-Camps (2006), aquéllas no son rupturas en la familia sino continuidades históricas de larga duración, es decir, la familia es universal pero sus configuraciones son diferentes de acuerdo con las distintas sociedades y las diferencias son de grado, no de naturaleza (Segalen, 1992).

## **1.2. En la industrialización**

En este apartado se describe brevemente cómo el sistema económico ha influido en la composición y transformación de las estructuras familiares. Particularmente, el periodo de la industrialización constituye un precedente importante. Aunque el objetivo no es hacer un recorrido histórico de la noción de familia, menciono brevemente dicho periodo como un antecedente para comprender a la familia contemporánea. Como señala Martine Segalen (1992), los cambios en las estructuras familiares están presentes desde antes de la época industrial y este movimiento económico facilitó su desarrollo.

La época industrial constituyó un parteaguas en los cambios que se han manifestado al interior de la familia. Para entender este proceso, es preciso describir primero en qué consistía dicho periodo, mismo que inició en Europa con la Revolución industrial entre la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX (Segalen, 1992). Su característica principal fue el uso de máquinas para aumentar a gran escala la producción de bienes. Antes de ese periodo, dicha producción se realizaba en comunidades rurales, a menor escala y en las casas de la población. El comienzo de la industrialización significó la transición gradual de la vida rural a una predominantemente urbana. En 1850, la mayoría de las comunas de Francia vivían un movimiento masivo de migración que partió hacia las ciudades para emplearse en diversas fábricas, dejando a sus familias en sus lugares de origen (Segalen, 1992). Lo anterior propició un cambio en las estructuras familiares y sociales.

El cambio de una sociedad rural agrícola a una urbana industrializada se dio paulatinamente; no existió un salto brusco entre la economía preindustrial y la industrial (Haber, 1993). A principios del siglo XVIII, se produjeron cambios estructurales en el ámbito rural con la proletarianización de los artesanos a través de la compra de sus mercancías por

medio de intermediarios (Anderson, 1998). Este es el periodo que los historiadores llaman protoindustrialización o protomodernidad (Domingues, 2009, 2016), en el que los individuos no eran completamente obreros o campesinos, pues trabajaban el campo en tiempo de cultivo y, cuando éste cesaba, laboraban como obreros en las industrias (Segalen, 1992).

Las casas eran talleres domésticos en los que trabajaban todos los miembros de la familia. Este tipo de organización económica también mostraba una forma particular de organización familiar, ya que ésta era principalmente una unidad de trabajo caracterizada por un aumento en la fecundidad. En este contexto, los hijos representaban fuerza de trabajo, por lo que los padres solían conservarlos hasta una edad avanzada, prolongando con ello la longevidad del matrimonio (Anderson, 1998; Segalen, 1992).

El periodo industrial terminó con la protoindustrialización de Europa en la segunda mitad del siglo XIX, momento en que las rupturas sociales y familiares se hicieron más evidentes (Segalen, 1992). Los efectos que trajo consigo la migración del ámbito rural al urbano se dejaron sentir en la estructura familiar y consecuentemente, en la organización social, tanto dentro como fuera de la ciudad. Al migrar a la ciudad y para lograr su supervivencia, las familias tomaron formas tradicionales (Anderson, 1998), en algunos casos buscando acogerse en casa de otros miembros de la familia extensa o del pueblo de origen. Los primeros en migrar fueron los hombres jóvenes, quienes se empleaban en las minas o industrias, postergando así la edad de casarse en comparación con aquellas de sus lugares de origen (Segalen, 1992).

A la migración predominantemente masculina siguió la femenina. La familia podía reunirse en la ciudad, con las mujeres incorporándose a las fábricas y sus hijos e hijas haciendo lo propio tiempo más tarde. Sin embargo, al ser el asalariado de la familia, el hombre justificó el empleo irregular y los bajos salarios que percibía la mujer. Además, en

algunos casos el trabajo femenino se vio interrumpido por el cuidado de los hijos más pequeños, afectando la economía familiar (Anderson, 1998). Esto conllevó la fusión del salario de todos los miembros, constituyendo así una economía integrada (Segalen, 1992) porque el salario de una sola persona no era suficiente para el sostenimiento familiar.

A mediados del siglo XIX, Europa se caracterizó por condiciones de extrema pobreza, por lo que el nacimiento y cuidado de más hijos/as complicaba la carga familiar, volviéndose una práctica común el abandono de niños (Segalen, 1992). Bestard-Camps (1991, p. 84), encuentra una correlación directa entre “la revolución industrial y la revolución demográfica” a raíz precisamente de estos acomodos por los que atravesaban las familias europeas.

De acuerdo con Segalen (1992), la Segunda Guerra Mundial propició cambios como las luchas sindicales, que mejoraron las condiciones laborales en las fábricas y repercutieron en la estructura familiar. Mientras en Europa, particularmente en Francia e Inglaterra, se vivían cambios a raíz de los movimientos migratorios (generados y acelerados por la industrialización), en México se vivían y experimentaban situaciones históricamente diferentes, derivadas de la conquista española.

### *1.2.1. La familia mexicana antes de la industrialización*

Antes de abordar el periodo industrial en México es preciso describir la sociedad mexicana a través de su proceso sociohistórico y realizar un breve recorrido de las estructuras que subyacen desde el pasado más inmediato. No es mi intención hacer un recorrido amplio, labor que ya han realizado diversos autores (Gonzalbo y Rabell, 2004; Rabell, 2008; Gonzalbo, 1992, 1994, 1998, 2001, 2004, 2007; Rodríguez, 2004; López Austin, 1996; Pizzigoni, 2004). Sin embargo, para contextualizar el tema de investigación presento este breve apartado.

La conquista y colonización de América Latina repercutió en todos los terrenos, incluyendo la familia, dado el inevitable choque cultural (Gonzalbo y Rabell, 2004). La casi total aniquilación de la población indígena marcó un proceso de cambio en sus estructuras básicas, dando como resultado el mestizaje característico en la población mexicana actual.

En la época prehispánica, las relaciones de parentesco no eran conceptualizadas bajo el término *familia*. Los cronistas empleaban el término *parentela* (Gonzalbo y Rabell, 2004) para referirse a los parientes consanguíneos y políticos, siendo el parentesco un principio importante de organización social; la estructura familiar extensa y compleja se presentaba de forma frecuente (Carrasco, 1982). La concepción de familia según Robert McCaa (2003) parece haberse dado más en términos de coresidencia que con base en las relaciones entre padres e hijos o parientes, siendo la regla entre la gente común o *macehuales* los hogares complejos o de familia múltiple (varias familias que vivían alrededor de un solo patio). Tanto hombres como mujeres vivían (sin ser cónyuges o descendientes) en hogares unidos por lazos de parentesco con el jefe del hogar.

Con excepción de las viudas (Carrasco, 1982), cada casa tenía un jefe masculino, propietario también de la tierra. Los hogares simples o nucleares formados por esposo, esposa e hijos no eran frecuentes, pues correspondían a menos del 15 por ciento de la población. Por otro lado, se aceptaban las relaciones prematrimoniales y el divorcio (López Austin, 1996); también existía el matrimonio formal y las prácticas monogámicas era parte de esta sociedad (Pizzigoni, 2004; López Austin, 1996).

Los *pipiltin* o nobles ejercían prácticas poligámicas. El matrimonio era un medio para forjar alianzas políticas, incrementar la descendencia, preservar el honor del linaje e incluso perseguir ventajas económicas. Este modelo es el que más conflictos provocó con los principios de la Iglesia católica, pues los *pipiltin* percibían el matrimonio cristiano como un

vínculo ajeno ya que contravenía sus prácticas polígamas, por lo que aquellos favorecieron la preservación de algunas ceremonias tradicionales (Pizzigoni, 2004).

Ya en el siglo XVI, la Nueva España contaba con una incipiente burocracia y una compleja organización social (Gonzalbo, 1992). Fue mediante la labor de párrocos y doctrineros que la Iglesia católica trató de imponer la celebración del matrimonio como modelo a seguir (Pizzigoni, 2004). Los indígenas lo aceptaron, al comprender que no cambiaba sustancialmente la forma de práctica matrimonial, manteniendo también sus costumbres familiares (Gonzalbo, 1992). Pese a su empeño, los españoles no lograron imponer totalmente el modelo católico, dando origen con sus esfuerzos a una mezcla entre la cristiandad y las costumbres indígenas (Quilodrán, 2003).

Por su parte, los nobles aceptaron la nueva fe y fingieron el rechazo de sus creencias (y sus esposas). Resolvieron la situación emplazando las viviendas de todas las mujeres que se habían visto obligados a repudiar en torno al mismo patio en que ellos conservaban su residencia, compartiendo esta última con la esposa elegida como única (Carrasco, 1982). Al mismo tiempo, gran parte de los indígenas *macehuales* permaneció apegada a sus costumbres.

En general, la aplicación del modelo matrimonial cristiano fue una cuestión controvertida en las sociedades indígenas. La Iglesia trataba de imponer la concepción del matrimonio como sagrado y monógamo, es decir, como proyección del amor divino, por lo que condenaba severamente las violaciones. Al mismo tiempo, reforzaba la idea de que el matrimonio servía para adquirir reputación de buen cristiano ante la nueva comunidad, reincorporándose a la vida social y a la seguridad económica y familiar (Pizzigoni, 2004).

Pilar Gonzalbo (1992) explica cómo gracias a la mezcla de razas la Nueva España fue repoblándose gradualmente, creando sus propias comunidades domésticas y estableciendo



relaciones de parentesco. Sin embargo, en las ciudades la situación fue muy diferente. Era inevitable que en los hogares urbanos convivieran vástagos de diferente origen, lo que frecuentemente creaba conflictos (Gonzalbo, 2001; Gonzalbo y Rabell, 2004). Por otro lado, también se practicaba la poligamia y se daban fenómenos como la convivencia de varias generaciones, la coresidencia de dependientes unidos por parentesco y la presencia simultánea de más de un núcleo familiar, rasgos que caracterizan el predominio de familias complejas (Gonzalbo, 1994).

Más de doscientos años después de la conquista, el matrimonio cristiano introdujo pautas individualizantes, pero no logró desarraigar las costumbres indígenas (Esteinou, 2004). En las comunidades rurales predominaba el matrimonio a temprana edad y la elección de los cónyuges estaba a cargo de la familia, donde la autoridad principal era la paterna y se usaba a las casamenteras como mediadoras. Los españoles se mantuvieron apegados a la tradición medieval y sólo recurrieron al matrimonio cuando su situación social lo requería o cuando el aspecto contractual del enlace les reportaba beneficios (Gonzalbo, 1992).

Una gran parte de las familias novohispanas en los hogares urbanos, al menos en la segunda mitad del siglo XVIII, estaban encabezadas por mujeres (Rabell, 1991). Pocas de estas jefas de familia tenían ingresos propios; algunas eran propietarias de un negocio pequeño y otras buscaban trabajo para mantener a sus descendientes. La mayoría se ocupó en diversas actividades del servicio doméstico, como costureras o maestras; otras tantas fueron empleadas en la industria (Gonzalbo, 1994).

Hacia fines del siglo XVIII, en la capital ya era evidente el aumento en el número de matrimonios formales y un descenso en la cantidad de uniones ilegítimas (Gonzalbo y Rabell, 2004). Las parejas que contrajeron matrimonio en esa época lo hicieron en un régimen libre, sin las presiones propias de familias acomodadas ni las exigencias de una experiencia de vida

confortable. Por otro lado, también se registraron las primeras demandas de divorcio, que reflejaban el comportamiento de una sociedad relativamente abierta (Gonzalbo, 2007).

Entre los cambios sociales originados en el siglo XVIII que repercutieron en los siguientes cien años se encuentra la transición a la familia moderna. Éste fue un proceso de larga duración en el que se adoptaron costumbres y modelos culturales que incluían formas de relación conyugal más igualitaria, la adopción de espacios para la intimidad, el predominio de las relaciones afectivas sobre los intereses económicos, el rechazo a la injerencia de parientes y extraños en las decisiones familiares y la progresiva secularización de las costumbres y el vínculo conyugal (Gonzalbo y Rabell, 2004). Estas circunstancias eran doblemente apremiantes para las jefas de familia, que debían conseguir recursos para sustentar a las personas dependientes de ellas. La situación era diferente en el campo, ya que prácticamente no había madres solteras y las viudas se acogían al amparo de parientes. Por otro lado, en las ciudades los hogares encabezados por mujeres representaban hasta el 24% o 30% del total según los barrios y grupos sociales. La gran mayoría de aquéllos, conformada por costureras, bordadoras, vendedoras de comida en la calle, lavanderas, planchadoras, recamareras, cocineras y mujeres en relaciones extramaritales o de concubinato, vivía en cuartos modestos de una o dos piezas (Gonzalbo y Rabell, 2004; Gonzalbo, 2007).

A esta misma época corresponde la distinción entre el matrimonio civil y el religioso, instituyéndose el segundo como el único con validez legal, a pesar de lo cual la celebración de matrimonios religiosos siguió permitiéndose (Quilodrán, 2003). De igual forma, se multiplicaron los expedientes de divorcio eclesiástico y proliferaron las denuncias a maridos por malos tratos. La mayoría de los divorcios fueron promovidos por las esposas, aunque también se registran quejas de algunos maridos (Gonzalbo y Rabell, 2004). Por otra parte, la vida en el campo seguía apegada a sus rutinas tradicionales.

Rosario Esteinou (2004) señala que en este periodo se difundió la conformación de relaciones familiares modernas de tipo nuclear. Los arreglos familiares no eran mayoritariamente extensos sino nucleares y las estructuras más complejas y de mayor tamaño correspondían a los grupos privilegiados de la sociedad (Vera Bolaños y Pimienta, 1996). No obstante, esta situación no prevaleció entre todos los sectores sociales, ya que las familias extensas también se formaban por razones de apoyo económico y aún se observaban pautas tradicionales de organización, en particular en las zonas rurales y entre los grupos indígenas.

A principios del siglo XX, México continuaba siendo un país mayoritariamente rural y campesino (Gonzalbo y Rabell, 2004), en el que la familia concentraba una serie de funciones que fue perdiendo a lo largo del tiempo (Rabell, 2009). Entre estos cambios, la familia pasó de ser una institución controlada por la Iglesia a una institución civil, aunque una parte de sus funciones siguió estando bajo la influencia de la Iglesia católica (Gonzalbo y Rabell, 2004).

Dado que la injerencia del Estado era incipiente, la transmisión cultural y social de valores y creencias religiosas hacia los niños y jóvenes corría a cargo de la familia y de la red de parientes. Asimismo, estas instituciones funcionaban como unidades económicas, pues el grupo doméstico proveía la fuerza de trabajo en las tareas de producción agrícola y artesanal (Oliveira, 2001; Rabell, 2009). En este contexto, predominaba la superioridad masculina: dicha asimetría en las relaciones familiares propiciaba que la familia fuera un espacio no exento de tensiones y violencia (Rabell, 2009). La niñez terminaba cuando los jóvenes se integraban a la fuerza de trabajo familiar para realizar tareas dentro del hogar o para obtener ingresos fuera de él. El sistema educativo era rudimentario y pocos niños asistían a la escuela. Los padres mantenían a aquéllos por una decena de años, esperando que aportaran trabajo o ingreso a la familia, unidad que también daba apoyo a los miembros de

edad avanzada (Gonzalbo y Rabell, 2004). El matrimonio, orientado a la crianza de los hijos, era universal, pues prácticamente todos los hombres y mujeres se unían por lo menos una vez en su vida. La costumbre marcaba que, al consumarse, el joven matrimonio se instalara en la casa del esposo. Las familias crecían con el nacimiento de los hijos, de los cuales cada vez un mayor número sobrevivía a la infancia.

Por otra parte, la situación en el México rural de principios del siglo XX era distinta. Una proporción considerable de las familias estaba constituida por los padres, los hijos casados y sus esposas, los hijos solteros y ocasionalmente algún otro pariente. La familia era extensa, en su mayoría patrilineal y patrilocal. Generalmente, los hijos heredaban la tierra y las propiedades; las hijas no solían recibir heredad por parte de sus padres, y al casarse se incorporaban a la familia del esposo (Gonzalbo y Rabell, 2004). La economía se basaba en la producción campesina, cuya fuerza laboral principal era la familia, de modo que la producción agrícola estaba supeditada a aquélla (Salles, 1991).

### *1.2.2. México en la industrialización*

Al igual que en otros países, la organización y las funciones familiares en México han sido generalmente identificadas como resultado del sistema económico dominante (Salvia, 1995). Con respecto al inicio de la industrialización en el país, Stephen Haber (1993) menciona que existen dos posturas: por un lado, están los historiadores y economistas que plantean que aquélla inició con el fin de la Revolución mexicana; por otro, estudios más recientes señalan que la transición industrial inició a mediados del siglo XIX (Cárdenas, 1987; Haber, 1993) con pequeñas manufacturas en las viviendas de los pobladores, similares a las que se manifestaron en Europa, y habría sido durante el Porfiriato que se le dio mayor impulso a las industrias. En consecuencia, el desarrollo de la década de 1940 fue resultado de la

reconstrucción posrevolucionaria que buscaba la restauración del poder económico (Cárdenas, 1987; Pacheco y Blanco, 2011) a través de la intensificación de las actividades agropecuarias y la industrialización (Alba, 1977).

Independientemente de sus discrepancias en lo que respecta al inicio de la industrialización, estas teorías coinciden en que dichos cambios incidieron en las actividades económicas de las familias y, por consiguiente, en su organización. A principios del siglo XX, la mayoría de la población en México (66.5 %) vivía en zonas rurales y la economía estaba predominantemente basada en la agricultura (68.7%) (Cárdenas, 1987; Haber, 1993): “El acceso a la tierra, más que ninguna otra cosa, parecía definir sus vidas” (Bortz y Águila, 2014, p. 5). A partir de 1940, se observó un aumento significativo de la población, causado por la estabilidad de los elevados niveles de fecundidad y el descenso de la mortalidad (Franco y Zubieta, 1982). Entre 1940 y 1970, se aceleró la urbanización de la población (Alba, 1977); para mediados del siglo XX aquella era predominantemente urbana y la economía se dirigía rápidamente hacia la industrialización (Haber, 1993).

Con una estrategia basada en el desarrollo económico y social, México experimentó un alto crecimiento económico que se concretó en los procesos de industrialización y urbanización. Sin embargo, este desarrollo no benefició a toda población (Pacheco y Blanco, 2011), y miembros de los sectores menos favorecidos, los de las zonas rurales, se dirigieron a las ciudades con la idea de mejorar sus condiciones económicas y sociales de vida (Franco y Zubieta, 1982; Oliveira, 1984).

En principio, la industrialización produjo una masculinización del mercado de trabajo que derivó en un modelo de división sexual: reproducción biológica por un lado y producción económica por otro, relegando a las mujeres al primero (Oliveira y Ariza, 2001). A pesar de la transformación del país, el papel de las mujeres estaba confinando a la esfera doméstica

(Pacheco y Blanco, 2011), por lo que hasta la década de los sesenta y setenta el modelo familiar prevaleciente fue el tradicional, con el hombre como jefe proveedor exclusivo (Oliveira y Ariza, 2001).

En 1974, con la promulgación de la Ley General de Población se buscó reducir el crecimiento poblacional para lograr un desarrollo económico y social (Alba, 1977; Quilodrán, 2003; Gonzalbo y Rabell, 2004; Pacheco y Blanco, 2011). En este sentido, se logró disminuir los niveles de fecundidad y reducir del número de años dedicados a la crianza de los hijos. Lo anterior, aunado al deterioro de las condiciones de vida y la caída ininterrumpida del salario real, propició una mayor participación económica de las mujeres casadas en los mercados de trabajo (Oliveira y Ariza, 2001; Pacheco y Blanco, 2011).

La inserción de las mujeres en el mercado laboral conllevó la explotación de sus condiciones laborales y provocó cambios en el modelo familiar predominante (Pacheco y Blanco, 2011), pero no significó una repartición de poderes y papeles simbólicos (Zamorano, 1998, p. 726) porque las mujeres siguieron (y ha seguido siendo) las encargadas del cuidado del *hogar*, independientemente de su labor fuera de éste.

El *boom* de la industrialización en México se basó primordialmente en la maquila, parte importante de la economía mexicana (Zamorano, 1998) que pasó a ser la principal fuente de empleo para los miembros de gran cantidad de familias, demostrando con ello que el grupo doméstico es un ámbito especializado de producción y reproducción de relaciones económicas para la sobrevivencia y reproducción social del grupo familiar (Salvia, 1995).

De acuerdo con la política económica predominante, es posible distinguir diferentes periodos en el modelo de familia mexicana. Antes de la industrialización, predominó un modelo de familia con el hombre como proveedor y poca participación económica de las mujeres, situación que empezó a cambiar en la década de 1970 hasta el momento actual, con

diferentes modelos de familia que han llevado a cambios en las formas de organización familiar y económica (Pacheco y Blanco, 2011).

Hacia fines del siglo XX, el matrimonio siguió siendo una práctica dominante en ciertas clases sociales. México es uno de los países de América Latina donde se registraron menos separaciones y divorcios. Aunque la formación de una familia orientada a la reproducción siguió siendo la trayectoria elegida por muchas personas, se empezó a postergar el nacimiento del primer hijo y se espació la llegada del siguiente, lo que derivó en que casi la mitad de las familias decidió tener solo uno o dos hijos. En la mitad de estas familias, la esposa aportaba ingresos económicos (Gonzalbo y Rabell, 2004; Quilodrán, 2003).

Al mismo tiempo, en la familia campesina se mantuvo el patrón de autoridad masculina (Gonzalbo y Rabell, 2004). Estas familias lograban sobrevivir a pesar de soportar condiciones sociales notoriamente desfavorables, y en dichas circunstancias, sus pautas de organización se encontraban articuladas en torno a costumbres transmitidas y heredadas generacionalmente (Salles, 1991).

En 1942 inició el Programa Bracero, que se mantuvo en efecto durante veintidós años. Si bien la migración hacia Estados Unidos inició con anterioridad a esa fecha, dicho programa regularizó los movimientos migratorios más importantes, lo que permitió a gran cantidad de hombres mexicanos migrar a los Estados Unidos, dejando así a las mujeres a cargo del equilibrio del núcleo familiar (Durand, 2007).

### **1.3. Las transformaciones de la familia en el siglo XXI**

Es innegable que la familia ha sufrido cambios a lo largo del tiempo. Sin embargo, para los sociólogos del parentesco la familia contemporánea no se encuentra en crisis, ya que sigue cumpliendo algunas de las funciones que le han sido adscritas históricamente, como la

reproducción, la socialización y la transmisión intergeneracional (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999). No obstante, cambios externos como la migración, el abandono de la tierra y el campo, la proletarización, la industrialización y desindustrialización, así como procesos culturales como la escolarización y la contracepción (Therborn, 2004) han desencadenado importantes *transformaciones* familiares.

Como institución, la familia ha ido transformándose paulatinamente, ocupando una posición central en la comprensión de los fenómenos sociales (Ruiz y Martín, 2012). Aunque el Estado ha pasado a desempeñar funciones que anteriormente eran propias de la familia (como el cuidado y la socialización temprana), aún hay roles desempeñados exclusivamente por aquélla (como la reproducción biológica y social), incluso cuando se presenta un elevado número de nacimientos fuera del matrimonio (Arriagada, 2000). La vida de pareja perdura porque cumple la función de sostén identitario, aunque las funciones afectivas también tengan lugar fuera del matrimonio (Cicchelli-Pugeault y Cicchelli, 1999; Arriagada, 2000). Con base en lo anterior, puede afirmarse que la familia (sin importar la forma que adquiera) continúa siendo una institución inserta en la sociedad y contribuye al funcionamiento del sistema (Segalen, 1992).

La demografía ayuda a entender estas transformaciones analizando los datos de la población. Esta disciplina plantea que la primera transformación demográfica estuvo relacionada con el descenso de la mortalidad y la fecundidad (gracias al control natal), el incremento de los niveles de urbanización y de escolaridad promedio, así como con la elevación de la participación femenina en los centros educativos y en los mercados de trabajo. Estos antecedentes constituyeron las bases de la creciente autonomía de las mujeres en los cuestionamientos sobre el patriarcado, la religión y el papel del Estado (Brígida y Rojas, 2002; Castells, 2001) que finalmente desembocaron en los movimientos sociales feministas.



Aunque estos últimos no han logrado concretar la totalidad de sus objetivos, su presencia se ha vuelto una fuerza considerable en el mundo contemporáneo (Therborn, 2004).

Actualmente, América Latina experimenta una segunda transformación demográfica que resulta visible en tres indicadores: la postergación de las uniones, el incremento en la disolución de las uniones y la prevalencia de uniones consensuales (Ariza y De Oliveira, 2001; Brígida y Rojas, 2002). Por otro lado, también se observa un aumento en el número de hogares y familias con doble ingreso y con jefatura femenina, así como un incremento en la proporción de hogares unipersonales. Asimismo, ha aumentado la incidencia de fenómenos como la postergación de la maternidad y el descenso en el promedio de hijos por pareja; en conjunto, estos cambios pueden interpretarse como resultado de una mayor valoración de la realización personal (Quilodrán, 2003; Arriagada, 2004). Como puede verse, las transformaciones sociales en América Latina han sido constantes (Ariza y Oliveira, 2001).

Pese a los altos índices de inestabilidad laboral y desempleo, las mujeres latinoamericanas participan económicamente para cubrir las necesidades básicas de las familias (Arriagada, 2000). Lo anterior ha producido una reorganización al interior del hogar visible en la democratización de los derechos, la autonomía, el reparto del trabajo y la crianza (Arriagada, 2002; Castells, 2001) aunque, como señala Irma Arriagada (2002), estos elementos han tenido un desarrollo desigual o incompleto entre la población. Los beneficios de estos cambios no han alcanzado a toda la sociedad, siendo los sectores rurales y más pobres los menos favorecidos. De igual forma, se observa una correlación entre la pobreza y la indigencia con familias que tienen hijos pequeños y dependientes económicamente. Por su parte, Göran Therborn (2004) señala que la revolución sexual tampoco ha sido universal: el promedio de tasa de fecundidad en América Latina entre 2015 y 2020 se estima en 2.04 nacidos vivos por mujer. A este respecto, países como Cuba empezarán a disminuir su

población ya en el período 2020-2025, mientras que Guatemala y Panamá no experimentarán dicho descenso sino hasta 2090-2095 (CEPAL, 2019), lo que demuestra una notoria disparidad en la democratización educativa y económica.

De acuerdo con Therborn (2004), en la actualidad las familias en Europa se enfrentan a la incógnita de cómo balancear la vida familiar con el trabajo fuera de casa. Para dicho autor, aunque este es un problema de bienestar individual (debido a la baja tasa de natalidad en esta región de mundo), también constituye un problema de carácter público. Esta dificultad para combinar la vida familiar y el trabajo se ha vuelto un problema apremiante para América Latina. Sin embargo, a diferencia de Europa, estos temas todavía no son abordados por la agenda pública, así como tampoco lo son resolver las cuestiones de atención a los menores de edad o mejorar las condiciones laborales y económicas de padres y madres.

En el contexto del siglo XXI, abordar el tema de la familia implica tratar con una diversidad de arreglos de cohabitación y convivencia, así como con cambios sociales, demográficos, económicos, políticos y culturales ligados a esa diversidad que han incidido en las necesidades, funciones y deseos de los individuos. Lo anterior ha modificado los roles de género, las relaciones de poder y autoridad entre distintas generaciones y las propias estructuras familiares (Melgar y Lerner, 2010; Arriagada, 2010; Quilodrán, 2003).

En América Latina se han reducido los índices de fecundidad y mortalidad y han aumentado la esperanza de vida y las migraciones. El tamaño medio de la familia se ha reducido y el descenso en el número de hijos ha implicado una disminución en el trabajo reproductivo, doméstico y de socialización que realizan las mujeres. De igual forma, puede observarse un aumento de los hogares con jefatura femenina y una disminución del papel del varón como proveedor exclusivo, mientras que índices como el embarazo adolescente, las separaciones, los divorcios y la cohabitación también se han incrementado. Al mismo tiempo,

ha disminuido el número de familias extendidas y compuestas y ha bajado el nivel socioeconómico de los hogares. Por último, también se registran migraciones de miembros familiares por razones como la movilidad laboral, la violencia o el desplazamiento a causa de conflictos armados (Ariza y Oliveira, 2001; Quilodrán, 2003; Arriagada, 2010).

### *1.3.1. En el México contemporáneo*

La tasa de crecimiento de la población en México empezó a descender en la década de los setenta (INEGI, 2015). Esto implicó una transformación de gran relevancia para las familias del país, pues revela un cambio estructural relacionado con las mujeres que cuestionan su *ser* y *deber ser* y construyen así diferentes formas de feminidad ancladas más en la individuación y menos en la maternidad: ejemplo de lo anterior es que el 73.1% de las mujeres casadas o con pareja emplean métodos anticonceptivos (ENADID, 2018) y el promedio de hijos en el 2020 fue de 1.5 (INEGI, 2020).

La diferencia del promedio de escolaridad entre mujeres y hombres es mínima; en 2010 el primero era de 8.8 años y el segundo de 8.5. Para 2020, se había registrado un aumento en estas cifras: en las mujeres fue de 9.6 años y en los hombres de 9.8 (INEGI, 2020). De igual forma, se registró un aumento en el número de mujeres con educación media superior; en la actualidad, el 25.7% de las mujeres entre 25 y 34 años tienen grado universitario (frente al 24.8% de los hombres). Por otro lado, en la población comprendida entre 64 y 66 años, el 13.1% de las mujeres y el 17.5% de los hombres cuentan con el mismo grado de estudios universitarios (OECD, 2022). Esto refleja el cambio intergeneracional que se vive a nivel social, pues en los sectores urbanos más escolarizados la concepción de paternidad ha empezado a dar muestras de flexibilidad al admitir tareas vinculadas con el

cuidado y la socialización de los niños, labores previamente delegadas en las mujeres (Ariza y Oliveira, 2001). Del mismo modo, las mujeres se involucran cada vez más en el trabajo remunerado fuera de casa: en la actualidad existe lo que se denomina jornada triple, es decir, *familia, trabajo en casa y empleo*. Pese a los movimientos feministas, para Segalen (1992) el *empleo* económico es un elemento a considerar en la sociedad y las transformaciones familiares; de acuerdo con esta autora, al no ser vistas como productoras de crecimiento económico, las mujeres continúan siendo infravaloradas en la economía y la sociedad.

A pesar de que la disolución de las uniones (por separación o divorcio) es social y familiarmente menos reprobable que hace un cuarto de siglo (Quilodrán, 2003), en México continúan prevaleciendo los arreglos nucleares, pues constituyen el 71.7% del total de los hogares (INEGI, 2022). En el 2020, el 35.4% de la población se encontraba casada y el 2% había pasado por un proceso de divorcio (INEGI, 2022). En el mismo año, la edad promedio al casarse fue de 33 años para los hombres y 30 para las mujeres. En matrimonios del mismo sexo, la edad promedio de los hombres fue de 36 años y 34 para las mujeres (INEGI, 2020). Estas cifras indican una tendencia a contraer matrimonio a mayor edad.

Con respecto a los divorcios, la cifra ha variado con los años. En 2011, por cada 100 matrimonios hubo 16 divorcios; en 2015 dicha cifra se incrementó a 20, mientras que para 2019 ya se ubicaba en 32 y en 2020 llegó a 28 divorcios por cada 100 matrimonios (INEGI, 2020). Con base en estas cifras, puede afirmarse que la familia y el matrimonio continúan siendo dominantes (Therborn, 2004) y permanecen como opción central en la vida de mujeres y hombres jóvenes (Brígida y Rojas, 2002).

Los fenómenos sociales repercuten en la institución familiar mexicana y se ven reflejados en cambios demográficos como la reducción de las tasas de mortalidad y de natalidad, lo cual a su vez provoca descensos en el ritmo del crecimiento demográfico

(Gutiérrez, Díaz y Román, 2017, p. 220). En este sentido, la esperanza de vida en México ha aumentado considerablemente: en 1930 las personas vivían en promedio 34 años; para 1970 el promedio era de 61; en 2000 de 74 y en 2019 de 75 años (INEGI, 2020). En el 2020 fallecieron más hombres (59%) que mujeres (41%) y se incrementaron las defunciones debido principalmente a la pandemia de COVID-19.

Actualmente, la vida social en México se encuentra guiada sobre todo por la búsqueda de la realización personal y el incremento de las necesidades existenciales. Por ello, el funcionamiento de la sociedad depende en gran medida de las elecciones que cada persona realiza y de las satisfacciones que busca (Quilodrán, 2003).

De acuerdo con el INEGI (2017), existen tres clases de hogar. Por orden de importancia relativa, los nucleares ocupan el primer lugar con el 71.7% del total, seguidos por los ampliados (hogares nucleares en los que también conviven familiares como abuelos, sobrinos, tíos, etc.) con el 25.8% y, finalmente, se encuentran los compuestos (en los que no se guarda ningún parentesco con el jefe del hogar) con el 2.5%. La mayoría (53.8%) de los hogares nucleares son biparentales, compuestos por la pareja conyugal con hijos, o bien, en el 28.1% de los casos, por uno solo de los padres con sus hijos (hogares monoparentales).

Con respecto a la jefatura familiar de los hogares nucleares, la información del Censo de Población y Vivienda de 2020 muestra que a nivel nacional las mujeres son reconocidas como jefas de vivienda en 33 de cada 100 hogares, mientras que en el año 2010 dicho porcentaje se ubicaba en torno al 25% (INEGI, 2020).

Cabe recordar que la migración también es un fenómeno social presente en el país desde el siglo pasado y que ha ido en aumento día con día. Aquella ha impactado las relaciones familiares, facilitando por ejemplo la incorporación femenina en la obtención de recursos económicos (Ariza y Oliveira, 2001). Con respecto a la migración internacional de

población en edad de trabajar, las cifras indican que los hombres (67.5%) migran más que las mujeres (32.5%) (INEGI, 2020).

A principios del siglo XXI, las familias exhiben cambios en sus formas de organización y estructura. Como señala Gonzalbo (2004), la capacidad de adaptación de aquéllas les ha permitido sobrevivir a pesar de la profundidad de las transformaciones.

### *1.3.2. Diversidad familiar*

En términos generales, en México predomina una idea sobre la familia que la define como una unidad nuclear biparental en la que hay un hombre proveedor. No obstante, de acuerdo con los datos estadísticos reportados por el INEGI, aunque el país registra un predominio de familias nucleares biparentales también existen *otras* formas de organización familiar. Lo anterior es muestra de que, por lo que toca a las formas de organización familiar, tanto épocas pasadas como la actual se encuentran marcadas por signos contradictorios (Rabell, 2009) entre lo que *es* y *no es* una familia.

Ante la transformación de las familias se requieren políticas sociales públicas que respondan a las necesidades del siglo XXI, en las que se manifieste claramente la idea de que hoy día las personas forman sus familias de acuerdo con sus deseos y opciones individuales, y en las que se tome en cuenta la participación laboral de mujeres y los hombres de manera equitativa (Gutiérrez, Díaz y Román, 2017).

En América Latina, ciertos aspectos de la nuclearización de la familia han sido criticados por diversos autores. Como han mostrado hasta aquí los estudios referidos, tanto en el mundo como en México la realidad histórica y las prácticas culturales de las familias no son ni han sido uniformes. En este sentido, resulta evidente que la familia patriarcal ha cambiado. Sin embargo, aún persisten formas de representación simbólica y cultural basadas

en el modelo tradicional, mostrando así una disparidad entre los discursos tradicionales y las nuevas prácticas de las familias (Arriagada, 2000; Castells, 2001).

La idea de *la familia* establece modelos, legitima roles y regula comportamientos. Después de la industrialización, la familia nuclear parsoniana continúa siendo el ideal de familia en nuestra sociedad, lo anterior a pesar de la clara brecha entre ese modelo y una realidad pluriforme (Tuirán, 1999; Arriagada, 2007). Dicho ideal persiste como base para la toma de decisiones en el diseño y aplicación de políticas públicas pese a dificultades como, por ejemplo, la incompatibilidad entre el trabajo asalariado y el cuidado de la descendencia o trabajo doméstico (Arriagada, 2000). Por ello, es necesario el reconocimiento de la pluralidad de las familias y los hogares mexicanos para basar las políticas públicas en evidencia concreta y evitar así los intentos de imposición de modelos únicos (Echarri, 2010).

## Capítulo 2. La monoparentalidad

En este capítulo abordaré a fondo el concepto de monoparentalidad desde el punto de vista de la diversidad familiar. Para ello, estableceré una distinción conceptual entre las nociones de monoparentalidad y jefa de familia. El tema de la monoparentalidad femenina ha sido estudiado en diversas partes del mundo, incluido México, por lo que presentaré una breve revisión de dichos estudios. Entre estos últimos destacan dos visiones: una de vulnerabilidad, en la que predomina una perspectiva de disfuncionalidad social, y otra contextual, de acuerdo con la cual la estructura familiar por sí misma no explica de forma satisfactoria las disfunciones en los miembros de la familia.

Una vez establecidas estas bases, paso a contextualizar la monoparentalidad femenina en América Latina y México. De igual forma, expongo las causas de la monoparentalidad de acuerdo con los principales autores que han estudiado dicho fenómeno. Por último, es preciso señalar que estudiar a las familias monoparentales implica contrastar dicho concepto con estructuras como la familia *nuclear*, debido sobre todo a las referencias constantes en el *imaginario social* al concepto de *la familia*.

### 2.1. Conceptualización de la monoparentalidad y jefatura femenina

Como ha podido observarse hasta aquí, cuando se habla de *la familia* casi siempre se hace referencia a ella en abstracto (Leñero, 1996). Como tal, *la familia* existe solo en el estatuto institucional o en el mundo de las ideas, por lo que para entender este constructo es necesario hablar de *las familias*. En años recientes, se ha hecho evidente la multiplicidad de formas



familiares (Fruggeri, 2001), por lo que definir a cada una de éstas dependerá del marco teórico y de los planteamientos epistemológicos empleados (Gracia y Musito, 2000).

De acuerdo con Laura Fruggeri (2001), la multiplicidad de composiciones familiares puede comprenderse de dos formas. La primera se denomina normativa, en la que las “nuevas familias son consideradas y tratadas como formas deficitarias o desviadas” (p. 6). En la segunda, la plural, las *nuevas familias* no son consideradas como desviaciones de la norma. El objetivo de las investigaciones desarrolladas bajo esta última óptica es redefinir los modelos de análisis, las categorías y los lenguajes usados para describir a las familias. La visión plural pone a la familia nuclear biparental solo como una estructura más dentro de las múltiples opciones para vivir en familia y no como un modelo a seguir (Fruggeri, 2001).

A la pluralidad considerable de nuevas estructuras familiares se le ha llamado de diversas formas: familia emergente, estructura posfamiliar (Beck-Gernsheim, 2003), posconvencional (Meler, 1998) y pospatriarcal (Flaquer, 1999). En este sentido, Fruggeri (2005) enfatiza la “pluralidad de las formas familiares” (p. 6) basada en una cultura de la diferencia. Cada uno de estos tipos de familia presenta características idiosincráticas que dependen del modo de organizar la parentalidad, de desarrollar los roles y funciones familiares, de relacionarse en un contexto más amplio, de entretejer las relaciones con el vasto contexto social y de mantener sus relaciones afectivas.

La propuesta de Fruggeri (2005) toma en cuenta la estructura, el origen étnico y la orientación sexual. En cuanto a la diversidad de estructuras familiares, éstas pueden ser a) *monoparentales*, forma que incluye a familias de madres solteras con hijos, así como a familias de padres viudos con hijos; b) *plurinucleares*, también llamadas recompuestas, que incluyen a familias integradas por dos padres que vienen de una separación, a aquellas mixtas

en las que un miembro de la pareja tiene hijos nacidos de un matrimonio anterior y, finalmente, a las compuestas por un hijo biológico y uno en custodia; c) *familias nucleares*, es decir, parejas sin hijos, parejas casadas con hijos biológicos y familias con niños adoptados o biológicos.

Con base en el criterio de origen étnico están las familias *monoétnicas* (mismo grupo étnico) y *multiétnicas* (padres e hijos étnicamente diversos). En cuanto a las diferencias basadas en la orientación sexual está, por un lado, la *familia con pareja heterosexual* con o sin hijos, y por otro, se encuentra la *familia con pareja homosexual*, con hijos adoptivos o biológicos (Fruggeri, 2005).

Esta propuesta nos ayuda a comprender a las familias monoparentales femeninas como parte integrante del abanico de la pluralidad familiar. Como hemos observado, las estructuras de los hogares han ido transformándose históricamente de acuerdo con el modelo económico hegemónico. Por ello, es preciso definir algunos conceptos cuya interpretación ha sido tema de debate. Particularmente, los datos estadísticos y demográficos de México proporcionados por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) nos brindan un panorama de la situación poblacional, social y económica del país.

Antes de continuar, debe tomarse en cuenta la definición del INEGI (2020) sobre los tipos de hogares en México. De acuerdo con este instituto, el término hogar se entiende como “persona o conjunto de personas (sean parientes o no) que residen habitualmente en una misma vivienda particular, ocupándola total o parcialmente, y que tienen un presupuesto común para alimentación” (s/p). El hogar puede ser *ampliado* (conformado por el/la jefe/a con su núcleo familiar, más otros parientes y/o no parientes) o *nuclear* (conformado por el/la jefe/a y cónyuge; jefe/a e hijos; o bien, jefe/a, cónyuge e hijos). Los hogares nucleares pueden

ser *biparentales* (ambos padres o madres) o *monoparentales* (un solo padre o madre) con su respectiva descendencia. El hogar también puede ser *unipersonal* (un solo miembro).

El término *jefatura* de hogar ha sido ampliamente cuestionado, pues hace referencia a la persona reconocida como proveedora, la que tiene autoridad en la familia, y/o la persona identificada por los demás miembros de la familia como *autoridad* y que puede estar ausente o presente en el hogar (INEGI, 2020). La jefatura puede ser femenina o masculina con estructura nuclear biparental o monoparental.

La jefatura del hogar es un tema ampliamente discutido (Lázaro, Zapata, Martínez y Alberti, 2005). Este término puede ser ambiguo, por lo que Silvia Chant (1997) muestra una tipología específica que incluye hogares con mujeres solas, mujeres que dirigen hogares extensos u hogares con hijos varones dirigidos por mujeres. Asimismo, se encuentran las mujeres que dirigen hogares en los que residen hombres adultos, o bien aquellos dirigidos por mujeres viudas, divorciadas o separadas. Situaciones como las aquí referidas son relativamente frecuentes en zonas rurales dada la migración masculina temporal o definitiva, circunstancias en que las mujeres son las responsables de la producción y la crianza (Lázaro, *et. al.*, 2005). De acuerdo con Enríquez-Rosas (1999), no es posible aplicar el término de jefatura a todos los contextos debido a las enormes diferencias culturales. Por ello, los criterios para definirlo son de orden socioeconómico, como la edad y el género.

Por lo general, se emplea el término *jefatura declarada* para referirse a la persona reconocida como tal por los miembros del hogar. En este contexto, cuando el varón está presente es automáticamente declarado *jefe* de familia, aun cuando la mujer sea la proveedora principal y perciba mayor remuneración económica o tenga más autoridad (González de la Rocha, 1997; García y Oliveira, 2005). Por ejemplo, para 2017 el 53.8% de los hogares en

México eran nucleares biparentales, de los cuales el 91% reconocía como jefe del hogar al hombre y sólo el 9% a la mujer (INEGI, 2018).

La mayoría de las jefaturas femeninas se originan en la ausencia del hombre o padre de los hijos. En su mayoría, las jefas de vivienda son divorciadas, separadas o viudas. En este contexto, sobresalen las mujeres con hijos dependientes que permanecen solteras tras el divorcio o abandono de la pareja. Diversos estudiosos de este tema señalan que dicho fenómeno se explica por el aumento en la escolaridad femenina, la participación laboral, por causas culturales o bien por tratarse mujeres con fuertes vínculos con su descendencia (Acosta, 2003; Chant, 1997; Enríquez-Rosas, 1999; García y Oliveira, 2005).

Las jefas de familia asumen todas las responsabilidades, tanto en el cuidado como en el sostén económico de sus dependientes. En estas circunstancias, también debe considerarse a las mujeres divorciadas o separadas que sí cuentan con el apoyo económico y presencial de los padres y comparten con éstos la custodia de los hijos. Sin estos apoyos, los hogares de jefatura femenina constituyen escenarios de trabajo más demandante. A este respecto, la proporción de hogares con jefas de familia tiene un sólo perceptor de ingresos y es menor cuando se les compara con los hogares con jefes varones (García y Oliveira, 2005; González de la Rocha, 1997), lo cual se relaciona con las desigualdades en los ingresos económicos entre hombres y mujeres. Asimismo, cuando éstas últimas han sido expuestas a violencia de pareja y consiguen librarse de ella, los beneficios y ventajas para sus hijos e hijas -en lo que respecta a la forma en que se enfrentan los conflictos intrafamiliares- (Acosta, 2001; García y Oliveira, 2005), abonan a las causas por las cuales desean permanecer solteras.

De igual forma, la *monoparentalidad* es un término que ha sido ampliamente discutido en círculos académicos. Para Lluís Flaquer (1999), en cierto modo aquella

representa un síntoma de debilitamiento del dominio patriarcal que pone en entredicho la legitimidad de la familia nuclear biparental. Con anterioridad a la formulación del término *monoparental*, usualmente se nombraba a este tipo de estructura con expresiones provenientes del inglés como *unmarried women*, *unsupported mother*, *deserted wives*, *dissociated families*, *fatherless families*, *broken homes*, *incomplete families* y *father-absent families* (Avilés Hernández, 2013), por lo común traducidas al español como “familias desintegradas” (Salles, 1991, p. 71). De acuerdo con Juan Fernández Córdón y Constanza Tobío (1997), el concepto de monoparentalidad aparece en los años setenta como un cuestionamiento a la familia nuclear *parsoniana* y como una búsqueda de aceptación social de formas familiares diferentes. En un primer momento, éstas se denominaron *one-parent families*, *single-parent families* y *lone-parent families*, términos que aún son usados para nombrarlas. Con ellos se buscaba abarcar mayor diversidad de formas monoparentales para evitar el estigma de las denominaciones anteriores y enfatizar los aspectos que todas estas formas tenían en común: el cuidado de los hijos/as de manera individual (Avilés Hernández, 2012; Fernández Córdón y Tobío, 1997).

Las limitaciones conceptuales para el término monoparentalidad nacen tanto de la diversidad de situaciones que lo originan como de los distintos proyectos de convivencia que representa (Ruiz y Martín, 2012). Al respecto, existe controversia sobre cómo referirse apropiadamente a dicho fenómeno, ya que factores como el de la feminización de la monoparentalidad obligan a diferenciar terminológicamente entre monoparentalidad masculina y femenina, pues las necesidades y características que presentan estos grupos familiares difieren en función del sexo del progenitor que se hace cargo de ellos. Por ende, se ha propuesto emplear el término *monomarental* o familias *marentales* en lugar de

*monoparental*, designación que por sí misma no resulta neutral desde un punto de vista de género y queda reservada para nombrar sólo a aquellas estructuras familiares en las que el padre asume en solitario el cuidado de su descendencia. Entre los ejemplos más recientes de su uso se encuentran aportaciones científicas como las de las investigadoras Ruiz y Martín, 2012; Hernández Monleón, 2012; Zapata Posada, 2013; Pavez-Soto y Alcalde-Campos, 2013; Morgado, González y Jiménez, 2003; Jiménez, Morgado y González, 2004; Jociles, Rivas, Moncó, Villamil y Díaz, 2008. Las características más recurrentes de la familia monoparental son la presencia de un solo progenitor en el hogar familiar y la no convivencia en pareja, la presencia de uno o varios hijos en el hogar familiar, la dependencia económica de la descendencia y la heterogeneidad en las causas que originan la monoparentalidad (INEGI, 2010; Rodríguez y Luengo, 2003).

Hasta aquí he realizado una breve revisión del concepto de monoparentalidad, resaltando tanto sus características como las diversas formas de conceptualizarla y describirla. Para los fines que persigue este trabajo de investigación, abordé el concepto de monoparentalidad femenina como aquella estructura familiar encabezada por una mujer como jefa de la familia, con la ausencia física y económica del varón y en la que la mujer es la proveedora y cuidadora principal del grupo familiar.

## **2.2. Investigaciones previas. Dos visiones**

Desde la perspectiva de las ciencias sociales, los hogares con jefatura femenina monoparental constituyen una *categoría especial*. Al respecto, las investigaciones principales sobre estas composiciones familiares toman dos vertientes: por un lado, se encuentran aquellas que

argumentan que las familias monoparentales encabezadas por mujeres causan pobreza, vulnerabilidad y marginación social, heredando estos factores a generaciones posteriores; por otro, están las que señalan que las condiciones de pobreza de estas familias se explican por circunstancias sociales diferentes a la composición familiar.

Los estudios del primer tipo sostienen que en América Latina (incluido México) las condiciones de pobreza, vulnerabilidad y marginación de las familias monoparentales con jefatura femenina están definidas por circunstancias económicas. De acuerdo con dicha postura, estas familias son más pobres que las encabezadas por sus contrapartes masculinos (Castañeda, 2006) y, en general, la incidencia de la pobreza es mayor en los hogares con jefatura femenina, siendo más propensos a transmitir la pobreza a la generación siguiente (Riquer, 2001; González de la Rocha, 2006; Cerrutti y Binstock, 2009).

En este sentido, existen estudios acerca de la correspondencia entre pobreza y monoparentalidad femenina. Por ejemplo, Sawako Shirahase y James M. Raymo (2014) han encontrado una relación entre el aumento en el número de familias de madres solteras y el alza de la tasa general de pobreza en Japón. En todos los países, las madres solteras están económicamente en desventaja, pero la situación es particularmente grave en aquéllos en que el ingreso de apoyo público de las familias es más limitado (Shirahase, *et al.*, 2014). Las tasas de pobreza de las madres solteras son más altas en los lugares donde los salarios de las mujeres son relativamente bajos en comparación con los de los hombres (Christopher, England, Smeeding y Phillips, 2002). En este contexto, las madres solteras y sus hijos se encuentran entre los grupos más vulnerables (Good Gringrich, 2008; Herrera, Salinas y Valenzuela, 2011) y tienen más necesidad de recibir apoyo (Ríos-Salas y Meyer, 2014). En Estados Unidos, el número de madres solteras que no trabajan y que tampoco cuenta con un

apoyo de bienestar social no sólo ha crecido significativamente en los últimos diez años, sino que sus ingresos también bajaron en un 19%. Los estudios demuestran que esta situación es resultado de la reforma del bienestar (Ahn, 2015; Blank, 2007) y entre sus causas se encuentra la inactividad laboral (Terremocha y Mota, 1999; Blank, 2007). Por otra parte, en México las mujeres todavía enfrentan discriminación en el mercado laboral (González de la Rocha, 2006). Florinda Riquer Fernández (2001) señala que, incluso en nuestro país, la participación laboral de las mujeres no les garantiza mejores condiciones de vida.

Esta vulnerabilidad social se debe, en parte, a la presencia débil o falta completa de una red de seguridad pública, a la exclusión social y a las inadecuadas prácticas de los derechos sociales (Shirahase, *et al.*, 2014; Madrigal-León, 2011). En circunstancias como las aquí descritas y en la ausencia de una red de seguridad pública eficaz, la familia extensa es la que funge como soporte (Harris, 2015; Shirahase, *et al.*, 2014).

María Ochoa Ávalos (2007) señala que, en México, la pobreza afecta directamente a las mujeres por su condición de género, ya que el régimen de bienestar las margina y discrimina, tratándolas como entes sujetos a tutela. De acuerdo con esta autora, la pobreza afecta mucho más a las madres que tienen a su cargo exclusivo la manutención del hogar y sus hijos, y es precisamente esa carencia del régimen del bienestar y prestaciones sociales lo que agrava su situación.

Por otra parte, se encuentran los estudios que sostienen que las condiciones de pobreza en las familias monoparentales femeninas están relacionadas más con la educación, la edad, la experiencia laboral, la raza y las desigualdades de género y no se explican exclusivamente por la *sola* presencia de mujeres al cuidado de sus hijos/as (Zhan y Pandey, 2004; Navarro y González, 2010; Mendoza y López, 2012). Diversas investigaciones a este



respecto también han encontrado que los padres solteros viven financieramente mejor que las madres solteras. De igual forma, estos estudios revelan diferencias de acuerdo con el grupo étnico: los padres solteros blancos viven en mejores condiciones socioeconómicas que sus contrapartes afroamericanas (Thomas y Sawhill, 2005; Zhan y Pandey, 2004).

Entre los factores que contribuyen a la perpetuación de estas diferencias también se incluye el color de la piel, pues éste se encuentra directamente relacionado con el nivel educativo, los ingresos y el tipo de empleo al que se puede acceder. A este respecto, el INEGI (2017) presenta datos importantes: mientras más oscuro es el color de piel, menor es el porcentaje de personas que se ocupan en actividades de alta calificación, mientras que entre las personas con tono de piel más claro aumenta el porcentaje de ocupación en actividades de media y alta calificación. Asimismo, entre las personas con tonalidades de piel más oscura se observa un mayor rezago educativo: 28.8% del total de aquéllas cuenta con primaria incompleta y el 23% con primaria completa. Por su parte, las personas con tonalidades de piel más clara tienen porcentajes más altos de educación media superior y superior (entre 29.3% y 44.4%) (INEGI, 2017). En este contexto, las condiciones socioeconómicas serán todavía más favorables si se trata de sujetos masculinos blancos.

Pese a los diversos indicadores que señalan que la monoparentalidad no necesariamente está relacionada con pobreza y vulnerabilidad, en el imaginario colectivo persiste un estigma hacia las madres al frente de una familia monoparental. Cuando aquéllas se encuentran en la pobreza tienden a vivir en barrios marginales, a tener historiales de abuso de drogas o como víctimas de violencia sexual y enfrentan problemas de salud física y mental (Blank, 2007). En suma, existe un deterioro de su imagen social (González de la Rocha, 2006; Madrigal-León, 2011; Usdansky, 2009).

En las diversas sociedades latinoamericanas persisten actitudes ambivalentes hacia las mujeres viudas, divorciadas, separadas y solteras (Acosta, 2001). Estos grupos son blanco de antipatía porque han roto con las normas idealizadas sobre el matrimonio y la maternidad. Frecuentemente, estas mujeres son consideradas incapaces de educar a sus hijos (sobre todo a los varones) por la ausencia en la familia de una figura paterna y se piensa que debido a la falta del varón los hogares de estas mujeres están incompletos. De igual forma, se cree que los niños que nacen fuera de la unión conyugal son más vulnerables, ya que no contarán con el capital económico, social y emocional que les podría aportar el padre (Castro, Cortina, Martín y Pardo, 2011). Tales suposiciones acarrear problemas a los hijos de dichas familias, a quienes se les atribuyen comportamientos negativos como drogadicción e inadaptación social debido exclusivamente a la *desintegración* familiar (Mena Méndez, 2009).

Por su parte, el hecho de no tener pareja vuelve más vulnerables a las mujeres ante las propuestas sexuales no deseadas por parte de varones, ya que su condición de viudas, solteras o divorciadas las presenta erróneamente como “disponibles”, por lo que cotidianamente son hostigadas. A pesar de estos prejuicios y estereotipos sobre los hogares monoparentales con jefatura femenina, se ha observado que éstos mantienen en su interior relaciones más armoniosas que los hogares nucleares y que las madres en dichas formas familiares alientan a sus hijos a que continúen sus estudios para salir adelante (Chant, 1997).

Sobre este tema, Margaret Usdansky (2009) realizó una revisión de los artículos científicos más representativos publicados entre 1900 y 1998 y encontró que, para finales del siglo XX, la postura norteamericana hacia la formación de familias con un solo padre era profundamente ambivalente. Los estadounidenses seguían viendo al matrimonio como la configuración preferida para la maternidad y la crianza, y prevalecía la idea de que el

bienestar emocional y funcional de los hijos se basa en la estructura familiar. Así lo demuestran las recientes iniciativas políticas que se basan en el supuesto de que la vida en una familia casada es mejor para los niños que cualquier otra forma de arreglo (Dunifon y Kowaleski, 2007).

Daniel Goleman (2000) señala que la vida emocional de los individuos depende de la forma en que son tratados por los padres, lo que tiene consecuencias profundas y duraderas pues la vida en familia es la “escuela para el aprendizaje emocional”, (p. 224). Sin embargo, lo anterior no significa que la vida emocional dependa por completo de la estructura o tipo de familia. Dicho autor plantea que la vida en familia es el lugar en el que las personas aprenden cómo sentirse respecto a sí mismas y con respecto a cómo los demás reaccionan a sus sentimientos. En la crianza, la presencia, la relación y la convivencia con los padres es favorable para el desarrollo psicológico y emocional de los hijos, pues les ayuda a reconocer su identidad y su valor, a sentirse amados, respetados, seguros y capaces, lo que les permitirá establecer relaciones interpersonales presentes y futuras de forma apropiada (Ortega, Reyes, Garrido y Torres, 2011).

Las investigaciones referentes al bienestar emocional reafirman esta idea. Por ejemplo, aunque Guil, Serrano, Larrán y Gil-Olarte (2014) sostienen que el ambiente familiar influye en el manejo de las emociones, no encontraron relación alguna entre la estructura familiar, la edad, el estado civil o la situación laboral y el déficit en el cociente intelectual de los hijos, encontrando en su lugar una relación entre las variaciones en dicho índice y los climas familiares conflictivos. Dichos estudios establecen una relación entre ambientes familiares violentos y la incidencia de problemas emocionales y de conducta en niños y adolescentes (Moreno, 2014).

De igual forma, diversos estudios reportan que los hijos de padres divorciados no manifiestan más problemas de conducta que los de aquellos de padres casados (Urías, Ibarra, Valdés y Martínez, 2011). Los hijos de padres divorciados pueden presentar problemas emocionales y conductuales, pero éstos no se hallan directamente relacionados con la separación, sino con el ajuste emocional de los progenitores, la disminución de los recursos parentales, el apoyo emocional y la participación en la educación de los hijos (Carlos, Valdés y Ochoa, 2012).

En este contexto, existen investigaciones que enfatizan las condiciones de género para explicar cómo la ausencia o presencia de la madre o el padre supone una carencia de lo femenino o masculino en el ambiente familiar. Así, por ejemplo, al hombre se le atribuyen la fuerza, la firmeza, los desafíos, etc., por lo que las investigaciones en esta línea plantean que la ausencia del padre supondrá en la descendencia una afectación en el esfuerzo para abrirse nuevos caminos y perspectivas (Herrera, Salinas y Valenzuela, 2011; Torres Velázquez, Reyes Luna y Garrido Garduño, 2011), así como una mayor vulnerabilidad por no contar con el capital económico, social y emocional que aquél podría aportarles (Castro, *et al.*, 2011). Asimismo, estos estudios consideran el problema que se suscita cuando, debido a la necesidad de una figura masculina, el hijo mayor asume dicho papel y se vuelve el confidente de la madre (Lambie, 2011).

Por otro lado, están los estudios que señalan que la presencia del padre no es necesariamente la que genera bienestar a los hijos. La presencia en el hogar, por ejemplo, de un abuelo, también se asocia con el aumento de la estimulación cognitiva en niños (en comparación con aquéllos que viven sólo con la madre) (Dunifon y Kowaleski, 2007). A su vez, el riesgo de bajo desempeño escolar se debe más a la inestabilidad familiar y a la

marginalidad que a la estructura familiar (Enríquez Rosas, 2001; Waldfogel, Craigie y Brooks-Gunn, 2010). Los factores ambientales estresantes crónicos también se relacionan con una mayor angustia psicológica entre las madres, que a su vez incide notablemente en una menor participación en prácticas de crianza positiva (Kotchick, Dorsey y Heller, 2005).

Las madres que no viven con el padre de sus hijos tienen mayores cargas de trabajo doméstico, disminuyen la frecuencia de las tareas domésticas y en algunos casos modifican los roles tradicionales de género en comparación con las madres que viven con su pareja. Dichas cargas influyen para que estas mujeres tengan una baja calidad de vida (Landeró Hernández, Estrada Aranda y González Ramírez, 2009; Navarro y González, 2010).

No existe consenso aún sobre las formas de organización al interior de las familias monoparentales, ya que por un lado parecen hogares más igualitarios, donde los hijos e hijas colaboran en las labores domésticas (generando un ambiente más equitativo), con mejor organización económica y mayor libertad de las madres para involucrarse en actividades en beneficio de sus hijos (Chant, 1997; González de la Rocha, 2006; Mendoza y López, 2012). Por otro lado, existen estudios (García y Oliveira, 2005) que demuestran escasa participación de todos los miembros de la familia en las tareas domésticas, ya que son las mujeres las que asumen responsabilidades como la compra y elaboración de comida, atención a los hijos, supervisión de tareas escolares y cuidados médicos, realización de trámites administrativos, limpieza, etc. (Mena Méndez, 2009).

Las relaciones sociales son la parte que más se deteriora después de una separación (Landeró Hernández, *et al.*, 2009). En los estudios de pobreza en hogares con jefatura femenina se ha puesto énfasis en la importancia de las redes de apoyo con las que cuentan las mujeres; en primera instancia, las madres solteras que tienen familia extensa cuentan con

ésta como apoyo fundamental (Guevara, 1994). Las redes conformadas por amigos, parientes y vecinos son vitales y están basadas en lazos sociales en los que hay confianza, reciprocidad y ayuda mutua para enfrentar las adversidades de la pobreza.

Se ha visto que las personas sin redes de apoyo familiar y vecinal enfrentan más dificultades para asegurar su sustento. Los hogares aislados, en barrios inseguros o cuyos miembros cuentan con mala salud, exhiben comportamiento inapropiado y carecen de tiempo o recursos son más propensos a experimentar condiciones de pobreza que aquellos que cuentan con redes sociales de apoyo (Cook, 2013). En este sentido, la Iglesia también se ha convertido en una red social, ya que la participación en actividades religiosas se asocia con una reducción del estrés relacionado con la maternidad y con una menor probabilidad de castigar corporalmente a los hijos (Petts, 2012).

Otras investigaciones se han centrado en la comparación entre madres con pareja y madres sin pareja. Las madres casadas no reportaron mayores niveles de apoyo social en comparación con las madres solteras, pero las madres solteras reportaron mayores niveles de estrés y menos autoconfianza en su papel de madre (Beach y Lee, 2010). Asimismo, las madres solteras parecen más felices en comparación con las mujeres solteras sin hijos, pero más infelices en comparación con las madres casadas. Lo anterior no es sorprendente, ya que el encontrarse sin pareja está asociado con menor felicidad (Ifcher y Zarghamee, 2014). Por otra parte, a pesar de la carga extenuante de trabajo, las mujeres jefas de familia cuentan con un mayor poder de decisión al interior de sus hogares en comparación con las mujeres casadas (Chant, 1997; García y Oliveira, 2005; González de la Rocha, 2006).

### 2.2.1 Monoparentalidad femenina en América Latina y México

En el siglo XIX, la situación de las madres solteras en México reveló complejas relaciones tanto de género como de clase entre mujeres pobres y hombres de mejor condición social (García, 2004). En dicha sociedad, tener hijos fruto de una relación circunstancial donde el hombre no se responsabilizaba era considerado un *fracaso*. Por ejemplo, y por lo que respecta a la casa de los abuelos paternos, el niño nacido de una madre soltera probablemente se consideraba ilegítimo para toda la vida, sin tener derecho de herencia (González, 1996).

La estructura familiar *monoparental* ha sido una constante a lo largo de la historia (Acosta, 2001; Fernández Cordón y Tobío, 1997; Guevara, 1994; Ruiz y Martín, 2012; Tuirán 1993). A este respecto, América Latina no es la excepción (García y Oliveira, 2011), pues en dicha región siempre han existido concepciones fuera del matrimonio, situaciones de viudez y separaciones conyugales u otras generadas por factores de tipo social (Avilés Hernández, 2013), como las migraciones o la ausencia por privación de la libertad. Rodolfo Tuirán (1993) señala que, a principios del siglo XX, culturalmente predominaba el modelo de familia nuclear o conyugal. Pese a la preponderancia de la familia nuclear, ya desde finales del siglo XVIII y principios del XIX, en varias ciudades de Nueva España podían ubicarse casos de familias monoparentales, por lo que la presencia de unidades domésticas dirigidas por mujeres era importante ya desde entonces (Tuirán, 1993).

En América Latina se ha registrado un incremento de hogares monoparentales con jefatura femenina (Olhaberry y Farkas, 2012). En México, los grupos domésticos que han sufrido más transformaciones son los unipersonales, que han ido en aumento (de 5.1% a 9.5%) y los nucleares, que han disminuido (de 58.7% a 45.5%) (Rabell y Gutiérrez, 2014). De igual forma, los hogares monoparentales han pasado del 14% en 1970 al 18% en 2018,

de los cuales el 83.8% es encabezado por mujeres mientras que el 16.1% tiene al hombre como jefe. La Ciudad de México es el estado con mayor incremento en los arreglos monoparentales femeninos, con el 40% (INEGI, 2018), mostrando un aumento en el número de los arreglos monoparentales que son casi exclusivamente de jefatura femenina en las últimas cuatro décadas (Arriagada, 2004).

Los primeros estudios realizados sobre las familias monoparentales datan de la década de los setenta (Acosta, 2001) y asociaban a aquéllas con mayor riesgo de pobreza y vulnerabilidad. Tanto a nivel nacional como internacional, este es uno de los temas más investigados en América Latina (García y Oliveira, 2011; Herrera y Valenzuela, 2011).

Entre 1970 y 2000, los nacimientos en mujeres que no conviven con su pareja han aumentado del 7% al 15% en América Latina; más de la mitad de aquéllos (54%) corresponde a madres y padres no casados (Castro, Cortina, Martín y Pardo, 2011). Diversos estudios señalan que existe mayor nivel de pobreza en familias encabezadas por mujeres, lo cual puede resultar en una variedad de condiciones adversas para sus hijos (Cerrutti y Binstock, 2009; García y Oliveira, 2011; Ríos-Salas y Meyer, 2014; Herrera, Salinas y Valenzuela, 2011). Usualmente, las causas de la pobreza entre las madres solteras se deben a que éstas suelen ser mujeres jóvenes, con escasa educación formal y pocos recursos (Castro, *et al.*, 2011).

### **2.3. Rutas de la monoparentalidad femenina**

De forma similar a cómo existe y debe reconocerse una pluralidad en el concepto de *familia*, en la realidad también existen diferentes tipos de *familias monoparentales*. Esta diversidad origina familias heterogéneas en cuanto a su naturaleza y a su desarrollo cotidiano. En este



sentido, la tipología propuesta por Julio Iglesias de Ussel (1988, p. 28) permite clasificar la monoparentalidad mediante su vínculo con cuatro categorías diferentes: a) *vinculada a la natalidad*, referida a los núcleos monoparentales de las madres solteras; b) *vinculada a la relación matrimonial*, que acoge el abanico de situaciones de ruptura voluntaria e involuntaria de la pareja; c) *vinculada al ordenamiento jurídico*, que acoge la maternidad y paternidad social a través de los procesos de adopción y, por último, d) *la vinculada a situaciones sociales*, que se fundamenta en la ausencia de uno de los cónyuges por motivos de trabajo, privación de libertad, enfermedades prolongadas y/o emigración.

René Landero (2000), en una investigación sobre el contexto mexicano, propone otra tipología de las familias monoparentales: *simple encabezada por mujer*, *simple encabezada por hombre*, *compuesta encabezada por mujer* (monoparental simple encabezada por mujer más otros parientes y/o no parientes) y *compuesta encabezada por hombre* (monoparental simple encabezada por hombre más otros parientes y/o no parientes).

Por su parte, Sara Barrón (2002) señala que los tipos de monoparentalidad pueden obedecer a tres factores: a) la maternidad solitaria o extra-conyugal; b) la viudez y c) la separación o divorcio. A esta clasificación habría que agregar la derivada del marco legal, es decir, casos como la adopción por parte de un solo adulto o la paternidad en solitario que asumen algunos hombres, situaciones en las que en principio no se contempla una relación de pareja, pero sí una relación filial (Jociles, *et al.*, 2008). De igual forma, otros factores explicativos de la monoparentalidad son la migración interna e internacional (Oliveira, 2001).

Las causas que provocan estas variaciones en la monoparentalidad femenina son diversas: la prevalencia de violencia doméstica asociada al alcoholismo, la drogadicción y la

pobreza (Oliveira, 2001), el aumento de la escolaridad en las mujeres, la independencia económica y los cambios en los roles femeninos, las separaciones resultado del aumento de la esperanza de vida de las mujeres, el menor número de uniones después de una separación o viudez y los embarazos de mujeres que permanecen solteras o en uniones esporádicas (Arriagada, 2004; Chant, 1999, en Mena Méndez, 2009; García y Oliveira, 2011). En este contexto, es probable que en el pasado la viudez de mujeres relativamente jóvenes que vivían con sus hijos explique una parte importante de dichos arreglos. En décadas recientes, las separaciones y divorcios resultado de la prolongación de la vida en unión propiciarían un incremento en el número de estos grupos (Rabell y Gutiérrez, 2014).

Actualmente, México atraviesa por una crisis debido al problema de las personas desaparecidas y no localizadas. De acuerdo con datos oficiales, hasta 2021 se tiene un registro de 91 mil 672 individuos en dicha situación, de los cuales 22 mil 595 son mujeres (24.66%) y 68 mil 562 son hombres (74.78%) (INFOBAE, 2022). En este contexto, las familias que han sufrido la desaparición de uno de sus miembros se quedan “incompletas” por causas atribuibles a la violencia desatada por la delincuencia, el crimen organizado y el narcotráfico, o en todo caso debido a la indiferencia o incapacidad del Estado para dar con el paradero de las personas desaparecidas. En términos generales, existen diversas causas por las que una mujer se encuentra a cargo de sus hijos sin la presencia del progenitor, siendo una de ellas la violencia estructural a nivel nacional.

En resumen, no puede hablarse de un solo factor para explicar las causas de la monoparentalidad femenina, ya que en la actualidad, por ejemplo, también es preciso considerar el peso de opciones como la fertilización *in vitro*, en la que las mujeres no necesariamente se encuentran relacionadas con una pareja.

#### **2.4. Familia nuclear vs. monoparentalidad.**

La visión de Parsons sistematiza las creencias acerca de las familias, los roles y estereotipos de género diferenciados para mujeres y hombres en una sociedad de sectores medios como la estadounidense (Mena Méndez, 2009). Aunque hoy día las concepciones de la familia nuclear planteadas por Parsons pueden parecer anticuadas, resulta notable cómo aquéllas aparecen como una estructura incuestionable y deseada por individuos aún en contextos y sectores sociales tan diferentes como los de México, pues las suyas son concepciones capaces de orientar conductas y pensamientos en la búsqueda y realización de la familia idealizada. Como señala Esteinou (2004), las visiones basadas en el pensamiento de Durkheim, que consideraban a la familia nuclear como una institución socialmente determinada más que como un grupo natural o la culminación de un proceso evolutivo, han terminado por normar una visión frecuente en las ciencias sociales latinoamericanas.

Por su parte, para demostrar las fuerzas estructurales y culturales de los lazos familiares nucleares en las estructuras familiares diferentes a la biparental, Margaret Nelson (2006) sugiere el término *doing family*, con el que la autora señala cómo los lazos de parentesco extendidos de las madres solteras se ven afectados por las expectativas culturales de “los lazos familiares nucleares” (Sarkisian, 2006, p. 804). De igual forma, apunta que las fuerzas estructurales que apremian a las mujeres incluyen las necesidades económicas y el cuidado de los hijos, siendo éstos factores culturales y fuerzas de presión para las mujeres que luchan por crear una jerarquía de las obligaciones familiares con respecto a sí mismas y a sus hijos (Sarkisian, 2006). Estas luchas internas se manifiestan en pausas y vacilaciones que parecen obedecer a la importancia relativa que estas madres les otorgan a los padres

biológicos no residentes de sus hijos (Sarkisian, 2006), persiguiendo así prácticas basadas en el ideal de la familia nuclear, como la crianza, la relación madre-hijo o el matrimonio.

En su estudio sobre madres solteras, Nelson (2006) encontró que éstas reservan ciertos derechos y privilegios para el padre independientemente de si consideran a otro hombre para asumir ese papel. Para algunas de estas mujeres, lo anterior obedece a la presencia psicológica del padre, por lo que puede afirmarse que mantienen creencias ideológicas en el modelo de ideal de familia americana, es decir, en la presencia del padre ideológico. Sin embargo, con frecuencia las circunstancias materiales empujan a estas madres a “hacer una familia”, contradiciendo en el proceso su patrimonio cultural de creencias (Sarkisian, 2006, p. 804). Nelson (2006) encontró que las madres solteras continúan siendo fieles al ideal cultural del modelo de familia nuclear, forzando la educación de sus hijos en función de dicho ideal y persiguiendo el objetivo de ser una “familia estándar” (p. 782). Este ideal tiene un papel importante en la ambivalencia de la vida familiar de las madres solteras, así como en otras que viven fuera de sus prescripciones normativas (Sarkisian, 2006).

En México, la religión se ha erigido como una fuerza estructural y social. Como pudo observarse previamente en el breve recorrido histórico de la familia en el país, desde la llegada de los españoles las relaciones de parentesco y organización familiar han sufrido modificaciones debido sobre todo al proceso de “conversión de los indígenas al catolicismo y a la enseñanza de los preceptos religiosos que regulaban la vida familiar” (Esteinou, 2004, p. 115). En consecuencia, la religión católica ha sido la predominante en el país, permeando la cultura, las creencias y los valores de la sociedad mexicana (De la Torre, 2014).

El catolicismo ha tenido una gran influencia en la concepción de la familia nuclear. Los estudios que se han ocupado de este tema (Esteinou, 2004; Lavrin, 1991; Malvido, 1982; Gonzalbo, 1993; Bárcenas 2012; entre otros) han mostrado la importancia histórica de aquél en la implementación del matrimonio religioso como modelo normativo. Esteinou (2004) describe al matrimonio cristiano como la institución que introdujo pautas individualizantes en la población indígena, aunque no logró desarraigar del todo las costumbres y concepciones originarias. A través del matrimonio, el catolicismo reforzó el familismo, convirtiéndolo en depositario de la voluntad de Dios.

A mediados del siglo XIX, con la separación entre la Iglesia y el Estado se estableció el matrimonio como un contrato civil que depende de la decisión de los individuos. Con ello, se legitimó también por medio del Estado a la familia nuclear formada por el padre, la madre y los hijos como institución que regula el orden social y modelo legítimo a seguir (Bárcenas, 2012). De igual forma, con base en la moral católica se delimitaron de forma más precisa los roles de género modernos para definirlos a partir de una concepción biologicista de las diferencias entre los sexos. Así, el papel de las mujeres se consideraba dirigido hacia cuestiones internas, privadas y maternas (como el esfuerzo por la crianza de los hijos), mientras que el papel del esposo se dirigió predominantemente hacia la esfera pública (Esteinou, 2004).

La herencia normativa construida y legitimada -primero por la Iglesia católica y luego por el Estado- contribuye a que en muchos sectores sea imposible el concebir a la familia en otros términos que no sean los tradicionales (Bárcenas, 2012).

En una sociedad orientada hacia la familia como lo es la mexicana (Echarri, 2009), o bien como señalan Rabell y Gutiérrez (2014), en una para cuyos habitantes “vivir en familia

sigue siendo un importante valor social” (p. 264), ¿hasta dónde permea el ideal de familia nuclear o (como señala Nelson) el “hacer una familia”? (2006, p. 781). Para Rabell y Murillo (2009), el modelo patriarcal está cediendo su lugar a uno familiar, mismo que las autoras denominan relacional, es decir, la familia como un espacio de realización personal. Pese a estos cambios, el *familismo* mexicano tiene consecuencias negativas para las mujeres que se clasifican como *madres solteras* debido a las connotaciones estigmatizantes asociadas con dicha condición. Además, el empleo de la categoría de *madre soltera* implica que dichas mujeres comparten los mismos intereses e identidades (May, 2010), lo que no es el caso. Por ello, es importante analizar dicho término sin caer en afirmaciones totalizadoras sobre las mujeres como individuos y sin despolitizar la vida de las madres al frente de un hogar.

En el caso de México, los estudios realizados suelen llegar a la conclusión de que, entre los sectores más pobres, los hogares con liderazgo femenino no son necesariamente los más desprotegidos. En este sentido, lo que marca la diferencia a favor de los hogares con jefaturas femeninas no es el ingreso de estas mujeres, sino las contribuciones que hacen otros miembros de la familia a la economía del hogar (Echarri, 2009; Gómez de León y Parker, 2000, citado en García y Oliveira, 2005; Mena Méndez, 2009), contribuciones que abonan a la viabilidad de estas formas alternativas de organización familiar (García y Oliveira, 2005). De igual forma, las uniones sin papeles y los hijos no matrimoniales han dejado de ser constantes exclusivas de los sectores peor posicionados socialmente y se ha expandido a las clases medias urbanas (Castro, *et al.*, 2011).

Diurkis Madrigal-León (2011) señala que entre 1950 y 1960 el pensamiento de Parsons sobre la familia influyó en la apreciación negativa de la monoparentalidad como forma desviada, ya que continúa enfocado hacia el reconocimiento y legitimación del modelo

biparental-conyugal nuclear, colocándolo como un tipo ideal debido a su función ideológica. Bajo este marco, el discurso científico social coloca a la familia monoparental como desviada y generadora de problemáticas que el Estado debe solucionar (Madrigal-León, 2011). Por ello, es importante la deconstrucción de las categorías negativas que se han atribuido a las familias monoparentales para crear nuevas construcciones de pensamiento que favorezcan el reconocimiento de la pluralidad de las relaciones entre los miembros de aquéllas.

Con base en la somera revisión aquí presentada, pueden observarse dos visiones contrapuestas: una de corte patologizante de la familia monoparental femenina y una contraria, de seres funcionales e independientes capaces de responder por sí mismos a su contexto sociocultural. El estudio de los cambios históricos en las estructuras familiares permite apreciar la enorme pluralidad de éstas que ha existido desde tiempos remotos, así como su desarrollo especial hasta erigirse como modelo normativo respaldado primero por instituciones religiosas y luego por el Estado. Dicho modelo ha influido en el pensamiento colectivo, legitimando sus prácticas familiares, demandando una sola forma de vida y describiendo como disfuncional a quienes rompen esas normas sociales. Lo anterior ha derivado en que las familias monoparentales femeninas sean consideradas entidades vulnerables y generadoras de seres disfuncionales.

### **Capítulo 3. La familia como construcción social, subjetiva y con perspectiva de género**

El marco teórico a partir del cual esta investigación analiza y conceptualiza a las familias monoparentales con mujeres como jefas de familia se basa en el construccionismo social, la perspectiva de género y el concepto de la subjetividad. Como medio para acceder a dichas subjetividades construidas socialmente, se emplea una aproximación narrativa.

Los orígenes del construccionismo social se ubican en el ámbito de la psicología social. Su principal exponente es Kenneth Gergen, quien ha desarrollado novedosos e interesantes análisis de lo que denomina “construccionismo posmoderno” para el contexto terapéutico (Limón, 2005). Según Gergen (1985, en McNamee y Gergen, 1996), los teóricos de la construcción social creen que las ideas, los conceptos y los recuerdos surgen del intercambio social y son mediatizados por el lenguaje, por lo que es sólo a través de la conversación permanente con sus íntimos que el individuo desarrolla un sentimiento de identidad o voz interior. Para el construccionista social, las teorías sobre la acción humana no se desarrollan ni se derivan de la observación, sino que nacen de los intentos colectivos que los individuos hacen por interpretar el mundo (Gergen, 2006).

La propuesta del construccionismo se basa en la idea de que los individuos nacen en un mundo construido y que, a través del lenguaje, se incorporan a él mediante la adopción compartida de conceptos y categorías que permiten explicarlo y comprenderlo (Cabruja y Lupicinio, 2000). Dicha propuesta también permite hacer inferencias subjetivas de la experiencia, así como de las intenciones y la estructura interna de la conducta de las personas (Smith, 2000; Riessman, 2005). Al mismo tiempo, organiza los modos de pensamiento y de interacción entre los individuos, por lo que se vuelve fundamental en la construcción del *yo*, del *otro* y de la sociedad (Ochs, 2000). Por medio de estas interacciones y prácticas, los



individuos acceden a un mundo construido y del que simultáneamente contribuyen a su construcción (Cabruja y Lupicinio, 2000; Gergen, 1996).

De acuerdo con su impacto en la formación de los presupuestos del constructivismo social, son tres los enfoques habitualmente referenciados en las ciencias sociales: el *lingüístico*, el *discursivo* y el *narrativo* (Vayreda, Tirado y Doménech, 2005). El primero de éstos, también llamado *giro lingüístico*, implica tomar el lenguaje como acción social y proceso dialógico. Su aportación básica al construccionismo social es la suposición de que “decir” y “hacer” constituyen una unidad funcionalmente inseparable y analíticamente indiscernible.

Por otro lado, *el giro discursivo* permite analizar los procesos sociales a partir del examen de sus condiciones de posibilidad o de realidad de sus enunciados, lo que no debe confundirse en ninguna instancia ni con estructuras intemporales ni con condiciones extrínsecas de validez para la formación de frases o proposiciones. Así, toda “práctica discursiva” será entendida como un acontecimiento que conlleva un “conjunto de reglas anónimas históricas, siempre determinadas en el tiempo y espacio que han definido en una época dada, y para un área social, económica, geográfica o lingüística dada, las condiciones de ejercicio de la función enunciativa” (Foucault, 1969, en Vayreda, *et al.*, 2005).

Por último, *el giro narrativo* es la forma más adecuada de presentar el trabajo de los analistas construccionistas/contextualistas (Sarbin y Kitsuse, 1994, en Vayreda, *et al.*, 2005). En este sentido, Jerome Bruner (1990) (Vayreda, *et al.*, 2005), reclama la pertinencia de lo que llama *viraje narrativo*, siendo el punto de partida de tal viraje la noción de un *yo* que narra historias de las que también forma parte, es decir, de las que es narrador y actor al

mismo tiempo. Para Bruner, la narración constituye la forma más frecuente y poderosa del discurso en la comunicación humana.

El construccionismo social posibilita la comprensión de la persona al interior de las múltiples formas de relación (McNamee y Gergen, 1996) y abre un campo en el que se percibe al individuo como un ser participante, con posibilidades de tomar conciencia de sus relaciones, de profundizar el conocimiento de sí mismo y lograr cambios, es decir, concibe al hombre como constructor de su propia historia (Suárez, 2004).

Para Kenneth Gergen (2006), el construccionismo social plantea cuatro proposiciones: 1) la concepción del conocimiento del mundo y del *yo* tiene su origen en las relaciones humanas; 2) las palabras revisten gran importancia al momento de mantener dichas relaciones; 3) a través del diálogo se invita a crear nuevas clases de entendimiento y nuevas combinaciones que permiten acceder a formas de vida más ricas y e inclusivas; 4) todo lo que se considera real, verdadero, bueno, válido y deseable surge de un proceso de coordinación con la realidad percibida. En este contexto, la familia es entendida como una construcción social, cuya característica principal es la de estar constituida por un grupo de individuos que viven bajo el mismo techo (corresidencia) y se encuentran vinculados entre sí por lazos consanguíneos (Tuirán, 1999; González de la Rocha, 2006), alianzas, matrimonios y relaciones de filiación (Bourdieu, 1997). Con base en lo anterior, este capítulo sigue las propuestas de Bourdieu (1997) y Gubrium y Holstein (1987) para el estudio de la familia.

### 3.1. La familia como construcción social

De acuerdo con Pierre Bourdieu (1997), cuando se piensa en la idea de familia se aprecia una especie de antropomorfismo que tiende a atribuir a un grupo las propiedades de un individuo, es decir, se concibe a la familia como un ente y “como una realidad que trasciende a sus miembros, un personaje transpersonal dotado de una vida y espíritu común y una visión particular del mundo” (p. 127). Las definiciones de familia tendrían en común suponer que aquélla existe como un universo social aparte, orientado hacia la idealización de su interior como algo sagrado. La familia es un principio de construcción de la realidad social común a todos los agentes que han sido socializados en cierta manera específica y es uno de los elementos constitutivos de lo que el autor llama “hábitus, una estructura mental que, habiendo sido inculcada a todos los cerebros socializados de cierta manera, es a la vez individual (subjetiva) y social” (Bourdieu, 1997, p. 129). Por ende, es un fenómeno social creado por la sociedad (Berger y Luckmann, 1966) que repercute en la individualidad del sujeto.

Investigadores como Peter Berger y Thomas Luckmann (1966) enfatizan el aspecto social, pues señalan que los mundos en los que viven los individuos no están simplemente *ahí* y no son simples fenómenos naturales y objetivos, sino que están contruidos por toda una gama de prácticas y convenciones sociales diferentes, con la familia inmersa en dichas prácticas y convenciones. Pertenecer a una familia es un privilegio simbólico instituido como norma universal: el privilegio de *ser* como se *debe* en la norma y tener un beneficio simbólico de la normalidad. De este modo, Bourdieu (1997) describe a la familia como una ficción, un artefacto social, una “ilusión bien fundada porque, producida y reproducida con la garantía del Estado, recibe en cada momento, los medios para existir y subsistir” (p. 138).

Gubrium y Holstein (1987) rechazan la existencia del concepto de familia y proponen conceptualizar los procesos asociados a él con “ser una familia” o “hacer una familia” (Nelson, 2006, p. 804; Sarkisian, 2006, p.781), es decir, parten de la idea de que la familia se representa y se construye a través del discurso social. A través de éste se pueden analizar los procesos sociales con base en el examen de las condiciones de posibilidad de sus enunciados. La práctica discursiva se convierte en un hecho histórico, ubicada en un tiempo y espacio determinado (Foucault, 1968). Por su parte, John Shotter (1996) señala que el habla se convierte en una actividad corporal con la que se puede influir en otros individuos y en nosotros mismos. El discurso, además del uso de la lengua, incluye una emocionalidad e intencionalidad que transitan simultáneamente el espacio simbólico y el cuerpo en una relación recursiva.

Desde esta perspectiva centrada en el lenguaje, se enfatiza el discurso familiar como el aspecto principal de la organización social de la familia. De acuerdo con Gubrium y Holstein (1993), la idea central es que el mundo social se vuelve concreto y adquiere significado a través de la interacción y el habla cotidiana; se parte de un hecho, las relaciones sociales se palpan y concretan en el discurso, procurando caracterizarlo, reglamentarlo y simbolizarlo.

La familia es una estructura basada en relaciones sociales que se reglamenta y simboliza a partir del discurso utilizado como categoría para definir vínculos sociales (Gracia y Musito, 2000). A partir del discurso se ha establecido la normatividad de la familia nuclear, pese a lo cual no es posible dejar de señalar el desfase entre discurso y práctica: si bien la familia nuclear es el modelo aceptado del discurso dominante, las condiciones en la práctica no siempre reflejan del predominio de dicho discurso.

### 3.2. Cuestión de subjetividad

La cuestión del sujeto y la conformación de subjetividades es una preocupación de larga data como problema teórico, filosófico y epistemológico, estrechamente relacionada con el tema de la identidad y la alteridad (Añon, 2009).

La forma más frecuente y poderosa del discurso en la comunicación humana es la narración (Vayreda, Tirado y Doménech, 2005). En ella, la subjetividad se expresa a través del diálogo y por medio de ciertas *narrativas* en las que los sujetos descubren paulatinamente su posición frente a determinada situación (Taylor y Bogdan, 1987), construyendo a su vez sus propias interpretaciones.

Michel Foucault (1988) sostenía que el tema general de sus investigaciones no era el poder sino el sujeto. Dicho autor abordó el tema del poder como medio para explicar la subjetividad en los “modos de subjetivación” (p. 3), en los que se conceptualiza al sujeto como objeto, es decir, las formas en que el sujeto aparece como objeto de una determinada relación de conocimiento o de poder. Estos *modos* harían referencia a las condiciones particulares necesarias para que un sujeto pueda decir un saber o convertirse en objeto de saber (Foucault, 1988). Para Foucault, existen tres modos por medio de los cuales los seres humanos se transforman en objetos. En primer lugar, se encuentran los modos de investigación que tratan de otorgarse a sí mismos el estatus de ciencia: por ejemplo, la objetivación del sujeto hablante (la filología y la lingüística), o bien, la objetivación del sujeto productivo (el sujeto que trabaja) en el análisis de la riqueza y de la economía. Como segundo modo, este autor hace referencia a la objetivación del sujeto a través de lo que llamó “prácticas divisorias”, es decir, los polos opuestos empleados para describir a los sujetos (Foucault, 1988, p. 3) divididos en su interior o divididos por otros. Ejemplos de lo anterior

serían las categorías de normal y anormal, funcional y disfuncional, sano y enfermo. Por último, se encuentra el modo de objetivación por el cual un ser humano se convierte a sí mismo en sujeto (Foucault, 1988); la experiencia de “sí mismo” es el hilo conductor de lo que este autor llamó “las tecnologías del yo” (Foucault, 1990, p. 49), que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y alma, pensamiento o conducta. Lo anterior tendría la finalidad producir una transformación de sí mismos para alcanzar cierto estado de felicidad, pureza o sabiduría que llevaría al conocimiento de uno mismo. Por ello, el reconstruir la historia del “cuidado” y de las “técnicas” del *sí mismo* constituye para Foucault una manera de hacer la historia de la subjetividad (p. 49).

En resumen, puede afirmarse que la subjetividad se refiere a las formas conforme a las cuales un sujeto se sitúa en el *discurso* y el propio *discurso* sitúa al sujeto. Estos significados no son simplemente compartidos por consenso, pues implican jerarquías sociales y de poder, es decir, la posibilidad de la imposición (Foucault, 1988). Por su parte, Berger y Luckmann (1968) tratan de vincular lo individual y lo social al considerar que existe una acumulación de símbolos compartidos que los vuelve sociales.

Desde esta perspectiva, la subjetividad es resultado de los mecanismos de normalización en el individuo, es decir, de la forma en que los dispositivos disciplinarios se articulan entre sí y producen un tipo de mentalidad congruente con las condiciones culturales existentes (Foucault, 1988). Así, la subjetividad de los sujetos es accesible a partir de los discursos que aquéllos articulan sobre sí mismos, para sí y para los demás. Dichos discursos son generados a partir de elementos que circundan al sujeto, como el grupo familiar o las instituciones que lo rodean.

### **3.3. Género, construcción de subjetividad y familia**

La construcción de la subjetividad, además de reivindicar la importancia de un contexto social, también es una forma de mostrar el carácter activo y generativo de las personas implicadas en él, es decir, de personas cuyas historias constituidas subjetivamente no se agotan en sus actuales contextos relacionales o discursivos. En este contexto, gran cantidad de elementos que se han naturalizado en la historia del pensamiento humano son construcciones sociales. Sin embargo, al considerar a los sujetos como seres biológicos, no es posible separar el discurso, la narración y el lenguaje de un sujeto concreto que construye, siente, piensa, interpreta y produce en múltiples niveles (Díaz y González Rey, 2005). Con base en lo anterior, puede afirmarse que el sujeto es un ente complejo en los múltiples sistemas sociales en los que actúa.

Entre los primeros sistemas sociales en los que actúan los sujetos, y también uno de los más importantes, se encuentra la familia. Más que un conjunto concreto de vínculos o lazos sociales, aquélla se vuelve una forma de asignar significados tanto a las relaciones interpersonales (Gubrium y Holstein, 1987) como a la subjetividad o a la forma de representación propia del sujeto. Gubrium y Holstein señalan que tanto el discurso familiar como las narraciones tratan a la «familia» como una forma de interpretar, representar y organizar las relaciones sociales, de tal forma que el discurso que la familia produce sobre sí misma, así como la narración que se hace sobre ella, corresponden a una unidad doméstica fundada sobre un conjunto de presupuestos cognitivos y de prescripciones normativas concernientes a la manera correcta de vivir las relaciones domésticas, al tiempo que dicha unidad es concebida como agente activo, dotado de voluntad, capaz de pensar, de sentir y de actuar (Bourdieu, 1997, p.128). Gubrium y Holstein (1987) consideran que términos como

familia, hermano, hermana, madre o padre son recursos para organizar descriptivamente los vínculos humanos y que el discurso familiar se refiere a ideas compartidas acerca de la vida en el hogar, por lo que las narraciones que se hacen en torno a ellos y al interior de la familia inciden en las concepciones e identidades de quienes hacen dichas narraciones e influyen en su subjetividad.

Bourdieu (1997) sostiene que para que la familia pase de ser una ficción nominal a un grupo real, cuyos miembros estén unidos por intensos lazos afectivos, es necesario considerar todo el trabajo simbólico y práctico tendiente a dotar a cada uno de sus integrantes de un espíritu de familia generador de devociones, generosidades y solidaridades; esta función es realizada particularmente por las mujeres, encargadas de mantener las relaciones familiares y sociales. Es precisamente con respecto a estas diferencias naturalizadas del ser hombre y ser mujer donde diversos autores (Bourdieu, 2000; Scott, 1990; Rubín, 1986; Lamas, 1999) introducen el género como una categoría analítica que atraviesa toda estructura social permeada por relaciones de poder (Rubín, 1986; Scott, 1990).

La categoría de género se vuelve importante porque permite redefinir problemas como el patriarcado o la perpetuación y naturalización de las mujeres en roles de género como cuidadoras, esposas, amas de casa, etc. (Scott, 1990; Rubín, 1986). Como categoría de análisis, el género permite deconstruir las ideas socioculturales acerca de lo que significa ser hombre o mujer en una sociedad, es decir, ideas que legitiman la desigualdad entre los sexos y la subordinación de la mujer. El género permite observar que las diferencias sexuales, entendidas como las características anatómicas y fisiológicas que distinguen a hombres y mujeres, han implicado desigualdad porque estas últimas han sido tradicionalmente asociadas con la reproducción, la educación de los hijos y el cuidado de enfermos y ancianos,



mientras que a los hombres se les asocia con la razón, la fuerza y el poder (Scott, 1990; Rubín 1986; Bourdieu, 2000; Larguía y Dumoulin, 1975). De acuerdo con Joan Scott (1990), a través de elementos culturales, simbólicos (como la religión, la educación, la ciencia, la política o la legalidad), normativos, de subjetividad y de parentesco se fomentan y mantienen las ideas preconcebidas sobre el género, mismas que construyen la identidad subjetiva del sujeto.

Por su parte, Gayle Rubin (1986) propone el “sistema de sexo/género” para explicar el proceso por el cual una sociedad transforma la sexualidad biológica en producto de las actividades humanas. Dicho autor sostiene que “el género es una división de los sexos socialmente impuesta” (p. 114) y producto de las relaciones sociales de sexualidad, fundamentalmente de aquellas concernientes a la familia y las instituciones sociales.

De esta manera, el género pasa a ser una forma de denotar las "construcciones culturales" (Rubín, 1986, p. 114) y sociales, vinculándose con la raza, la clase y la edad (Osmond y Thorne, 1993) en la creación totalmente social de ideas sobre los roles apropiados para mujeres y hombres. En la sociedad occidental, dichos roles se encuentran claramente delimitados; esencialmente, la familia moldea estas estructuras culturales, sobre todo el papel de la mujer como cuidadora de la progenie y la idea de que el hombre (pero no la mujer) puede ausentarse. Por su parte, Marta Lamas (1999) señala al género como resultado de la producción de normas culturales sobre el comportamiento de hombres y mujeres, es decir, como resultado mediado por la compleja interacción de un amplio espectro de instituciones económicas, sociales, políticas y religiosas. La conceptualización de género es necesaria para comprender las relaciones sociales, los sujetos de estudio, la historia, los significados, las

construcciones sociales, etc., y también para comprender la construcción de la subjetividad de hombres y mujeres, así como el papel de la familia.

Bourdieu (2000) sostiene que el mundo social construye el cuerpo como realidad sexuada y como depositario de principios de división sexuales. Para este autor, la percepción social se aplica a todas las cosas del mundo, iniciando con la realidad biológica del cuerpo en sí, misma que sostiene una relación arbitraria de dominación de los hombres sobre las mujeres. Las diferencias «biológicas» entre los «sexos» pueden aparecer como la justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre aquéllos, así como de la división sexual del trabajo. La sociedad ejerce control sobre la conducta a través de la socialización de hombres y mujeres en diferentes roles sociales, mismos que definen qué conducta se considera apropiada y “natural” para cada género (Gracia y Musito, 2000). Como señala Rubín (1986), a pesar de sus diferencias, hombres y mujeres se parecen entre sí mucho más que cualquiera otra cosa en la naturaleza. Por ello, la construcción de género como dicotomía polarizada (con base en criterios como la razón, las emociones, la agresividad o la afectividad, etc.) requiere la supresión (con propósitos sociales) de las similitudes naturales.

Candace West y Don Zimmerman (1999) comparten la idea de que el género, al igual que la familia, es algo construido socialmente, e incluso señalan a aquél como un acto emprendido por hombres y mujeres. Para dichos autores, “hacer” género implica un complejo de actividades perceptivas y micropolíticas socialmente regidas y primordialmente internas que pasan por lo individual, se centran en lo interactivo, detonan en lo institucional y finalmente se convierten en expresiones de la *naturaleza* masculina o femenina. De esta forma también lo entiende Butler (1998), es decir, el género no como una identidad estable sino como una repetición de actos que constituyen la ilusión de un *yo* generizado. En otras

palabras, el género es un “acto” de la propia interioridad psicológica del sujeto, construida ésta a su vez por la ficción social. Dicha interioridad psicológica se realiza a partir de diversos elementos socializadores, siendo la familia (como sistema de parentesco) uno de los factores en la reproducción de los sistemas de sexo/género (Rubín, 1986). La familia funge como un aparato ideológico que perpetúa las diferencias y fomenta la construcción de los estereotipos de género, lo que explica la teoría de los roles y los papeles asumidos dependiendo de si se es hombre o mujer (Lauretis, 2000).

West y Zimmerman (1999) concluyen que “hacer género” (p. 111) no siempre significa vivir según conceptos normativos de feminidad o masculinidad, pues también implica comprometerse en conductas con “riesgo de evaluación de género” (p. 127). Si éste es el caso, ¿podemos alguna vez *no* “hacer género”? En la medida en que la sociedad se encuentra marcada por diferencias *esenciales* entre hombres y mujeres, y en tanto que la adscripción a determinadas categorías sexuales sea relevante (y además impuesta), el “hacer género” se vuelve inevitable.

Como sostiene Bourdieu (1997), nada parece más natural que la familia, aquella construcción social arbitraria que parece situarse, al igual que el ser hombre o ser mujer, del lado de lo natural y lo universal y que se afianza a partir de los discursos y narrativas de los individuos. De acuerdo con Rubín (1986) y Lauretis (2000), como institución construida socialmente para responder a demandas externas y a diferencias de género, la familia propicia y estimula la reproducción de estos sistemas de sexo/género a través de diferentes “tecnologías de género” como medidas de control social. Así, por ejemplo, la familia considera a las mujeres (pero no a los hombres) responsables de la salud mental de los hijos.

Al repercutir en las subjetividades de los individuos, la familia como construcción de género permite comprender a aquéllos como seres contruidos socialmente. Estas posturas teóricas permiten comprender cómo las presiones sociales y los estereotipos de género repercuten en los patrones conductuales de los miembros de una sociedad.

### **3.4. La narrativa en la construcción de la subjetividad**

Puede afirmarse que los individuos, en relación con otros y consigo mismos, no hacen más que contar e imaginar historias, relatos y narrativas (Bolívar y Fernández, 2001). La realidad posee una existencia incontrovertible y se recurre a la narración para dar cuenta de ella, por lo que dicha herramienta se convierte en una versión de la realidad. Cuando los individuos construyen dichas narraciones, revelan los momentos históricos en los que operan y cómo lo hacen (Cabruja y Lupicinio, 2000; Bruner, 1991). Para Catherine K. Riessman (2001), las narrativas constituyen el significado de las unidades del discurso, en las que los narradores interpretan el pasado en sus historias en lugar de reproducir el pasado como tal. En otras palabras, para volver inteligible su realidad, los individuos recurren a la narración a pesar de que, como herramienta, ésta no puede abarcar la totalidad de la realidad experimentada o vivida por dichos individuos.

Como práctica discursiva, la narración engloba palabras y acciones que construyen, actualizan y mantienen la realidad (Cabruja y Lupicinio, 2000), manifestándose en el día a día como género comunicativo (Gubrium y Holstein, 1998). La narrativa no sólo se ubica en una realidad social y temporal, sino que también se ve influenciada por un contexto histórico y cultural. Como señala Bruner (1991, 1995, 2004), la cultura da forma a los procesos

cognitivos y lingüísticos de la narración y la convierte en significados que guían y controlan los actos individuales (Bruner, 1995). Por su parte, Gubrium y Holstein (1998) señalan que los recursos culturales determinan la forma en que se utilizan las narraciones y proporcionan material al narrador para construir su propia historia como una distinguible de la de otros individuos. En este sentido, además de la cultura, Norman K. Denzin (1989) incluye al género como un elemento más que abona a la construcción de narrativas. Asimismo, cabe afirmar que éstas se encuentran ligadas a los discursos sociales y se llevan a cabo en interacción con el contexto (Manning y Cullum-Swan, 1994).

Para Gergen (1996, 2006), los relatos adquieren utilidad a través de la interacción social: aquéllos existen porque los individuos los transmiten y el hecho de contarlos constituye parte de las formas relacionales. En otras palabras, las narraciones son producto del intercambio social, y en dicha interacción se crean significados conferidos socialmente que se emplean como base para narrar los eventos (Bruner, 1995). En este sentido, las narraciones son recursos conversacionales que se van construyendo y modificando conforme a la interacción. Desde el punto de vista constructorista, “las propiedades de las narraciones bien formadas están situadas cultural e históricamente” (Gergen, 1996, p. 235).

En resumen, una narración es el relato de los eventos que ocurren en un tiempo determinado (Bruner, 1991), de tal forma que aquélla se vuelve un espacio de recapitulación de la experiencia pasada (Labov, 1972; Riessman, 2005) y en la que se divisan el presente y el futuro conceptualizando las experiencias personales, sociales y políticas (Bolívar y Fernández, 2001). El narrador interpreta el mundo y su experiencia en él (Riessman, 2005), representando dichas experiencias por medio de historias (Denzin, 1989). Desde esta

perspectiva, la narrativa es lo que Ian Parker (2005) expresa como la interpretación de uno mismo en una historia de identidad construida.

Con base en lo anterior, *ese* mundo determinado puede conocerse a través de las representaciones que se hacen de él. En tanto que las historias o relatos son realizados por *alguien*, tienen necesariamente una voz narrativa (Bruner, 1995), así como un público que "lee" dicha voz y puede atribuirle un significado diferente al pensado o pretendido por el narrador (Riessman, 2001), convirtiendo de esta manera a la narrativa en una vía de acceso a la subjetividad. En este sentido, el relato constituye una herramienta para aproximarse a los significados que los individuos atribuyen a sus experiencias presentes y pasadas, por lo que el análisis de las narrativas permite comprender y explorar una realidad social compleja y múltiple (Domínguez De la Ossa y Herrera González, 2013).

Las distintas formas que existen para interpretar un texto dependen, entre otros factores, de los propósitos particulares de la investigación. Por ejemplo, dichas formas pueden enfocarse en el significado de lo que se dice o en la forma lingüística de los textos (Kvale, 2007). A este respecto, William Labov (1972, 1997) se enfoca en la estructura de la narración, es decir, en la forma en que se cuenta una historia con base en diversos aspectos constitutivos de la narración oral como el resumen, la orientación, el nudo o complicación, la evaluación, el resultado o resolución y la coda. Esta propuesta sirve para identificar la trama que configura globalmente una narración (Bruner, 1995) y, como señalan Gubrium y Holstein (1998), dichos elementos permiten darle sentido e interpretar su significado.

A lo largo de este capítulo, ha podido observarse a la familia como una estructura producto de una construcción social que trasciende subjetivamente a sus miembros a través de prácticas y convenciones sociales. Por medio de conceptos y categorías como el género,

en el lenguaje se reconocen discursos sociales y se construyen relatos como prácticas compartidas por los individuos para explicar y entender el mundo que les rodea. En la interacción social se comparten narrativas para describir y normalizar formas de vida, por ejemplo, para “ser familia” con base en una determinada estructura familiar. Lo anterior significa que los individuos forman parte de un mundo construido y, al mismo tiempo, a través de las narrativas, son partícipes en la construcción de dicho mundo. Estas narrativas, más que elementos meramente discursivos, se vuelven acciones contextuales e históricas de importancia para abordar las experiencias de las mujeres desde su propia visión y subjetividad.

## Capítulo 4. El método

La presente investigación ha descrito y explorado dos formas de conceptualizar a la familia monoparental femenina. La primera de estas posturas describe la monoparentalidad como una disfunción familiar y se enfoca a explicarla primordialmente con base en factores como la pobreza, la marginación, la vulnerabilidad, el estigma social y las consecuencias negativas de las funciones paliativas del Estado. En contraste, el segundo enfoque, que es en el que se basa esta investigación, sostiene que la estructura familiar monoparental puede ser explicada con base en otras condiciones sociales diferentes a la marginación, debe ser entendida como dimensión específica de una realidad socialmente construida y no es una condicionante para la vulnerabilidad de los miembros que la componen.

Entre los objetivos de esta investigación se encuentra comprender las características del modelo de familia monoparental femenina y describir cómo éste es vivido por distintas mujeres. Para ello, es preciso indagar tanto en las experiencias por las que éstas han atravesado como en los significados que atribuyen a los conceptos de familia, maternidad, monoparentalidad y el “ser mujer” en un hogar sin la presencia de un varón. Asimismo, es necesario ahondar en el papel del género en estas construcciones de la realidad para desentrañar cómo han tomado forma con base en distintas instituciones.

Con base en lo anterior, planteo la siguiente pregunta de investigación:

- ¿Cuáles son los significados que las mujeres al frente de una familia monoparental le dan a su situación de vida?



#### **4.1. Objetivo**

El objetivo general de esta investigación es conocer las narrativas de cuatro mujeres que se encuentran al frente de un hogar sin la convivencia de una figura masculina. Para ello, se analizan sus narrativas desde una perspectiva construccionista y de género para comprender tanto el sentido y significado que las mujeres otorgan a su propia vida como las construcciones sociales en torno a la monoparentalidad femenina.

Los objetivos específicos que guían esta investigación son los siguientes: 1) dar cuenta de los relatos de mujeres que viven la monoparentalidad; 2) explorar los significados que dichas mujeres atribuyen a los conceptos de familia, maternidad y el “ser mujer” al frente de una familia; 3) examinar el papel del género en las construcciones subjetivas de estas mujeres y en las de su descendencia y, finalmente, 4) describir las experiencias y emociones de estas mujeres en torno a la monoparentalidad. Idealmente, la consecución de estos objetivos conducirá (por medio del análisis de sus relatos y contextos) a una mejor comprensión de la experiencia de la monoparentalidad en las mujeres.

#### **4.2. Tipo de estudio**

La investigación conducida fue cualitativa de tipo descriptivo (Denzin y Lincoln, 2005) e interpretativo (Denzin y Lincoln, 2017). La investigación cualitativa busca conocer su objeto de estudio a través de una extensa gama de prácticas interpretativas y se vale de un proceso interactivo en el que intervienen la historia personal, la raza, el género y la clase social tanto de quien investiga como de los sujetos de estudio (Denzin y Lincoln, 2012, 2017).

Los investigadores cualitativos estudian las cosas en sus escenarios naturales, tratando de entender o interpretar los fenómenos en función de los significados que las personas les atribuyen (Denzin y Lincoln, 2012, p. 49). Denzin y Lincoln describen a los investigadores cualitativos con el término francés *bricoleur*, es decir, como individuos que interpretan “atrapados en el presente, trabajando contra el pasado a medida que nos movemos hacia un futuro político intenso y desafiante” (Denzin y Lincoln, 2012, p. 34).

La realización de este trabajo de investigación requirió el empleo de un abanico de técnicas, enfoques y métodos para analizar las narraciones obtenidas a través de las entrevistas semiestructuradas. Al mismo tiempo, resultó inevitable que, al abordar la subjetividad de las entrevistadas, pusiera sobre la mesa mi propia subjetividad, pensamientos y sentires sobre los datos obtenidos. Estas reflexiones se abordan en detalle en el capítulo dedicado a la discusión.

### **4.3. Técnica de recolección de la información**

Para abordar a las participantes, empleé entrevistas semiestructuradas (Kvale, 2011) y conversaciones no cotidianas basadas en la línea argumental de la experiencia de vida en la monoparentalidad. Vista desde el enfoque narrativo, la entrevista evoca interpretaciones del mundo y relata una historia de acuerdo con su propia versión de lógica narrativa, lo que permite a los individuos contar historias acerca de sí mismos (Denzin, 2001). Es pues, una narración conversacional creada conjuntamente por el entrevistador y el entrevistado (Alonso, 1995) cuya finalidad es entender el mundo desde la perspectiva del segundo y desmenuzar los significados de sus experiencias (Álvarez-Gayou, 2003; Kvale, 2011). La entrevista semiestructurada me permitió preguntar y escuchar, a través de la interacción con

las participantes, lo que éstas contaban sobre sus experiencias, pensamientos, sueños, temores y esperanzas.

Mi interés principal se centró en las narrativas de las participantes, por lo que empleé la frase “cuéntame tu vida, por donde desees iniciar” como telón introductorio. Es importante señalar que previamente había comentado con aquéllas el propósito de la investigación, por lo que el tema general sirvió de pauta en el punto que escogieron para iniciar el relato de su historia. Para la realización de las entrevistas conté con un guion (Apéndice 1), instrumento que me permitió un acercamiento uniforme para todos los casos y resultó útil para mantener cierta dirección con base en los propósitos de la investigación.

Con la autorización de las participantes, realicé grabaciones de las entrevistas para conservar un registro exacto de sus narraciones, así como para posteriormente transcribirlas y analizar los datos. Conforme las participantes compartían sus relatos, tomé notas de la información que consideré relevante preguntar; en algunas entrevistas retomé ideas previas, aunque en ocasiones las propias entrevistadas volvían a temas e ideas discutidas previamente.

#### **4.4. Participantes**

En un principio, la investigación contemplaba la participación de diez mujeres. Sin embargo, seis de ellas (a pesar de estar a cargo de su descendencia sin la presencia del padre) tenían otras redes de apoyo y vivían en casa de sus padres, por lo que de acuerdo con los parámetros de inclusión su situación se alejaba del criterio de muestra. Por esta razón, opté por limitarme a presentar la historia de cuatro mujeres cuyas características coinciden con los criterios de inclusión.

De las cuatro mujeres entrevistadas, dos están separadas, una divorciada y una soltera. Los criterios de selección requerían que fueran mujeres al frente de familias con estructura monoparental, sin la presencia del padre biológico de sus hijos/as y responsables económicamente de ellos/as; que tuvieran bajo su cargo por lo menos un hijo/a no mayor de 24 años (edad promedio en México en la que se concluye la educación formal) y que vivieran en la Ciudad de México o zona metropolitana (ya que el propósito era conocer la narrativa de mujeres que viven en ámbitos urbanos). Originalmente, también se incluía el criterio de que no tuvieran hijos/as con alguna discapacidad, ya que las familias en dichos casos atraviesan procesos y dinámicas diferentes. Sin embargo, a lo largo de la investigación fue necesario abrir el criterio de inclusión, pues una de las mujeres tenía una hija que, si bien no presentaba alguna discapacidad, sí experimentó complicaciones serias de salud al nacer, información que surgió en el transcurso de la entrevista.

El acceso a las participantes se originó por medio de contactos personales. La muestra se realizó por conveniencia, es decir, la selección fue de manera propositiva hacia mujeres que cumplieron con los criterios de la muestra. El estudio se realizó en la Ciudad de México y zona metropolitana. Las participantes tienen un nivel socioeconómico medio y uno educativo correspondiente al medio superior, y su rango de edad va de los 35 a los 52 años. Las entrevistas se realizaron a mujeres jefas de familia que tienen a su cargo el cuidado de por lo menos un hijo/a que depende económicamente de ella y cuyo rango de edad va de los 0 meses a los 24 años. Las características de las participantes se resumen en la Tabla 1.

<b>Alias</b>	<b>Edad</b>	<b>Escolaridad</b>	<b>Ocupación</b>	<b>Estructura familiar</b>	<b>Con quién vive</b>	<b>Ruta de la monoparentalidad</b>
<b>Centli</b>	36	Maestría	Administradora en una A. C.	Un hijo de 6 meses	Con su hijo	Vinculada a la natalidad (elección)
<b>Angy</b>	52	3er semestre de preparatoria	Barista	Un hijo de 24 años Una hija de 21 años	Con su hija e hijo	Vinculada a la relación de pareja (separada desde hace 11 años)
<b>María</b>	40	Maestría	Psicóloga	Una hija de 15 años	Con su hija	Vinculada a la relación de pareja (separada desde hace 14 años)
<b>Lorena</b>	35	Maestría	Psicóloga	Un hijo de 12 años	Con su hijo	Vinculada a la relación de pareja (separada hace 10 años, divorciada hace 2 años)

Tabla 1. Características de las participantes

#### 4.5. Análisis

Como herramienta para aproximarme a los datos, empleé el análisis narrativo porque no asume la objetividad como medio ni fin, sino que privilegia la subjetividad (Riessman, 2001). En concreto, realicé dos tipos de análisis narrativos complementarios entre sí. El primero es el análisis contextual, propuesto por Zilber, Tuval-Mashiach y Lieblich (2008) y el segundo es el análisis temático, propuesto por Riessman (1993, 2001, 2005).

##### 4.5.1. Análisis contextual

De acuerdo con Juan Carlos Gorlier (2006), el relato de una historia se compone de dos escenarios, uno más visible y explícito que el otro, pero ambos igual de importantes. El primero es el escenario del mundo exterior, donde suceden los acontecimientos y acciones (por ejemplo, los lugares donde ocurre la historia de vida del entrevistado). El segundo es el escenario de la conciencia, donde el entrevistado despliega significados y conexiones menos

visibles y más implícitas (como los sentimientos, las intenciones y los propósitos); el primero es más evidente y claro en la narración, mientras que la comprensión del segundo requiere de un proceso de análisis detallado. Este segundo escenario está cargado de significados que dan forma a la identidad de los individuos. A través del lenguaje expresamos ambos escenarios, otorgándoles sentido y significado (Gil-Juárez y Vitores, 2011).

Las narrativas se encuentran insertadas en una realidad o marco que estructura las formas de vida (Gil-Juárez y Vitores, 2011). Esta estructura se encuentra en constante cambio y se compone del contexto cultural, histórico, social, económico y político, etc. que da sentido a la historia que las personas construyen y que a su vez influye en lo que aquéllas construyen en su espacio relacional. Es importante enfatizar y conocer ese contexto en la construcción, comunicación y comprensión de las historias de vida de las personas.

Rivka Tuval-Mashiach (2014) señala la relevancia de tomar el contexto como elemento de análisis, ya que las personas no pueden construir sus identidades en el vacío y requieren hacer uso de un repertorio de guiones y normas sociales y culturales. Para esta autora, la lectura contextualizada de una narrativa agrega ideas importantes al proceso analítico y permite aproximarnos a un mejor entendimiento de lo narrado por los individuos.

El análisis contextual empleado en esta investigación se basa en la propuesta de Zilber, Tuval-Mashiach y Lieblich (2008). Estas autoras proponen tres ámbitos para el análisis contextual de la narrativa:

1. Las relaciones intersubjetivas inmediatas en las que se produce una narración
2. El campo social colectivo en el suceden la vida y la historia de una persona
3. Los sistemas amplios de significado cultural o metanarrativas que subyacen y dan sentido a cualquier historia en particular

### *Relación intersubjetiva*

Esta esfera considera el uso del lenguaje, los estados de ánimo, las intenciones y las motivaciones al contar una narración específica. De igual forma, toma en cuenta la relación entre las narradoras y la interlocutora, por lo que es necesario considerar qué sabía la entrevistada sobre los objetivos de la entrevista, dónde y cuándo tuvo lugar ésta y por qué, así como quién estuvo presente y las relaciones de poder entre las partes (Zilber, Tuval-Mashiach y Lieblich, 2008; Tuval-Mashiach, 2014). Estos aspectos de la interacción pueden afectar la elección de contenidos incluidos u omitidos por el narrador, el orden en el que se narran los eventos e incluso el énfasis que se pone en ciertos temas en comparación con otros (Tuval-Mashiach, 2014). La relación intersubjetiva implica tomar conciencia de la relación que establecí con las participantes y del impacto que pudo tener tanto en ellas como en mí el breve encuentro que mantuvimos, encuentro que finalmente definió lo compartido y omitido por ambas partes.

### *El campo social*

Los individuos viven en un orden social amplio, definido por espacios (instituciones y organizaciones) y tiempos (eventos y personajes históricos), por lo que, cuando narran sus vidas, sitúan sus historias en ciertas estructuras sociales y eventos históricos: “Su elección del campo social relevante es significativa y puede interpretarse para indicar lo que ven como relevante o importante para su identidad” (Zilber, Tuval-Mashiach y Lieblich, 2008, p. 1053). Las personas a menudo reflexionan sobre su contexto sociohistórico, introduciendo así en su historia eventos colectivos y figuras públicas: “El contexto social puede arrojar luz sobre cómo el narrador se identifica con un colectivo, qué identidades sociales tienen relevancia

para la identidad narrada, y las redes sociales con las cuales el narrador se siente allegado” (Tuval-Mashiach, 2014, p. 130).

### *Metanarrativas culturales*

Las metanarrativas son redes de significados que reflejan temas culturales y creencias que dan coherencia y legitimidad a una historia local. Cada cultura tiene varias metanarrativas y cada historia puede hacer eco de una o más metanarrativas, locales o universales. Las sociedades y subgrupos pueden diferir en las metanarrativas que las caracterizan, por lo que dicho contexto cultural necesita ser explicado en cada caso particular para seguir la dinámica personal de la narración (Tuval-Mashiach, 2014; Zilber, Tuval-Mashiach y Lieblich, 2008). La finalidad es analizar cuáles son las metanarrativas presentes en las narrativas particulares y explicar cómo las primeras también dicen algo de lo que le acontece tanto a la persona que narra como a la que escucha su relato.

Las metanarrativas construyen la historia y dan forma a la trama, aunque pueden ser utilizadas sin reconocimiento explícito por parte del narrador. Por ello, deben ser desentrañadas de abajo hacia arriba a través de movimientos interpretativos y descubiertas (o reconstruidas) por medio de la lectura y abstracción de patrones culturales generales (como líneas argumentales, roles de figuras, moralejas, lecciones, escenas típicas, etc.), o bien ser traídas a primer plano por el investigador mientras abstrae las ideas de la literatura de investigación (Tuval-Mashiach, 2014; Zilber, Tuval-Mashiach y Lieblich, 2008).



#### 4.5.2. Análisis temático

La propuesta del análisis narrativo de Riessman (1993, 2001, 2005), que entiende por narrativa un relato que alguien cuenta sobre determinado hecho y es escuchado por un receptor, fue empleada para abordar las narrativas de las participantes. Al realizar un análisis narrativo temático del contenido de un texto, se hace hincapié en el *qué* más que en el *cómo*, por lo que el lenguaje constituye no tanto un tema sino un recurso en la investigación. Lo anterior tiene la finalidad de responder efectivamente a las preguntas sobre *qué* se dice más que el *cómo* se dice o a quién y con qué fines (Riessman, 2001, 2005). El análisis narrativo temático pone énfasis en *lo dicho*, de manera que cuando alguien cuenta algo y parece no tener orden, es labor de quien investiga transformarlo para volverlo inteligible, dándole sentido a la historia relatada y convirtiéndola en narración.

El análisis temático puede aplicarse tanto a documentos escritos como a historias que se desarrollan en entrevistas y reuniones de grupo. Así, es posible ver cómo las historias pueden tener efectos para narradores individuales más allá de sus significados, posibilitando la formación de identidades sociales, pertenencia grupal y acción colectiva (Riessman, 2001, 2005) a través de la identificación, el análisis y la búsqueda de patrones o temas en los datos (Braun y Clarke, 2006).

El método del análisis temático no se ocupa del proceso de desarrollo de una historia en un intercambio de conversación o del papel de la pregunta en la constitución de la respuesta dada, y tampoco pone énfasis en el contexto local o de las condiciones en las que se produce la narrativa (Riessman, 2001). Por ello, es preciso emplear el análisis contextual como complemento del análisis temático, ya que permite una mejor comprensión de la narrativa relatada.

En resumen, busqué contextualizar las narraciones de las participantes para analizarlas y comprenderlas más a fondo. Mi interés no se centró en *buscar la verdad* o *falsedad* de sus historias ni en cuestionar su modo de vida o las decisiones que han tomado. En concreto, mi objetivo era conocer y entender cómo las participantes dan coherencia a sus vidas cuando hablan de sí mismas y cómo le otorgan sentido a un evento de modo que se vuelve importante para ellas. Con esa finalidad, tomé en cuenta las conexiones cambiantes de la vida que se forjan entre pasado, presente y futuro y que les posibilitan una manera de volver a repensar sus experiencias (Riessman, 2005).

#### **4.6. Procedimiento**

##### *De la aproximación a las participantes*

Para encontrar a las mujeres que participaron en este estudio recurrí a miembros de mis redes sociales personales. Les expliqué mi objetivo de investigación con la finalidad de que me pusieran en contacto con mujeres que estuvieran a cargo de sus hijos e hijas sin la presencia del padre. Una vez que me refirieron a un grupo de mujeres que cumplían con el criterio de selección, estas últimas autorizaron que me fueran proporcionados sus números de teléfono para ponerme en contacto.

En un primer momento, hablé por teléfono con cada una de ellas para explicarles el objetivo de la investigación e invitarlas a participar. Una vez que accedieron, acordamos lugar y fecha para una entrevista en la que señalé el carácter confidencial y de absoluto respeto del estudio, enfatizando que no se trataba de una terapia sino de una investigación (Apéndice 2). Asimismo, les informé que en caso de necesitar atención terapéutica podría canalizarlas con especialistas.

Por último, señalé que la participación en este estudio era voluntaria, por lo que podían retirarse de él en el momento en que lo así lo desearan y les entregué una carta de consentimiento informado en la que se explicaba el objetivo y el procedimiento a seguir. Las entrevistas se realizaron en un solo encuentro, con una duración de hora y media a dos horas según la disponibilidad de cada participante.

### *De la aproximación a los datos*

Para comenzar el análisis de la información, transcribí las entrevistas lo más fielmente posible. Una vez realizado lo anterior, volví al propósito general y a los específicos como bases para la elaboración de la guía de la entrevista semiestructurada.

El segundo paso fue familiarizarme con los datos a través de lecturas repetidas de las entrevistas, en las que buscaba significados y patrones. Este ejercicio me proporcionó las herramientas para tener tanto una idea particular de cada narración como una general de todas en conjunto.

Como tercer paso, realicé un análisis para definir temas iniciales, es decir, un listado sistemático como recopilación de datos relevantes para cada tema (Coffey, 1996). Para ello, hice un análisis horizontal de los casos de estudio, examinando párrafo por párrafo las transcripciones de las entrevistas, analizando las estructuras, nombrando temas y sintetizando por medio de categorías de análisis de contenido (Bolívar, 2012). Posteriormente, realicé un análisis vertical comparativo con cada historia (Bolívar, 2012), buscando patrones, comparaciones, similitudes y diferencias en la vida de las participantes.

En el cuarto paso hice la búsqueda de temas teniendo como base el análisis por caso y la comparación entre ellos. Para ello elaboré una clasificación de temas potenciales,

recopilando datos relevantes para cada uno y examinando cuales podrían agruparse como tema general y cuáles podrían considerarse como subtemas.

En el quinto paso llevé a cabo una revisión de temas, es decir, una comprobación de si los temas seleccionados funcionan en relación con los extractos codificados. En otras palabras, comprobé si la selección de temas y subtemas tenía sentido y coherencia. De igual forma, reordené y reduje el número de aquéllos.

Como sexto paso definí y nombré temas, refinando sus detalles particulares y la historia general del análisis, generando definiciones y nombres claros para cada uno.

Una vez completo el análisis temático llevé a cabo el contextual. Para realizar este último, tomé de nuevo cada historia y realicé una lectura párrafo por párrafo, extrayendo los elementos que corresponden a cada uno de los tres ejes del análisis contextual. En algunos casos, estos tres ejes se encuentran entrelazados, por lo que primero realicé un análisis por eje y posteriormente agrupé los elementos en forma de texto.

#### **4.7. Consideraciones éticas**

Antes de realizar las entrevistas, expliqué a las participantes el propósito de la investigación. Posteriormente, les facilité un folleto informativo sobre el estudio, detallé el procedimiento de las entrevistas y señalé que éstas serían grabadas para su análisis posterior. Finalmente, entregué a cada participante una carta de consentimiento informado en la que se explica el objetivo del proyecto, el procedimiento y su confidencialidad (Apéndice 2).

Aunque desde un primer momento expliqué a las participantes que debían escoger un pseudónimo para los propósitos de la investigación, no todas quisieron hacerlo, por lo que algunas de ellas se presentaron con sus nombres reales. No obstante, obedeciendo al carácter confidencial y anónimo de este estudio, sus nombres han sido cambiados.

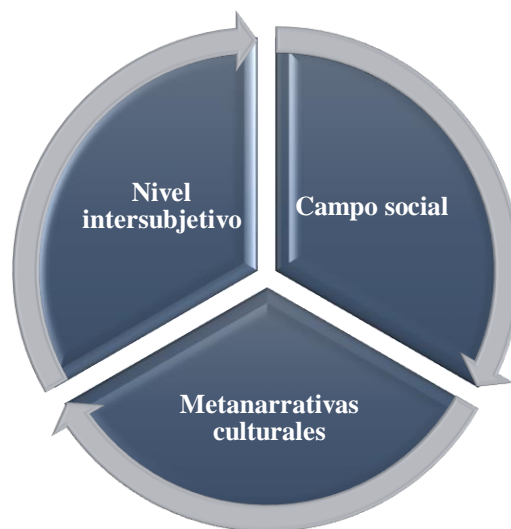
## Capítulo 5. Resultados y su análisis

A continuación, expongo los resultados del análisis de los relatos de cada una de las participantes. Para ello, contextualizo la historia de cada una de ellas como introducción, para luego pasar al análisis contextual y finalizar con el análisis temático de cada narrativa.

### 5.1. Principales hallazgos

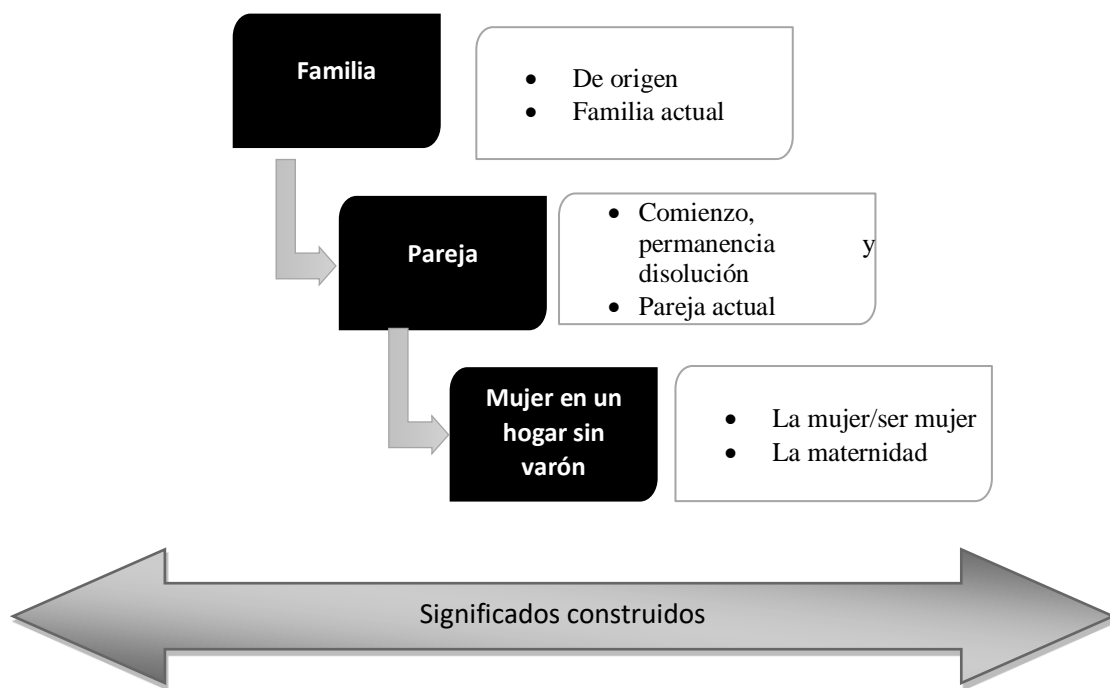
Los relatos de las participantes en esta investigación tienen estructuras y temas semejantes. Una vez realizado el análisis de sus narrativas con base en los autores mencionados, tracé los resultados encontrados de forma que representaran los temas principales surgidos en las mismas. La presentación de dichos resultados sigue una estructura similar en los cuatro casos estudiados: en primer lugar se ubica el análisis contextual (véase Mapa 1) como antesala de cada narrativa. Este análisis se compone de tres ejes: la relación intersubjetiva, el campo social y las metanarrativas culturales.

Mapa 1. Análisis contextual



El siguiente paso consiste en el análisis temático (véase Mapa 2). Este análisis se compone de tres temas principales: la familia, la pareja y la mujer en un hogar sin varón (cada uno de éstos se compone a su vez de dos subtemas). Además, cada tema tiene un apartado titulado “Significados construidos”, en el que se rescatan tanto las ideas principales en las que se basó la narración como lo que aquéllas han significado para la narradora.

Mapa 2. Análisis temático



En términos generales, las narraciones de las participantes proporcionan numerosos detalles acerca de sus vidas, tanto antes como después de sus relaciones sentimentales. Lo anterior es muestra de que los individuos atribuyen significado a sus experiencias, mismas que posteriormente servirán para explicar hechos, conductas y pensamientos que darán forma a su identidad. En este caso, dichas experiencias constituyen la mirada que las participantes usarán para ver y explicar su propia vida, así como lo que entienden con respecto a las ideas de familia, maternidad y monoparentalidad. Es importante señalar que, pese a que sus experiencias de vida son distintas, existen algunas similitudes en sus vivencias.

## **5.2. ¿Quiénes son las participantes?**

Aunque las características principales de las mujeres entrevistadas ya fueron descritas previamente, es importante presentar una breve introducción para entender quiénes son, comprender a fondo sus historias y representar fielmente éstas últimas.

En tanto que toda investigación refleja el punto de vista de quien investiga y no existen conocimientos u observaciones libres de teoría, ya no podemos considerarnos espectadores neutrales del mundo social (Denzin y Lincoln, 2017, p. 38). En este sentido, Donna Haraway (1988) señala la importancia del conocimiento situado, por lo que considero necesario revalorar el papel del investigador, es decir, los ojos que ven, observan y finalmente construyen su conocimiento desde un lugar, que a su vez ha sido construido por algo más. Con base en lo anterior, opino que se trata de la epistemología de *quien mira*, es decir, de mi propia aproximación epistemológica que aborda a *quien es mirado*, que no es una *cosa* inerte o un *objeto*. Miro, escucho y observo desde una posición específica, desde mi propia construcción y subjetividad, por lo que describo a las participantes desde *mi* epistemología:



cuando nos situamos desde lo que somos y desde lo que es lo otro, construimos las ideas a partir de la cultura, el contexto y la historia, etc., aprendiendo así de la otra persona.

Esta postura conduce hacia el giro reflexivo (Passeggi, 2020) o reflexividad (Whitaker y Atkinson, 2019). La reflexividad expresa la conciencia de que entre el investigador y el objeto de estudio existe una relación mutua (Whitaker y Atkinson, 2019). En este sentido, como investigadora me encuentro involucrada en los proyectos que conduzco, por lo que al investigar modifico a la persona investigada y, a su vez, esa persona me modifica a mí. La reflexividad forma parte de la investigación y su reconocimiento exige considerar las bases de los supuestos teóricos, estar abierta a conducir revisiones a la luz de las observaciones, examinar los supuestos metodológicos y ser consciente de los lentes disciplinarios que informan el pensamiento actual: “La reflexividad no es solo reflexión a nivel personal, aunque implica una práctica reflexiva: la reflexión sobre el yo del investigador (sesgos, preferencias, biografía y práctica) es la base para una investigación sólida y ética” (Whitaker y Atkinson, 2019, p. 3). La reflexividad se fortalece cuando reconocemos que las voces y emociones de las participantes construyen los relatos de la investigación y el análisis que hagamos de éstos se verá influenciado por nuestra propia emocionalidad (Lumsden y Bradford, 2019).

De manera que con el relato de las participantes fui experimentando diversas emociones en diferentes momentos de la investigación. Particularmente, para realizar el análisis y la redacción de resultados, tomé conciencia de dos periodos en mi propia vida: el antes y después de mi experiencia en la maternidad. De igual forma, mi formación como terapeuta familiar me facilitó interactuar con las participantes para establecer con ellas una relación de confianza. Sin embargo, tomando en cuenta que las entrevistas no se condujeron en el contexto de un proceso terapéutico, no me era lícito presentar determinadas preguntas

a las participantes. Durante las entrevistas, mi rol era otro: el de investigadora, por lo que *debía* permanecer atenta a la escucha, dejando que aquéllas hablaran sobre su vida y sobre sí mismas y evitando hacerles preguntas que cuestionaran sus ideas o lo que a mí me pareciera incongruente en sus narraciones. En los casos en que me cuestionaba las situaciones que describían, por ejemplo, cuando hablaban de la violencia que habían sufrido, evité formular preguntas como “¿por qué seguían ahí? o ¿cómo vivían esa violencia?” porque no nos encontrábamos en un *proceso terapéutico*. A pesar de que me interesaba saber más sobre esos episodios, evité cuestionarlas al respecto porque mi objetivo principal era que hablaran sin dirección alguna de mi parte acerca de lo que ellas quisieran compartir, tanto en relación con su historia de vida como en torno a su experiencia con la monoparentalidad.

### *Presentación de las participantes*

#### *Centli, 36 años*

Nos reunimos en los jardines del Centro Nacional de las Artes. Es originaria del interior del país, tiene un hijo de 6 meses y vive desde hace 12 años al sur de la Ciudad de México, lugar al que llegó para realizar sus estudios. Tiene una Maestría en Psicología Comunitaria y actualmente trabaja en una asociación civil. Cuando era pequeña, su padre y madre fueron asesinados en la comunidad donde vivían; ella y su hermano fueron adoptados por otra pareja, amigos de sus padres biológicos. Centli decidió recurrir a la fertilización *in vitro* porque quería tener un hijo y se asume como madre soltera.

*Angy, 52 años.*

Angy y yo nos reunimos en casa de un amigo en común, persona que originalmente nos puso en contacto. Vive al norte de la Ciudad de México con un hijo de 24 años y una hija de 21. Estudió hasta el tercer semestre de preparatoria y actualmente trabaja como barista en la cafetería de su hijo. La casa en la que vive es rentada (la suya la dio en renta). La madre de Angy falleció cuando ella tenía 16 años y su padre aún vive. Angy se casó pero vive separada desde hace 11 años; los motivos de la separación fueron los constantes conflictos que tenía con su pareja, aunque principalmente obedeció a que descubrió que él tenía otra relación. Desde de la separación, el padre le paga una pensión para su hijo e hija. Angy se asume como madre soltera.

*María, 40 años*

Nos reunimos en su trabajo, después de su jornada laboral. Vive al norte de la Ciudad de México con su hija de 15 años (anteriormente vivía con su padre y madre). Realizó una Maestría en Psicología educativa pero no ejerce su carrera. Se separó del padre de su hija desde hace 14 años debido a los problemas que tenían y a la violencia que había en la relación. Se hace responsable de su hija en todo sentido, pues no recibe apoyo económico de su expareja. María se asume como madre soltera.

*Lorena, 35 años.*

Nos reunimos en una cafetería, cerca de su casa. Creció en Texcoco pero vive en el centro de la Ciudad de México con su hijo de 12 años y tiene una Maestría en Psicología. Lorena es la hija menor de una familia compuesta por tres hermanos; sus padres son ya adultos mayores.

Lorena fue adoptada por dicha familia cuando era pequeña. De su familia biológica, solamente tiene contacto con su hermana. Se separó de su esposo hace 9 años porque descubrió que la había estado engañando. Para Lorena es complicado asumirse como madre soltera, ya que recibe apoyo económico por parte del padre de su hijo. Desde que se separó, se ha hecho cargo de su hijo en todos los sentidos, incluyendo el económico, lo que se ha vuelto tema frecuente de conflicto con su expareja.

### **5.3. Del análisis contextual al temático en cada una de las participantes**

#### *5.3.1. Centli*

##### **Análisis contextual**

*A) Nivel intersubjetivo.* Centli sabía que esta investigación se enfocaba en mujeres que crían a sus hijos sin la presencia del padre. Este conocimiento, aunado a la frase “cuéntame tu vida, por donde quieras empezar” que empleé como apertura de la entrevista, dio pauta para que eligiera el inicio de su historia. Centli estructuró el relato que produjo durante la entrevista alrededor de lo que denominó “facetas” de su vida y decidió comenzar con su origen, es decir, las dos familias (una biológica y otra adoptiva) a las que ha pertenecido. Con base en su narración, Centli parece relacionar su elección de ejercer la maternidad sin una pareja con su historia familiar y sus experiencias en la niñez.

Centli compartió un dato en extremo revelador al comenzar la entrevista: el asesinato de sus padres. Habló sobre la pérdida de estructuras elementales en su vida y la inmediata incorporación a una nueva familia, misma que en principio era pequeña pero creció con la rápida adición de otros miembros.

Centli no sólo enfatizó su origen familiar, sino también su origen como mujer indígena y campesina, mismo que dio dirección a su vida a partir de una serie de episodios infortunados que compartió conmigo más adelante.

*B) Campo social.* Centli comenzó el relato de su historia con el asesinato de sus padres, que ocurrió a resultas de un problema agrario y la pelea por tierras. De esta manera, introdujo una trama que desencadenó una serie de tragedias en su vida: el tema de los usos y costumbres en un poblado del norte del país. Durante la década de 1980, la comunidad en la que Centli creció se regía por el sistema consuetudinario o de usos y costumbres y predominaba el cacicazgo. De igual forma, la repartición de la tierra en ejidos era y sigue siendo práctica común en diversos lugares del país, pues es de vital importancia para los habitantes, quienes deben cumplir con una serie de disposiciones para poseer una parte de la tierra.

Los padres de Centli, originarios de otra parte de la república, eran profesores que se asentaron en el norte del país. Formaban parte de un grupo de docentes que profesaban la ideología marxista, por lo que arribaron a una comunidad que no compartía sus ideales. Este grupo, que enarbolaba ideas de lucha y justicia social, terminó confrontándose con el cacique del pueblo, lo que desencadenó una serie de asesinatos. Los padres de Centli fueron víctimas de uno de estos crímenes, por lo que ella y su hermano quedaron huérfanos y debieron hacer frente a un conjunto de problemas relacionados con la repartición de las tierras ejidales.

Conscientes de que sus ideas políticas ponían en riesgo sus vidas, los padres biológicos de Centli hicieron un pacto con otra familia: acordaron la adopción mutua de sus respectivos hijos en caso de una tragedia. A raíz de ello, Centli vivió dos procesos de

adopción. El primero, iniciado por sus padres adoptivos, no pudo concretarse ante las autoridades correspondientes, por lo que Centli creció sin una identidad legal (cabe señalar que, al carecer de documentos de identidad legal, Centli no pudo asistir a la escuela y fue educada en casa). El segundo proceso de adopción se refiere al amparo colectivo que Centli recibió al convertirse en “hija de la comunidad” y ser “adoptada” por ésta. En concreto, se trata de la protección que recibió debido a que la comunidad se sentía en deuda con ella por la lucha que sus padres (con el resto de los profesores marxistas) entablaron contra el cacique, lucha que les había costado la vida. Aunque la comunidad trató de protegerla de represalias, el hijo del cacique violó a Centli cuando ésta tenía 13 años, tras lo cual la dejó abandonada, dándola por muerta. Esta situación provocó que los pobladores se llevaran a Centli fuera de la comunidad para ponerla a salvo.

Con base en lo relatado por Centli, es posible observar que factores como el Estado, la ideología, la lucha por la tierra, el abuso de poder y la violencia se entrecruzaron para encauzar su vida y la de su hermano.

*C) Metanarrativas culturales.* Para interpretar mejor una historia, es preciso detenernos en cómo ésta destaca la relación entre la estructura social y las instituciones en la vida de los individuos. De acuerdo con Centli, su vida (o el curso que tomó su vida) fue producto de la inserción de sus padres en una comunidad donde predominaba la ley del más fuerte, es decir, la voluntad del cacique, por lo que el intento de romper con esas prácticas de poder detonó una serie de conflictos posteriores. La persecución de sus padres biológicos debido a sus ideas de justicia social obligó a Centli a hacer frente a una serie de problemas, entre ellos el conflicto por las tierras familiares, mismo que continuó hasta que ella cumplió 18 años.

Asimismo, derivó en el despojo de su identidad y existencia legal como ciudadana, coartando así sus derechos humanos.

En este contexto, como parte de las metanarrativas culturales, también es preciso considerar el papel de la mujer, ya que en el caso de la historia de Centli la propiedad de las tierras que pertenecían a su padre pasó directamente a su hermano, quien no obstante tuvo que renunciar a ellas y huir definitivamente de la comunidad al ser perseguido y amenazado de muerte. Dichas propiedades pasaron a manos de su padre adoptivo hasta que Centli alcanzara la mayoría de edad.

Como puede verse, la vida de Centli ha sido determinada por diversas fuerzas sociales. Esta mujer se presenta como una persona con un “yo” fuerte, que ha sobrevivido a los embates de la vida y ha luchado para permanecer de pie pese a las adversidades.

## **Análisis temático**

### **A) Familia. De la familia biológica a *hija de la comunidad***

*...entonces  
la comunidad dice que yo soy hija de la comunidad,  
aunque tengo a mis papás,  
pero yo soy hija de la comunidad (Centli).*

Centli divide su vida en “muchísimas facetas”. Para su relato, decidió empezar con su origen y adentrarse después en el tema de su familia. Esta última la dividió en dos, la biológica y la adoptiva. Como ya hemos visto, fue adoptada dos veces: la primera, por la familia que la acogió a ella y a su hermano, y la segunda, como ella dice, por “la comunidad”. Los tipos de familia a las que Centli ha pertenecido han jugado un papel fundamental en la construcción de su identidad, ideas, pensamientos y relaciones interpersonales.

En términos generales, hablar de la familia de Centli conduce a un entramado de relaciones que convergen en diversos significados y estructuras que han influido en ella. A continuación, exploraré el concepto de familia en la historia de Centli.

### *Familia de origen*

La familia de origen es entendida por Centli como el grupo de personajes más significativo en la historia personal, a partir de los cuales se otorga sentido y explicación a la narración del sí mismo. En la familia de origen se construyen las primeras ideas del ser hombre y mujer, padre y madre, y se obtienen experiencias que otorgan significado a la adultez. Se coloca así a la familia como eje primordial en la construcción de pensamientos e ideas, pero sobre todo, como generador del significado que Centli le da a la vida misma.

Son tres los elementos centrales que conforman la idea de familia de origen en el relato de Centli. El primero son los padres biológicos. Como ya se mencionó, los padres biológicos de Centli eran profesores de primaria, enviados a trabajar a un estado del norte del país. Una vez ahí, formaron una familia compuesta por padre, madre, hijo e hija (Centli). El padre fue asesinado a resultas de una disputa ejidal con el cacique del pueblo cuando Centli tenía cuatro años (su madre fue asesinada cuatro años después). A partir de ese momento, es preciso considerar el segundo elemento, es decir, la “segunda familia”: Centli y su hermano fueron adoptados por una maestra, quien tiempo después contrajo matrimonio (esta pareja, también maestros de profesión, había mantenido amistad con los padres biológicos de Centli). El padrastro de Centli tenía 3 hijos propios, por lo que la nueva familia quedó



integrada por los padres más 5 hijos. Posteriormente, esta pareja tuvo 3 hijos más, por lo que la familia quedó integrada por la pareja de padres más 8 hijos (3 mujeres y 5 hombres).

Centli vivió y creció con esta nueva familia durante dos periodos intermitentes, en los que acontecieron dos hechos que la obligaron a salir del pueblo. El primero se trata de la violación de la que fue víctima cuando tenía trece años, ocasión en la que, por decisión de sus padres adoptivos, tuvo que abandonar el pueblo durante año y medio para ponerse a salvo; a su regreso, se integró nuevamente en la comunidad y en su familia. El segundo episodio sucedió cuando Centli tenía dieciocho años y la persona que años atrás había abusado sexualmente de ella (el hijo del cacique local) intentó hacerlo de nuevo; Centli relata que se encontraba en campo abierto y tenía un machete, con el que mató a su agresor al defenderse. Tras estos hechos, Centli abandonó nuevamente la comunidad, esta vez durante tres años, tiempo en el que se realizó una investigación que finalmente la absolvió de responsabilidad. En palabras de Centli, al volver “continúo ahí la vida”.

La vida a la que Centli volvió con sus padres adoptivos siguió lo que ella llama “el típico rol femenino”. Sin embargo, Centli tenía una condición especial con sus padres adoptivos: por un lado, al ser la hermana mayor, debía ayudar a su madrastra en los quehaceres del hogar y el cuidado de los hermanastros menores y, por otro, se le permitía hacer labores consideradas masculinas, como ir a la milpa y usar las herramientas de su padrastro (cosa que no se le permitía al resto de sus hermanastras). El trato que recibieron Centli y su hermano también era distinto: ella era tratada con más cariño y delicadeza que aquél, que recibía un trato más rudo por ser hombre. Centli relata que su padrastro le exigía mucho a aquél y era “muy duro con él”, por lo que abandonó la comunidad cuando alcanzó la mayoría de edad. La vida de Centli y su hermano al interior de esta nueva familia no fue

del todo fácil, ya que sus abuelos adoptivos tampoco los veían con buenos ojos y no los aceptaron como miembros de la familia (este rechazo fue mutuo). En palabras de Centli,

*[sobre su hermano biológico] como mayor de todos los hermanos, le exigían mucho más, mi papá fue muy, muy duro con él, a mí por ser mujercita, había como más cariño, más cuidado, más delicadeza, yo creo que eso también hizo que yo estuviera más apegada a mis papás que mi hermano, yo creo que por eso mi hermano decidió irse [...] Los abuelos de parte de los papás adoptivos [...], ellos no me consideran parte de la familia [...] Para ellos soy la arrimadita, no es buena la relación, mis hermanos sí, ellos sí van con sus abuelos, ellos llevan bien la relación con ellos. Ellos no son de la comunidad. A pesar de que son los papás de mis papás, creo que es mutua la sensación de que yo no los considero mi familia, porque ellos no me consideran de su familia, y creo que tengo la posibilidad de elegir si quiero que sean mi familia o no, entonces, prefiero llevar las cosas con ellos en paz, a lo lejos.*

La tercera familia a la que Centli perteneció es la que ella denomina “la comunidad”. Los que encabezan “la comunidad” son las autoridades del pueblo, es decir, los “ancianos”, quienes toman casi todas las decisiones, incluso las relacionadas con la vida privada de los habitantes. De hecho, no sólo Centli fue adoptada por “la comunidad”, también lo fueron sus padres, quienes habían luchado para recuperar las tierras invadidas por el cacique. En agradecimiento, “la comunidad” los adoptó a través de la entrega de tierras y otorgándole a su padre el derecho de ser ejidatario. Por ende, al ser asesinados los padres, “la comunidad” se adjudicó la responsabilidad del cuidado de sus hijos huérfanos.

La “adopción de la comunidad” de Centli y su hermano inició después del asesinato de sus padres. Durante los primeros tres años subsecuentes al fallecimiento de su madre, “la comunidad” se hizo responsable de ellos: vivían de casa en casa (donde les atendían, daban de comer y dormían), es decir, fueron adoptados brevemente por distintas familias en tanto se reunían con sus padres adoptivos. Al respecto, Centli relata lo siguiente:

*...Yo era hija de la comunidad. Después de que mi mamá es asesinada, la comunidad se hace responsable de mí como por dos o tres años, en esos dos o tres años yo pasaba de casa en casa de la comunidad, los días que podían atenderme en una casa yo estaba ahí, me daban de comer, antes de que mis papás adoptivos pudieran hacerse cargo de mí, porque ellos estaban como maestros en [...] que estaba retirado pues totalmente de [lugar donde vivían] sí, como que nos adoptaba cada familia, a mí y a mi hermano, entonces, por eso dicen que yo soy hija de la comunidad.*

Aunque finalmente los padres adoptivos se hicieron cargo de Centli y su hermano, “la comunidad” no abandonó la responsabilidad de su cuidado, pues cuando sucedieron los hechos que la obligaron a salir del pueblo, “la comunidad” llevó a cabo las indagatorias, protegiéndola y buscando una resolución a su favor. Aunado a lo anterior, en su papel como “padre y madre” de Centli, “la comunidad” decidió su futuro de acuerdo con las creencias y tradiciones locales, resolviendo, por ejemplo, cuándo y con quién debía casarse:

*La comunidad empieza a llevar todo el proceso y son los que me protegen, en la resolución a final de cuentas fue favorable porque fue en defensa propia y ya estaba el antecedente de lo que él había hecho anteriormente [...] ya después cuando sale toda la resolución a mi favor, vuelvo a regresar a mi comunidad y continuó ahí la vida. La gente de la comunidad, los ancianos, intentan casarme cuando yo regreso otra vez, yo no quería casarme, por la edad que ya se me estaba pasando la edad, tenía yo 22 años, ellos decían que ya me estoy quedando y entonces, me quieren casar, pero era un matrimonio arreglado, yo no quiero casarme les pido ayuda a mis papás, y mis papás me vuelven ayudar a salir de ahí para irme [...].*

De tal manera que Centli, al contar con dos familias adoptivas, tiene que “consultar” sus decisiones con ambas estructuras y cualquier resolución requiere el consentimiento de “la comunidad”. Los padres adoptivos eran los voceros de los (as) hijos (as), pero Centli tiene que hablar con ambas autoridades; cuando toma una decisión, la consulta primero con sus

padres adoptivos, quienes son los encargados de informar a “la comunidad” y ésta, a su vez, la manda a llamar para informarle de su decisión.

En Centli convergen tres lazos distintos de unión familiar, cada uno con su respectiva estructura: la biológica, la adoptiva y la comunal. Este entramado de ideas, creencias y formas de entender la realidad ha aportado de diferente manera a conformar la personalidad de Centli. Cabe señalar que existen similitudes entre estas estructuras, sobre todo respecto a las de las familias adoptivas, ya que ambas se encontraban influenciadas por el pensamiento y las tradiciones comunitarias que terminaron por impactar en la vida de Centli.

La influencia de “la comunidad” en Centli era y es todavía significativa. Parte del trabajo realizado por sus padres biológicos fue la creación de una organización que promueve el cultivo y comercialización de los productos del pueblo. Centli trabaja para dicha organización poniendo sus tierras al servicio de “la comunidad”, lo que le ha valido el título de “señora respetable”. Sin embargo, para conservar dicho título, tiene que llevar una vida de acuerdo con las normas dictadas por “la comunidad”, por ejemplo, tener hijos solamente dentro del matrimonio o casarse únicamente con algún miembro de “la comunidad” y en segundas nupcias:

*Creo que hay algo que ahora que lo pienso, algo que influía mucho y era que la comunidad dice, pero la comunidad me dio a mí el estatus de señora respetable, porque yo estaba sin casarme, porque no tenía pareja, pero porque yo seguía ayudando a mi comunidad, a partir de la organización seguía, la cantidad de hectáreas que yo tengo son como 7 hectáreas, de esas 7 hectáreas prácticamente son 5 las que la comunidad siembra, y el trato que yo hice es que todo el usufructo de esas 5 hectáreas es meramente para la comunidad, las hectáreas siguen siendo mías, pero la comunidad es la que las va a trabajar, del producto que sale de ahí, un porcentaje es lo que se va a la organización, el resto, te estoy hablando de que un 30% se va a la organización, el 70% restante, es para mi comunidad, [...] entonces, ellos por ese hecho me dan ese estatus de persona*

*respetable y la comunidad lo único que me pide es que si me voy a casar, sea dentro de la comunidad y en segundas nupcias, algo que yo no acepté.*

Las segundas nupcias es una práctica común en la comunidad, en la que un hombre que ya tiene una esposa acepta tener una segunda (en casas separadas). La condición para este tipo de unión es que la primera esposa no haya podido tener hijos o que éstos hayan fallecido.

Cuando Centli tenía veinticinco años quiso tener hijos y casarse, por lo que acudió a “la comunidad” para informarles de su deseo. En respuesta, le dijeron que solo podría contraer matrimonio con un miembro de la comunidad (pues es difícil que ésta acepte a alguien de fuera). Al mismo tiempo, como víctima de abuso sexual y teniendo en cuenta su edad, se le dijo que las segundas nupcias era la única opción para casarse, ya que *no era apta para ser primera esposa*, situación que Centli no aceptó:

*...yo les digo a los ancianos de la comunidad que yo sí quiero tener hijos y que, sí me quiero casar, entonces ellos me dicen que en la comunidad va a ser difícil y me dicen que va a ser muy difícil que la comunidad acepte una pareja de fuera. [...] según la comunidad no iba a haber quién me aceptara en primeras nupcias por lo que yo ya había pasado [...] el que me habían violado, principalmente eso, como que yo ya no era apta para entrar como primera esposa, entonces era en segundas nupcias, por eso y por la edad. Yo dije que no.*

Cuando Centli informó a la comunidad su deseo de casarse y tener hijos, sabía lo difícil que sería para ella llevar una forma de vida diferente a la propuesta por las autoridades del pueblo. De acuerdo con lo dictado por aquéllas, el papel de la mujer al interior de la comunidad se halla claramente delimitado: a las mujeres no se les permite usar pantalón, solamente las mujeres jóvenes, las viudas o las dispuestas para segundas nupcias pueden llevar el cabello suelto como mensaje de disponibilidad para casarse (pues el cabello es

sinónimo de feminidad). Aquellas mujeres que rompen estas reglas son mal vistas y no son consideradas dignas de respeto:

*Yo sabía que iba a ser totalmente difícil por varias cosas, ahí en la comunidad las mujeres no pueden utilizar pantalón, yo cada vez que llego a la comunidad, ahorita ya aceptan que yo llegue con pantalón pero, normalmente cuando llego a la comunidad tratando de respetar la tradición llego con falda, esa es una de las cosas que tiene la comunidad, otra es que yo cuando llego a la comunidad, no puedo llegar con mi cabello suelto, el cabello suelto para los hombres y mujeres de la comunidad significa que esa mujer está disponible, normalmente las jovencitas son las que traen su cabello suelto, las que lucen su cabello... [significa que están] para el matrimonio, que están solteras o que están viudas y que pueden volver a casarse en segundas nupcias. [...] las prostitutas traen el cabello suelto, las mujeres respetables para los hombres de la comunidad, son las que traen el cabello o trenzado o lo traen cubierto. Entonces, cuando llego a la comunidad llego con mi cabello trenzado también, es muy importante para la comunidad el cabello en las mujeres, es como que, si es muy mujer, que, si es muy femenina, las mujeres que se cortan el cabello, es porque quieren ser más como los hombres, entonces son un poquito relegadas, son tratadas de forma distinta.*

La negativa de Centli a la propuesta de segundas nupcias se debió a dos motivos: el primero consiste en que, si bien ella deseaba casarse y tener hijos, también quería seguir estudiando. Debido a los problemas en la adopción, Centli no acudió a la escuela de manera regular y no fue sino hasta los 23 años que empezó a cursar la primaria abierta (recién había terminado dicho nivel escolar cuando le propusieron el matrimonio de segundas nupcias), por lo que deseaba continuar con su educación. El segundo motivo fue que le tocó ver de cerca la experiencia de segundas nupcias con su mejor amiga, quien tenía *dos mamás*. Centli veía sufrimiento en ambas señoras a pesar de que tenían buena relación y no quería eso para ella (en comparación con su experiencia de tener un solo *papá* y una sola *mamá*, quienes decidieron no aceptar “vivir así”).

Después de rechazar la propuesta de segundas nupcias, Centli se concentró en sus estudios. Cuando tenía 25 años se trasladó a la Ciudad de México, donde empezó a trabajar y cursó la secundaria y la preparatoria abiertas. Después ingresó a la universidad para estudiar una licenciatura (originalmente pretendía estudiar Medicina pero su edad se lo impidió) y se decidió por la Psicología. Al terminar la carrera, cuando ya contaba con 32 años, Centli obtuvo una beca para estudiar una maestría en el extranjero.

De acuerdo con Centli, esta experiencia de vida dista mucho de la que quería para sí cuando era pequeña. A pesar de las experiencias por las que había atravesado, la socialización de Centli giró en torno a una estructura familiar nuclear, siguiendo un patrón establecido socialmente que permeó su individualidad y le señaló un esquema de vida que (en el caso de las mujeres) consiste en estudiar, concluir la carrera, casarse y tener hijos:

[cuando era pequeña] *Yo vivía en el cuento de hadas, yo decía “y entonces a los 18 años, yo voy a ir entrando a la carrera, iba a terminar a los 23/24 y después ya me voy a casar”, y hacía yo la cuenta, y decía, “y la cuenta me da para tener cinco hijos por lo menos” [...] yo decía, yo me voy a casar, voy a tener cinco hijos, siempre me imaginé yo casada con un profesionalista, siendo yo profesionalista y casada con un profesionalista.*

Hay contrariedad en su vida, pues la idea de vivir en un “cuento de hadas” no coincide con su realidad. En su comunidad vivía en una posición de mujer de *segunda*. Se había ganado el título de “señora respetable” por conducirse de acuerdo con las normas de “la comunidad” a través de acciones que la situaran en una posición de mayor peso (como escolarizarse, estudiar fuera, viajar al extranjero y continuar ayudando a la comunidad), rompiendo así con diversos “tabús”. Sin embargo, pese a romper esquemas, tendría que seguir ajustándose a las normas de la comunidad para continuar siendo “señora respetable”.

### *Familia actual*

*Ahí la comunidad, bueno hasta ahorita no saben de mi bebé, tengo que ir a presentárselos, yo espero que no lo tomen a mal porque decidí ser mamá soltera y más por el proceso que yo decidí llevar, yo dije -si la comunidad o los ancianos no quieren que yo me case dentro de la comunidad y fuera de la comunidad me dicen que posiblemente no acepten a mi marido-, yo creo que eso influyó para que yo decidiera como no casarme, de que tengo ganas de tener pareja, pues sí, sí tengo ganas de tener pareja, de formar una familia pero no me es indispensable.*

Cuando Centli se encontraba a punto de terminar la licenciatura, sus planes de tener hijos cambiaron debido a las experiencias que vivió durante su servicio social, en el que trabajó con mujeres y niños. Ahí se percató de que le gustaba estar con éstos y percibió en sí misma un lado “como muy materno”. Con el tiempo, la idea fue tomando fuerza, y para cuando se fue a España a estudiar su maestría, lo hizo con dos ideas en mente: completar su posgrado y embarazarse lejos de “la comunidad”.

Al viajar al extranjero, Centli consideró que el factor de la distancia era un elemento que podía usar a su favor. Por una parte, si resultaba embarazada, no tendría que asumir un compromiso con alguien, ya que regresaría a México (Centli reconoce su “miedo” a organizar su vida en pareja, “con otra persona”). Por otra parte, la distancia significaba estar fuera del alcance de “la comunidad”: en España se podía, en sus propias palabras, “soltar el pelo un poquito más”. Centli ha encontrado que mientras más lejos viva de “la comunidad”, mayor es la libertad que disfruta en su vida sexual. Si continuara viviendo en su pueblo, le costaría “muchísimo” trabajo tener sexo, ya que en dicho lugar tener relaciones sexuales necesariamente involucraría estar en una relación formal. En la Ciudad de México, Centli considera que la dificultad es menor, aunque sí implicaría por lo menos tener un romance.



Sin embargo, al encontrarse en otro país, no era necesario ni uno ni lo otro para tener un encuentro sexual, por lo que era más fácil para ella:

*Yo me voy para allá por una beca que me dan en la universidad para irme a estudiar allá, yo pensaba allá digo, aparte de terminar la onda del máster, embarazarme, porque entonces de esa forma no iba a haber una pareja cerca [...] más que implicar, es el miedo que yo tengo, es miedo lo que tengo, me da mucho miedo el tener que enfrentarme a tener que organizar mi vida con otra persona, yo creo que es eso lo que está haciendo que yo ponga un tanto de distancia, porque me doy cuenta que soy muy tajante, soy muy... [...] entonces, yo sabía que allá iba a poder como poder soltarme el pelo un poquito más y entonces, no tener que llevar esa ruta que ya tenía como predeterminada o que yo me he predeterminado, pues para poder aventarme a tener una relación sexual, ¿por qué?, no sé, pero yo veía como que algo así podía pasar, y ocurrió, a mí aquí en México... bueno, en [comunidad] me cuesta muchísimo trabajo, en el Distrito me cuesta menos trabajo el aventarme a tener pareja o novio, o tener algún romance, pero allá en España, pues sin necesidad de tener un romance, me era mucho más fácil el decir, “bueno, este me gustó, órale, el acostón”.*

En “la comunidad” y fuera de ella, Centli se ha sentido observada o “vigilada” como ella misma dice. El tener que cuidar su condición de “señora de respeto” la vuelve consciente de sus acciones y forma de conducirse en su vida, como si tuviera “muchos ojos que la ven”, por lo que para ella ha sido difícil ser un “ejemplo” a seguir, cuidando de no “equivocarse”. Por ello, viajar significó una oportunidad para vivir de forma diferente a como ha estado acostumbrada. Para Centli, estudiar en España representó no sólo la oportunidad de estar lejos de la comunidad que “vigila”, sino también la posibilidad de realizar su anhelo de embarazarse. Sin embargo, éste no se concretó:

*...es raro, pero aquí me siento vigilada, en México en general, sé que son mis fantasmas pero siempre he tenido muchos ojos que me ven, yo he tenido que estar muy calculadora en lo que voy a hacer, porque si no son los ancianos, son las mujeres, son los niños, siempre hay alguien de la comunidad que ve lo que estoy haciendo, siempre, siempre, entonces para mí es muy difícil, como he sido el ejemplo a seguir, si yo me equivoco en algo pues es el que otros digan –ah pues si ella hizo eso, yo también lo puedo hacer-, siento que he tenido que llevar ese*

*estigma todo el tiempo, entonces el irme a un lugar donde no me conocían, me permitió entonces el equivocarme, hacer lo que yo quisiera hacer, me iba a permitir ser un poquito más yo, como a mí me gustaría ser y no como lo que me han estado un tanto imponiendo a que yo sea, pues ahí lo logré, logré soltarme el pelo en ese aspecto, pude tener, no novios, pero si encuentros casuales, desgraciadamente, no quedé embarazada.*

Centli tenía “muchas ganas de ser mamá”, por lo que cuando regresó a México empezó a hacerse estudios para saber las causas por las que no había podido embarazarse (se trataba de problemas de maduración de óvulos). Después de recibir un tratamiento y antes de pensar en la reproducción asistida, Centli buscó entre sus amigos y conocidos para que, como ella dice, le “donaran la semillita”, sin embargo, aquéllos se rehusaron con el argumento de que no podrían tener en la conciencia la existencia de un hijo y no “hacerse responsable de él”. Después de mucho pensar, Centli decidió acudir a un banco de esperma y recurrir a la fertilización *in vitro*. Dicho procedimiento era costoso, y aunque tenía ahorros de la beca del posgrado, no alcanzaba a cubrir el precio del tratamiento, por lo que recurrió a sus padres adoptivos para que la apoyaran tanto económica como moralmente.

De esta manera, Centli inició un largo proceso de búsqueda por un donador de semen. En primer lugar, se encontró con que una mujer no puede simplemente comprar una muestra de semen, pues tiene que contar con el respaldo de un médico que avale el proceso de inseminación. En segundo, descubrió que los laboratorios de venta de semen se encuentran en zonas exclusivas de la Ciudad de México y sus servicios están dirigidos a personas “de alcurnia”, es decir, a personas que no sólo *se vean* de nivel socioeconómico alto, sino que fenotípicamente lo aparenten. En el primer laboratorio al que acudió, Centli fue tratada como “cliente *no grata*”, pues se negaron a venderle muestras de semen de origen extranjero y solo

le ofrecieron esperma “nacional”, es decir, del que supuestamente corresponde con ciertas características físicas como la piel morena y los ojos de color oscuro:

*...dije, ni modo, tendré que recurrir a un banco de esperma, recurri al banco de esperma, estuve buscando, me topé con la situación de que una mujer soltera no puede llegar a un banco de esperma y decir, “pues quiero éste y yo solita me insemino”, porque se necesita forzosamente un médico que respalde el proceso, todos los bancos a donde fui, “y, ¿qué médico te atiende?”, y “¿cuál es tu médico?”, y que no sé qué... y se necesitaba que hubiera un proceso de fertilización in vitro o que hubiera un proceso de inseminación artificial, o algo pero que el médico estuviera, que participara, bueno yo ya tenía al médico, así que dije, pues el médico es fulano de tal, solo así, entonces es que me vendieron el esperma. ¿Qué tuve que pasar?, en uno de los laboratorios que además están en Polanco, casi todos los laboratorios están en zonas fifí o esperan recibir siempre a personas de mucha alcurnia, y entonces cuando yo llego a este primer laboratorio, como me reciben es casi, casi con la punta del pie, ven mis características y me dicen que no hay esperma extranjero y que no hay esperma con las características que yo quiero.*

Es preciso aclarar que Centli buscaba determinadas características físicas, por ejemplo, que el donador fuera una persona blanca de ojos claros, como sus padres adoptivos, porque quería hacer una combinación de las características de aquéllos con las de sus padres biológicos. Con este propósito en mente, acudió a un segundo laboratorio, donde quedó sorprendida ante la clasificación de las muestras de semen, cuyas *categorías* iban de nacional a extranjero a “nacional plus”. De acuerdo con esta clasificación, las características de los donadores más costosas o valoradas consisten en el tono de piel blanca, los ojos claros y la ascendencia extranjera.

Después de revisar las características físicas de los posibles donadores, así como sus antecedentes en educación, intereses y habilidades, Centli se decidió por un donador de origen nacional y se sometió a un procedimiento de fertilización *in vitro*. Su embarazo fue de alto riesgo, por lo que fue preciso que permaneciera en cama durante los primeros tres

meses para disminuir el peligro de sufrir un aborto. Finalmente, su hijo nació por cesárea luego de un embarazo de treinta y nueve semanas.

Durante el procedimiento, Centli contó con el apoyo de una de sus amigas y de sus padres adoptivos, quienes se encuentran jubilados como profesores. Actualmente, Centli vive con su hijo y sola se hace cargo de él, llevándoselo con ella a su trabajo. Hasta la realización de la entrevista, “la comunidad” desconocía que Centli ya es madre.

A pesar de que Centli ha pertenecido a *tres* familias, deseaba tener “algo suyo”, una “descendencia suya”, deseo que finalmente pudo ver cumplido con el nacimiento de su hijo. Para Centli, en este último convergen dos ideas: por una parte, está la pertenencia a una *familia*, a *su propia familia*, y por otra, se encuentra el *deseo de perpetuar* la línea sanguínea de sus padres biológicos a través de su propio hijo. El propósito del cacique del pueblo era eliminar la “sangre” de sus padres, cosa que logró con el exilio del hermano de Centli y la eliminación de los apellidos de sus padres (ya que ni Centli ni su hermano los tienen o los usan). Para Centli, tener un hijo biológico significaba darle continuidad a la lucha que emprendieron sus padres y no darle al cacique la satisfacción de “salirse con la suya”:

*yo quería ser mamá, tenía en realidad yo muchas ganas de ser mamá, dije, “pues sin pareja o con pareja yo lo tengo”, [...], las capacidades que yo tengo para poder tratar con los niños, no sé, en el fondo, yo sentía esas ganas de ser mamá, quiero ser mamá, quiero tener un pequeño, a lo mejor se escucha algo raro, pero yo decía, “yo quiero tener un pequeño mío”, yo sé que no es mío porque él es de él, pero una descendencia mía, eso... [hizo una pausa y continuó...] ya... ahorita de repente me cacho, no quiero que la sangre de mis papás se pierda. Yo creo que también es eso, es más eso, ay [llora], me acabo de cachar... [continúa llorando] es más eso... no quiero que el cacique se salga con la suya, no quiero que logre cumplir lo que les dijo a mis papás, lo que le dijo a mi hermano y lo que me dijo a mí, en algún momento dijo que nuestra sangre iba a terminar, o sea, yo ya no llevo los apellidos de mis papás pero, no quiero que se termine, creo que quiero que haya alguien después, seguir peleando eso que nos pertenece, alguien que pueda estar con mi comunidad, que pueda seguir*

*creciendo en ese espacio, digo, tendré que llevar un juicio para regresar al apellido de mis papás pero, y aunque además sé que no es tan importante, ya ahorita lo vivo así, pero sí la sangre, el que pueda continuar.*

Como puede verse, Centli ha formado su propia familia, integrada por ella y por su hijo. Aunque a primera vista parece que la presencia de una pareja no es importante, Centli refiere que de repente surge la “esperanza de encontrar una pareja” con quien educar a su hijo. A pesar de que en su vida existen otros elementos de satisfacción personal, como haber concluido una carrera, haber viajado al extranjero y vivir fuera de la comunidad, éstos se ven opacados por la idea de formar una familia nuclear. Este anhelo ha llevado a Centli a cuestionarse en ocasiones sobre su “realización” personal o incluso a “esperar” la “llegada de una pareja” con la que pueda criar a su hijo, manifestando así dos ideas aparentemente contradictorias: por un lado, un pensamiento racional de que “así ha decidido vivir”, y por otro, una ilusión de “esperanza”:

*...Siento que no me he realizado, aunque en otro momento digo, “no, si me estoy realizando”, influye mucho en cuanto a que sigo buscando, sigo con la esperanza de encontrar una pareja, con la cual poder criar a mi hijo. Sigue todavía ahí, aunque sé que no me marca, pero sigo teniendo la ilusión de... [...] racionalmente te puedo decir, “no, me estoy realizando, soy feliz, lo he decidido así”, pero en el fondo yo sé que sigue ahí la espinita de “pues a ver si llega”, la ilusión de que llegue.*

Centli se reconoce a sí misma en familia con su hijo y expresa que le “gustaría” tener una pareja con la cual compartir sus inquietudes. Sin embargo, sabe que vivir en pareja no es fácil y dista mucho del “cuento de hadas” que pensaba cuando era niña:

*La familia tradicional que nos han pintado como la familia tradicional, mamá, papá, hijitos. Yo sé que ahora es familia lo que estoy haciendo, lo que estoy formando con mi bebé, ya es familia como tal, pero bueno, a mí sí me gustaría compartir con una persona mi vida, mis inquietudes, lo que me pasa, pero no*

*me caso con el hecho de que tenga que ser así forzosamente, digo, ya lo intenté, ya vi que no es tan fácil que no es el cuento de hadas que nos cuentan.*

Estos sentimientos contradictorios también están presentes al momento de pensar en presentar su hijo a “la comunidad”. La decisión que Centli tomó de convertirse en madre no fue consultada de antemano con aquélla (pues ya conocía su respuesta) y únicamente informó a su familia adoptiva; sus padres la apoyaron, algunos de sus hermanos y hermanas no estuvieron de acuerdo, pero pese a sus objeciones, ella estaba decidida. Lo que piensa “la comunidad” pesa mucho sobre Centli y sus padres la están ayudando “a labrar el camino” para cuando lleve a su hijo a presentárselos. A Centli le pone nerviosa la reacción que pueda provocar en “la comunidad” su decisión de haber tenido un hijo en las condiciones en las que lo hizo, pues teme que pueda interpretarse como una forma de deshacer todo lo que “la comunidad” ha hecho por ella.

### *Significados construidos*

Como individuos, nos encontramos inmersos en un contexto social que no sólo norma y dirige la conducta, sino que también contribuye a darle significado a determinados hechos que, indudablemente, permean la subjetividad; otorgarle significado a estos hechos es lo que se conoce como significados construidos. En este sentido, Centli ha construido diferentes significados a lo largo de su vida respecto a la *familia* con base en una red de narrativas entrelazadas, lo que ha producido significados no opuestos o contrarios, sino diversos modos de entender su vida en diferentes etapas.

El primer mensaje que Centli expresa sobre la familia es el de *padres luchadores sociales*, no sólo padres suyos sino también de la comunidad, pues ésta los adoptó a aquéllos y viceversa; no sólo se volvieron *padres* de la comunidad, sino que también la procuraron y *lucharon* por ella. Centli pronto aprendió que la comunidad es la *familia* a la que se cuida, respeta y provee.

En el relato de Centli, la *familia* también aparece como lo “tradicional”, aquella que no sólo cumple un rol social, sino que además posee una determinada estructura: dos personas heterosexuales (padre y madre) e hijos. Dicha estructura cumple funciones específicas de apoyo y cuidado basadas en el sexo, con el hombre como proveedor y la mujer como cuidadora. En este contexto, la visión de la mujer al interior de la comunidad es la de una persona que debe seguir normas basadas en los ideales de virginidad y feminidad. Con base en lo anterior, tener una familia “tradicional” en la comunidad implicaría aceptar la norma social de segundas nupcias, condición que Centli rechazó categóricamente (Centli observa que dicha práctica también rompe con la noción de familia nuclear o tradicional).

Siguiendo los pasos de su madre biológica y adoptiva, Centli ha roto esquemas como mujer de la comunidad. Por un lado, ha roto tabúes como mujer, y por otro, ha terminado asumiendo por cuenta propia el papel de la maternidad; de haber ejercido ésta última bajo las normas de la comunidad, seguiría siendo una “mujer de respeto” pero no habría roto esquemas. Al haberlo hecho de forma diferente, puede ser vista de dos maneras: como mujer que continúa *rompiendo esquemas* y puede ser admirada por ello o como aquella que despreció todo lo que hicieron por ella sus benefactores en “la comunidad”, perdiendo así el título de “mujer de respeto”.

Finalmente, la *familia* también es vista como un espacio en el que se procuran cuidados a otras personas. Desde este punto de vista, cualquier persona puede formar una familia. Sin embargo, no se puede hablar de descendencia o consanguinidad cuando la familia se ha limitado estrictamente a dicho rol. Por ello, la idea de *la familia* no sólo es una necesidad de pertenencia y posesión de algo propio, también constituye una forma de perpetuar la descendencia para que la “sangre” no muera.

## **B) Pareja**

*Mucho tiempo mi papá me estuvo diciendo,  
- ¿Ya, para cuándo?, ¿Para cuándo me vas a hacer abuelo?,  
¿Cuándo me vas a traer al galán?,  
¿Cuándo me lo vas a enseñar?,  
¿Cuándo?*

Para Centli, crecer en una comunidad la puso en la *mira* de sus habitantes, de las autoridades y de sus padres. Parte de sentirse observada tenía que ver con su vida social y sexual, ya que no le estaba permitido entablar amistad con otros niños y hombres. Por norma general de su padre, no se le permitió tener novio hasta que cumplió 18 años. Centli refiere que a los 13 años deseaba tener novio, pues tenía la idea de que el noviazgo la prepararía para el matrimonio y así podría saber si dos personas, después de conocerse, se pueden casar. Sin embargo, su padre le dijo que eso no era el noviazgo y que cuando lo supiera tendrían una plática. Centli señala que dicha plática aún está pendiente.

Aunque su familia o sus padres no se identifican como católicos, Centli encuentra prácticas en su educación cargadas de “ideas religiosas”, como la idea del matrimonio heterosexual. Su padre esperaba que sus hermanos se casaran con mujeres y sus hijas con hombres, además de que a aquéllas les correspondía el cuidado y atención de la casa. De



igual forma, como señal de haber sido “bien educadas”, la mujeres deben “aguantar la cruz” que les tocó cargar:

*Esta onda de cómo casarse, de que si te casas, que si no te casas, que si no. Para mi papá todos sus hijos varones, tenían que casarse con una mujer, buscar la posibilidad de casarse con una mujer, cuidadito y alguno le saliera puto, él así lo decía, “en mi casa no hay putos”, esa es una cosa de la religión, la religión la trae, pero hasta el tuétano, el cuidadito y sus hijas no atendían su casa. Él decía, “si mis hijas no atienden su casa, quiere decir que han sido mal educadas”, [...] “la mujer tiene que aguantar la cruz, es la cruz que te tocó cargar”.*

#### *Comienzo, permanencia y disolución de la pareja*

Centli permaneció en la comunidad hasta los 25 años. Cuando tenía entre 22 y 23, se fue a vivir durante tres meses con un hombre. Sin embargo, la relación no continuó porque esa persona era “controladora y golpeadora” y además consumía drogas. Cuando Centli decidió terminar la relación, descubrió que se encontraba embarazada. Debido al consumo de sustancias de su expareja, Centli tomó la decisión de abortar por temor a que su bebé naciera con alguna discapacidad:

*A los 25 años yo ya había tenido mi primer aborto, a los 22-23 años más o menos, me junté con un chico de ahí mismo, estuve viviendo con él solo tres meses, yo decidí terminar esa relación porque él era una persona muy controladora y golpeadora. Yo estaba embarazada cuando me separé de él y decidí abortar, porque, me di cuenta que él era consumidor de distintos productos psicotrópicos, de repente me llamaba la atención cuando llegaba con olor raro, descubrí que era el olor a thinner u olor a cemento, había ocasiones en que lo veía distinto y no sabía lo que se estaba metiendo y después me enteré que fueron distintas cosas, entonces, yo dije, “un bebé así, yo no quiero un bebé así, yo aborto”.*

Después de practicarse el aborto, Centli acudió a “la comunidad”, cuyas autoridades le propusieron unirse por segundas nupcias. Sin embargo, al venir de una relación en la que

hubo maltrato, ella rechazó la propuesta y externó su deseo de querer estudiar, lo que logró con el auspicio de la organización creada por sus padres.

Debido a la experiencia de su relación pasada y la educación universitaria que empezó a recibir, su panorama de vida comenzó a cambiar, por lo que el matrimonio y tener hijos dejaron de ser una opción de vida para Centli. Sin embargo, “la comunidad” seguía presente, ya que Centli ha trabajado toda su vida para la organización fundada por sus padres, que está directamente ligada a la comunidad. Por ello, la percepción de sentirse observada y tener que cuidar su conducta continúa en su trabajo, pues Centli expresa que incluso en la ciudad tiene dificultades para mantener una relación de pareja.

#### *Pareja actual*

Para Centli, entre más lejos se encuentre de la comunidad menor es la dificultad para entablar una relación de pareja. Después de su separación, tenía claro que no quería vivir una relación de maltrato. En la organización donde trabaja, una persona la ha pretendido por más de diez años; Centli se ha negado, con el argumento de que necesita recuperarse de la experiencia pasada y “encontrarse a sí misma” para entablar una nueva relación. No obstante, Centli señala que los hombres de la organización no le son atractivos para tenerlos como pareja, por lo que ha decidido no mantener relaciones sentimentales con ninguno de ellos (pues de alguna manera, aquéllos están ligados a “la comunidad”). Actualmente, Centli no tiene pareja, ya que su última relación fue en España y duró cinco meses. Centli sabe que ha pasado tiempo desde la experiencia en pareja que le fue desagradable y ahora reconoce la dificultad para tener pareja y compartir su vida con otra persona del sexo masculino:

*He tenido parejas, mi última pareja fue en España, ahí anduve con un chico por cinco meses... me cuesta mucho trabajo, me he dado cuenta, además de que no salgo mucho, a la gente que frecuento es casi siempre la misma, casi no convivo con hombres, los hombres con los que convivo son los del trabajo y la verdad es que alguno de los hombres del trabajo, para pareja no me gustan.*

Al mismo tiempo, Centli expresa el deseo de tener una pareja con quien compartir su vida y el cuidado de su hijo. Aunque tiene dificultades para entablar relaciones amorosas, Centli espera la llegada de esa persona a su vida.

Por otro lado, desde que fue víctima de violación, los detalles de la vida sexual de Centli se han hecho públicos en “la comunidad” (debido a la pérdida de su virginidad, la única opción de vida familiar era ser esposa por segundas nupcias). Aunque su padre no le permitía tener novio antes de cumplir 18 años, una vez alcanzada esa edad inició la presión para buscar pareja; de esta manera transcurrió el periodo considerado por la comunidad como apropiado para casarse (entre los 18 y 22 años). Con el paso del tiempo, al no cumplir con las normas establecidas de noviazgo y matrimonio, el padre de Centli empezó a dudar de su orientación sexual; cuando la amiga de Centli se fue a vivir con ella de la comunidad a la ciudad, su padre creyó que eran pareja y que su hija era lesbiana:

*que yo le presentara a alguien, cuando empiezo a vivir con [amiga], mi papá empieza a tener muchos comentarios sobre la homosexualidad, los putos, los gays, etc., entonces, yo le dije a mi papá, “¿y qué si alguna de tus hijas te sale lesbiana?”, entonces, ya jamás volvió a hacer algún comentario, él pensaba que [amiga] y yo podíamos ser pareja. [amiga] es ahijada de mis papás, no volvió a hacerme algún comentario, pero si me decía, “¿para cuándo me presentas al galán?”, a pesar de saber él que yo no tenía novio, mi papá todo el tiempo ha estado con el gusanito de si soy lesbiana o no soy lesbiana.*

Centli, al igual que su madre biológica y adoptiva, ha roto esquemas de la comunidad; por ejemplo, el vivir en otro país era una forma de avisarle, tanto a “la comunidad” como a sus padres, que se iría “a tener vida sexual” a otro lugar y no podrían detenerla.

Desde que Centli decidió tener un hijo, todos sus pensamientos y energía se abocaron a ese fin. En este momento de su vida no piensa en tener una vida sexual; ya con su hijo en brazos, considera que su tiempo, pensamientos y deseos son para él.

### *Significados construidos*

Las ideas que Centli ha plasmado en su narrativa sobre la pareja son diversas. La primera es el pensamiento sobre el matrimonio y la función del noviazgo, es decir, este último como preparación para unirse en matrimonio y como un proceso que se “debe” seguir pues garantiza la elección de la persona adecuada. La segunda idea es que Centli “debe” romper esquemas, como su madre biológica y adoptiva hicieron antes que ella. Esto lo ha hecho Centli, por ejemplo, al vivir en unión libre y separarse de su pareja.

En la comunidad, el matrimonio legitima a las mujeres. En caso de que aquél no sea una opción, la educación se convierte en una alternativa. Ya que el valor de la mujer está en función de su “femineidad”, la comunidad norma la pérdida o conservación del valor asignado a la mujer, determinando así las posibilidades de vida que se le puedan ofrecer. Los hombres con los que Centli convive en su trabajo no le resultan atractivos porque simbolizan las normas de la comunidad y mientras más lejos se encuentre Centli de aquélla, mayores posibilidades tiene de entablar una relación (como sucedió en España).

### **C) Mujer en un hogar sin varón**

*Algo que yo tenía en mente era que, si no se daba el tener el bebé con una pareja, lo iba a tener yo sola, yo decía, qué chido si hay alguien, si logro encontrar a alguien con quien tener al bebé, pero si no logro encontrar a alguien, lo tengo sola. Yo me había dado como plazo, esta edad, los 36 años, para encontrar una pareja y tener un bebé, bueno no eran los 36 años, eran a los 35, si a esa edad no lograba tener una pareja para tener un bebé, lo iba a tener yo sola.*

En este apartado, describo las categorías de mujer y madre como temas que se entrelazan entre sí, ya que en mi análisis de las narrativas de las participantes no es posible explicar uno sin el otro. El ser madre y el ser mujer se mezclan constantemente, influyendo en lo que aquéllas expresan al pensarse como familia y como mujeres.

Para Centli, la decisión de tener un hijo tenía prioridad por encima de la idea de tener pareja, aunque no descarta esta última. Pese a que su familia cuestionó y desaprobó su decisión de tener un hijo, Centli fue firme, pues con o sin su ayuda tenía claro lo que deseaba. Aunque sabía que los demás (en específico, la gente de “la comunidad”) no entenderían ni su decisión de ser madre ni la *forma* en que decidió concebir a su hijo, ella continuó con sus planes. Por lo pronto, Centli no tiene contemplado informar a “la comunidad” acerca de cómo se convirtió en madre (o del costo que pagó para tener a su hijo), pues sabe que no la comprenderán. Asimismo, considera que para “la comunidad” sería más fácil aceptar que el padre de su hijo vive en el extranjero y por eso nunca lo conocerán:

*Si me preguntan, les digo que está en España. No van a entender la forma en que decidí tener a mi bebé y para que no sigan preguntando, digo, porque no quiero decirle a todo el mundo el costo que pagué, la cantidad que pagué, de todo lo que tuve que hacer para poderlo tener, es más fácil decirles, está en España, jamás va a aparecer el papá, está tan lejos, que jamás va a venir, no lo van a conocer.*

Ser una mujer con un hijo y sin la presencia del padre no es bien visto en “la comunidad”, pues en dichas circunstancias una mujer ya no puede considerarse como “de respeto”. No obstante, Centli espera que su comunidad no la estigmatice de esta manera, ya que hace muchas cosas por aquélla: actualmente, Centli trabaja en la organización que fundaron sus padres, capacitando personas (lo que le equivale a ser maestra) y enseñando a los demás. Las actividades que desempeña le permiten, entre otras cosas, tener a su hijo a su lado las 24 horas del día.

### *La maternidad*

Desde que Centli decidió practicarse un aborto, tenía claro que no quería tener un hijo con una discapacidad que pudiera deberse a decisiones o descuidos suyos. Sabía que si iba a tener un hijo, éste debería tener un padre bien elegido, con características que pudieran ser dignas de respeto y no de *vergüenza*:

*Si tengo algo muy claro de lo que yo no quiero es tener un hijo con discapacidad, o un hijo mal porque yo no tomé las precauciones para que no fuera así, si a este bebé por cualquier cosa, ahorita que ya nació, no sé, un accidente o lo que sea, ya llega a tener una discapacidad, ya es diferente a que nazca con una discapacidad, yo tenía claro eso, y teniendo a una pareja que además, qué le iba a decir a mi hijo, “¿yo te busqué a ese padre?”, si a mí alguien me dijera, “hija, yo te busqué ese padre”, “¡pues chinga, no me hubieras tenido!, qué ojete”.*

Centli eligió convertirse en madre. Sin embargo, la maternidad que vive es diferente a la que ella pensaba, pues aunque sí consideraba que aquélla involucraría procurar cuidados, no creyó que demandaría de forma exclusiva su tiempo. Para Centli, en la maternidad entran en juego diversas sensaciones, que van de la satisfacción a la desesperación, por ejemplo, cuando no sabe qué le sucede a su bebé.

Para Centli, la maternidad también consistió en la elección consciente del padre. De igual forma, tiene un deseo expreso de lo que quiere proporcionarle a su hijo, deseo que se halla en función de lo que ella tuvo y no tuvo cuando era pequeña. Por ejemplo, Centli no tuvo la oportunidad de desarrollarse en el ámbito del arte, cosa que le habría gustado hacer, por lo que aquélla es una “herramienta” que piensa facilitar a su hijo. Al mismo tiempo, no tiene pensado proporcionarle educación escolarizada, ya que en su experiencia aquélla no fue necesaria; cuando su hijo desee ir a la escuela ella se lo proveerá. A este respecto, Centli desea que la escuela no sea una obligación para su hijo, sino algo que éste haga con gusto:

*Yo quiero que él tenga desarrollada la parte del arte, fue una parte que yo no tuve desarrollada y que me hubiera gustado tener, la parte del arte, en lo que él quiera pero que tenga desarrollada una parte de eso, pobrecito porque escuela, eso sí no pienso darle [...] No pienso escolarizarlo, quiero darle educación en casa... [...] siento que a la mejor va hacer mejor, porque en el momento que él entre a la escuela, él va a entrar con muchas ganas, cuando él tenga la edad para ir a la secundaria, si él quiere ir a la secundaria y me lo pide, lo voy a meter, pero si no me lo pide, no, la primaria definitivamente no va a llevarla escolarizada, ya si me pide la secundaria, pues órale, si no, hasta la prepa.*

Centli busca en su hijo una extensión de las ideas de sus padres biológicos, por lo que quiere que su educación ayude a hacer de él un “luchador social”. En ese sentido, Centli percibe en su hijo potencial tanto para ser empático con la lucha social como para formar una familia y tener pareja. De igual forma, Centli espera que su hijo, con las herramientas que ella le proporcionará, aunadas a sus propias capacidades, tendrá para sí aquello que ella misma quisiera tener, pero que por diversas razones no ha conseguido, es decir, una familia:

*tiene todas las posibilidades de tenerla, va a tener todas capacidades para tenerla... [refiriéndose a la familia] a lo mejor es porque es algo que yo quisiera tener y no tengo, no sé, pero me gustaría que él tuviera... y no forzosamente tener una esposa, porque a lo mejor él decide que su preferencia sexual no es heterosexual si no homosexual. Va a tener una familia como él quiera, pero va a tener una familia, definitivamente creo que sí va a poder tenerla.*

La maternidad ocupa la mayor parte del tiempo de Centli. Aquella la “acompaña” en el trabajo, en el auto, en la casa, pues es más demandante de lo que había pensado. Sin embargo, se encuentra satisfecha con lo que ha logrado. Aunque su hijo es pequeño todavía, Centli tiene expectativas de cómo lo educará y la forma en que quiere relacionarse con él. Actualmente, su relación se basa en satisfacer las necesidades de alimentación, higiene y cuidado de su hijo, aunque también considera lo que ella quiere que aquél tenga y lo que ella percibe en él. Centli describe a su hijo como un ser muy sensible a sus necesidades y emociones y por consiguiente, cree que será sensible a las necesidades de los demás, por lo que espera que su hijo continúe con esa “forma de mirar” la vida, es decir, quiere inculcarle un deseo por la justicia y la lucha social. La relación de Centli con su hijo también está en función de su deseo de que aquél continúe apoyando a “la comunidad”:

*Yo sé que son características que yo le heredé al pequeño y que mi papá me heredó a mí. Yo tengo el antifaz de mi papá, tú ves esta parte de mi papá (señala sus ojos) y somos igualitos, ves a mi hijo y digo la única diferencia es que mi hijo tiene los ojitos un poco más saltones, pero, es el mismo antifaz, son los mismos ojos, de alguna forma, es que pueda continuar esa forma de mirar, mi hijo también es muy expresivo en sus ojos, muy expresivo, igual como lo era mi papá, igual como lo soy yo. Creo que eso es lo que estoy buscando que no se pierda, sé que la forma en que yo eduque a mi hijo va a determinar el si él continúa ahí en la comunidad, si él continúa apoyando, si continúa con conciencia social o no, y yo quiero que él continúe, yo sé que él va a decidir qué va a ser ¿no?, pero yo quiero educarlo para que él pueda continuar con esa parte.*

El hijo de Centli es el único descendiente de sus padres biológicos. Su hermano, a diferencia de Centli, considera la sangre de sus padres como “maldita”; mientras que para ella las acciones de sus padres obedecían a ideales de justicia social, para su hermano significaban “andar de revoltosos”. A diferencia de Centli, su hermano desapruaba todo lo



hecho por sus padres, lo que ha provocado una ruptura en su relación. Por ello, Centli no se ha decidido a contarle a su hermano de la existencia de su hijo, ya que teme que pueda hacerle daño. Para Centli, es “importante que pueda continuar la vida” de sus padres; por su parte, él desea estar lejos de la vida difícil que le tocó vivir por causa de aquéllos.

### *Significados construidos*

En términos sociales, ¿qué significa ser una mujer con un hijo sin la presencia del padre? En el caso de Centli, para “la comunidad” esto es inaceptable. Sin embargo, ésta es una lucha que Centli ha aceptado enfrentar a pesar del temor de la desaprobación comunal, es decir, que las autoridades del pueblo consideren que sus esfuerzos por hacer de ella una “mujer de respeto” hayan sido en vano y las acciones de Centli se interpreten como una falta de respeto y rebeldía hacia las normas sociales de “la comunidad”.

Para Centli, ¿qué significa decir que su hijo sí tiene padre pero vive lejos y además es extranjero? Que aquél no sea mexicano, ¿significa algo en absoluto? Afirmar que el padre de su hijo vive lejos quizá es para Centli la forma de reivindicar una posible “falta” cometida a “la comunidad”. En este contexto, Centli ha encontrado una forma de reparar esa falta: continuar ayudando a “la comunidad” y contribuir a que su hijo también sea un luchador social a favor de aquélla.

En la narración de Centli se encuentra la idea del papel de su hijo como continuador de la lucha social. Como legado, Centli desea entregar a su hijo la herencia que sus padres le dejaron; en este caso, el hijo es visto como continuación de los sueños y anhelos de justicia social de los padres. A este respecto, debe añadirse el significado subyacente en la idea de que la única forma de perpetuar la descendencia es a través de la consanguineidad.

### 5.3.2. Angy

#### **Análisis contextual**

A) *Nivel intersubjetivo.* Durante la entrevista con Angy nos hallamos solo ella y yo. El encuentro se realizó en la trastienda del negocio de un amigo en común, que fue quien nos puso en contacto. Era el mes de septiembre y ese día llovía con bastante fuerza. Angy llegó al sitio antes de la hora prevista; la llevó su hija, quien antes de irse le recomendó que dijera todo lo que necesitara decir. Angy sabía que la entrevista era sobre “madres solteras” y que yo era psicóloga. La persona que nos presentó le había ayudado con su hijo en momentos de crisis; para Angy era importante participar en la entrevista porque él le comentó sobre ésta y ella tenía deseos de hablar. Al comenzar la entrevista, Angy me dijo que no tenía ningún inconveniente en que usara su nombre; de hecho, cuando se presentó me dijo su nombre y apellido. Esto refleja la confianza con la que Angy se introduce a la entrevista, mostrando su disposición para compartir su historia.

Ante la frase que empleé para abrir la entrevista (“inicia por donde tú quieras y cuéntame tu vida”), Angy eligió hacer un breve resumen de su vida, empezando por el nivel socioeconómico de su familia de origen (que describió como de bajos recursos), su escolaridad y las causas por las que no pudo continuar estudiando (el fallecimiento de su madre y el deterioro de su situación económica). Con base en la información previa que Angy tenía de la entrevista, parece que estableció una relación entre su condición de “madre soltera” y su nivel socioeconómico, su escolaridad y el fallecimiento de su madre.

Angy prosiguió su resumen con las “etapas que han sellado su vida”: la pérdida de su madre cuando ella era adolescente, la relación que tuvo con el padre de su hijo e hija y el

nacimiento de su hijo con una “malformación”. Inmediatamente después, Angy orienta la entrevista en primer lugar hacia la relación violenta que tuvo con su expareja, para seguir con la relación que tiene con su hijo y el impacto de estos eventos en su vida.

*B) Campo social.* Angy describe el nivel socioeconómico de su familia de origen como de bajos recursos, por lo que la pérdida de su madre la “obligó” a abandonar sus estudios para incorporarse al ámbito laboral y ayudar a su padre a cuidar a sus hermanas más pequeñas. En este sentido, la historia de Angy refleja el fenómeno social en México de la deserción escolar en las adolescentes por falta de recursos económicos.

Para entender mejor la historia de Angy, es importante señalar que, de acuerdo con la Encuesta Nacional de Deserción Escolar en México (2012), el abandono de la escuela en adolescentes es un problema social grave y frecuente. Los factores relacionados con la deserción escolar son diversos, con la causa principal mencionada tanto por hombres como por mujeres ubicándose en la falta de dinero en el hogar (36.4%), seguida por el disgusto por la escuela (7.8%) y la necesidad de anteponer el trabajo a los estudios (7.2%). El porcentaje de jóvenes que abandonan la escuela por razones de índole económica es alto en comparación con aquél debido a otros motivos. En el 2020, la mayor tasa de deserción escolar en México se ubicó en el nivel medio superior (10.8%) (INEGI, 2022).

En términos generales, de acuerdo con la Encuesta (*ibid.*, 2012) existe una relación importante entre el factor económico, las condiciones de vulnerabilidad social de la familia y la deserción en el nivel medio superior, pues dicho estudio muestra que los jóvenes que dejan la escuela pertenecen a familias de bajos ingresos (p. 119). A partir de esta información,

podemos observar cómo Angy destaca la influencia de las estructuras socioeconómicas y las instituciones (en este caso, la escuela) en la vida de las personas. Para Angy, el curso que tomó su vida fue producto de las estructuras familiares y socioeconómicas.

Con base en el relato de Angy, es posible apreciar cómo la desigualdad social y la falta de recursos y acceso a oportunidades la situó entre la población considerada como más vulnerable, lo cual se sumó a su condición de género, es decir, con mayor exposición al riesgo y menor capacidad de respuesta (Alwang *et al.*, 2001; Sharma *et al.*, 2000).

Cuando Angy terminó de narrar el resumen de su vida, decidió relatar lo que denominó “la violencia” que existió en la relación con su expareja y que vivió desde el noviazgo. Para entender el curso de esta parte de su historia, es preciso señalar que la violencia doméstica es un grave problema en México. En este sentido, los estudios señalan dos factores considerados de riesgo para sufrir violencia doméstica: el bajo nivel socioeconómico y la baja escolaridad (ocho años o menos) (Casique, 2012; ENDIREH, 2021; INEGI, 2016). Ambos factores se hicieron presentes en la historia de Angy.

*C) Metanarrativas culturales.* En la historia de Angy, es posible apreciar cómo las estructuras socioeconómicas y las instituciones (la familia, la ley, la religión) constituyen elementos que influyeron en la dirección que tomó su vida. De acuerdo con Angy, su vida fue definida por la condición socioeconómica de su familia de origen y el fallecimiento de su madre, situaciones que provocaron el abandono de sus estudios. Por ende, dichas condiciones socioeconómicas la colocaron en una situación de vulnerabilidad social.

En la historia de Angy también se entrecruzan elementos culturales propios del momento histórico que le tocó vivir. Instituciones como la familia, la ley y la religión pueden leerse en la metanarrativa mexicana de la familia nuclear a partir de la legalización del matrimonio a través de la ley y la religión. El matrimonio legitima a la mujer como esposa, otorgándole primacía por encima de una relación extramarital, es decir, se permite que el hombre tenga otra mujer pero la esposa es la pareja legítima, por lo que se espera socialmente que aquél le otorgue a ésta un lugar especial.

Entre las convenciones sociales y religiosas que permean la idea de la familia cristiana se encuentra la noción del matrimonio como unión para “toda la vida” (porque una separación significa problemas para los miembros de una familia). Por una parte, se piensa que una separación provoca “desviaciones” en los hijos/as, es decir, que aquélla causará a los hijos/as problemas a futuro. Por otro lado, la separación provoca estigma social y señalamientos hacia la mujer, por lo que de acuerdo con las convenciones sociales aquélla debe cuidar su imagen de “mujer separada”.

Estas metanarrativas de la familia ideal, el desarrollo psicológico de los hijos, el matrimonio y el papel de la mujer tomaron parte en la construcción de la historia de Angy, por lo que situar el relato de su “maternidad soltera” o de mujer separada en estos contextos permite resaltar su conducta independiente frente al mundo.

## **Análisis temático**

### **A) Familia**

Angy refiere que tiene dos familias, la de origen y la actual.

### *Familia de origen*

La familia de origen de Angy es descrita como de bajos recursos. Estaba conformada por cuatro hermanas y un hermano. Angy es la segunda “de mayor a menor”, después le sigue su hermano y de “ahí puras mujeres”. La madre de Angy falleció de insuficiencia renal cuando ella tenía 18 años, tras lo cual su padre se hizo cargo de la familia (las hijas mayores se hicieron cargo de sus hermanas pequeñas). El padre de Angy no se volvió a casar; aunque sí ha tenido “otras noviecitas, no volvió a juntarse”.

Angy estudió hasta el tercer semestre de escuela vocacional pero no pudo seguir estudiando por varias razones, entre ellas el fallecimiento de su madre y la situación económica de la familia. Tras la muerte de su madre “tuvo” que hacerse cargo de sus hermanas y hermano hasta que empezó a trabajar y posteriormente se casó con el padre de su hijo e hija, con quien mantuvo una relación por más de quince años.

Angy es la única entre sus hermanas y hermano que se encuentra separada. Desde el momento en que decidió separarse, aquéllas fueron de mucho apoyo para ella, su hijo e hija. En particular, una de sus hermanas (la de mayor solvencia económica) le proporcionó más apoyo. Angy considera que cuando alguien se enfrenta a una separación se “requiere el cobijo de las otras familias”, y ella lo tuvo. Su hermana se encargaba, entre otras cosas, de salir con ella para que se distrajera. A pesar de lo anterior, Angy no disfrutaba de las “fiestas y viajes” porque sólo estaba enfocada en la situación que vivió al separarse: pese a estar acompañada, se sentía sola porque estaba “encerrada en sus broncas”.

El padre de Angy también fue una fuente importante de apoyo. Después de la separación, Angy y sus hijos se fueron a vivir con él por seis meses. Angy empezó a trabajar

y su hijo e hija se quedaban al cuidado de su padre y de sus hermanas. Después de seis meses, Angy tomó la decisión de regresar a su casa porque pensaba que tenía que “hacer su familia” y salir adelante:

*...pero yo dije, ya ahora sí vámonos, tenemos que hacer nuestra familia y tenemos que hacer nuestro grupito, somos su familia de ellos, [refiriéndose a sus hermanas y hermano] pero tenemos que salir adelante por nosotros, ya nos ayudaron a levantar el vuelo, ahora sí que nos dejen volar, para adelante.*

De esta forma, Angy y sus hijos volvieron a su propia casa. Ahí estuvieron viviendo por algunos años hasta que aquéllos le pidieron que se mudaran cerca de la casa de su abuelo, por la cercanía con la ciudad.

Pese a que Angy ha recibido ayuda de su familia de origen, también ha tenido desacuerdos con ésta debido a su estilo de vida. Angy vive con “libertad”, lo que provoca “críticas” de una de sus hermanas, quien le hace comentarios para cuestionar su estilo de vida y “estar molestando”. El hijo y la hija de Angy ya son mayores de edad y son más independientes de ella, lo que le permite tener mayor libertad. Ante esto, su hermana afirma que sus “hijos la están abandonando”, comentario que Angy entiende como resultado de su crecimiento natural y a lo replica que todas –su hermana incluida– “estamos en lo mismo”: los hijos crecen y “no siempre van a estar pegados a las faldas”. Angy observa que su libertad está en función del crecimiento e independencia de su hija e hijo, lo que le permite tener mayor libertad. Con base en este razonamiento, Angy interpreta las críticas de su hermana como un deseo de ser como ella, es decir, “libre”, ya que “no se le ve que realmente sea una persona que sea feliz”.

## *Familia actual*

*La familia viene siendo, un equipo,  
la que yo ahorita estoy constituyendo,  
lo que yo tengo,  
es una carreta en la que los tres tenemos que jalar,  
ni tu más, ni yo más o que yo más por ser la mamá...*

La familia de Angy está integrada por su hijo de 24 años (quien ya terminó la licenciatura) y su hija de 21 (quien actualmente está estudiando la universidad). Angy se separó desde hace 11 años; tras la separación, se esforzó en hacer su “grupito” familiar, viéndolo como un equipo en el que los tres tienen que cooperar para avanzar “porque así es menos la carga”. Sin embargo, su hijo no está de acuerdo con esta metáfora, ya que él espera que ella sea la cabeza de la familia, es decir, que sea “la más fuerte”.

La conformación de este “grupito” familiar no ha resultado fácil para ninguno de sus integrantes. Después de la separación, el hijo de Angy resintió la ausencia de su padre; de acuerdo con ella, “llorábamos, llegábamos a la casa, y llorábamos mucho, [por] sentirnos solos”. La separación dejó secuelas en todos: su hijo “agarró la droga, porque no estaba su papá”; su hija tuvo pensamientos suicidas cuando estaba en la secundaria. Angy se deprimió, lloraba y frecuentemente estaba triste, por lo que refiere que la “terapia” para salir del estado en que se encontraban consistió en platicar una y otra vez lo que había sucedido con su padre, y en “subir al carro e ir todo el camino hablando lo que había pasado, o lo que veíamos o sentíamos, esa era nuestra terapia”.

A estos sentimientos por la ausencia del padre se sumaron otras complicaciones, como el desajuste de la situación económica, la búsqueda de trabajo y la relación de Angy con sus hijos. Ya que el padre era el principal proveedor de la casa, con su ausencia la situación



económica se volvió crítica. Angy contaba con el ingreso de la venta de algunas cosas, sobre todo ropa y zapatos, no obstante, por su escolaridad y su edad –de joven había trabajado en una asociación de actores–, ya no encontraba trabajo. Por ello, vender comida se volvió una opción para obtener ingresos. A pesar de que el padre le entregaba una pensión para sus hijos, aquélla no era suficiente para los gastos como calzado y vestimenta.

La relación de Angy con su hijo era y es todavía complicada. Aquél resintió el cambio de vida después de que su padre se fue: la familia contaba con una persona menos para ayudar con el “quehacer de la casa” y se privaban de cosas básicas –calzado, vestimenta o comida– por la falta de dinero. El hijo de Angy se habituó a no ayudar en las tareas domésticas, situación que causaba (y sigue causando) conflictos entre ellos, pues aquél espera que Angy, como jefa de familia, sea la encargada de hacer todas las labores y atender sus necesidades. A este respecto, Angy está en desacuerdo con su hijo y no comprende su actitud:

[como refiriéndose a su hijo] *–Oye tú estás sentado mientras yo estoy guisando y queriéndome tener como los pulpos, muchas manos, mientras yo estoy guisando, acómídate, –Y eso te va a ayudar, no solo aquí para la familia, si no en tu trabajo, si estás viviendo con alguna persona, te va a ayudar ser acomodado, pero no sé por qué se encajan conmigo...*

Angy también tiene conflictos con su hijo por el tema de la escuela y la educación. A pesar de que aquél ya terminó la universidad, durante la adolescencia tenía dificultades en la secundaria, grado que de acuerdo con Angy “sacó con mucho trabajo”, ya que quería trabajar para ayudarla económicamente; durante la preparatoria repitió dos años y “a duras penas la sacó”. Angy refiere que, aunado a su consumo de marihuana, su hijo “andaba en malos pasos” y “malas compañías”, por lo que buscó ayudarlo y se empeñó para que continuara sus estudios y dejara el consumo de drogas, teniendo éxito en ambas cosas.

Actualmente, los conflictos de Angy con su hijo están relacionados con su adultez. Su hijo trabaja y quiere ser más independiente, salir con su novia y sus amigos y consumir alcohol, situaciones con las que Angy no está de acuerdo porque considera que debe haber respeto hacia ella:

*...ahorita digo que tengo problemas con ellos porque ahorita “es que ya somos adultos y ya podemos hacer lo que queremos” y tampoco de eso se trata, ahora traigo sentimientos encontrados, porque ahorita traigo el problema con mis hijos es de que ya soy grande ya soy adulto, ya estoy trabajando, puedo hacer lo que quiera, y les digo que no, “no puedes hacer lo que quieran, aquí tienen que respetar, tienen que hacer esto, porque yo aquí estoy con ustedes, hasta que no me muera voy a dejarles de estar molestando”.*

Angy percibe todavía en su hijo “secuelas” por la ausencia del padre, pues la forma que tiene aquél de hacer frente a las rupturas amorosas es través del consumo de alcohol. Angy refiere que trata de “sacarlo de ahí”, lo que provoca “pleitos” entre ellos. Para Angy, esa no es una forma de enfrentar los problemas y teme que su hijo se envicie con el alcohol como lo hizo con la marihuana:

*—es una bebida que a lo mejor te gusta [refiriéndose al alcohol] pero no porque tengas que olvidar—, eso no es posible, que estés tomando por cualquier cosa, que, porque pasa la mosca, que, porque adelgazó el amigo, vas a tomar, por ahí no va, eso no es, y digo, “¿cómo le hago?” y busco la manera de ver cómo le hago con ese chamaco, digo, yo se lo digo a él, “tanto trabajo que nos costó salir, ¿no? de donde estábamos”.*

Su hijo sostuvo una larga relación sentimental que terminó por decisión de su novia. Aquél sufrió por la ruptura y encontró en el alcohol una forma de lidiar con ella. En los pleitos que Angy ha tenido con su hijo, éste le ha dicho que lo que extraña de su pareja es “su familia” (su novia tenía padre y madre) ya que la convivencia con ellos le agradaba. Por su parte, la

hija de Angy percibe en el argumento de su hermano que éste no “quiere hacer una familia” con ellas:

*[...] siento que él está tomando por eso, porque rompió con su pareja y la quería mucho y su pareja tenía mamá y papá, convivió mucho con ellos, a eso se refiere de que lo que él extraña más es la familia, pero como le dice mi hija, “es lo mismo que cuando dice uno, estoy solo, muchas veces estamos rodeados de gente y estamos solas, porque está dentro de ti la soledad, si tú no quieres hacer una familia con nosotras” ...*

Angy describe a su hija como una persona callada que tuvo pensamientos suicidas cuando cursaba la secundaria, tema del que Angy no se enteró sino hasta varios años después. Su hija sostuvo que no se lo comentó porque veía en ella mucho sufrimiento por la separación, razón por la que decidió callar y buscar ayuda en la escuela (actualmente estudia la licenciatura).

Aunque la hija de Angy antes no solía salir ni era “reventada”, ahora lo está haciendo con más frecuencia, acompañada de su hermano (a Angy le agrada que convivan de esta manera), sin embargo, desaprueba que aquél consuma alcohol. La hija de Angy ha procurado quitarle un poco de carga de la responsabilidad que siente por ella y su hermano, asumiendo que ya son adultos y tienen que hacerse responsables de sí mismos, aunque Angy no los percibe de esa manera. Su hija también le ha dicho que lo que suceda con ella y su hermano no sólo es responsabilidad de Angy sino también de su padre. Por su parte, Angy no comparte esta idea, ya que se siente doblemente “comprometida, responsable y culpable” de sus hijos porque al padre “le da igual” y no hay un compromiso moral del “señor” para con ellos.

Este compromiso y responsabilidad que Angy siente hacia su hijo e hija es fuente constante de fricciones entre ellos, pues asume que va “a estar sobre ellos así tengan cincuenta años” y mientras perciba que la “siguen regando” estará presente como madre:

*Porque yo siempre voy a estar sobre ellos así tengan 50 años, no, pero si como que porque ellos me dicen, “no, es que estás mal tu”, les digo, “cómo voy a estar mal yo, yo no quiero que echas a la basura, todo lo que has logrado, no quiero que hagas eso”, “es que nosotros ya estamos grandes”, mi hija me dice, “mamá tú ya nos diste valores, ya nos exigiste qué es lo bueno y lo malo, nosotros ya sabemos si seguimos por lo bueno o por lo malo”, le digo es que “ustedes como jóvenes la siguen regando”, eso era otro de mis miedos, siempre va a estar latente ese miedo.*

Como madre, Angy procura “aconsejar” a sus hijos sobre lo que considera es mejor, lo que incluye los tipos de relaciones que deben entablar. A este respecto, su hijo vivió con su pareja por un tiempo, ya que tenía planes de casarse y tener una familia. Por su parte, su hija no busca casarse o tener hijos, aunque Angy considera que cuando llegue el momento lo “sentirá”, incluso si justo ahora no está entre sus planes. Para Angy, los jóvenes de ahora viven de manera diferente, con prisa, en comparación con la época de su juventud, en la que todo era más lento. Angy ahora percibe que la vida sexual y de pareja es rápida y así como inicia se termina, ya que las relaciones amorosas son efímeras y de corta duración; esto es lo que cree que sucedió en el caso de su hijo.

Pese a las secuelas de la separación que pudo ver en sus hijos, Angy espera que éstos no permanezcan en una relación “tormentosa” (como ella misma lo hizo por mucho tiempo). De igual forma, Angy espera que su separación no evite que sus hijos se alejen de relaciones problemáticas sólo porque aquéllos no desean seguir sus pasos (es decir, buscar una separación):

*Pero a mí sí me gustaría que formaran una familia, claro que sí, pero tampoco me gustaría que si están viviendo una vida tormentosa que se quedaran ahí solo por no seguir los pasos míos, o porque no sean los pasos de su mamá, que yo vea que vivan una vida tormentosa y que sigan ahí, eso es lo que menos aceptaría yo, si te está dando mala vida, ni te aguantes, ya no estamos en la época de estar aguantándoles, “me voy a aguantar por los hijos”, porque antes eso es lo que decíamos, “ay qué ejemplo les vamos a dar a los hijos”.*

### *Significados construidos*

Los tiempos han cambiado y con ellos, las actitudes y creencias de las personas, tanto de hombres como de mujeres. Anteriormente se creía que las relaciones de pareja duraban más por una cuestión “de aguante” en las mujeres, quienes toleraban más la violencia e infidelidad de sus parejas; actualmente, las relaciones son menos duraderas porque las mujeres ya no toleran la violencia e infidelidades. La idea principal que refleja la narrativa de Angy es que son las mujeres las que sustentan una relación.

El papel de las mujeres en la familia y en la sociedad también ha cambiado. A Angy le tocó vivir una época en la que la mujer permanecía en una relación pese a todos los problemas: las mujeres se “aguantaban” todo “en nombre” de los hijos. Las épocas cambian, y Angy vivió una transición en el papel de la mujer, de una que se quedaba con una pareja abusiva a aquélla que puede buscar otras opciones de vida. Sin embargo, en la época actual las relaciones también son más rápidas y menos duraderas, lo cual provoca conflicto con su idea de las relaciones y matrimonios como uniones “para toda la vida”.

La idea que Angy tiene de la familia es que ésta debe procurar apoyo y ayuda a sus miembros en momentos de crisis, pues así es como lo vivió desde la pérdida de su madre, haciendo equipo para salir adelante y superar las dificultades (tal como ella hizo con su hijo

e hija después de su separación). Angy considera a la familia de origen como una fuente de apoyo en momentos de crisis.

Para Angy, la ausencia del padre en la familia ocasiona problemas en los hijos, ya que éstos presentan mayor riesgo de tener dificultades en la vida debido a dicha ausencia y es el deber conjunto del padre y la madre estar presentes para orientar a sus hijos. Cuando falta uno de los padres, la carga para el que se queda es mayor.

Angy ve a su familia como un “equipo” y para que éste funcione es necesario que todos sus miembros trabajen por igual. Aunque por momentos Angy se pone al frente para dirigirlos, también espera y exige igualdad porque para ella el papel de la madre consiste en guiar a sus hijos mientras éstos continúen teniendo equivocaciones. De esta manera, Angy refleja el pensamiento de que una mujer siempre está ejerciendo el maternaje, sin importar que sus hijos ya sean adultos, porque la función de la madre es corregirles cuando se equivocan o cuando no van “por el camino correcto”, como es el caso cuando consumen sustancias adictivas y se encuentran en relaciones sentimentales violentas.

## **B) Pareja**

*...es como si tu estuvieras sostenida en algo y que se rompa,  
estás agarrándote de alguien porque es tu pareja,  
es el proveedor,  
es el que te sostiene,  
te sostiene porque se supone que estás viviendo junto con él.*

### *Comienzo, permanencia y disolución de la pareja*

Angy vivió con el padre de sus hijos por más de 15 años y se separó hace 11. A pesar del tiempo transcurrido desde la separación, no se ha divorciado. El relato de su relación comienza con la violencia que vivió desde su noviazgo, misma que dice no comprendía en

ese momento pero que, con el tiempo y las experiencias que tuvo durante y después de la relación con su expareja, ahora identifica claramente como violencia doméstica.

Angy describe la “violencia psicológica” que sufrió durante el noviazgo como muestra del deseo de control y dominación de su pareja sobre ella, mismo que se traducían en situaciones como el ir por ella a la escuela o al trabajo sin previo aviso.

A pesar de estas experiencias en la relación, Angy se casó con el que hasta entonces había sido su novio. La violencia continuó cuando vivían juntos, pues a su esposo no le gustaba que Angy tuviera amistades o que saliera con sus amigas; en caso de que saliera, él tenía que estar con ella. Ante esto, Angy dice que “nunca le faltó al respeto, ni con el pensamiento”. Cuando Angy tenía siete meses de embarazo, empezaron a surgir los primeros deseos de separarse, pues percibía que su esposo quería tener una vida aparte de ella para “hacer lo que a él le plazca”. Angy no deseaba vivir así y trató de fijar condiciones, diciéndole a su marido: “¿sabes qué?, si estás aquí, estás conmigo, nada de que ahorita, voy a entrar al rato no, porque así estás”. De esta manera continuó la relación.

Cuando su hijo tenía 3 años, Angy sintió de nuevo deseos de separarse porque su esposo “siempre estaba trabajando” y no tenía tiempo para ella y su hijo. Por esa razón se fue a la casa de su padre por una semana y solo regresó porque su esposo fue a buscarla. La tercera separación fue definitiva (entonces su hijo tenía 14 años y su hija tenía 10).

La relación de Angy con su esposo estuvo cargada de “problemas”. Él no se sentía a gusto y ella “intuía” que él estaba con otra persona. Sin embargo, él no sólo se negaba a separarse de Angy, también negaba estarla engañando:

*...uno intuye cuando ellos andan mal, no sé si sea instinto, pero tú los empiezas a ver, empiezas a pelear, y yo lo vi que estaba cambiando que yo le*

*voy a dar libertad de irse, pero él decía que no, y lo negaba y lo negaba, siempre negaba las cosas...*

Angy relata que los conflictos se acentuaron y los pleitos sucedían a “cada rato”, pues era parte de la rutina “estar peleando” (su hijo se quejó al respecto, ya que “estaba harto” de las peleas constantes). Ante esta situación, Angy decidió buscar ayuda y acudió a la religión, a la psicología, a las “limpias”, a la brujería e incluso a los “ángeles”. Sin embargo, nada funcionó porque su esposo decidió no cooperar. La idea de que aquél tenía otra pareja estaba presente: Angy constantemente “sospechaba de él”, éste negaba toda acusación y argumentaba que “nunca lo ha hecho”. Para sus hermanas y su esposo, Angy era la del “problema”: era la “celosa”, la que “buscaba” los problemas con él. Finalmente, Angy se cansó de que la culparan de estos problemas porque empezó a dudar de sí misma y a creer que ella era la verdadera responsable.

Durante los 15 años que estuvieron juntos, su esposo no permitió que se quedaran en la casa del padre de Angy. No obstante, en una ocasión él propuso que Angy se quedara ahí porque dijo que trabajaría toda la noche. A Angy esto le pareció “sospechoso”, ya que “nunca” había sucedido. Aunque no era la primera vez que sospechaba de él, Angy dice que su “dignidad” no le permitía espiarlo. Sin embargo, en esta ocasión le pareció que él ya había pasado “los límites” (que ya “estaba muy descarado”); Angy aceptó ir a la casa de su padre pero salió a buscar a una amiga y a una de sus hermanas para que la acompañaran porque tenía pensado seguirlo. Su intención, dice, era “descubrirlo”:

*Yo no tenía una idea de lo iba a hacer, yo sospechaba, tenía más o menos una idea de dónde iba a estar, entonces no sé yo me metí por un lugar, venía rezando pidiéndole a los ángeles que me ayudaran, me meto por un lugar y veo que no está, está estacionado, y se estaciona el carro por donde venía y les digo,*



*“déjenme bajar”, “no, no te bajas”, “no, porque yo lo conozco y me va a negar de que no es cierto”, me bajé y él y la chava estaban dentro del carro, no estaban haciendo nada malo, entonces le abrí la puerta y le digo, “¿qué onda contigo?” y le dije a esta chava, “¿qué pasó contigo?, ¿si sabes que está casado? ¿que el señor tiene dos hijos?”, y la chava nomas se me quedó viendo, y todavía el descarado me dice, “vete para la casa, ahorita lo arreglamos, voy a ir a dejarla a ella a su casa”, y me quedé yo así, “¡pues qué onda!”*

A Angy le sorprendió que además de encontrar a su esposo con otra mujer, aquél le dijera que se fuera para su casa, que él iría a dejar a la otra persona y después platicaría con ella. Angy pensaba que por estar “casada por la iglesia y por lo civil”, es decir, por ser la “esposa”, estaría “respaldada”, que él le daría su lugar, que se iría con ella, que la priorizaría, que buscaría darle explicaciones, que le diría “tu antes que otra cosa”, pero sucedió lo contrario:

*En el momento la muchacha se bajó, en el momento en que ella se bajó, él fue tras de ella, en ese momento quise arrancar el carro, de los nervios no pude, me dice mi hermana, “¿sabes qué? yo lo arranco”, [...] a la hora de que él se baja por esa muchacha, yo te voy a decir una cosa, yo no lo podía asimilar, de que se haya bajado tras de ella y que haya corrido tras de ella, yo no lo podía platicar tan fácilmente, fue un golpe.*

Angy dice que entró en “shock”. Le reclamó a su esposo; afirma que a la “muchacha no le hice nada”, porque en ese momento no sabía la “clase de persona que era” y pensó que quizá también había sido engañada. Posteriormente, supo que era la secretaria de un negocio de su esposo, que sí sabía de la existencia de Angy y de su hijo e hija, y que “todo el mundo” sabía que su esposo la engañaba pero nadie le dijo nada. Angy explica que se separó de su esposo esa misma noche y regresó a su casa sintiéndose dolida y tranquila a la vez porque finalmente confirmó las sospechas que había tenido por años, sospechas que le causaban malestar por “pensar mal” de su esposo.

Además de la situación misma, Angy señala dos aspectos que le afectaron profundamente: lo joven y guapa que le pareció la otra mujer. Angy dice que esto le pegó en su “ego”, mismo que se fue por los “suelos”:

*Vieras como me costó trabajo, soy delgada, pero cuando pasó, adelgacé, pero me chupé en una semana, y hasta parecía viejita, como chupada, me acostaba y pensando, me levantaba y pensando, comías algo y se te atoraba en la garganta, [...] mi ego, que me lo pisotearon así cañón, porque es más joven, porque le dio el lugar a ella, en lugar de habérmelo dado a mí.*

Después de la separación, Angy siguió en contacto con su esposo. Él la buscaba en su casa para tener relaciones sexuales, a lo que ella se negaba; Angy ya no lo aceptó en su casa (de acuerdo con Angy, él continúa viendo a la persona con la que la engañó). Pese a que le costó mucho trabajo “sacarse ese dolor”, se dio cuenta de que ya no era “amor lo que sentía por él”, sino más bien “codependencia” y “miedo”. La primera de éstas se refiere a una dependencia económica y de apoyo moral, seguridad y soporte: si Angy no tenía dinero, sabía que podía apoyarse en él; si ya no podía con la educación de su hijo e hija, podía buscar su apoyo. Angy dice que al no estar su esposo sentía “miedo” de quedarse sola, o de que su hijo e hija se fueran “por otros caminos”, “que se fueran a desviar, que se fueran a la perdición”.

A pesar del tiempo que ha pasado desde la separación. Angy y su esposo aún no se divorcian. Existen bienes de por medio y una abogada le recomendó no divorciarse porque cuando él “muera” todas las cosas van a pasar a ser de su propiedad (de esta manera, la otra mujer no se “va a quedar fácilmente con las cosas”). Angy percibe esta situación como una forma de reparar el daño provocado a sus hijos, quienes desde la separación han pasado por dificultades económicas.

Angy dice que cuando se casó lo hizo pensando en que sería para toda la vida, tal como lo habían hecho sus padres. Creía que viviría con su esposo hasta “llegar a viejitos” y que, cuando su esposo se jubilara, iban a andar juntos “de acá para allá”:

*...Yo me imaginaba eso [viajar con su esposo], nunca me imaginé, nunca me vi sola, nunca, “yo me caso para toda la vida y más si te estás casando por el civil y la iglesia”, y por todas las leyes más, yo me casé para toda la vida.*

Contemplando su relación en retrospectiva, Angy descubre que sus sentimientos han cambiado. Explica que sintió mucho odio y no quería que su esposo la viera “tirada en el suelo” o “derrotada”, pues el orgullo la mantenía a flote: aunque se sintiera “la más vieja de las viejas”, se arreglaba para demostrarle que estaba bien. Sin embargo, ahora su esposo le es indiferente; solamente le “cae gordo” cuando percibe que daña a su hijo e hija. Angy ve su experiencia como una “lección que la vida les da”, en la que hay tropiezos, pero también “tienen fuerzas para salir adelante”. Angy afirma que “te caes, te levantas, y cuantas veces te caigas, tantas veces te tienes que levantar, eso nos ha hecho fuertes, mucho muy fuertes”.

#### *Pareja actual*

*El que quiere el árbol,  
quiere las ramas*

Al poco tiempo de separarse de su esposo, Angy tuvo una pareja “no formal”, la única que ha tenido desde entonces. Decidió salir con un hombre menor que ella (le llevaba más de 15 años) porque ya lo conocía previamente pero no lo había considerado para una relación porque estaba casada. Aunque esta persona ya se había “fijado” en Angy e incluso conocía a su esposo, no se le había acercado por “respeto” a su matrimonio. Cuando se enteró de la separación, decidió buscar a Angy y empezaron a salir:

*Siempre hubo de cierta forma un respeto y empecé a salir con él y fue ascendente, como dijo él, “hasta que tú quieras, yo te voy a respetar, es tu decisión”, y más que estaba yo dolida, peor tantito, pero como era más joven que yo, como que, qué iba a pensar la gente, me preocupaba, o que a lo mejor a él le va a dar pena que soy más grande que él y todo.*

Debido al poco tiempo que transcurrió desde la separación, la hija de Angy pensó que ésta había dejado a su padre para estar con otra persona. Por mucho tiempo, su hija pensó que Angy había engañado a su padre y era la causante de la separación. Por otro lado, su hijo, al ser el mayor, sí supo tanto de la nueva relación como de las causas reales de la separación:

*Cuando empecé a andar con él, y que a ella [su hija] le dijeron que yo andaba con él estando casada con su papá y me dice, “¿porque no me dijiste a mí?”, “tu hermano sabe, no te dije porque estabas chiquita, no ibas a comprender”, ahorita creo que lo comprende más que mi hijo, en ese entonces él tenía 14 años, él me dijo, “sabes qué mama tú puedes tener a la pareja que quieras siempre y cuando no te maltraten”.*

La cuestión de la edad fue una de las limitantes para que la relación no progresara, ya que a ella le daba “pena” por sus hijos. Angy explica que incluso le apenaba platicar del tema, pero ahora lo puede contar porque es algo que ya “pasó”. La edad era un factor más importante para ella que para él; Angy pensaba que en algún momento él querría tener una pareja de su edad, tener hijos, formar una familia, cosa que no podría hacer con ella porque Angy ya tiene su propia familia. Por esta razón, le pareció que la relación no tenía futuro y decidió terminarla.

Desde entonces, Angy no ha salido con otra persona por dos motivos: no ha conocido a alguien que cubra sus expectativas y tiene miedo de llevar a un hombre a su casa que pueda hacerle daño a su hija. Angy considera que ante todo es “mamá” y que tiene que ver por su hija y ponerla a salvo. De igual forma, aunque piensa que “nunca va a dejar a sus hijos”

porque no le interesa cohabitar con una pareja, sí considera la posibilidad de tener un novio de “lejecitos”, con el que pueda darse sus “escapadas” como lo hizo con su último novio.

A pesar de que Angy no ha tenido otra relación de noviazgo, sí ha salido con varias personas. Angy cree que los hombres de “ahorita” desean tener sexo en la primera cita y si no sucede sienten que están perdiendo el tiempo, lo que provoca que las relaciones no se consoliden. En el ámbito en el que Angy se desenvuelve, es común que los hombres con los que se encuentre tengan pareja o familia, lo que constituye otro motivo que le ha dificultado encontrar a alguien que cubra sus expectativas. Angy tiene claro que no se involucrará con un hombre casado o con pareja; en sus propias palabras, “no voy a hacer a otros lo que a mí me hicieron”.

No obstante, Angy salió con un excompañero de la secundaria que también se encuentra separado. Como ella lo explica, sus salidas fueron de “manita sudada” y besos y ese es el tipo de relación que ella desea: que no involucre a sus hijos o los ponga en riesgo. En este sentido, Angy expresa temor ante la posibilidad de que la pareja de su exesposo se involucre también con su hijo:

*Si esta mujer se metió como se metió, qué me espero de mi hijo, a mí me da miedo tener otra pareja o meterla en mi casa porque le pudiera hacer algo a mis hijos, me daba miedo que esta mujer se fuera a involucrar con mi hijo, y más por las cosas que me han platicado de ella.*

Como madre, Angy considera que el tema de encontrar y tener pareja debe involucrar la aceptación de los hijos e hijas: si alguien “realmente” quiere a una persona, tendría que aceptar a sus hijos y no hacerles daño. Angy cree que este no es el caso ni con ella ni con su

esposo, ya que la pareja de éste lo ha alejado de sus hijos. Angy explica que no ha encontrado una pareja con estas características, es decir, alguien que acepte y quiera a sus hijos.

### *Significados construidos*

La primera idea que Angy introduce en su narrativa es la de un noviazgo con violencia. No obstante, Angy decidió casarse. ¿Significa esto que Angy pensaba que con el matrimonio se terminaría esa violencia? En el caso de Angy, estas conductas se acentuaron con el tiempo. Durante 15 años ella vivió con la sospecha, hasta que finalmente él se “descaró”. De acuerdo con el ideal judeocristiano, las parejas son para toda la vida y el matrimonio es la institución que otorga un lugar, respaldo y estatus a sus miembros. Aunque puede haber otras mujeres (las *otras*, las *amantes*), el lugar de la esposa está defendido por una base religiosa y legal.

La separación es entendida y vivida con dolor: se rompen los esquemas, las creencias, los ideales. El *ego* sufre al sentirse *cambiada por otra*, que no es cualquier *otra*, sino una mujer más *joven y guapa*. Vivir en una sociedad que enaltece la juventud y la belleza, al tiempo que desdeña la vejez, afecta la autoestima y la seguridad de las personas que no encajan con dichas descripciones. Las etapas en la estructura narrativa de Angy reflejan estas ideas: el envejecimiento, la soledad, el ser mujer y madre en México. La idea de envejecer se contextualiza y se cruza con el género, las normas y valores sociales. El hombre puede estar con una mujer más joven en tanto tenga solvencia económica; por su parte, la mujer, entre más edad tenga y peor sea su condición socioeconómica, deja de ser una opción de pareja. Si la mujer tiene una pareja joven, no es viable para formar una familia porque una mujer, antes que nada, es madre y se debe al cuidado de los hijos.

Los cambios en la dinámica del relato de Angy muestran una narrativa estática, congelada en el tiempo, que refleja una brecha de dos eventos en su vida: el abandono o infidelidad y la preocupación constante por sus hijos.

El significado que subyace en el concepto de *pareja* la define como aquella que sostiene y acompaña. La pareja se encuentra unida para toda la vida, ya que la falta de uno de sus miembros desencadena crisis y problemas en la familia. En el caso de los hijos, la imagen paterna sirve para que no caigan en conductas de riesgo, como el consumo de alcohol o drogas. Así, la función de la pareja al interior de la familia es esencial para el apoyo y conducción de los hijos.

Los significados latentes en esta narrativa refieren a las dificultades de las mujeres que dependen económicamente de sus esposos, es decir, las dificultades que enfrentan para salir adelante con sus hijos, siendo la situación económica una causal para el mantenimiento de la unión de pareja pese a la violencia que pueden vivir en la relación.

### **C) Mujer en un hogar sin varón**

*¿Cuánto tiempo duraste con ese dolor?*

Antes de casarse, Angy se describe como una mujer extrovertida, con gusto por el teatro y la actuación. Después de la separación, se veía a sí misma como una mujer temerosa de todo, con miedo de no poder enfrentar lo que la vida le deparaba. En palabras de Angy, se sentía “la más vieja de las viejas, bien abuelita, bien dada al carajo”.

Después de separarse, Angy se hizo cargo de su hija e hijo (vivió con ellos hasta hace un año en la casa que les dejó su esposo). En ese entonces, Angy no salía ni dejaba su casa por miedo, porque sentía que éste la tenía atrapada: tenía miedo a que alguien entrara y les

hiciera algo, miedo a que les robaran, miedo a que sus hijos se fueran por un “mal camino” (drogas, alcohol, relaciones con violencia, abandono escolar). Angy explica que se aferró “a Dios y a los ángeles” para salir adelante porque en ese momento pensaba que el dolor no iba a pasar. Actualmente, Angy aún tiene sentimientos encontrados y dice que de repente le dan ganas de llorar al contemplar su vida. Sin embargo, al ver lo que ha logrado con sus hijos y con ella misma, también piensa “por fin lo estoy logrando, lo he logrado”:

*Si me hubieran dicho, “estás bien, vas a salir adelante”, yo creo que el miedo es que tus hijos se vayan a las drogas, porque para agarrar malos caminos y cosas que no debemos agarrar tenemos mil pretextos la verdad, [...] es miedo a todo, te da miedo todo, pero Dios es tan grande que te da fuerzas.*

En esa *nueva* vida de mujer separada, además de lidiar con la educación y la dependencia económica de sus hijos, Angy vivió lo que denominó “la experiencia de madre soltera”. Angy se refiere a esta experiencia como lo que los demás observan en una mujer separada, haciendo un símil con ponerse un “letrero” en la frente que dice “divorciada”.

Para Angy, las implicaciones que ha tenido “tener ese letrero en la frente” están relacionadas con la percepción que los hombres tienen de ella como una mujer sexualmente disponible, ya que quienes la abordan no buscan tener una relación “formal” sino “irse a la cama” en la primera cita. Lo anterior no significa que Angy no vaya a tener relaciones, pero tampoco debe entenderse como que vaya “brincando de cama en cama”:

*Yo sí viví la experiencia de madre soltera, separada, parece que te ponen un letrero aquí [señala su frente] “divorciada, separada, fácil”, por las necesidades que tengas tu fisiológicas a la mejor, emocionales o de que quieras tener una compañía, entonces se les hace como bien fácil, es como “sabes qué, esa chava o señora, es divorciada, y ya sabes que es cama segura”.*



En síntesis, Angy se contempla a sí misma y se da cuenta de lo que ha construido y recuperado de sí misma. Se percibe libre. Ha buscado opciones para salir adelante con sus hijos, pues cree que cuando se le “cierra una puerta, se le abren dos, si no, ventanas, la cosa es que tenga ganas de hacerlo”. Angy considera que la ausencia de su esposo hizo que intentara cosas que, de haber estado él, no habría hecho: dice que desconoce cómo le “hizo para hacerlo”, pero lo logró. Angy percibe que logró salir adelante con sus hijos pese a los costos de la separación y volvería a vivir lo vivido para obtener la libertad que ahora tiene:

*Volvería a vivir lo que viví, lo digo por lo que he vivido, no estar viviendo con esas ataduras de “ahorita vengo, ahorita voy”, estar dando información y estar pidiendo permiso, hasta para venir con mi papá, ahorita digo, “voy a ir con mi papá”, [...] ya no tengo que estar pidiendo permiso a nadie.*

### *La maternidad*

Angy ha vivido diferentes momentos de la maternidad debido a que su hijo e hija ya son mayores. Explica que ha vivido con miedo constante; cuando estaba con su esposo, temía que sus hijos vivieran la violencia que se traducía en gritos y peleas constantes. Después de la separación, las raíces de su miedo eran la ausencia del padre, el desamparo económico y que sus hijos pudieran tener problemas de consumo de sustancias. Con respecto a su hija, su temor actual es que se involucre en una relación violenta y no pueda salir de ella.

Actualmente, Angy continúa tratando de “educar” a sus hijos. En concreto, su hija le ha dicho que confíe en la educación y valores que les ha dado. Aunque aquéllos demandan ser tratados como adultos, Angy no los considera como tales debido a sus conductas:

*Mi hija se está rebelando mucho, bastante, entonces le digo, “dicen que los trate como adultos cuando ustedes tienen derechos pero no tienen obligaciones?”, tenemos una casa allá [lugar donde vivían], tiene tres recámaras, cocina, comedor y garaje, ¿sabes que por se quisieron venir para aquí?, son dos cuartitos, una salita y una cocinita, que por que la casa estaba ya muy grande y que no quieren*

*hacer tanto quehacer, siendo que allá no pagamos renta, [...] ahí veo como le hago para la renta, y mi hijo, “te doy tu gasto y ahí hazle como puedas”.*

El quehacer, los gastos, las salidas nocturnas y el consumo de alcohol son temas recurrentes en los conflictos entre Angy y sus hijos. Por su parte, Angy “accede” a sus demandas pero no se siente correspondida, por el contrario, dice que se “encajan” con ella.

Actualmente, Angy trabaja en una cafetería propiedad de su hijo. Éste deseaba ser empresario y le propuso a Angy empezar dicho negocio. Sin embargo, él ya no quiso hacerse cargo porque tiene un trabajo aparte y le regaló el negocio a Angy. Lo anterior fue interpretado por ésta como una conducta irresponsable de parte de su hijo al no querer hacer frente a los “malos” períodos del negocio.

### *Significados construidos*

La idea subyacente a la mujer sin pareja es la mujer abandonada. El costo de sacar adelante a los hijos es mayor si se está separada. La idea es que una mujer sin un hombre no puede salir adelante o le constará más trabajo. Angy también piensa que la pareja es indispensable para la educación de los hijos, pues sin el padre aquéllos pueden perderse en el “mal camino”.

En el pasado, la mujer aguantaba los malos tratos del hombre por miedo a enfrentar sola la economía del hogar, la educación de los hijos, el trabajo, la vivienda, etc., miedo que sujetaba a la mujer a una relación en la que ya no quería permanecer. Estos miedos estaban presentes en Angy, quien tras haber hecho frente a estas experiencias, encontró que podía salir adelante con su hijo e hija.

La mujer separada se enfrenta a una sociedad masculina en la que “la madre soltera” es vista como sexualmente disponible. La idea que subyace es que la mujer está “necesitada” de afecto, amor, dinero y placer sexual, por lo que los hombres se acercan pensando en satisfacer dichas necesidades. Además, la mujer tiene que cuidar la imagen que los demás tienen de ella, incluyendo a su expareja, hijos, *otros* hombres y familia de origen.

La idea de madre que aparece latente en el relato de Angy es que la mujer no abandona su papel de madre solo porque sus hijos ya sean adultos. Esta función también le corresponde al padre, pero ante la ausencia de éste su compromiso de madre se duplica. La creencia subyacente es que la madre nunca se jubila de su rol, es decir, su papel no tiene fin.

### 5.3.3. María

#### **Análisis contextual**

*A) Nivel intersubjetivo.* Después de acordar el día y la hora, la entrevista con María se realizó en su trabajo. Sugirió que nos reuniéramos en dicho lugar porque así tendríamos privacidad para hablar. El contacto con María se realizó por medio de una amiga en común, quien le comentó del objetivo de la investigación.

Al relatar su historia, María hablaba de manera pausada, tranquila y con voz suave. Por momentos, lloró mientras narraba partes de su vida, sobre todo al referir la enfermedad de su hija y el desinterés de su expareja en la salud de la niña. Al recordar cosas que le habían hecho enojar, subió el tono de su voz sin perder suavidad en la misma.

María se presentó conmigo diciendo su nombre completo, edad y profesión. Ante el comentario con el que abrí la entrevista (“inicia por donde tú quieras, y cuéntame tu vida”)

decidió empezar hablando acerca del papel de su hija en su relación de pareja, ya que explicó dicha unión como consecuencia de un embarazo no planeado; María dice que antes de saber que estaba embarazada no tenía planes a futuro para su relación.

Con el nacimiento de su hija, se desencadenaron una serie de conflictos con su ahora expareja, mismos que se agravaron debido a las condiciones de salud que presentó su hija al nacer y a la falta de involucramiento del padre en dicha situación.

*B) Campo social.* María situó el origen de su historia en un embarazo no planeado. Pese a que no estaba entre sus planes, cuando ella y su pareja supieron que María estaba embarazada “automáticamente” decidieron que vivirían juntos (sin casarse). María decidió que la convivencia como pareja continuaría hasta que naciera su hija, ya que estaba estudiando una maestría y seguía con sus proyectos escolares. La decisión de María dio lugar a una unión libre como elección para formar una familia, lo cual refleja la diversidad en los procesos de formación familiar en México, mismos que se hallan en función de cambios sociales que el país ha experimentado en distintas épocas.

En el contexto social, en esta narrativa resaltan las relaciones interpersonales, sus afiliaciones con instituciones escolares, sociales y de salud, así como sus identificaciones y valores, como se describe a continuación.

Para comprender el entorno social de María, es preciso tener en cuenta la situación en México con respecto a la unión libre como opción de vida. De acuerdo con el INEGI (2017), la tendencia a las uniones libres como opción de vida familiar ha ido en aumento desde la década de los ochenta, al tiempo que ha descendido su índice de legalización. En la

década pasada, las uniones libres han alcanzado porcentajes altos en áreas tanto rurales como urbanas: el 21.4% de las mujeres que viven en pareja lo hacen en unión libre, es decir, una de cada cinco.

En su narración, María menciona el papel de instituciones como la escuela, los hospitales y el trabajo. Relata que pasó de ser estudiante de maestría a cuidar a su hija enferma, por lo que no trabajó sino hasta siete años después (estaba dedicada por completo al cuidado de su hija); su contacto con los hospitales también obedeció a la misma razón. Fue entonces que empezó a recibir atención psiquiátrica porque presentaba señales de depresión, situación de la que dice no haberse percatado porque estaba absorta en el cuidado de su hija.

El análisis del contexto social muestra a María como una persona joven y activa, con planes a futuro basados en una relación libre e independiente, con deseos de viajar y conocer mundo, con alta autoestima y confianza en sí misma. Sin embargo, la noticia de su embarazo empezó a cambiar poco a poco sus planes. El primero de estos cambios se refiere a la decisión de tener a su hija y vivir en pareja para darle a aquélla una familia. Al nacer, su hija (quien María originalmente pensó que sería varón) presentaba una serie de complicaciones de salud, razón por la cual María perdió no sólo su independencia, sino también su vida social y escolar, así como sus relaciones y afiliaciones con otras personas ajenas a su familia. En suma, el nacimiento de su hija significó el abandono de todos sus proyectos de vida.

*C) Metanarrativas culturales.* En el texto de María hay varias metanarrativas posibles, subyacentes a lo contado. Por ello, he decidido enfocarme en dos etapas de la estructura narrativa y la tensión entre ellas, ya que hay conceptos interrelacionados que crean disonancia

entre sus narrativas, como la feminidad, la maternidad, la pareja, la familia y el trauma de la enfermedad de su hija.

La historia de María es una narración acerca de cómo un embarazo no detectado a tiempo y la enfermedad de su hija cambiaron la dirección de su vida. En este contexto, el tema de la enfermedad se entrecruza con cuestiones como el género, las normas y los valores sociales. María tomó la decisión de renunciar a sus planes para cuidar a su hija, labor a la que se dedicó por completo, olvidándose de sí misma y de su pareja. En esta conducta hay un componente cultural, en el sentido de que María pertenece a una sociedad en la que se espera que las mujeres demuestren valores como la entrega incondicional y se dediquen al cuidado y el maternaje, es decir, el rol esperado y demandado de la mujer es el de ser cuidadora primaria ante una crisis de salud. En resumen, la metanarrativa subyacente en este relato engloba las dificultades suscitadas por la enfermedad de la hija de María que terminaron por provocar una disrupción en la vida y los planes personales de esta última. De igual forma, esta metanarrativa explora las dificultades que María enfrentó para superar dichos obstáculos.

## **Análisis temático**

### **A) Familia**

#### *Familia de origen*

Los padres de María son originarios de Hidalgo y se conocieron en la Ciudad de México, donde empezaron a criar a su familia. Tuvieron cuatro hijas y dos hijos; María es la mayor de las mujeres y la segunda de mayor a menor entre todos.

La infancia de María transcurrió en las calles del Centro Histórico de la capital. Relata que vivía en una vecindad donde los edificios estaban habitados por “mucha gente” y *todos* se enteraban de lo que sucedía con las demás personas; el “universo” que ella veía en la vecindad estaba conformado por las mujeres que se quedaban en casa al cuidado de sus hijos. María practica la religión católica (ha recibido todos los sacramentos, excepto el de matrimonio). Estudió en un colegio de monjas y relata que como parte de sus juegos y actividades infantiles iba a la iglesia a “platicar con Dios”. Entre juegos, también recorría las calles del Centro Histórico e iba a la “matiné”. María recuerda haber tenido una infancia “muy divertida e intrépida”.

Debido al terremoto de 1985, la vecindad donde vivía María se volvió inhabitable, por lo que su familia tuvo que abandonarla. Por este motivo se trasladaron al Estado de México, lugar donde su padre consiguió un sitio para vivir. Con esa mudanza también cambió su panorama: María pasó, como ella misma dice, de estar “guardadita” en escuelas de monjas y sólo para mujeres a incorporarse al Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) de la UNAM. Ahí, María conoció “gente con otros pensamientos”, lo que influyó en ella para cambiar su forma de ser, pues ahora deseaba estudiar, prepararse y viajar.

Los padres de María tienen un negocio de comida en el centro de la Ciudad de México, negocio en el que trataron de involucrar a sus hijos desde pequeños (excepto a las dos hermanas más pequeñas). María describe a sus padres como muy “trabajadores”, pues “empezaron de cero” y han conseguido hacerse de bienes materiales con base en sus propios esfuerzos. Para María, los valores que caracterizan a su familia son “el trabajo, la unión, la generosidad, la comprensión, el apoyo, la aceptación incondicional, el esfuerzo, la

perseverancia”, pues sus padres han logrado que todos sus hijos sean profesionistas, ya que “todos aprendieron a trabajar”.

El trabajo es la actividad más valorada por su padre, a quien María describe como “muy matado” al momento de asumir su rol de proveedor. Para María, es “difícil” que aquél hable con ella y sus hermanas/os, por lo que éstos se comunican con su padre por medio de su madre, lo cual solo sucede cuando se suscita un problema grave; de otra manera, él no se involucra “más allá”. Para María, el apoyo proporcionado “incondicionalmente” por su padre a su familia en todo momento ha sido el económico.

En general, María describe la forma que tienen sus padres de relacionarse con su familia como “medio desligada”, en la que han “tenido mucha libertad” pues “prácticamente siempre” les han permitido equivocarse. Para María, sin importar lo que hagan ella y sus hermanos, sus padres lo aceptan “aunque no les guste”, lo que ella entiende como una muestra de respeto por parte de ambos, aunque también percibe que tienen “valores relajados”. Parte de este problema se refleja en la “comunicación”:

*Pero pues yo definiría a mi familia como que tiene poca comunicación, como que siempre nos enteramos del otro a partir de un tercero, que dice, “oye a fulanita le pasó”, no como otras familias que se reúnen y dicen, “oye está pasando esto”, de manera así abierta, pero finalmente nos comunicamos, casi siempre la interlocutora, intermediaria entre todos es mi mamá, tanto entre nosotros hermanos, como entre mi papá, es la que siempre está mediando la comunicación porque es la que está en la casa cuando llegamos.*

María considera que sus padres han respetado la elección de pareja de cada uno de sus hermanos y hermanas. Por su parte, María llevaba siete años de noviazgo cuando supo que estaba embarazada, lo cual fue una sorpresa para todos. Al respecto, afirma que “actuó” de



manera “inteligente” al decirle a sus padres que se quedaría a vivir con ellos y éstos no se alarmaron ni con su embarazo ni con su decisión. María resolvió que no se casaría y tampoco recibió presión de parte de sus padres para que lo hiciera:

*Mis papás no, los papás de él querían, mis papás tampoco, somos una familia como... cómo decirlo, como con valores como más light, como no tantas condicionantes sociales, como más de, cómo te beneficia, qué necesitas, no si lo vas a hacer porque está escrito, porque está estipulado, que porque se ve mejor.*

Lo que sus padres no querían es que María se involucrara en una relación en la que tuviera que estar atravesando constantemente por una serie de rupturas y reconciliaciones, pues pronosticaban que una relación así no iba a tener futuro. Por ello, al enterarse de su separación, apoyaron a su hija y nieta, diciéndole a María “ya lo sabíamos, vente”. Actualmente, a pesar de estar saliendo con un hombre casado, María continúa contando con el apoyo de sus padres.

#### *Familia actual*

*...en realidad mi familia actual es mi hijita, ella es mi familia.*

La hija de María tiene quince años. Nació de forma prematura y con varios problemas de salud, pues los médicos le diagnosticaron hidrocefalia y mielomeningocele (espina bífida), presentando síntomas de malformación del cerebro, reflujo y bajo peso, conjunto de circunstancias que “condicionaba el resto de sus funciones”. Estuvo hospitalizada por “dos meses y algunos días” y permaneció por un tiempo en terapia intensiva.

Ante este diagnóstico, María buscó otras explicaciones e información además de la que le proporcionaban los médicos en el hospital. En consecuencia, su angustia creció, pues entre más sabía sobre la condición de su hija más se deprimía. Para María, el estar “alimentando la desesperanza, la tristeza, la impotencia” se convirtió en una constante. Durante este tiempo, mientras ella se ensimismó en la depresión y las ocupaciones relacionadas con la salud de su hija, el padre de ésta consideraba suficiente “depositarla” en el hospital para que la atendieran, conducta en la que María percibió “un nivel distinto de involucramiento”. Esto provocó un distanciamiento entre María y su pareja.

Finalmente, la hija de María fue dada de alta, aunque no “ganaba peso” por el reflujo. Una vez fuera del hospital, la salud de su hija mejoró poco a poco, sin embargo, María continuaba deprimida. Aunque se hizo cargo de su hija y de sus terapias de rehabilitación, admite que fue una etapa complicada para ambas:

*...mi niña que no asimilaba cualquier cosa, yo deprimida, fue muy complicada la primera etapa de mi niña, íbamos a las terapias y todo, yo me concentré en ella, en ella y en ella, no había más que yo hiciera que salir y entrar de la casa para ir a hospitales, todo el tiempo, eso fue durante los dos primeros años de vida de mi hija, desde que nació hasta los primeros dos años [...] los problemas de salud se fueron resolviendo poco a poco, primero fue lo de aprender a sostener, a caminar, luego lo del reflujo para que comiera, porque estaba muy bajita de peso porque no comía, entre mi depresión que yo no hacía de comer rico, entre que ella todo lo regresaba, si era bien complicado, me daban unos alimentos especiales horribles, ni yo se los podía dar porque ¡aagh!, una leche de soya de bebés que huele horrible, entonces, pues ella no la quería, solo quería seno, yo le daba seno, pero pues era pura agua porque yo no comía bien, nunca tenía hambre, yo comía porque me acordaba que tenía que comer, cuando llegaban mis papás y me decían, “¿ya comiste?”, “ahh, ahorita como”, como diciendo, “ah ya me acordé que tengo que comer”, porque ni me acordaba de eso, completamente centrada en qué estaba pasando con ella, con mi hija.*

En cuanto a su estado emocional, María se culpaba “por la condición de salud de su hija” y pensaba constantemente en las causas de dichos problemas. Creía que tal vez éstos se debían a que tuvo un embarazo no planeado, a que no se cuidó los primeros meses del embarazo o a que tenía el virus del papiloma humano (que le había contagiado su pareja). A estas dudas se sumó el propio sufrimiento físico de su hija (la constante toma de muestras de sangre, el que no asimilaba el alimento, las operaciones, las inyecciones). Finalmente, los genetistas le explicaron que la condición de su hija obedeció a una multiplicidad de factores, por lo que a partir de ese momento decidió dejar de culpar a su pareja o a sí misma.

María reconoce haberse sentido triste debido a los problemas de salud de su hija por lo menos hasta el momento en que aquélla cumplió 5 años. En ese momento, su hija fue canalizada con una paidopsiquiatra debido a los “problemas de crianza” que manifestaba y, a su vez, María empezó a recibir tratamiento para la depresión:

*Me recuerdo triste en esa época porque fue cuando inició el tratamiento, ya después la derivaron a ella con la paidopsiquiatra estando un poquito más grande por todos estos problemas de crianza, de que yo la súper sobreprotegía pero era una sobreprotección tremendísima, o sea la sobreprotección al cuádruple, por todo lo que había vivido, el temor de perderla todo el tiempo, la cargaba le lavaba 10 veces las manos, veía lo que iba a tocar, a donde se iba a subir, estaba como su sombra, peor que su sombra, entonces también le estaba causando mucha inseguridad, toda esta dificultad para defenderse, todo eso tenía que ver con toda la sobreprotección que yo le estaba dando, fue cuando nos derivaron a paidopsiquiatra y la psiquiatra me empezó a dar tratamiento farmacológico.*

Actualmente, la hija de María continúa lidiando con secuelas de los problemas de salud que presentó al nacer. En palabras de María, por una “malformación en la cabecita, se filtraba líquido cefalorraquídeo”, lo que le ha provocado a su hija estrabismo (por lo que ha sido intervenida quirúrgicamente), y la conducta de ésta manifiesta impulsividad producto de un

“desfase en la madurez”. (De acuerdo con María, este desfase se vio reflejado en la reciente aplicación de una prueba para ingresar a nivel preparatoria, prueba en la que su hija obtuvo 53 de 120 aciertos pese a que tomó cursos de regularización). María considera que su hija “se acelera, como que no le piensa” al dar sus respuestas, pero sí tiene “el conocimiento”, pues cuando se detiene a pensar, da las respuestas correctamente. María también considera que su hija es “muy inocente y había que estarle advirtiéndole, cuidándola de las situaciones para que no la lastimaran o no se metiera en problemas por inocente, por no tener malicia”.

Con respecto a la relación de su hija con su padre, María señala que su hija salía lastimada cada vez que intentaba relacionarse con aquél. De acuerdo con María, han sido pocas las veces que su expareja ha estado en contacto con su hija, pues sólo recuerda un día en que celebraban su cumpleaños y otro en que realizó su primera comunión. María recuerda a su hija como una niña triste que a los 7 años empezó a preguntar por su padre:

*cuando tenía como siete años, empezó a preguntar “¿por qué mi papá no vive con nosotros?”, “no pues porque nos peleábamos, no nos poníamos de acuerdo, ya no estábamos felices, y por eso nos tuvimos que separar”, y “¿por qué no viene?, ¿por qué no llama?”, “pues no sé, porque a lo mejor está ocupado, está trabajando, no sé por qué no habla, él tiene el teléfono, puede llamar, no sé porque no lo hace”, no tenía otra manera de explicarle, ya más grande le decía, “pues no sé porque no llama hija, tú llámale a ver qué pasa”, así fue.*

Cuando el padre buscaba a su hija le llamaba por teléfono, acordaba que iría a verla o que la llevaría de paseo, pero María refiere que “ese día no llegaba, ni siquiera [daba] un aviso” de que no podría llegar. De acuerdo con María, era común que su expareja las dejara plantadas y “hacía llorar” a su hija con sus promesas incumplidas. Estas situaciones hacían que María sintiera desprecio por él, pues no sabía cómo “mediar o qué hacer para que ella no resultara lastimada”. En la actualidad, el contacto de su hija con su padre se limita a redes

sociales (WhatsApp o Facebook), pues aquél sigue “con la misma inconsistencia y ausencia”. Su hija aún se enoja con su padre, con la “diferencia de que ella se defiende ahora y ya no es tan vulnerable como lo fue en ese momento”, por lo que la preocupación de María es menor.

Para María, esta falta de compromiso del padre es un reflejo de la falta de “incorporación de la paternidad”, ya que aquél nunca hizo nada para “ser papá”. María expresa que su hija reconoce esta falta de cumplimiento por parte de su padre, pero finalmente “con todo y sus defectos es su papá y si le pasa algo, seguramente le va a doler”.

En términos generales, María percibe que a su hija le hizo falta una figura paterna, un padre que no sólo estuviera cuando ella lo necesitara, sino que también le sirviera de ejemplo para saber lo que “hace” un hombre (ya que sólo contó con un ejemplo femenino):

*pues también para ver la cuestión de que vea lo que hace un hombre, de cómo se mueve un hombre, ella solamente sabe de cómo se mueve una mujer en el mundo, pero... su abuelo siempre está ausente, su tío lo mismo, el otro tío está lejos, no tiene, así como un parámetro de lo que es la masculinidad, los roles del hombre, pienso que a lo mejor en ese sentido sí le haría falta. No sé qué pareja vaya a elegir.*

Esta ausencia de la figura masculina se debe a que, a pesar de que su hija ha convivido con su abuelo y su tío (el padre y el hermano de María, respectivamente), éstos no están involucrados en su educación. Por otra parte, María ha recibido apoyo económico incondicional de parte de su padre, quien cubrió el costo total de los tratamientos de su hija:

*Económico todo el tiempo, [refiriéndose a su padre] si mi hija no hubiera recibido toda la atención que tuvo cuando nació, tal vez hubiera fallecido, así, y ellos absorbían todos los gastos. De hecho es muy curioso porque esa es la única deuda que no les he pagado a mis papás, [...] esa deuda no se las he pagado, algún día hemos retomado esa situación y me dice mi mamá, “ni se lo pagues, tu papá no te hizo fiesta de 15 años, ya le dije que ese es tu regalo de 15 años”, y le digo, “no, si se lo voy a pagar, pobrecito de mi papá”, porque él es muy así de... “el honor está*

*en que puedas cubrir tus gastos, tus deudas”, además, no porque lo necesite, porque te digo que siempre han sido muy trabajadores ellos y muy bien administrados.*

María dedicó siete años exclusivamente al cuidado de su hija, a quien llevaba con ella a todos lados. Explica que cuando salía con sus amigas, “elegía actividades o visitas que tuvieran espacio para incorporar a su hija”; ésta “siempre fue “parte de sus actividades” y de su “vida social”. María afirma que “jamás” dejó a su hija al cuidado de su mamá para salir con sus amigas. Sin embargo, esta situación cambió cuando María empezó a trabajar. En ese momento, su hija tenía 7 años y estaba cursando la primaria. Su abuela la recogía de la escuela, le daba de comer y la cuidaba hasta que María salía del trabajo y pasaba por ella. En este sentido, la educación que María recuerda haber recibido de sus padres consistió en desarrollar “autonomía desde pequeña”; ella y sus hermanos y hermanas eran disciplinados para hacer sus labores, costumbre que les fue inculcada por su madre. Por consiguiente, su hija, al haber estado por un tiempo al cuidado de su abuela, también es disciplinada y responsable con las cosas de la escuela. María atribuye este hecho a las enseñanzas de la abuela, no a la suyas propias, pues reconoce que ella “no le ha enseñado eso” a su hija.

Por otra parte, ahora que su hija ha crecido y han mejorado sus condiciones de salud, la organización doméstica de su hogar depende exclusivamente de ambas. La primera dificultad que tienen es la comida, ya que por falta de tiempo se la “pasan comiendo en la calle”. Aunque ambas procuran consumir “comida nutritiva”, a su hija esto se le dificulta un poco porque como “adolescente” le gusta la comida “chatarra”. Sin embargo, esta dinámica ha cambiado un poco debido a que la hija de María recientemente ingresó a la preparatoria (en el turno vespertino). María trabaja por las mañanas, así que sólo se ven por la noche, cuando su hija regresa de la escuela.

María explica que la relación con su hija se ha visto influenciada por el hecho de que ambas son mujeres, factor que ha facilitado la relación; para María, “hacer cosas de mujeres” las mantiene unidas. No obstante, también tienen conflictos y María refiere que cuando discuten o “pelean” pueden decirse cosas “feas”. Por ejemplo, cuando su hija le reprocha su ausencia cuando era pequeña, sobre todo porque “no estuvo para ayudarle con la tarea”, María se defiende argumentando que tenía que “ganarse el dinero para que comieran y comprarse esos vestidos y zapatos, y para que fueran a pasear”. María explica que las peleas no son frecuentes y que luego de discutir se piden disculpas mutuamente:

*Podemos decirnos cosas feas porque estemos enojadas las dos y ya después decimos “oye discúlpame no estuvo bien”, y nos explicamos y nos decimos y nos reconciamos, en realidad no nos peleamos mucho, tengo autoridad con ella entonces cuando le digo algo sabe que lo tiene que cumplir y si no lo cumple hay consecuencias, es una autoridad de respeto, de decirle que se hacen así las cosas porque es conveniente para ambas y así las tenemos que hacer.*

María percibe que su hija es madura en ciertos aspectos pero la inmadurez producto de la enfermedad hace que sea “sumamente inmadura, impulsiva, contestona”, por lo que su pareja actual hace de mediador entre ambas. Factores como el estrés de María y la inmadurez de su hija hacen que se presenten conflictos, pero su pareja les ayuda a ver el punto de vista de cada una para que puedan entenderse.

En cuanto al aspecto económico, María se hace cargo por completo de su hija. A veces su pareja la “apoya” no porque ella se lo pida, sino porque él así lo quiere, sobre todo cuando se trata de vacaciones. Para María ha sido fácil acomodarse y coincidir con su hija, ya que, al ser mujeres, comparten ciertas cosas materiales, incluso gustos. María explica que de esta manera busca el bienestar de ambas.

María confía en que su hija elija lo que sea benéfico para sí misma y que sea feliz, y afirma que la apoyará siempre lo que necesite. Por esta razón, María ha fomentado la comunicación y confianza entre ambas, por lo que se comunican “todo” lo que “les pasa” y como “se sienten”.

### *Significados construidos*

María presenta en su narrativa a una familia de origen en la que prevalecen los valores del trabajo y el esfuerzo. A través del trabajo y la perseverancia se puede salir adelante económicamente para obtener bienes materiales. Por tanto, el valor y honor de la familia consiste en ser económicamente autosuficiente. Por otra parte, subyace la idea del padre como proveedor y la madre como cuidadora, siendo ésta además la vía de comunicación entre el padre y los hijos e hijas. Al mismo tiempo, se halla la idea de que los padres no se involucran en la vida de los hijos, dejando que éstos decidan cómo vivir su vida siempre y cuando trabajen y se esfuercen en lo propio para lograr ser autosuficientes.

Con respecto a la idea de familia, el contexto de María (por ejemplo, su crianza en la vecindad) influyó decisivamente en su forma de pensar. María tiene la idea de que la familia debe estar integrada por el padre, la madre y los hijos, con el padre como proveedor y la mujer como cuidadora. Sin embargo, también hay un significado latente acerca de la escolaridad, pues la educación puede influir en la forma de pensar pero las prácticas culturales constituyen focos de presión para que tanto hombres como mujeres asuman roles estereotipados para cada sexo. Por otro lado, circunstancias como la maternidad y la enfermedad de su hija volvieron a colocar a María en el rol de esa idea primaria que tenía



sobre la familia, es decir, de la mujer como cuidadora de su hija que deja a un lado sus anhelos profesionales. Dicho de otra manera, la función de la mujer y del hombre en la maternidad y la paternidad es diferente en cuanto al involucramiento en el cuidado de los hijos e hijas.

Lo anterior manifiesta una idea subyacente sobre la mujer como cuidadora primaria ante una enfermedad, es decir, como la responsable del cuidado y la salud de la descendencia. Esta idea se observa en la culpa que María siente como única responsable de la salud de su hija, dejando su persona a un lado como una forma de subsanar las condiciones en las que aquélla se encontraba.

Entre los pensamientos de María sobre el ser mujer y ser hombre, se encuentra la idea de que a su hija le faltó el modelo de un hombre para saber cómo relacionarse con ellos y conocer cómo se conducen en el mundo. Por otra parte, el hecho de que ambas sean mujeres ha facilitado las cosas, ya que ha permitido a María ser un ejemplo de cómo “ser mujer” para su hija. En ese sentido, la idea subyacente es que se aprende a ser mujer y ser hombre con base en los modelos o ejemplos familiares, sobre todo por los representados por la figura del padre y la madre.

## **B) Pareja**

### *Comienzo, permanencia y disolución de la pareja*

La relación de María con el padre de su hija inició cuando ambos se encontraban cursando el tercer semestre en el CCH (ella tenía 17 años y él 18). Como adolescentes, María explica que aún no se definía “la manera de ser”, por lo que “no sabía en lo que se estaba metiendo”. Él no era un buen estudiante (reprobó un año del bachillerato y no entró inmediatamente a la

universidad), por lo que María dice que eran como de “mundos distintos”. Sin embargo, cuando se veían, la “pasaban bien”:

*No había mayor conocimiento de con quien estaba o quien era esa persona con la que yo estaba, era de cotorrear, de ir al cine, de pasear, de ir a su casa, de ir a la mía y tan, tan, no había mayor cosa, lo que yo necesitaba en ese momento, no era más que eso, con quien pasármela bien los días que podía descansar y que no tenía escuela, ni actividades con los compañeros de escuela.*

María explica que el noviazgo “terminó siete años después” cuando se “embarazaron” de su hija y no tenían planes de unión. De los dos, ella era la que “tenía algún proyecto de estar juntos” en un futuro lejano y quería para sí una vida de “pareja moderna”, es decir, salir juntos, ir de “allá para acá” y viajar. Para María, una relación así era algo “muy nuevo” en ese tiempo y es más común hoy en día.

La noticia del embarazo de María la sorprendió, ya que no era algo que tuviese planeado. De acuerdo con ella, ambos lo tomaron “bien y felices”; por su parte, se reprochó no haber sido lo “suficientemente cuidadosa”, no por la “maternidad” misma, sino por el padre y todo lo que él conllevaba. María percibía una diferencia muy marcada entre su familia y la de su entonces novio, a quienes describe como “consumidores” de alcohol y también “machistas” (María también percibe prácticas machistas en su propia familia, pero las describe como un “machismo tolerable”).

María relata que, debido a la irregularidad de su ciclo menstrual, no se dieron cuenta de que estaba embarazada sino hasta los dos meses y medio de gestación. Fue entonces que empezaron a trazar planes de vida juntos; para María, el embarazo implicaba una “unión”, es decir, la obligación o necesidad de formar una familia:

*Era tener el fruto de nuestro amor, el querer darle todo lo bueno a nuestra hija, nuestro hijo porque yo pensaba que iba a ser niño [...] Entonces la unión fue en el sentido de querer tener una familia, finalmente, cada uno provenía de una familia,*

*él venía de una familia integrada, yo venía de una familia integrada, papá, mamá e hijitos, entonces fue como eso, yo tuve una familia y también quiero formar una familia, ahora, que no estaba planeado pero que no es mal recibido ¿no?*

De esta manera, María y su pareja decidieron vivir juntos. Los padres de él querían que se casaran; María y sus padres no. Ella no deseaba una unión legal porque “no sabía cómo le iba a ir” con su novio y quería evitarse “estar viendo lo del divorcio”, con todo lo que eso implicaba. Por ello, optaron por vivir en la casa de los padres de él porque “era más grande”, además de que aquéllos tenían propiedades en renta y dicha situación les convenía económicamente hasta que naciera su hija (María se encontraba estudiando la maestría y aún tenía compromisos escolares). María y su pareja estaban resueltos a que, al nacer su hija, vivirían y empezarán a hacer cosas juntos. Sin embargo, las cosas no fueron como ellos “esperaban”, ya que su recién nacida presentaba diversas complicaciones de salud.

María explica que desde el inicio empezaron a tener diferencias en la relación por la falta de involucramiento del padre en el cuidado de su hija. Su expareja empezó a beber más, sobre todo los fines de semana, lo que provocaba reclamos de parte de María. Ella esperaba que, en lugar de beber, fuera a ver a su hija al hospital (para ingresar a éste se requiere ir “limpio” y sin aliento alcohólico); esas fueron las primeras desavenencias de la pareja.

Por otro lado, el “machismo” de la familia del padre también influyó en los conflictos. Al principio, él estaba convencido de que podían ser una pareja en la que ambos fueran “iguales”. Sin embargo, su familia le cuestionaba porqué él hacía labores de la casa y no ella, comentarios que “él no aguantó”, dejándola sola con dichas tareas. De igual forma, la imagen que él tenía de ella abonó al conflicto, es decir, la de ser una “mujer fuerte” que toma “el poder de decidir, de hacer cosas”, actitudes que iban en contra de “la familia de donde él venía”. Estos estereotipos eran un obstáculo más para la pareja recién unida.

En retrospectiva, María considera que “hubo una parte de abandono” de ella hacia su pareja, ya que se enfocó en la salud de su hija y no compartía con él el problema. Ella perdió el interés hacia él; descubrió que todo lo que pensaba sobre el amor, “mucho amor, juntos hasta la eternidad y que para donde yo camine, vas a caminar tú y vamos a sentir lo mismo con esta situación”, en la vida real no estaba sucediendo. María no esperaba separarse de su pareja, pues imaginaba que iban a permanecer unidos, tal como lo ha visto en sus padres a pensar de las dificultades. María quería vivir una relación así, duradera, sin embargo, no veía “señales de involucramiento” de él, ni hacia ella ni hacia su hija, ya que si “él se hubiera involucrado”, dice, “seguirían en una familia, haciendo cosas juntos”. María explica que sus padres sí vivieron en una situación así, pues han hecho un buen equipo en las buenas y en las malas, lo que los ha hecho permanecer juntos durante muchos años.

A pesar de que su relación era cada vez más complicada, María no se separaba de su pareja por la comodidad de la vivienda en la que habitaban (la casa era de los padres de su pareja y quedaba cerca del hospital al que llevaba a su hija). Para ella, “no había mejor lugar para vivir que ahí”, era la “cosa práctica” porque toda su energía estaba concentrada en la salud de su hija y no le quedaba tiempo para nada más, ni siquiera para trasladarse a un lugar más lejano.

María refiere que los conflictos con su pareja empezaron a agravarse y la “falta de comunicación”, aunada a su creciente enojo y resentimiento, derivó en violencia física:

*Bueno en una ocasión terminamos en golpes, él me empezó a violentar, a ofenderme, yo lo mismo, él estaba alcoholizado y pues me golpeó severamente, entonces... yo me salí de la casa en ese momento, ocurrió en la madrugada e hice una denuncia, pasó todo lo de acudir a una agencia para hacer la denuncia, el MP [...] te hacen dudar y todo, pero bueno yo estaba toda moreteada, toda...estaba mal, en ese momento yo temí por mi vida, dije, “ya me voy a calmar, tengo que hacer que la violencia pare en este momento para estar por mi hija”, es lo que yo pensé, “tengo que estar por mi hija”, hice la denuncia y demás, me regresé a la casa, él*

*se quedó detenido esa noche, yo amanecí, creo que ese día ni dormí, preparé mis cosas, tocaron a mi puerta los papás, [...] ellos querían explicaciones, “yo no les puedo decir, que les cuente su hijo, pasó esto, está detenido y no tengo nada más que decir”*

Después de este episodio de violencia, María se separó del padre de su hija y se fue a vivir a casa de sus padres, a quienes les pidió apoyo (en ese momento, su hija tenía “dos años y un poco más”). Después de la separación, el contacto con su expareja se limitó a las visitas que aquél le hacía a su hija. María se encargaba de organizar estas visitas y “tenía que hacer todo el trabajo” para llevar y recoger a su hija porque él no tenía dinero o porque se le “atravesaba” cualquier otro compromiso. Esta situación molestaba mucho a María, quien dice que terminaba cediendo porque su hija “estaba felicísima” de ver o escuchar a su padre.

Actualmente, la relación con el padre de su hija es nula. María no tiene interés en mantener ningún tipo de relación con él y dice que no le “interesa ni el saludo”. Recientemente, él ingreso a rehabilitación AA e intentó “reparar” el daño provocado pero María no estaba interesada. Sin embargo, ahora reconoce que no tiene “enojo” ni “resentimiento” por él, pues “está completamente anulado” en su vida y no tiene interés “absolutamente en nada de él”.

#### *Pareja actual*

Después de que María se separó, dedicó por completo los siguientes 7 años a la rehabilitación de su hija (momento en que entró a trabajar). Durante ese periodo, no sentía la necesidad ni tenía el tiempo o el espacio para tener una relación de pareja.

En su nuevo trabajo, María conoció a una persona con la que tiempo después inició una relación, misma que ya ha durado 7 años. En principio, eran solo amigos pero él le propuso que fueran pareja. Para María, uno de los elementos que caracterizan esta relación es la honestidad: su pareja actual es casada y le dijo “abiertamente” su condición y lo que él podía ofrecerle, dejando “claro” que no se iba a separar de su esposa. María pensó en dicha propuesta y después de considerarlo, aceptó. María explica que, además de tratarse de un hombre casado, la diferencia de edad entre ambos (dieciséis años) es la razón principal por la que no viven juntos:

*este... no vivimos juntos porque él... tiene otra relación..., él tiene otra relación..., yo soy su segunda relación... y esa es la razón por la cual no estamos juntos, aparte de que hay una diferencia de edad importante, que yo diría que es la que define principalmente que no estemos juntos, este... llevamos 7 años de relación, y este... pues analizando viendo todos los pronósticos... yo tengo 40 y él tiene 16 más, entonces, sí, este, viéndonos a futuro como que sí sería un poquito complicado, él ya va a estar muy grande para dentro de pocos años, pues no veo [...] pues que haya posibilidad de estar bien con esta diferencia de edades, ahorita estamos muy bien, nos llevamos muy bien, pero decidimos que no íbamos a ir más allá ¿no?, nos vemos cada fin de semana para convivir, para ir a fiestas, cuando hay alguna situación de salud de ella, también él está... [...] desde el principio fuimos honestos, ambos, él me planteó su situación, yo le dije porque sí, porque no, finalmente me convenció, no hubo una situación de que estuviera friegue y friegue, me dio mi tiempo, como que fue todo un... ora sí que su experiencia, todo un tiempo de hacer labor, de mostrar el interés genuino, no de “ah voy sobre la persona”, sino que, “me interesa cómo estás, qué haces”, compartir cosas, libros, estudios.*

María explica que son varios los motivos por los que continúa en esta relación. Entre otros, menciona el aspecto personal de su pareja (por quien siente atracción física) y que se trata de un profesionalista honorable al que admira. María también refiere razones que tienen que ver con ella misma –la necesidad y el gusto de estar con una persona que satisfaga sus expectativas–, y finalmente, motivos que tienen que ver con las cosas que comparten (aficiones, profesión, gustos, intereses). María considera que la relación también se dio

porque había “soledad en ambas partes”, así como una necesidad de establecer “una relación real, honesta, afectiva”, lo que tanto ella como él han encontrado en el otro.

A pesar de que esta relación ha durado ya varios años, no es el tipo de pareja que María pensaba tener. María explica que no se refiere a cuestiones “moralistas ni religiosas”, sino a la “cuestión de la lealtad” y a estar en una situación en la que es “la número tres”. Sin embargo, dice que cuando aceptó estar en esa situación asumió su rol en la misma. Por ello, ha sido “respetuosa”, no “entrometiéndose en esa familia”, “jamás de quitarles absolutamente nada”, de manera que el tiempo que él tiene para “su familia” es exclusivo, así como el tiempo que tiene para María es “religiosamente” para ella (no obstante, María reconoce su pareja pasa más tiempo con ella que con su “otra familia”).

Con respecto a su vida sexual, María se siente plena porque “hay un entendimiento muy bueno” con su pareja. Relata que cuando empezaron a tener relaciones ella le pidió que usara preservativos, a lo cual él respondió que se había practicado una vasectomía. Sin embargo, María se lo pedía porque ella tiene el VPH (virus del papiloma humano). Finalmente, él se rehusó a usarlo y María considera que esto se debió a dos motivos: el primero obedece a cuestiones culturales y el segundo a que él no tiene contacto sexual con su esposa:

*Cuando iniciamos la relación sexual lo primero que le dije fue, “el condón”, y él me dijo, “acuérdate que yo tengo la vasectomía”, le dije, “no, no por eso, por el virus”, incluso pasamos a comprarlo y no se lo puso, me imagino que tiene que ver con una cuestión cultural de “no lo quiero usar”, y de decidir, si finalmente, “yo no tengo contacto sexual con la otra persona y tú eres mi única pareja, pues que venga lo que venga”, [...] pero fue una decisión de él, de no utilizarlo.*

Pese a que su vida sexual es satisfactoria, María relata que su pareja sabe que, debido a su edad, su vida sexual activa “está a punto de terminar”. María considera que esta es una de las principales causas por las que él no “contempla” separarse y unirse a ella, ya que equivaldría a “atarla” al “cuidado de una persona mayor”. Para él, María es joven y tendría otras necesidades además de la sexual (afectivas, de compañía, de protección y de cuidado) que él no podrá satisfacer. Por ello, María dice que, sin separarse, hacen todo lo que haría una pareja unida. Al mismo tiempo, María observa que tiene muchas ventajas en la relación, ya que “no lava, plancha o cocina”; en sus propias palabras, ella “solo está en la parte del disfrute, de pasarla bien”, además de reconocer que “tiene muchísimas ventajas esa condición” (la suya) y que él “dentro de muy poco ya no va a estar en condiciones de ser una pareja” para ella.

De esta manera, María describe han pasado años con el pensamiento de “a ver cuánto duraba la relación”. Durante ese tiempo, su pareja se ha “incorporado completamente a la familia”, es decir, tanto la familia de origen, la extensa y su hija saben de la relación y que es un hombre casado. Por otro lado, también lo conocen sus amistades (“todo el mundo” lo conoce) y saben que son pareja desde hace 7 años, ya que convive con todos ellos.

María refiere que, a pesar de que actualmente su pareja y su hija tienen una relación cercana, cuando aquélla era pequeña externaba su desacuerdo. Sobre todo cuando discutían, su hija le cuestionaba si a ella le gustaría que hiciera lo mismo (salir con un hombre casado), a lo que María respondía “por supuesto que no”. Por su parte, María le explicó a su hija que la relación no se “hizo con intención de daño”:

*Cuando nos pelamos es un motivo de ataque, nos peleábamos cuando estaba más pequeña, “yo no voy a ser la p... de nadie”, le digo “bueno hija, yo no lo elegí, cuando pasó esto, lo conocí, me enamoré, lo admiré”, “finalmente yo no lo busqué*



*porque estuviera en esa situación, lo que ocurrió fue que yo me enamoré de la persona, del hombre y él también tenía ciertas necesidades que yo cubrí, entonces, no estamos dañando a nadie, no es la condición igual pero es la que nos tocó, mientras podamos disfrutarla, mientras podamos cuidar a quienes nos interesan, si el respeto que yo tengo hacia su familia, el respeto que él le tiene a mi familia, vamos a seguir”.*

Estas circunstancias constituyen la razón de que María describa al respeto como un elemento clave en su relación, ya que ha sido cuidadosa frente a cualquier situación que pueda “delatar su presencia o existencia” ante la esposa de su pareja. María afirma que, contrario a lo que “cualquiera diría”, ella no quiere “quitarle nada a nadie”.

Con respecto a su familia de origen, todos sus hermanos y hermanas saben abiertamente la condición de su pareja. Aunque en su familia “nunca han tenido una comunicación abierta y directa”, tampoco la han juzgado, cuestionado o criticado “nunca”. María explica que, al principio, solamente una de sus hermanas (con quien tuvo una relación más cercana) se enojó porque afirmaba que María estaba en una situación de “segunda clase”. Por su parte, el hermano mayor de María le expresa sus sentimientos a través de bromas, preguntándole, por ejemplo, si es “voluntaria del INSEN”. Para María, bromear sobre la edad de su pareja es parte del sentido del humor de la familia.

La madre de María sabe de la situación de su pareja pero “no le agrada, cree que ha sido una pérdida de tiempo”. Al mismo tiempo, reconoce que la pareja de María ha “significado” para ella y para su hija “protección, compañía, apoyo incondicional, presencia para todo lo que se requiera”, razón por la cual no se opone del todo. El único que no lo sabe “abiertamente” es su padre, aunque María comenta que “seguramente lo intuye”:

*No lo andamos publicando [sobre su relación], no hay necesidad, no creo que sea algo que debamos informarle a medio mundo, finalmente es nuestra decisión pero*

*si lo sabe la gente que nos importa, mis hermanos, mi mamá, con mi papá no es algo hablado, seguramente será incómodo para mí y para él hablarlo, pero si hay que hablarlo, lo hablaría, no tendría problema, mis tías, prácticamente la familia lo sabe, los que no lo saben es la familia de mi mamá, que pues ya sabes la malicia de la señoras, “¿por qué no se queda?, ¿por qué está más viejo?, ¿por qué...?” cosas que se intuyen pero que no se hablan.*

María comenta que se encuentra satisfecha en su relación con un hombre casado aunque no es algo que buscara intencionalmente o deseara para sí. Sin embargo, dadas las circunstancias, se ha hecho a la idea de la condición de su pareja e incluso encuentra ventajas en dicha situación. Para María, a ella le toca la parte del placer, sin tener que vivir las *responsabilidades* de la esposa de *atender al marido*.

### *Significados construidos*

En el relato de María pueden encontrarse ideas subyacentes acerca del tema de la pareja. La primera es que, por la edad en que inició su relación, ésta se basaba en la idea de diversión, pues tener una pareja era para pasarla bien y tener con quién salir. En otras palabras, las relaciones de la adolescencia son para divertirse, ya que existe una inmadurez propia de la edad que llevó a María a desconocer muchas cosas que no entendió hasta que se hizo adulta.

En cuanto a la construcción de significados en la pareja, también es posible encontrar en el relato de María la idea de que aquélla se une para formar una familia por medio del nacimiento de un hijo o hija; sin importar que el embarazo sea deseado o no, éste implica la unión de los padres para darle una *familia* al no nacido. Esta noción se encuentra permeada por diferentes aspectos socioculturales que tienen que ver, sobre todo, con la familia de origen tanto de María como de su pareja, ya que ambos provienen de familias nucleares.

En la construcción de significados interviene una red de narrativas entrecruzadas. En este sentido, en el caso de María la formación escolar también influye en la construcción de aquella. Por un lado, estaba la idea de la familia como unión, y por el otro, se encontraba la idea de que si una relación no *funciona* entonces se *termina*, idea formada a partir de la educación y los planes profesionales a futuro.

Aunado a lo anterior, se encuentra la idea de que para que la relación funcione se requiere el involucramiento de ambos padres en las problemáticas de la hija, o de otra manera, la relación termina. De la misma manera en que la pareja se une para *hacer* una familia en beneficio de la hija, si la pareja no se involucra, el objetivo inicial (cuidar de la hija) no se cumple, por lo que deja de haber una razón para mantener la unión.

Asimismo, puede encontrarse la idea de que las parejas se unen por necesidad (afectiva, sexual y emocional), para mitigar la soledad, por lo que no importa el estado civil de las personas involucradas. De igual forma, los roles en una relación dependen de si se es mujer u hombre: en un matrimonio, la mujer es la que atiende al hombre. En este sentido, salir con un hombre casado es vivir “de novia”, ya que no es preciso *involucrarse* en las interacciones que implica un matrimonio, es decir, en *atender* al marido.

Por último, se encuentra la idea de que tener una relación con un hombre casado no quiere decir que una “quiera apropiarse” de aquél. Esta noción habla de las diferentes formas de estar en una relación que no necesariamente tienen como base un matrimonio. Por otro lado, en el relato de María también está la idea subyacente de lo que implica ser “la otra mujer” en una relación con un hombre casado y lo que esto implica.

### **C) Mujer en un hogar sin varón**

*Somos dos mujeres decidiendo*

Antes de su embarazo, María se encontraba estudiando la maestría. Refiere que tenía proyectos y se la pasaba viajando (por ejemplo, a congresos). Se encontraba involucrada en cuestiones relacionadas con la investigación y “nada se acercaba a la posibilidad de ser mamá”. Entre sus planes no estaba el tener hijos porque era algo que obstaculizaría sus proyectos, sobre todo sus planes de viajar y conocer “toda la república”.

Los planes de María cambiaron por completo con el nacimiento de su hija y los problemas de salud que ésta presentaba. Sin embargo, María ha ido reestructurando y adaptando dichos planes de acuerdo con las necesidades de su hija. Por ejemplo, ha emprendido viajes con ella. María explica que esta situación no es como la había imaginado cuando era joven pero ha tratado de retomar poco a poco sus proyectos.

María reconoce haber sentido frustración al momento de abandonar la escuela para dedicarse a la maternidad. Sin embargo, relata que con el paso del tiempo su hija dejó de necesitarla, por lo que “el paso obligado” era pensar en ella misma. Tenía una hija a quien “mantener” pero se sentía “muy devaluada” porque no había tenido la experiencia de trabajar, de hacer las cosas para las que había estudiado. Se sentía mal consigo misma porque no era lo que ella había deseado ser, es decir, “una profesional exitosa, viajando, haciendo cosas, construyendo los bienes materiales”, anhelos que había cambiado por ser madre, cuidar de su hija y tener como pareja a un hombre casado. María relata que, conforme su hija empezó a recuperar su salud física (y ella la emocional), “empezó a ver lo que hacía falta”, es decir, a recuperar sus amistades:

*Empecé a hacer mis redes de amigas, las compañeritas de la escuela eran mis amigas, el apoyo de la universidad de ahí con mis amigos, “qué onda, cómo vas, qué sigue, qué hacemos”, aunque lejos, sí estuvieron ahí al pendiente de vez en cuando, los que nunca estuvieron lejos fueron mis padres y mis hermanos, siempre estuvieron ahí, en llamadas, en visitas, en “¿cómo va?”, “¿cómo vas tú?”, siempre estuvo.*

Fue entonces que María decidió empezar a trabajar (una de sus tías le informó sobre un lugar en el que encontró trabajo y donde sigue laborando hasta la fecha). María tenía miedo porque sería su primer trabajo y no tenía experiencia pero sí conocimiento. Al principio, su madre le ayudaba recogiendo y cuidando a su hija pero ahora que ésta ha crecido, se organizan solas.

Aunque María reconoce que hay muchas formas de tener vida en pareja, la gran mayoría de las personas elige lo que llama la “parte cultural”, es decir, vivir dentro de lo socialmente esperado para hombres y mujeres. Para María, la forma que vida que ha elegido es “algo así como un ahorro... ahorro de energía, ahorro de tiempo, [...] es como una buena inversión, casi siempre vas a tener un buen resultado”, pues el tipo de relación que tiene no representa para ella demandas innecesarias de tiempo o atención.

### *La maternidad*

La hija de María tiene ya 15 años. Si bien la maternidad la tomó por sorpresa, María ha compatibilizado la vida de ambas con sus respectivas necesidades. Para ella, estar sola con su hija ahora es emocionante, es una forma de “vivir muy libre”; María se siente en el punto máximo de libertad pues sólo tiene que ponerse de acuerdo con su hija para hacer lo que quiera, por ejemplo, “viajar, o comprar, o encerrarse”. Cuando su hija era pequeña, le

preguntaba a dónde quería que salieran y decidían alternándose. Ahora que aquella tiene 15 años es más independiente de María, lo que ésta entiende como una vida en “libertad”.

María asume que su hija vive una situación familiar distinta a la de sus compañeros de la escuela y que juntas viven y se organizan de una manera diferente a la de otras familias. María explica lo anterior con base en la idea de que ser “madre soltera” le da libertad e implica vivir y decidir “con unos ojos de mujer”, lo que parece facilitar la logística de su vida. Para María, *ser madre soltera* tiene muchas ventajas, entre otras, decidir en qué gastar el dinero o viajar a donde les plazca:

*Ella vive una situación familiar muy distinta de la mayoría de sus compañeritos, sí es completamente distinto, cuando sus amigos se acercan y nos ven, se quedan así como que... “ah ¿una familia?” [...] en el sentido de ver cómo planeamos las cosas, de ver cómo vivimos, como que esa libertad es algo muy, muy especial en una situación de ser madre soltera, de verdad, de verdad, de vivir con una visión de mujer, con unos ojos de mujer, de decidir qué vamos a hacer, porque además ella es niña, somos dos mujeres decidiendo.*

María considera que su hija, al crecer sólo con “la visión de lo femenino”, carece de una visión o punto de vista masculino. Piensa que aquella necesitó la presencia de un padre pero “no ese padre que tenía”, porque ése le hacía daño. Por lo anterior, María ocasionalmente bromeaba con su hija diciéndole que su padre era su pareja actual, ante lo cual su hija la corregía diciéndole que aquél no era su papá y recordándole quién era. Con el paso del tiempo, María dice que no se percató del momento en que su hija empezó a referirse a su pareja como “papá”, a quien asegura que quiere porque la cuida y es el que está con ella.

Así como María considera que su familia de origen tiene ciertos valores, lo mismo ocurre con la familia que tiene con su hija, a quien ha educado con base en la libertad y la confianza. Le ha enseñado a buscar el beneficio para sí misma siempre y cuando “no dañe a

nadie” y a que viva como ella quiera hacerlo, incluso si desea ser “mamá soltera”. Lo que María valora en la educación de su hija es que sea feliz, enfatizando el cuidado de sí misma “física, emocional y psicológicamente”. María le ha demostrado a su hija, al igual que a ella se lo demostraron sus padres, que el “trabajo, la responsabilidad y el compromiso” son “elementos claves en la vida”:

*Me da la impresión que va a llegar un día y me va a decir, “me voy de viaje no sé a dónde”, así como es de espíritu libre, creo que, si yo lo fui, ella lo va a ser al doble, por esta confianza que tiene de que puede ir y regresar, pienso que me puede dar sorpresas en ese sentido, ella sabe que espero que haga lo que necesita, lo que quiera, previo aviso, y sabe que yo la voy a aceptar incondicionalmente, lo que ella decida y que no dañe a otros.*

Con todo lo que ambas han vivido, María se siente orgullosa y satisfecha de su hija porque, pese a todo el “pronóstico negro”, no sólo es una persona “completamente funcional”, sino que además la ve “feliz, libre, que toma decisiones, que ayuda, que tiene sueños”, es decir, como alguien a quien, en definitiva, ha transmitido “todo lo mejor” de su familia de origen.

### *Significados construidos*

En el relato de María es posible encontrar ideas acerca de cómo la maternidad es un elemento incompatible con la vida profesional, es decir, es un elemento que sujeta a la mujer. Socialmente, la mujer es vista a través de este esquema de la maternidad porque María debe quedar al cuidado de su hija, compromiso que se agrava cuando existe una enfermedad de por medio, como si tuviera que “sufrir con la hija”.

De igual forma, es posible apreciar cómo María expresa sentimientos de devaluación por no cumplir con las expectativas que tenía de sí misma. En ese sentido, es posible observar una dicotomía: por una parte, en el ambiente laboral está mal visto que una profesionista no ejerza su carrera (en contra de todo lo que ella consideraba “éxito”) y se dedique a sus hijos o dependa de sus padres. Por otro lado, socialmente se espera que hombres y mujeres cumplan determinados papeles. En este caso, la mujer debe dedicarse al cuidado de los hijos.

Para María, vivir como madre soltera implica no rendir cuentas a nadie (más que a ella misma y a su hija). De igual forma, una relación de pareja “tradicional” implica tener que atender y estar pendiente de otra persona que no sea su hija, por lo que representa cargas e inconvenientes. Aquí se presentan dos ideas ambiguas: por una parte, es más fácil organizarse sin un hombre, y por otra, se necesita de uno que sirva como modelo o ejemplo para su hija y también para satisfacer sus propias necesidades. Por ello, María ha buscado un hombre que satisfaga esas necesidades sin que exista de por medio una relación en la que, de acuerdo con ella, tendría que atender y cuidar a dicho hombre.

#### 5.3.4. Lorena

##### **Análisis contextual**

A) *Nivel intersubjetivo*. Lorena sabía que el tema de esta investigación era la experiencia de mujeres con hijos sin la presencia del padre. La frase con la que abrí la entrevista (“cuéntame tu vida, por dónde quieras partir”) le dio la pauta para escoger por dónde empezar a narrar su



historia. Decidió comenzar por su hijo y la edad a la que lo tuvo (22 años), haciendo una distinción entre la sorpresa que representó la noticia del embarazo y el deseo que surgió en ella a partir de la misma. Inmediatamente, relató los cambios que esto representó en su vida profesional, ya que decidió posponer su formación escolar y concentrarse en el embarazo, recalcando que este proceso lo vivió sola pese a que estaba con su pareja. En su narración, Lorena percibe cómo su vida cambió a partir de su embarazo, pues parece ubicar el origen de su situación actual como madre soltera en los inicios de la gestación.

Lorena continuó relatando la experiencia de su maternidad, pasando de lo placentero del embarazo al cambio radical que representó el nacimiento de su hijo. Para Lorena, estas etapas estaban cargadas de emociones: un embarazo feliz, la interrupción de los estudios, una maternidad con cansancio y sobrecarga de trabajo, la falta de involucramiento de la pareja, una infidelidad y, finalmente, la separación. Conforme avanza en su relato, Lorena puntualiza en cada uno de estos temas las dificultades que ha observado en la vida de las mujeres que se hacen cargo de sus hijos sin ayuda alguna.

Casi al término de la entrevista, Lorena menciona que fue adoptada por su actual familia pero no ahonda más en el tema; afirma que sólo lo comenta para ejemplificar lo que ha observado en su ámbito laboral.

*B) Campo social.* Lorena situó su historia en determinados espacios, tiempos y estructuras sociales. La edad a la que tuvo a su hijo (22 años) es el momento aproximado en el que se espera que los jóvenes concluyan la educación universitaria. En cierto sentido, su embarazo la obligó a dejar la escuela por un tiempo para dedicarse a preparar todo lo concerniente al nacimiento de su hijo.

Lorena explica que aspiraba a formar para su hijo una familia de origen *tradicional*, es decir, biparental, heterosexual con descendencia y formada por una pareja de padres casados. Sin embargo, Lorena comenta que desconocía el “costo” de dichos objetivos porque hasta entonces había permanecido en una “burbuja”, misma de la que tuvo que salir debido a distintos cambios y ajustes en su vida.

Durante la entrevista, Lorena describe el servicio del hospital público en el que nació su hijo y repasa en la violencia obstétrica e institucional de la que fue víctima (entre otras cosas, temía que le robaran al recién nacido). De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (2014), la violencia obstétrica es un problema de salud pública y se refiere al abuso que se ejerce en contra de mujeres en salas de maternidad, abuso que violenta sus derechos humanos. El pensamiento de la maternidad subyace a la idea de vivirla con abnegación y sufrimiento, en la que frecuentemente se le echa en cara a la mujer el disfrute del placer en el acto sexual, exigiéndole que enfrente con valor el parto y el dolor que provoca, silenciada, minimizando el dolor y malestar físico (Zamudio, 2016). De esta manera describe Lorena el inicio de su experiencia en la maternidad, con un parto doloroso y violento.

De igual forma, Lorena describe la falta de involucramiento del padre de su hijo tanto en el cuidado del menor como en la relación de pareja. Lo anterior es muestra de las estructuras sociales que influyen en la educación de hombres y mujeres para que sean éstas las encargadas del cuidado de los hijos. De acuerdo con ONU Mujeres (2018), a pesar de su creciente participación en la vida pública, las mujeres continúan haciendo 2.6 veces más carga de labores domésticas y de cuidado primario en comparación con los hombres. El cuidado no remunerado y el trabajo doméstico, pese a ser fundamentales en todas las sociedades, no son valorados ni reconocidos como trabajo. La distribución desigual de este

tipo de trabajo entre mujeres y hombres, en las familias y la sociedad en general, actúa como un poderoso obstáculo contra la igualdad de género (UNWOMEN, 2018, p. 93). En este sentido, Lorena ha enfrentado instancias de desigualdad en el ámbito laboral, ya que rechazó ofertas de trabajo por la incompatibilidad con el cuidado de su hijo, lo que derivó en la postergación de sus metas profesionales y repercutió en su ingreso económico.

*C) Metanarrativas culturales.* En la historia de Lorena se pueden encontrar redes de significados a través de temas culturales y creencias. Su narración se encuentra atravesada principalmente por dos estructuras sociales: la familia y la educación. La historia de Lorena se puede leer como una negociación constante entre, por un lado, la *familia tradicional*, es decir, la familia judeocristiana heterosexual, con hijos e hijas y, por otro, la importancia que tiene para la familia la educación profesional, vista como un medio para reparar faltas o disrupciones a las prácticas familiares. Lo anterior se refleja en el ejemplo de su hermano, casado pero sin hijos y con una larga preparación profesional; por su parte, Lorena está separada y busca a través de la educación el reconocimiento de su familia de origen.

Entre las convenciones sociales y religiosas con las que Lorena creció se encuentra el valor de la familia, entendida ésta como el padre, la madre y los hijos en unión para toda la vida. Esta alianza se antepone a todo, recayendo en la mujer la responsabilidad por su mantenimiento y perpetuación. Al separarse de su esposo, Lorena rompió con estos esquemas de educación y normas sociales, suscitando con ello el estigma social y señalamientos por parte de su familia.

Por otro lado, la educación es un elemento valorado en la cultura en la que creció Lorena: estudiar significa ganarse el respeto de los demás. De esta manera, a través del estudio, Lorena busca este reconocimiento y respeto. Es su forma de luchar contra las estructuras sociales que la oprimen o desaprueban, como es el caso de su familia.

## **Análisis temático**

### **A) Familia**

#### *Como que lo sano ha sido la distancia*

En primera instancia, Lorena habló sobre su hijo. En seguida, introdujo en la narración a su expareja y a su familia de origen. Describió a la familia con la que creció, sin embargo, también mencionó que fue adoptada cuando tenía 3 años. En su narrativa sobre la familia se describen ambas estructuras familiares (una en mayor detalle que la otra).

#### *Familia de origen*

Lorena pertenece a una familia integrada por padre, madre y tres hermanos mayores, familia a la que describe como “muy tradicional”. Sus padres (quienes son ya adultos mayores, pues tienen 79 y 84 años respectivamente), vienen de “un pueblito de Michoacán, muy tradicional”, refiriéndose con ello a que está integrado por familias en las que el hombre es el proveedor y la madre se queda en casa cuidando a la descendencia. Lorena explicó tanto la educación de sus padres como la que ella recibió con base en “la época y el contexto” de aquéllos. Su padre, a diferencia de su madre, tiene una formación profesional que le permitió

viajar y “conocer muchas cosas”, por lo que tuvo la oportunidad de alejarse un poco de los “pensamientos tradicionales”. Por su parte, la madre de Lorena se hizo cargo de los hijos y en ella subsisten las ideas tradicionales en torno al papel o rol de hombres y mujeres.

La educación de los padres de Lorena, tal como ella la describe, ha influido notoriamente en su propia formación. En su familia son valorados conceptos como la unión, el matrimonio y la búsqueda de descendencia. De igual forma, se encuentran bien definidos los modos permitidos o apropiados para conducirse en la vida: por ejemplo, Lorena creció con la idea de que las mujeres deben usar vestidos y faldas pero no pantalones. De acuerdo con su relato, la madre de Lorena espera de ella una conducta “modosita”. El padre de Lorena también ha influido en ella, ya que a pesar de que comparte algunas ideas con su esposa, ha fomentado la independencia y el desarrollo profesional de su hija.

Lorena relata que se casó cuando tenía 21 años, decisión con la que sus padres estuvieron de acuerdo. Sin embargo, se separó 3 años después, cuando su hijo tenía 2 años, ante lo cual su madre externó su desaprobación. Desde ese momento, la relación de Lorena con sus padres y sus hermanos ha sido tensa, por lo que afirma haberse alejado de ellos un poco, lo que contribuyó a que la relación mejorara.

Lorena relata que se separó de su esposo porque se enteró de que éste le había sido infiel. Al enterarse de esto, acudió con sus padres. Por un lado, la madre de Lorena, argumentando que “así son los hombres”, consideró que debía quedarse con su esposo y perdonar la infidelidad. Para su padre, la decisión era suya y fuera cual fuere, él la apoyaría. Lorena reconoce que, de haber seguido el consejo de su madre, hoy día sería “infeliz”. Al hacer caso a su padre, a quien ve como alguien que le dio una educación con un pensamiento más “masculino” de independencia y autosuficiencia, decidió buscar otras opciones:

*Si tú le preguntaras, ella diría, “pues es que ella debió haberse quedado con su esposo” yo me acuerdo que cuando yo llegué destrozada llorando porque me había enterado de que me había puesto el cuerno, mi mamá me dijo, “pues es que es normal, así son los hombres”, yo le decía, “¡es que no!”, y ella me decía, “pues es que aparte, el que busca encuentra”, y yo me volvía loca, y mi papá me dijo, “tú puedes hacer lo que tú quieras, y tienes todo mi apoyo”, si yo me hubiera quedado con las palabras de mi mamá, pues sería muy infeliz, pero mi papá, siempre a pesar de que hizo una familia muy tradicional con mi mamá, creo que a mí siempre me ha educado con una visión más de, aunque suene mal, como una visión más masculina, más de decirme, “no necesitas a nadie, tú puedes hacerlo, tu relájate y busca opciones, si necesitas apoyo yo te apoyo” siempre ha sido esa la idea de mi papá, “lo que tú quieras, hazlo, punto”.*

Estos contrastes en las opiniones de los padres de Lorena se extienden a otros ámbitos, por ejemplo, su formación profesional, la educación de su hijo y la posibilidad de tener otras parejas. Con respecto al primer punto, Lorena ha querido seguir estudiando. Cuando les dijo a sus padres que estudiaría una maestría, su madre se opuso con el argumento de que “debería” anteponer a su hijo. Desde que se separó de su esposo, Lorena vivía sola con su hijo: para estudiar la maestría, tuvo que mudarse con sus padres, lo que inició una serie de conflictos. Estas diferencias estaban relacionadas con la educación de su hijo, ya que la forma en que sus abuelos querían educarlo distaba mucho de la forma en que ella habría querido hacerlo. Lorena relata que el pensamiento “tradicional” de sus padres estaba empezando a manifestarse en la educación de su hijo. Por ejemplo, la madre de Lorena le “hacía todo” a su hijo (quien entonces tenía 8 años) y esperaba que Lorena hiciera lo mismo. A pesar de los conflictos, Lorena permaneció con sus padres porque “era la única forma de terminar la maestría”, por lo que mantuvo callado su malestar.

Constantemente, Lorena ha percibido desaprobación por parte de su madre y hermanos por las decisiones que ha tomado, sobre todo, por la decisión de separarse de su esposo. El

pensamiento dominante en su madre es que Lorena debe priorizar su papel de madre y el bienestar de su hijo por encima de todo, incluso de sí misma. Para la madre de Lorena, ésta “tendría que haber disculpado la infidelidad” de su esposo y debería pasar más tiempo en casa, siempre disponible para satisfacer las necesidades de su hijo. Lorena expresa que no está de acuerdo con estas ideas.

Lorena describe que a su madre “le cuesta mucho trabajo” comprender que ella quiera estudiar y trabajar o se niegue a satisfacer las demandas de su hijo por estar “cansada” o simplemente por “no querer hacerlo” o que, sencillamente, tenga otros deseos ajenos a la maternidad. Estas opiniones generan tensión entre ambas, ya que Lorena explica que su madre la presiona argumentando que es “mala madre” y no la educó para serlo.

Al hallarse bajo esta presión constante, Lorena optó por reducir el contacto con su madre, pues recuerda “sufrir mucho” al estar con su familia. De acuerdo con Lorena, en las reuniones siempre recibía comentarios de desaprobación por sus decisiones, por lo “mal que ha hecho”, sobre todo, al separarse:

*Lo que trataba era de no estar mucho en contacto, yo con mi mamá le dejaba a [su hijo], pero no me ponía a platicar con ella, yo sufría mucho al estar con mi familia en esos tiempos, porque por ejemplo cuando era navidad y año nuevo, siempre había el comentario como de aunque fuera en broma de “si mi hijita pero tu escogiste mal, o tú la regaste por eso pasó eso con tu familia” y creo que siempre ha habido una sensación de parte de mi mamá y de algunos de mis hermanos incluso de que o pobrecita de mí, o de cómo decirlo, de, ¡qué mal lo he hecho!, como siempre me han dado esa sensación, aunque es como este otro discurso de bueno, “te apoyamos y lo que necesites”.*

Lorena refiere que por mucho tiempo se sintió “muy inadecuada en el mundo” e incluso llegó a pensar que “a lo mejor sí está haciendo mal”. El sufrimiento que Lorena sentía al estar con su familia también se debía a que sus padres la comparaban desfavorablemente

con el resto de sus hermanos, quienes están casados con parejas estables, por lo que parecía que ella era la única “que no tenía pareja, que no tenía una familia”. Lorena cree que, a juicio de sus padres, ha “tomado malas decisiones”, es la que “la regó, echó a perder su vida” y la de su hijo, de quien dicen “pobrecito, no tiene papá”, “qué familia te tocó”, siendo la percepción general que Lorena “está muy mal”. Lorena dice que se acostumbró a los comentarios de desaprobación de sus hermanos y se distanció de ellos, llegando incluso a haber periodos en los que no les hablaba porque no compartía “su visión de mundo” y tampoco quería estar con alguien que “todo el tiempo le esté diciendo que no puede”.

En resumen, la familia de Lorena desaprobó que se separara de su esposo, el no “tener una familia” y el haber priorizado sus deseos por encima de los de su hijo, dejándolo así “sin padre”. Aunado a lo anterior, la familia de Lorena considera que su hijo (y no su formación profesional y laboral) debería ser su prioridad, por lo que debería dedicarse solo a cuidarlo y ver por sus necesidades, sin pensar en nada para sí misma.

La madre y los hermanos de Lorena creen que, para que una familia exista, es necesaria la presencia de un varón que cumpla con el rol que se espera de éste, es decir, que sea el proveedor del hogar (con la mujer como cuidadora). Por ello, para su familia de origen, Lorena *no tiene familia* porque no tiene pareja y tampoco cumple con su “rol de mujer”:

*Ahora en junio fue la fiesta de los 50 años de mis papás y estábamos checando las invitaciones, yo agarré mi invitación y me la di, la agarré y me dijo, [refiriéndose a su mamá] “es que no, tu ¿por qué vas a tener una invitación?”, y yo “¿porque soy tu hija?, ¿porque vivo aparte? ¿porque a mis hermanos les diste? ¿por qué no?”, “ah sí, está bien”, [...] su mensaje era que yo no tengo una familia, para ellos yo no tengo una familia, mientras no haya un hombre, para ellos no hay una familia [...] no soy una mamá como mi mamá, todo eso influye mucho, mi mamá hasta la fecha es de... “ay es que tengo antojo de mole de olla”, “ay si te lo voy a preparar”, y al día siguiente te lo prepara a pesar de que ya no vivamos ahí, “no puedo llevar a la tintorería esto”, “no te preocupes yo lo llevo”, cosas así, y yo no*



*soy así, yo si tengo sueño me duermo y me vale, no me importa si [su hijo] está despierto y anda por el mundo, no importa, yo tengo sueño y punto, son cosas que a mis hermanos les causa mucho conflicto. Mi cuñada la mamá de mi sobrino también, no es tradicional, es lo que le sigue, [...] pero ella es la sumisión hecha mujer, una mujer tradicional que borda, que cose, que todo el tiempo está preocupada por su hogar, mi mamá todo el tiempo, no me lo dice pero sí como que es un punto de comparación, por ejemplo para su boda usó una cosa muy bonita que yo la elegí, y se la regaló a ella, porque ella si va a tener bodas de oro y yo no voy a tener bodas de oro y yo le decía, “y bueno ¿qué tiene que ver?, ni cabello tiene para usarlo, ¿cómo sabes yo no me lo voy a llevar a un evento de noche?”, “no, es que tú no vas a tener bodas de oro”, entonces sí creo que ese es un tema que todavía está ahí, con que no soy, no tengo el tipo de familia que ellos pensarían, y no soy el tipo de mamá que ellos pensarían tampoco, por los dos lados no cumpla la expectativa de ellos.*

En la familia de Lorena, sobre todo para su padre y hermanos, “el estudio es un concepto demasiado fuerte”, por lo que cuando ella decidió estudiar la maestría fue como una “reivindicación” ante ellos. Para Lorena, el que decidiera seguir estudiando envió a su familia un mensaje que decía “no lo está haciendo tan mal, no es tan pobrecita, está haciendo algo bueno”, lo que causó que cesaran un “poco” los comentarios de desaprobación. Sin embargo, a pesar del desarrollo profesional de Lorena, “en el fondo” su familia tiene la idea de que ella debería estar con su pareja y tener más hijos, es decir, “algo más tradicional”.

Cuando Lorena terminó la maestría decidió mudarse. Necesitaba su propio espacio y quería hacerse cargo de su hijo sin la intervención de su madre. El mudarse significó para Lorena “hacer las paces” con su familia y modificar la relación que tiene con ellos; actualmente, describe la relación con su familia como “muy tranquila”. Lorena recuerda que su padre escribió una biografía para un libro y se la dio para que la revisara. De acuerdo con Lorena, lo que ahí estaba escrito significó hacer las paces entre ambos. Su padre había escrito que estaba “muy orgulloso” porque ella “era la única de sus hijas que era tan arriesgada, tan aventurera, tan dedicada como era él, que estaba muy satisfecho”. Ante esto, Lorena entendió

que se había ganado el “respeto” de su padre aunque no haga las cosas que “él quisiera”. A pesar de lo anterior, Lorena sigue creyendo que su padre comparte con sus hermanos pensamientos desaprobatarios hacia ella. Lorena comenta que en fechas recientes su padre le dijo que no debería hacer un doctorado y “debería dejar de pensar eso” porque tiene que concentrarse en su hijo, aunque finalmente le deja a ella la decisión. Lorena explica que salir del contexto familiar la ha “relajado” y la ha puesto “en otro lugar”, menos conflictivo.

La segunda familia que Lorena introduce en su relato, no como tema principal sino como un elemento social comparativo, es su familia biológica. De acuerdo con Lorena, esto lo hace para evidenciar lo que ella ha experimentado y las oportunidades que ha tenido en comparación con otras mujeres en sus mismas condiciones socioeconómicas.

Lorena fue adoptada cuando tenía tres años. A partir de ese hecho ella observa todas las posibilidades de vida que ha tenido, ya que su madre biológica fue “como mamá soltera”. Lo que Lorena sabe sobre su familia biológica es que sus padres estaban en unión libre, tenían problemas y su padre se fue de vacaciones a otro estado. Su padre terminó la relación con su madre y ella se refugió con su familia. Como ahí no podían ayudarla porque tenía dos hijas (Lorena y su hermana), decidió irse a otro estado. A este respecto, Lorena conoce dos versiones de la historia. La primera es que su madre las “encargó” a ella y a su hermana con una tía para irse a trabajar y aquélla las llevó a una casa hogar para darlas en adopción. La segunda es que su madre se dedicó al “alcohol, [las] drogas y [el] sexo” y fue ella quien las llevó a una casa hogar y las entregó en adopción de manera voluntaria. Fue entonces que su padre habría regresado de sus vacaciones y no las encontró, no supo dónde buscarlas y “tampoco hizo mucho” para dar con ellas.

De acuerdo con Lorena, las condiciones socioeconómicas de sus padres biológicos habían sido diferentes incluso desde antes de que se separaran. Su padre terminó la carrera, la ejerce y vive de ella, “volvió a hacer una familia” y tiene más hijos. Por otro lado, Lorena dice que a su madre “la vida la ha tratado mal”, pues aunque antes era una mujer “cuidada y tranquila”, ahora “está acabada”.

En torno a este tema, Lorena reflexiona sobre cómo la economía puede brindar oportunidades diferentes, oportunidades que no tienen todas las mujeres que deciden quedarse con sus hijos. En retrospectiva, Lorena se pregunta qué sería de ella si se hubiera quedado con su madre y reconoce que el cambiar de contexto le dio a su vida otro panorama, otras opciones. La hermana biológica de Lorena fue adoptada por una familia en la que había violencia y el padre era alcohólico. Actualmente, aquella es “madre soltera” y terminó una carrera pero no se tituló. Este hecho ha impactado en sus ingresos, de manera que actualmente se dedica a trabajar y cuidar de su hija, lo que a juicio de Lorena ha influido en su estado de ánimo. Lorena explica que cuando habla con ella la percibe “enojada, frustrada, insatisfecha con la vida”, pues lamenta haber sido abandonada por su madre, a quien odia, y piensa que de no haber sido dada en adopción su vida sería distinta. Por su parte, Lorena agradece haber sido dada en adopción porque de lo contrario, dice, “no sabe dónde estaría”.

La vida de su hermana y de su madre lleva a Lorena a preguntarse cómo sería educar a un hijo o hija en esas circunstancias, en las que la economía es precaria y las redes de apoyo son nulas. En este sentido, Lorena explica que su madre biológica “no pudo quedarse” por un asunto de economía y precariedad:

*Pienso en mi mamá biológica, ella no pudo quedarse, parte de su no poder quedarse tiene que ver con su economía, ahora que la conozco y la veo, y la veo en unas condiciones tan precarias, si entiendo un poco de porque no se pudo quedar,*

*o sea, no sé, como si me da para decir, no, pues no, no tenía una formación, su familia le dio la espalda, se quedaba con dos niñas y ahora incluso o sea después tuvo otro hijo y ahora está sola, no tiene casa, no tiene nada... [...] algún momento que fui a ver a mi mamá, la fui a buscar a su casa, donde yo conocía que vivía, resulta que su hijo la había madreado y la había corrido de la casa y se había quedado con su casa, y entonces ella andaba vagando ahora, y entonces iba con un hombre y con otro para tener donde vivir, me encontré a su amiga, y su amiga me dijo que estaba muy preocupada porque la última vez que la había visto un tipo la estaba madreando y la estaba ahorcando, pero que no quiso hacer nada para no meterse en problemas, entonces yo decía, “!pues quien sabe si sigue viva!”, ahora sé que sí vive, porque mi hermana la ha visto, pero mi hermana la odia brutalmente.*

De esta manera, Lorena describe las dos estructuras familiares que la han definido. En diferentes momentos de su vida ha sufrido y se ha sentido inadecuada. Actualmente, considera a su hijo como su familia, con quien vive y al que le brinda otras posibilidades de pensamiento diferentes a aquéllas con las que ella fue socializada.

#### *Familia actual*

Lorena vive con su hijo de 12 años. Cuando éste nació, Lorena tenía 22 años y estaba casada; aunque no planeaba embarazarse porque se encontraba cursando las últimas materias de la licenciatura, sí “deseaba” tener un bebé. Lorena refiere que cuando supo de su embarazo tenía un ritmo de vida activo, por lo que el médico le recomendó que cambiara su dinámica a una “más relajada” por el bienestar del bebé. Por esta razón, Lorena optó por darse de baja de la escuela y dedicó el tiempo a cuidar su embarazo y “preparar todo” para su hijo. Lorena, dice, “disfrutó mucho” esta etapa porque estaba emocionada y se dedicaba a leer, a salir a caminar, a tomar fotografías. Explica que se la pasó “todo el tiempo sola” porque su esposo trabajaba todo el día. A pesar de ello, le emocionaba conocer y cuidar de su hijo. Le llamó

la atención que el embarazo despertó en ella algo nuevo, algo que no había sentido antes, como el interés por cuidar a otra persona que dependería de ella. Al venir de una “familia tradicional”, cuyos objetivos en la vida eran casarse y tener hijos, con su embarazo Lorena “abonaba” un poco a los objetivos que le habían inculcado en casa; en sus propias palabras, su embarazo era “un escalón más hacia la felicidad”.

Cuando Lorena se enteró de su embarazo, veía a su hijo como una “extensión” de sí misma, como si fuera “su huella en el mundo”. Sin embargo, conforme pasó el tiempo y su hijo creció, Lorena se percató de lo diferentes que eran y de que aquél no sólo no era una extensión suya, sino que también poseía individualidad y pensamientos propios que lo “van a determinar” independientemente de lo que ella o su padre hagan o dejen de hacer.

Lorena explica que la emoción que sentía durante el embarazo se desvaneció cuando su hijo estaba por nacer. De acuerdo con ella, se trata de “la otra versión no tan linda de ser mamá”, ya que “todo mundo habla de lo maravilloso de la maternidad” pero omite los dolores y el cansancio que ésta conlleva. Lorena sufrió mucho en su labor de parto, “estaba sola”, pensaba que iba “a morir y nadie va a estar” con ella. Lorena refiere que su hijo “se adelantó” una semana a la fecha prevista y durante el parto su esposo se encontraba jugando fútbol. También comenta que estaba “sola” porque su hijo nació en un hospital público y ahí no se permite el acceso a los padres. Al malestar del dolor y la soledad se sumaron los comentarios “muy desagradables” de las enfermeras, quienes le decían “pero no sufriste así cuando estabas haciendo a tu hijo”. Lorena dice que estas experiencias empezaron a “romper esa burbuja fantasiosa y linda” en la que había estado durante el embarazo:

*Durante el embarazo la pasé linda pero cuando nació yo sufría demasiado, o sea, nunca he sentido tanto dolor en mi vida, fue muy largo y cuando nació y me lo dieron, yo estaba muy cansada, y cuando lo vi fue genial, fue así como “ahhhhh”, veía todos sus ojos así curiosos, yo decía, “ahhhhh”, si eso fue genial, fue lo que esperaba, pero ya después de que pasó esa emoción de verlo, fue como un*

*agotamiento impresionante, empecé a tener unos reflejos en mis piernas, que estaban en esas cosas de los ginecólogos que levantas las patas, y había sido tanto el tiempo que estaba así que cuando bajé las piernas, mis piernas se levantaron por sí solas, era como un reflejo del cansancio, en esos momentos fue cuando dije... “creo que no será tan lindo como yo lo esperaba”, y luego, luego me lo dieron y pensé, “¿qué tal si me lo roban? porque estoy en un hospital público”, entonces decía, “no puedo dormir, porque si me duermo me lo van a robar”, y me la pasé todo el día despierta hasta que entraron las visitas pero las visitas entraron como por 5 o 20 minutos por mucho y se fueron otra vez, y yo me tuve que quedar ahí y yo no me quería dormir y ahí estaba despierta, cuidándolo que respirara, que estuviera bien, entendiéndolo por qué lloraba, porque no entendía por qué lloraba, o qué le pasaba.*

Después del nacimiento de su hijo, los problemas en la pareja se agudizaron, principalmente debido a la falta de colaboración del padre en el cuidado del recién nacido. Lorena dedicó cuatro meses a atender a su hijo antes de retomar sus actividades escolares, pero en su ausencia su esposo se lo llevaba a su madre (la ex suegra de Lorena) para que lo cuidara. Por ello, Lorena cada vez “detestaba más” a su esposo. Dice que le daba coraje porque percibía que su hijo “no estaba bien”, su esposo no le daba el cuidado necesario y ella “sentía” que no podía estar con su hijo por sus ocupaciones escolares. Lorena recuerda este periodo como “pesado”; terminó la escuela y posteriormente entró a trabajar.

Para Lorena, las cosas no cambiaron: trabajaba todo el día y casi no veía a su hijo, quien para entonces ya estaba en guardería. El padre del niño estaba encargado de recogerlo, así que “se lo entregaban comido” y “nada más lo tenía que bañar en las noches”. Sin embargo, cuando Lorena llegaba a casa a veces su hijo no estaba bañado. Lorena refiere que, desde el nacimiento de su hijo, su vida se ha caracterizado por “siempre, siempre” tener que hacer y resolver “muchas cosas”. Cuando regresaba del trabajo, tenía que hacer cosas que el padre no había hecho, durmiéndose entre la 1 y las 2 de la mañana. Después de un año, Lorena decidió renunciar al trabajo “que le gustaba” y en el que le pagaban bien. Pensó que

“no podía dejar” a su hijo, que no estaba “padre” esa situación. Desde entonces, Lorena ha buscado trabajos cuyos horarios sean compatibles con el cuidado de su hijo, es decir, que le permitan estar con él cuando éste no se encuentre en la escuela:

*Pero siempre mis trabajos han estado como muy ligados a poder ir por mi hijo, poder dejarlo, poder estar al pendiente de él, siempre, siempre, aunque de pronto me ofrecían buenos trabajos, pero decía “no, porque tengo que viajar”, “no, porque tenemos que irnos al DF”, “no, porque es demasiado tiempo”.*

De esta manera, Lorena ingresó a trabajar en una escuela cuyo horario era compatible con la guardería de su hijo, lo que le permitía no sólo llevarlo y recogerlo sino también cuidarlo por las tardes. Para ese momento, el padre de su hijo había decidido volver a estudiar. Fu entonces que él le fue infiel, lo que provocó la separación. Su hijo tenía entre año y medio y dos años cuando eso sucedió.

Tras la separación, Lorena se hizo cargo de su hijo. Vivía sola con él; trabajaba por las mañanas y por las tardes lo cuidaba. En retrospectiva, Lorena percibe dos estados diferentes de involucramiento con su hijo. En el primero, en su afán de cuidar al menor, dice que era como “no verlo”, pues se centró en satisfacer sus necesidades teniendo en mente la frase “tener que”, pero no “ver exactamente lo que él necesitaba”. Lorena relata que vivía con mucha presión y “a pesar de que asumía” todo lo que tenía que hacer, constantemente se cuestionaba “qué estaba haciendo mal” para que su esposo no se hiciera cargo de su hijo; su madre le repetía constantemente que “en la mujer está el equilibrio de la casa”, asumiendo que la falta de involucramiento del padre en la crianza de su hijo estaba relacionada con lo que ella hiciera o dejara de hacer en la relación.

Lorena relata que el segundo estado lo vivió después de la separación. Fue una etapa en la que sí estaba con su hijo, porque lo anteponía a los pendientes que tenía en su casa, es decir, fue un periodo en el que se dedicó a estar con él. Ella rentaba un departamento y así

vivió durante varios años, sola con su hijo. Lorena describe este periodo como un buen momento, de tranquilidad, durante el cual su hijo estaba a gusto y contento.

Sin embargo, a pesar de la tranquilidad que sentía, Lorena continuó enfrentándose con su esposo por el tema del dinero y el cuidado del menor:

*Cuando nos separamos, él me daba 500 pesos a la quincena, y yo decía, “¿qué hago con 500 pesos?” yo tenía que pagar la renta, las cosas de la despensa, luz, agua, teléfono, gas, todo, y yo decía, “¿qué hago con 500 pesos?”, hacía cuentas y decía, “ni siquiera me alcanza para pagar los taxis a la casa de mis papás para llevar a [su hijo]”, y él me decía, “no, es que en estos momentos no puedo, no tengo trabajo” y le decía, “bueno si no puedes dar dinero, apoya con el cuidado”, y siempre ha sido como su teoría de que si [su hijo] vive conmigo, es mi responsabilidad, entonces siempre ha buscado como estar a su cuidado un día, antes era un día a la semana, y ese día aprovechaba a llevarlo con su papá, llevarlo con su mamá, y al final ellos terminaban haciéndose cargo de [el niño], él no se hacía cargo, nunca se ha hecho cargo, y [su hijo] hasta ahora lo dice, “es que me llevó con mi abuelo, me hizo de desayunar y demás, y mi papá estuvo dormido todo el día o no estuvo”.*

A pesar de haberse hecho cargo de su hijo, Lorena decidió empezar a estudiar una maestría cuando aquél tenía 7 años. Por ello, necesitaba la ayuda de sus padres o de otras personas para cuidar de él mientras ella estudiaba. Lorena dice que ha tomado distancia de la familia del padre de su hijo porque le condicionaban la ayuda del cuidado, además de que consideran que ella es “mala mamá” porque no se “ocupa” de su hijo.

Lorena considera que su hijo está en una posición “complicada” tanto con su padre como con sus abuelos porque, al ser cuidado por aquéllos, trata de sacar ventaja cuando ella le reprende. Lorena dice que cuando su hijo era pequeño su cuidado y educación eran más fáciles porque sólo dependían de ella. Sin embargo, esto cambió cuando sus padres (los abuelos del menor) empezaron a cuidarlo y a decirle cómo debería educarlo. Su hijo empezó a sacar provecho de esta situación para que los abuelos reprendieran a Lorena.



Lorena dice que ha optado por no hablarle a su hijo ni bien ni mal de su padre, limitándose a decirle “las cosas como eran”, ante lo cual percibe que a aquél le ha costado trabajo “lidiar con esa crudeza”. No obstante, a su juicio, de esta manera es más probable que él confíe en ella, sabiendo que no le va a mentir o a abandonar, aunque el padre ha tratado de convencerlo de ello desde que era pequeño.

Lorena percibe como una situación “complicada” para su hijo el que su padre constantemente haga comentarios negativos sobre ella. Por ejemplo, le decía que ella “estudiaba porque él no era importante” o que él (su hijo) “le estorbaba” para hacer su vida como ella quería. Por ello, su hijo ha manifestado su desacuerdo ante las intenciones de Lorena de estudiar un doctorado, argumentando que “va a pasar lo mismo que en la maestría”, es decir, que Lorena se va a ir y él se va a quedar solo, sin nadie.

Debido a este tipo de situaciones, Lorena ha priorizado generar confianza entre ella y su hijo, aunque describe que no se encuentran en el mejor momento de su relación. Lorena dice que antes compartían más cosas, gustos o momentos pero ahora él “quiere hacer lo que se le dé la gana”, ya no quiere hacer cosas, él le cuestiona y ya no coopera como lo hacía, lo que genera conflictos. De acuerdo con Lorena, su hijo ha amenazado con irse con su padre, amenaza que le genera enojo porque todo lo que ha hecho o dejado de hacer siempre ha estado en función del bienestar de su hijo y no del suyo propio:

*Antes era como de “[hijo] vamos al cine”, “ah sí”, los dos sabíamos que película íbamos a ver, ahora es, “[hijo] vamos al cine a ver tal película”, “no, yo no quiero verla, yo no voy a salir y yo no voy a ir a ningún lado”, para mí ha sido complicado entender eso, de respetar esa parte y sus gustos, a mí la banda no me gusta y él todo el tiempo anda cantando banda. Entonces ahora también está esta arma de decir, “me voy con mi papá, si tú me dices que no, me voy con mi papá, porque él sí es un buen papá”, eso me da mucho coraje porque digo, “no inventes, la que siempre ha estado soy yo”, [...] de pronto sí digo que he dejado de hacer muchas*

*cosas en mi vida por hacerme cargo de él porque he pensado que son mejores opciones las que he tomado para él, no necesariamente para mí, entonces si entramos en mucho choque porque digo, “no, no vas a hacer lo que se te dé la gana, no te lo voy a permitir” y él está en “sí, si lo voy a hacer”, es donde entramos en choque.*

La responsabilidad por la educación del menor recae en Lorena. Por su parte, el padre la responsabiliza de todo lo que sucede con su hijo ya que, a su juicio, ella es quien lo ha educado. No obstante, Lorena percibe que sólo ella le pone límites. Lorena considera que, en medio del ir y venir de promesas incumplidas del padre, la única persona constante en la vida de su hijo es ella misma.

Lorena ha hecho frente a esta situación hablando con su hijo. Explica que parte de la “crudeza” que vive el niño tiene que ver con que ella ha procurado hablar con la verdad y por ello su hijo la percibe como una madre diferente a la de sus compañeros. Lorena dice que en las escuelas en las que ha estado inscrito eran pocas las madres que trabajaban, pues la mayoría “siempre estaban al pendiente” de sus hijos, situación a la que el hijo de Lorena prestaba atención porque su caso era diferente. Su madre salía a trabajar o no estaba (a su juicio) completamente a su disposición. Por otro lado, también le ha “costado mucho trabajo” entender que su madre tiene otras necesidades y deseos además de estar con él. Ante los reclamos de su hijo, Lorena se defiende replicando que para ella “tampoco” es “divertido” ir al fútbol o al entrenamiento o dormirse tarde por hacer “la tarea”; su hijo reacciona diciendo que esas “cosas una mamá no tendría que decirlas”. En otras palabras, la forma de pensar de su hijo es parecida a la de los padres de Lorena: una madre tendría que estar a disposición de su hijo sin quejas ni réplicas, simplemente satisfaciendo sus deseos.

Lorena dice que su hijo está en una edad complicada y el padre no es una persona a quien se pueda recurrir en busca de ayuda para lidiar con aquél; cuando le ha solicitado apoyo la respuesta ha sido “arréglatelas tu sola” (Lorena percibe que el padre sólo la quiere “fregar” en todo momento). En cuanto al aspecto emocional, Lorena se considera madre soltera porque no cuenta con el padre para la educación de su hijo. Sin embargo, en lo que respecta al aspecto económico (en el que hay de por medio una demanda de pensión alimenticia), la situación es diferente:

*Hace poco [hijo] y yo estábamos discutiendo y me dijo una grosería y me insultó, entonces yo me enojé y le di una cachetada, yo nunca le había pegado, entonces cuando yo le pegué dije, “puta ¡no!, soy la peor mamá, soy la más violenta, estoy enferma”, ¡no sé!, nunca me había sentido así, entonces en ese momento se me ocurrió hablarle a su papá y decirle, “necesito que te lleves a [hijo] unos días porque me lo cachetee, yo nunca lo había hecho, no sé qué me pasó, no me pude controlar”, y entonces él me dijo así como de “sí me lo llevo pero te quito la custodia”, “te estoy diciendo que solo unos días, que necesito calmarme”, y él, “no, pues te lo voy a quitar entonces”, yo dije, “¿para esa ayuda?”, mejor no, al final, me calmé yo, [hijo] se fue con sus abuelos y cuando regresó me dijo “perdón, yo no te debí haber dicho esas cosas”, “perdón, yo no te debí haber cacheteado”. Yo no puedo contar con su papá, porque todo el tiempo lo que está buscando es fregarme, todo el tiempo, no puedo contar con él. No me asumo como mamá soltera porque digo, tal vez cuento con el apoyo económico, que no es como una decisión de él, pero que es como obligatorio, pero tampoco podría no asumirme, siento que en la parte emocional si podría asumirme como una mamá soltera.*

A pesar de que Lorena dice no estar atravesando por un buen momento en la relación con su hijo, éste le ha hecho saber (cuando ha estado “tranquilo”) que ella “siempre ha estado” con él. Lorena refiere que, debido a que su hijo está creciendo, sus actividades cada vez se encuentran menos en función de las necesidades de aquél, por lo que ahora puede organizarse para hacer cosas que le gustan (como ir a nadar) mientras su hijo se queda en casa a hacer “cosas, tareas”. Por su parte, Lorena dice que su hijo acepta cada vez más esta

situación y ha cambiado la idea de “me abandonas” por la de “vete, vete, que se te hace tarde”, demandando a su vez su propio espacio, sin su madre.

### *Significados construidos*

En la narrativa de Lorena subyacen diversas ideas sobre el tema de la familia. En primer lugar, se encuentra la familia tradicional, es decir, aquella en la que la educación de la mujer se encamina a casarse, ser madre y desempeñarse como cuidadora principal de la descendencia. Por otro lado, el hombre es aquél que puede salir, estudiar y prepararse porque debe ser el sostén económico de la familia. En este esquema, el objetivo de vida de un individuo consiste en casarse y tener hijos, aunque en realidad esto se espera más de las mujeres que de los hombres. En este sentido, a la mujer se le exige ajustarse a diversas conductas, como actuar con recato y de acuerdo con “valores familiares”.

De igual forma, se encuentra la idea de que el matrimonio es para toda la vida, por lo que deben ignorarse las desavenencias que surjan en la relación (por ejemplo, las infidelidades). En caso de que se llegue a una separación, existe una desvaloración de la mujer porque en ésta recae el éxito o fracaso de un matrimonio. Se cree que cuando una mujer se separa de su pareja se debe a que algo *hizo o dejó de hacer*, es decir, es culpa suya, independientemente del comportamiento de su pareja.

Asimismo, en el relato de Lorena se encuentra la noción de que solamente se tiene una familia cuando el hombre está en la relación, pues aunque estén presentes la mujer y el hijo, no se pueden considerar como una familia porque falta el elemento principal.

Por otro lado, se ve a la educación como un medio de reivindicación para ganarse el respeto de los demás después de haberse separado de su pareja o por “la ausencia de un hombre”.

Finalmente, ser madre soltera tiene connotaciones negativas de pobreza y abandono, mismas que se extienden a los hijos (refiriéndose a la *desgracia* en la que se supone viven los hijos de una mujer soltera). En este contexto, ser madre significa satisfacer todas las necesidades del hijo y la pareja, por lo que se puede perdonar o aceptar que ésta no coopere con la educación del hijo pero no se puede tolerar una infidelidad. Por otro lado, la maternidad es un periodo de ensoñación en el que las mujeres se abstraen con el cuidado de los hijos y en el que no se puede externalizar lo cansado o agotador de dicha tarea porque se supone que es un estado deseado y natural de las mujeres.

## **B) Pareja**

### *Comienzo, permanencia y disolución*

La vida en pareja de Lorena inició con la relación de noviazgo. Ella empezó a salir con el padre de su hijo cuando tenía 18 años. Refiere que estaba muy enamorada de él (en sus palabras, lo “adoraba”, “estaba muy estúpida por él, así totalmente idiota”). De acuerdo con Lorena, este enamoramiento la hacía “no pensar”. Su noviazgo se caracterizó por ser demandante y absorbente para ambos. Él iba por ella a su casa desde temprano para dejarla en la escuela, se veían en sus horas libres, la veía cuando salía de la escuela y pasaban toda la tarde juntos. Lorena dice que su “vida” era su novio.

Tras seis meses de noviazgo, Lorena quería casarse. Sin embargo, después reconoció que no se quería casar, pues en realidad sólo quería vivir con él. El novio de Lorena le dijo

que no; para que vivieran juntos tendrían que casarse, ya que para él era “muy importante el matrimonio”. Lorena dice que ella veía las cosas de forma más *simple* y se cuestionaba por qué no podían simplemente vivir juntos, pues para ella, a pesar de la educación que había recibido, el matrimonio no era importante.

Lorena dice que aceptó casarse porque era la “única forma de estar con él”. Aunque describe su boda como “agradable”, organizar la misma fue tenso para ella. La madre de su novio estaba inmiscuida en la organización del evento y Lorena empezó a tener conflictos con ella, por lo que esas fueron las primeras diferencias con su entonces novio. Lorena dice que éste le empezó a dar “gusto” a su madre más que a ella (refiere que esta sensación desagradable terminó el día de la boda).

En cuanto a su relación, Lorena describe dos momentos: uno antes y otro después del embarazo. En el primer momento, durante el noviazgo, Lorena dice que su relación era “muy divertida”, pues él la apoyaba y “estaba al pendiente”, además de que tenían planes en común, situaciones que para Lorena eran “muy importantes”. Para Lorena, en ese periodo su vida giraba en torno a su novio, por lo que dice que dejó de “ser ella” y abandonó totalmente las cosas que le “gustaban”, incluyendo a sus amigos.

De acuerdo con Lorena, el segundo momento se refiere al matrimonio y el embarazo. Describe este periodo como “un brinco total”, pues todo lo que para ella era importante en la relación “dejó de pasar”: se acabó la diversión conjunta, “dejaron de reírse” y “todo se volvió obligación”. Lorena refiere que él “siempre estaba trabajando” y no había tiempo para estar juntos, por lo que se sintió traicionada y decepcionada. Había perdido a su compañero y su lugar fue ocupado por “un extraño”. Al concebir a su esposo como “su mundo” y ausentarse aquél por trabajo, Lorena empezó a pasar mucho tiempo sola.

Lorena explica que su hijo nació en estas circunstancias. El día que regresó del hospital con su hijo, su esposo había preparado una fiesta para celebrar el nacimiento pero consumió alcohol y no había dormido, por lo que cuando Lorena volvió aquél dijo que tenía “demasiado sueño”:

*Ahí empecé a cuestionarme, “¿por qué yo no estoy incluida?”, “¿por qué [hijo] no estaba incluido?”, “por qué si sabía que iba a llegar no está en condiciones de cuidarlo?”, porque pues obviamente como bebé recién nacido, se despertaba cada 4 horas, yo llevaba como dos noches sin dormir bien, y ya cuando llegué con él era como de, “¿a quién cuido? ¿a [hijo] a este tipo?” ¿no?, y entonces eso me empezó a dar como demasiado coraje y en ese momento, empecé a ya no tener esta visión tan linda de las cosas, yo me acuerdo que en ese tiempo me dolía mucho, a pesar de que fue parto normal, sí sentía molestias, pero aun así yo me tenía que parar y tenía que bañarlo y tenía que recibir a la gente que iba a visitarnos y demás y yo lo veía a él tan cómodo que yo decía, “parece como el vecino que está aquí nada más”.*

De esta manera, Lorena relata que empezó su desencanto con la relación. Percibió que él no participaba en el cuidado de su hijo, conducta que persiste hasta la fecha. En ese momento, vivían con su exsuegro, lo que también influía en la falta de involucramiento del padre en el cuidado de su hijo. Cuando su esposo estaba haciendo alguna actividad en casa, el exsuegro le llamaba para que vieran partidos de futbol o se dedicara a otra cosa diferente a las tareas domésticas. Al principio, Lorena le decía a su esposo que “tenía otras cosas que hacer”, sin embargo, con el tiempo empezó a cansarse y no le quedaba energía para pelear. Lorena dice que debía escoger entre cuidar a su hijo o pelear con su esposo pero no tenía energía para ambas cosas, por lo que terminó por asumir que no podía contar con él.

Las cosas empeoraron cuando Lorena retomó sus estudios cuatro meses después. Su esposo perdió su empleo, por lo que ella empezó a trabajar, lo que hizo que tuviera tres “turnos” durante el día: la escuela, el servicio social y el trabajo. Su esposo se quedó al

cuidado de su hijo pero cuando ella regresaba a casa dice que éste “estaba sucio”, al igual que la ropa y los biberones. Lorena hacía entonces las labores de casa que él no había hecho.

Lorena describe que en estas circunstancias transcurrió un año. Durante ese periodo, el rencor hacia su esposo aumentó porque el tiempo libre del que disponía no podía emplearlo para estar con su hijo, ya que se veía obligada a dedicarlo a resolver asuntos que le correspondían a su esposo. Por ello, Lorena buscó otro trabajo que le permitiera pasar más tiempo con su hijo, en tanto que su esposo empezó a estudiar. Tiempo después, Lorena se enteró que él le había sido infiel, lo que provocó el fin de la relación. Lorena sabía que había dejado pasar muchas cosas pero no podía tolerarla una infidelidad.

Lorena describe que esta situación le dolió mucho. A pesar del enojo que sentía hacía él, las palabras de su madre la acompañaban constantemente, diciéndole “tú no estás haciendo lo suficiente”. Lorena creía que “algo hizo” y por eso su esposo “le puso el cuerno”, es decir, que “algo tenía que ver con ella”. No sólo era su madre quien reafirmaba dicha idea, también lo hacían las personas que le rodeaban, pues le decían que “quizá se centró mucho” en su hijo. No obstante, Lorena dice que “no tenía otra opción”, pues pensaba que “si él hubiera participado más” entonces ella habría tenido “tiempo libre” para ser “la esposa”. De acuerdo con Lorena, el dolor a causa de la infidelidad le duró mucho tiempo.

Lorena afirma que cuando se separó no se reconocía a sí misma (no recordaba “qué le gustaba y qué no”) porque por mucho tiempo él había sido su “mundo” y habían permanecido casados durante casi tres años. Lorena explica que se divorció hace dos años porque no tenía una buena relación con el padre de su hijo y no “podían ponerse de acuerdo en nada”. En palabras de Lorena, todo era motivo de conflicto, incluso “el corte de cabello” del menor, por lo que era impensable ponerse de acuerdo con el divorcio y por ello lo dejó



pasar. Esta situación de “seguir casados” era un discurso que él usaba con su hijo para tratar de controlarla a través del menor:

*Lo dejé pasar [el divorcio] hasta que un día dije, “a ver ¿qué estás haciendo Lorena?, este tipo tendría que estarse haciendo cargo por lo menos económicamente de [hijo] un poco más, y ya que te deje en paz”, porque también era un argumento que [esposo] usaba [con hijo], [hijo] me decía, “es que tú estás casada con mi papá”, “bueno no, bueno sí, pero no estoy viviendo con él” pero ese era un discurso que [esposo] usaba mucho con él, “tu mamá está casada conmigo, entonces sus amigos no tienen que hablarte, o no tiene que juntarte con ellos”, porque así le decía, “sus amigos”, cosas así, también dije, “ya basta, qué estás haciendo”, y fue cuando decidí poner la demanda de divorcio.*

Fue así como Lorena decidió iniciar los trámites de divorcio. Su sorpresa fue mayúscula cuando se enteró de que su esposo no le daba para su hijo “ni el 10%” de lo que ganaba. Por una parte, sintió coraje porque el vivir sólo de su sueldo había limitado a su hijo, y por otra, ella se había “vuelto loca trabajando”. Lorena dice que ella misma se había limitado materialmente para que a su hijo no le faltara nada. A diferencia de su esposo, ella no tiene auto, ni casa, no viste ropa de marca ni usa cosas costosas. Lorena afirma que él puede trabajar o disponer de su tiempo a su antojo, mientras que ella ha tenido que limitarse en el tiempo que tiene para estar con su hijo.

Después del divorcio se asignó el pago de una pensión alimenticia y se incrementó considerablemente el monto de lo que él había estado entregando durante años. Sin embargo, para Lorena la pensión acarreó otros problemas en la relación con su exesposo (relata que aquél empezó a reclamar diciéndole “regrésame ese dinero que no te corresponde”). Lorena explica que actualmente su exesposo ha tratado de convencer a su hijo de que “es su dinero”, lo que provoca discusiones cuándo éste le *exige* dinero a ella argumentando que es suyo y lo puede “gastar en lo que quiera”. Frente a esto, Lorena le responde que se trata de “dinero que

tu papá aporta para tu cuidado y se puede ir desde la renta, el gas, la comida, las cosas de la escuela”.

A pesar de todo lo anterior, Lorena dice que no se arrepiente de haberse separado y cree que el esfuerzo que ha puesto en la educación de su hijo tendrá buen resultado en él (considera que, a la larga, su hijo “va a ser un buen producto”).

### *Pareja actual*

Lorena explica que después de separarse de su esposo permaneció sola por mucho tiempo, pues trataba de mantener su “vida personal muy aparte” de su hijo. Cuando salía con alguien le dedicaba sólo tiempo que no empleaba para ver por su hijo, o bien lo hacía sólo los fines de semana o cuando su hijo no estaba con ella.

Lorena relata que ha tenido varias parejas pero no ha querido involucrar a nadie con su hijo porque siempre ha privilegiado la relación con este último. Para Lorena, esto ha significado uno de “los grandes problemas” con sus pretendientes y se ha convertido en la causa por la cual sus relaciones no progresan, pues percibe que las relaciones de pareja “podrían ser un riesgo para la relación” que ella tiene su hijo.

Lorena refiere que, después de pasar mucho tiempo sin pareja estable, en su trabajo conoció a un hombre y empezó una amistad con él. Explica que presentó a este hombre con su hijo, por lo que los tres empezaron a salir y a pasar tiempo juntos. El hijo de Lorena sabe que ella tiene una relación con esta persona pero no está de acuerdo, pese a que la pareja en cuestión inicialmente era amigo de ambos. Lorena explica que esta relación es diferente porque es la primera vez que su hijo conoce a un *novio* suyo y solo se atrevió a dar ese paso

(que había evitado por mucho tiempo) porque la relación empezó “de otra forma”, es decir, como una amistad con ella y su hijo.

Para Lorena, el desacuerdo de su hijo tiene que ver con su padre, ya que éste le dice que aquélla lo dejará por su *novio* (también le ha dicho que si “ese tipo” se le acercaba –al padre– “le iba a romper la cara”). De esta manera, el exesposo continúa tratando de controlar a Lorena a través de su hijo. Lorena cree que aquél busca “controlar” cómo ella cría a su hijo y teme que la presencia de otro hombre en la familia signifique que Lorena ha encontrado un “sustituto” de padre para el menor. Ante esto, Lorena trata de explicarle a su hijo que no piensa abandonarlo:

*Ahora que tengo pareja, y que sí lo conoce, porque antes nunca los conocía, también le digo, “tú sabes que ahora que estoy con V., ¿cuándo te he dejado por V.? ¿cuándo te he dicho?, ‘perdón, pero no te puedo atender’”, “pues no”, “no te voy a dejar, sí va a cambiar nuestra dinámica como siempre ha cambiado, pero, tú vas a estar incluido”, [...] sí hay cosas que siento que todavía le pesan a él, que sí está como viendo si son ciertas o no de las que le dicen.*

Ante esta situación, Lorena dice que su actual pareja también decidió hablar con su hijo, a quien aseguró que él no busca “quitarle” a su mamá y tampoco “quiere ser papá” porque el niño ya “tiene un papá” y su “mamá siempre será su mamá”. Asimismo, le dice que, si él quiere, pueden “ser cuates” y “pasarla bien”. Para Lorena, esta charla significó “hacer las paces”. A partir de ese momento, cada vez que el padre le cuestiona al hijo por su madre, éste le responde que “le pregunte directamente a ella”. Para Lorena, esto representa una señal de que su hijo “se está empezando a mover” de la influencia que su padre tiene sobre él para controlarla.

Lorena explica que, debido a que esta es la primera vez que le presenta a su hijo una de sus parejas, ha “tratado de cuidar mucho” su “imagen” de madre. Tiene claro que no le gustaría que su hijo la recordara como una mujer que tuvo “muchas parejas” porque, dice, “no está padre” que él la “vea con uno y otro y con otro”. Lorena teme que el que su hijo la vea de esta manera signifique que la considere como “una puta [o] una loca” porque recuerda que en cierta ocasión escuchó a un niño hablar así de su madre y a Lorena esto le pareció algo “feo”, por lo que aquélla es una descripción que no desea para sí.

Lorena dice que desconoce “el destino” que tendrá su relación. Lo que sí tiene claro es que no tiene planes de casarse o vivir juntos porque quiere demostrarle a su hijo que tiene otros roles e intereses además de ser su madre:

*[hijo] me pregunta, “¿te vas a ir a vivir con V.?”, “¿te vas a casar con V.?”, y yo, “no, no me quiero casar, no me quiero ir a vivir con él, no sé cuánto tiempo va a durar la relación, no te puedo decir que ahí me voy a quedar toda la vida porque no lo sé, pero simplemente se vale que tú lo sepas, nada más”, entonces no sé, creo que es ser más transparente con él, y no solamente en el discurso hablarle de que no solo soy su mamá, sino que también en la práctica, como que él lo vea.*

Lorena dice que no solo su hijo ha tenido problemas para entender su *noviazgo*, pues lo mismo sucede con su familia de origen. A este respecto, Lorena dice que sabe que esta es una batalla perdida. Explica que no está dispuesta a renunciar a su relación solamente porque sus hermanos y sus padres la desapruban y por ello ha optado por no dar explicaciones, pues sabe de antemano que éstos son temas que “terminan” en pleitos.

### *Significados construidos*

En el relato de Lorena se construye una relación basada en un enamoramiento adolescente, en el que predominan la fantasía del amor romántico y la idea de que “todo se hace en nombre del amor”. La idea subyacente es que para estar juntos la única opción es el matrimonio, entendido ésta como una vía hacia la felicidad.

Para Lorena, la conceptualización de lo que significa “vivir feliz” se rompe con las responsabilidades que conlleva el matrimonio y, posteriormente, el embarazo y nacimiento de su hijo. En este contexto, se parte de dos significados diferentes de maternidad y paternidad. En primer lugar, se encuentra la idea de la mujer como encargada de ver por el hijo y sus necesidades. Por otro lado, se encuentra la idea del hombre como simple proveedor que no tiene compromisos con el cuidado del hijo. Tanto Lorena como su esposo asumieron ambos papeles, lo que resultó en una sobrecarga para ella y en una evasión de responsabilidades para él.

En el relato de Lorena subyace la idea de que a una pareja se le puede perdonar y aceptar todo excepto una infidelidad. En este caso, cuando el marido busca a otra mujer, la responsable o culpable de dicha situación es la esposa (por lo que hizo o dejó de hacer en la relación). Este supuesto fallo de Lorena es lo que habría provocado que su esposo buscara a otra mujer. Por otro lado, Lorena, como esposa y mujer, sigue siendo responsable tanto del cuidado del hijo como de las decisiones que toma el marido.

De igual forma, se encuentra el significado subyacente del matrimonio como pertenencia o propiedad, pues en tanto no se anule la unión legal, continúa creyéndose que se “posee” al cónyuge. Lo anterior otorga derecho (sobre todo al hombre) de tratar de controlar al consorte por medio del hijo. Una noción similar puede encontrarse en torno al

dinero, es decir, al uso de los recursos económicos (en forma de la pensión alimenticia) como medio de control para manipular a la pareja.

Finalmente, en la narrativa de Lorena se encuentra la idea de la madre como una figura sagrada que se dedica exclusivamente a satisfacer las necesidades de los hijos. Esto implica cuidar la imagen que aquélla le da al hijo, por lo que tener una o varias parejas además del padre biológico inmediatamente se relaciona con la idea de promiscuidad en la mujer, desvalorizando así la imagen de la madre.

### **C) Mujer en un hogar sin varón**

Lorena explica que los juegos a los que se entregaba cuando era niña no encajaban en lo “tradicional”. Refiere que vivía en “aventuras”, al igual que sus “Barbies”, quienes eran “antropólogas, arqueólogas” como “Indiana Jones”. Lorena dice que se visualizaba estudiando en “la academia”, como “astronauta o bombera”, pero nunca casada o con hijos.

Lorena reconoce lo alejada que su vida actual está de las aventuras que ensoñaba cuando era niña. Se casó, tuvo un hijo y se divorció. Dice que nunca pensó que sería así pero ahora le “gusta” y no le “pesa”. En su momento, resentía los comentarios de sus hermanos (“pobrecita, no tiene pareja”) y dudaba pensando “creo que sí debería tener una pareja”.

Para Lorena, ser una mujer en un hogar sin un hombre tiene varias implicaciones que van desde el aspecto económico, la administración del tiempo, el cuidado de su hijo, la vida sexual, la organización doméstica y los prejuicios sociales. No obstante, también conlleva otros aspectos, como disponer de mayor tiempo libre para sí.

Lorena dice que, al estar *sola*, su padre piensa que no tiene “seguridad en la vida” y le preocupa la estabilidad de su hija. A diferencia de Lorena, sus hermanos tienen “asegurado su patrimonio”, “tienen casa propia, carro, trabajos en instituciones”, es decir, nada de lo que ella posee. Sin embargo, Lorena dice estar más contenta porque hace lo “que quiere”. No le agobia el futuro, pues aunque sabe que en algún momento va a necesitar un “lugar donde vivir”, por el momento sus intereses son otros.

Lorena quiere estudiar un doctorado (al principio, deseaba viajar al extranjero). Relata que uno de sus hermanos le dijo “no vas a poder, porque tienes un hijo, porque eres mamá soltera y tú te tendrías que ocupar de tu hijo”. La reacción de Lorena fue de coraje y llanto, y refiere que respondió: “hay demasiadas cosas en el mundo que dicen, que yo no puedo hacer las cosas, como para que tú que eres de mi familia vengas y me lo digas”. Lorena percibe que hay condiciones sociales que dificultan su realización laboral, profesional y económica. Para ella, algunos de estos obstáculos han estado representados por el lugar en el que no le dieron trabajo por tener un hijo (a pesar de tener la experiencia necesaria) y la incompatibilidad de horarios laborales para madres trabajadoras. Desde este punto de vista, Lorena dice que “el mundo no es compatible” con ser madre y trabajar, siendo la situación todavía más difícil para las madres solteras:

*En mayo, fui a una entrevista de trabajo y una de las razones por las que no me dieron el trabajo es por eso, porque yo me hago cargo de mi hijo, me decían, “es que tienes toda la preparación, tienes todo el perfil, toda la habilidad, pero, tienes la distracción de que te haces cargo de tu hijo”, algo así, y yo decía, “¿cómo es posible que eso pueda más que todo lo demás?”, y al final dejaron a alguien más que no era tan capaz pero que no tenía ninguna complicación de tiempos, como ellos lo decían. Ahí sí me sentí muy mal, no importa qué tan buena o no sea en lo que hago, importa más lo otro, si tengo o no un hijo, cuando ni siquiera saben si me puedo organizar o no, ni siquiera saben mi forma de organización, si tengo a alguien que me apoya, eso no lo cuestionaron, no importó, solamente dieron por hecho que yo no podría cubrir con el perfil, creo que en muchos momentos la gente*

*sí dice, “ay pobrecita”, o es como una mala característica para la gente, como si hubiera un déficit por así decirlo, sí lo percibo en la gente.*

Lorena explica que el comentario de su hermano y las condiciones laborales no influyeron tanto en ella para cambiar su determinación como sí lo hizo la maternidad, es decir, anteponer las necesidades de su hijo y hacer lo mejor para él. Esto constituye un ejemplo de lo que Lorena ha comentado sobre cómo la maternidad hizo que renunciara a sus propias necesidades y cómo sus decisiones se encuentran en función de aquélla. Lorena refiere que dejó de salir con sus amigos y sólo salía con amigas que tenían niños de la edad de su hijo. De igual forma, cambió su vida sexual porque terminaba cansada de sus actividades tras atender a su hijo y perdió el interés. De acuerdo con Lorena, no le interesaban los compromisos con otra persona que no fuera su hijo:

*Cuando estaba en la maestría, me levantaba temprano para arreglar mis cosas, para hacerle el lunch a [hijo], para prepararle su desayuno, llevarlo a la escuela, me iba a la escuela, regresaba, hacía tarea, si llegaba temprano tenía todavía que ir al mercado a hacer súper y demás, si no regresaba temprano, tenía que ingeniármelas con lo que había, no me quedaba ni ganas ni tiempo, a veces cuando [hijo] no estaba y se iba con su papá lo único que yo quería era dormir, pensar en arreglarme, en salir con alguien, coquetear, no gracias, no, y a pesar de que [hijo] no es un niño que digas “hay que vestirlo, hay que prepararle su comida”, no, es un niño hasta cierto punto muy autosuficiente, aun así era demasiado agotador, por eso lo otro no me pasaba mucho por la cabeza.*

Lorena explica que también ha experimentado complicaciones debido a que los horarios escolares no son compatibles con los laborales, por lo que ha sido necesario buscar a alguien que la ayude a llevar y traer a su hijo (como una vecina o un amigo, por ejemplo) porque, en palabras de Lorena, “siempre tienes que estar pensando en términos de organización”.



En cuanto al aspecto económico, Lorena ha tenido que buscar empleos que le permitan tanto mantener como cuidar a su hijo. Esta situación ha repercutido directamente en la cuestión de su vivienda porque disponer de un espacio adecuado para ambos está en función de sus recursos económicos (entre mayor sea el espacio, mayor es también la renta, lo que requiere contar con mayores ingresos).

Para Lorena, las relaciones de pareja y su desarrollo personal y profesional también se han convertido en retos. Por un lado, pasó “mucho tiempo” completamente inmiscuida en el trabajo y en ver por las necesidades de su hijo, pero dice que ahora su vida atraviesa por un periodo más tranquilo. Refiere que, en particular, este último año lo ha dedicado a hacer “cosas que” le “gustan”, pues trabaja dos días y medio a la semana y el resto lo dedica a ver películas, dibujar, leer o pasear; recuerda que “hace muchos años” “no tenía este tiempo” para sí misma. Por lo que respecta a su pareja, Lorena cree esta es la primera vez que le dedica tanto tiempo a aquélla sin descuidar a su hijo. En sus propias palabras, “tengo esa libertad, hace mucho que no tenía esa libertad de tiempo”.

Lorena dice estar satisfecha con la libertad de la que dispone y no está interesada en vivir en pareja. Piensa que la vida en pareja obliga “a dejar una parte tuya”, “por más que quieras permanecer siendo tú”, pues “tienes que adaptarte al otro”, lo que para ella significa que “una parte de sí misma queda fuera”. De acuerdo con Lorena, su estilo de vida actual implica “no tener que dejar nada fuera” de sí misma, pues no se ve obligada a renunciar a nada de lo que le genera placer y libertad:

*Por más que quieras permanecer siendo tú, te tienes que adaptar al otro, tienes que dejar una parte tuya, algo tan simple como ser o no tolerante al orden o al desorden, la típica pasta de dientes, las cosas que compras o no para adornar el lugar, hay una parte de ti que siempre queda fuera y así no tengo que dejar nada fuera, o sea, yo me siento con toda la libertad, a veces cuando no está [hijo] me*

*puedo ir a dormir a casa de V., me paro con mis cosas muy, muy tranquilamente, o él se queda en mi casa, y tan tranquilo, se va y son mis cosas, como yo quiero tenerla, como a mí me gusta, sin tener que ponerme a lidiar con eso. Sí creo que hay una parte de ti que se pierde, y también como... aun cuando sea con consenso, con decisión, con lo que quieras, hay una parte de ti que queda atada al otro, en el compromiso, necesariamente.*

Para Lorena, vivir en pareja implica compromiso, que se traduce en estar “disponible siempre” y renunciar al espacio físico propio, a la privacidad y a usar el tiempo a su antojo. Desde su punto de vista, vivir con su pareja implicaría volver a una dinámica que ya conoce y no le gusta.

Lorena dice que sus experiencias de vida la han cambiado, pues ahora se percibe “más independiente en todos los sentidos”, incluyendo el emocional. Explica que la frecuencia con la que ve a sus amistades y a su familia de origen ha disminuido, siendo que anteriormente necesitaba tener mayor cercanía con ellos. Por otro lado, el manejo de sus emociones también es diferente. Lorena dice que anteriormente, si estaba enojada, triste o preocupada, necesitaba hablarlo, pero ahora se da pausas, reflexiona y se relaja. Dice que ahora todo es “mucho más simple, mucho menos complicado”.

### *La maternidad*

Las experiencias y los pensamientos de Lorena en torno a la maternidad pueden dividirse en tres momentos. El primero consiste en ver a su hijo como una extensión de sí misma e involucra la emoción de tener a alguien a quien cuidar y enseñarle cosas. El segundo implica ver a su hijo como “su todo”; en dicho momento a Lorena sólo le interesaban las necesidades del menor, en tanto que las suyas propias quedaron, en sus propias palabras, “enterradas en

algún lado”. En esta segunda etapa Lorena no pensaba en sí misma y sus reacciones y conductas eran automatizadas y mecánicas (sólo pensaba en “cumplir, cumplir y cumplir”).

El tercer momento se refiere a cuando Lorena percibió en su hijo conductas “muy egoístas”, pues aquél se había habituado a que ella no contara y todo lo que importaba eran sus propias necesidades. Lorena refiere que fue entonces que comenzó a hacerse cuestionamientos sobre la educación de su hijo, misma en la que estaban influyendo el padre de su hijo y sus abuelos paternos.

Por otro lado, Lorena también identifica un cambio importante en el momento en que ingresó a la maestría, lo que interpreta como un escape y un “pretexto válido” para romper con la dinámica que llevaba con su hijo. De igual forma, este tercer momento se caracterizó por enseñarle a su hijo a participar en la limpieza de la casa, a hacerse responsable de sus tareas escolares y, finalmente, a que ella también tiene necesidades y debe respetarlas. Lorena explica que este es el momento por el que atraviesa en la relación con su hijo, y aunque reconoce que no “es el mejor” que han tenido, considera que le ha dado a aquél “un equipaje para la vida” y él decidirá “cómo lo usa”:

*De pronto empecé a ver en [hijo] conductas que a mí se me hacían muy egoístas, yo si empecé a cuestionarme mucho, [padre] de pronto se volvió una cosa tan incisiva que todo el tiempo, “es que no hiciste bien su lunch”, “es que la ropa que le compraste no era la adecuada”, “es que la ropa que le mandaste no era bien”, era tan así, que eso hizo que empezara a cuestionarme, también la misma dinámica me hizo empezar a sentirme muy cansada, demasiado cansada, y de pronto también las cosas que estudiaba, las cosas que veía, también me llegaban a cuestionarme, “bueno si mi hijo va a crecer y yo ¿qué voy a hacer?”, no puede ser así, yo creo que incluso la maestría fue como una forma de escapar de todo eso, porque era un buen pretexto para no estar y era un pretexto válido para mí, fue como una forma de romper con eso.*

Lorena refiere que su hijo ingresó a estudiar en una secundaria de la UNAM y ha reprobado algunas materias. Uno de los hermanos de Lorena explicó este bajo rendimiento académico argumentando que “la UNAM no era para niños como él, con esa estructura familiar”. Ante esto, Lorena quiso indagar las diferencias entre su hijo y aquellos otros alumnos que no reprobaron e investigó (por medio del niño) a qué se dedican las madres de sus compañeros que sí aprobaron. Su hijo le respondió que aquéllas “no trabajan”, que eran “mamás que se dedican a ser mamás, que están al pendiente de sus hijos”. Esta respuesta llevó a Lorena a cuestionarse sobre si a su hijo “le iría mejor” en caso de que ella “realmente no trabajara y no hiciera nada”. Lorena dice que constantemente siente presión de parte de su hijo y de quienes la rodean en torno a dicho hipotético.

Finalmente, la experiencia de Lorena en torno a la maternidad le hace pensar que cuando una mujer se queda a cargo de sus hijos está siendo constantemente evaluada por la sociedad respecto a si es una buena madre o no. Esta evaluación social se basa, entre otras cosas, en qué tan bien portados sean los hijos o qué tan bueno sea su desempeño escolar:

*Las cosas que más me sorprenden es que de pronto cuando te quedas a cargo de tu hijo o de tu hija, parecería que todo el tiempo estás a prueba, que todo el tiempo tienes que probar que puedes con ese paquete, y que lo que va pasando con tu hijo o no, se vuelve el parámetro de esa capacidad, y entonces si tuviste un buen hijo, entonces fuiste una buena mamá, si tu hijo no es tan bueno, entonces eres mala, digo, creo que es muy frecuente en la maternidad [...] De pronto creo que se vuelve un trabajo, digo, en un trabajo a lo mejor el ascenso, o la bonificación, se vuelve como un parámetro de qué tan bien lo estás haciendo, pero que acá tu vida se vuelca en los hijos, entonces esos son los parámetros del éxito, y la dificultad es que no haya otra parte.*

En otras palabras, el que un hijo tenga éxito en la vida socialmente es sinónimo de que *la madre* ha hecho un *buen* trabajo porque esto significa que la vida de la madre giró en torno

al hijo (como en el segundo momento de la vida maternal de Lorena). Sin embargo, ahora que se encuentra en otro momento, Lorena dice que no se siente “culpable” de hacer las cosas que le gustan; al contrario, sabe que es la excepción a la regla, que “muchas mujeres” se esconden para hacerlo porque significa que están dejando de ser “buenas mamás”. No obstante, Lorena se “esconde” de su familia de origen, pues dice que si su madre se enterara de cómo se relaciona actualmente con su hijo, la “sacaría de la familia”, así que prefiere no decirle porque no lo “entendería”.

### *Significados construidos*

En la narración de Lorena pueden observarse diversas ideas subyacentes. En primer lugar, está la idea de que una mujer *sola* con su hijo es sinónimo de fracaso, ya que dicha situación obedece a la incapacidad de la mujer para *retener* a un hombre, lo que conlleva un sinnúmero de dificultades. En cuanto a la infidelidad, la conducta del hombre infiel se justifica a través de la conducta de la mujer, pues ésta *hizo o dejó de hacer* para resultar engañada. En esta situación, el *deber* de la mujer es perdonar al hombre, incluso como una forma de reparar la supuesta falta que ha tenido con él. De esta manera, el *deber* de la mujer es sostener al esposo y, por consiguiente, a la estructura familiar biparental.

En el relato de Lorena subyace la idea de que el hijo de una mujer separada está condenado al fracaso, atribuyéndole a aquélla todos los males que puedan derivarse de dicha situación. En este escenario, la ausencia del padre por “culpa” de la madre (es decir, la estructura familiar monoparental) es la causa de los problemas que los hijos puedan presentar.

Para una mujer, estar *sola* con su hijo implica consecuencias sociales, económicas, laborales, profesionales y personales. La mujer no puede tener un desarrollo profesional o laboral propio porque *debe* estar al cuidado de aquél, lo que repercute en su economía y en la calidad de la vivienda que puede costear. Sin embargo, la mujer conserva el deber de proveer y satisfacer las necesidades materiales de su descendencia.

Lo anterior conduce a la idea de que la mujer debe estar incondicionalmente a disposición de sus hijos. Es su deber renunciar a sus deseos y a sí misma para enfocarse en las necesidades de aquéllos, pues de no hacerlo es considerada una *mala madre*. La sociedad evalúa a las mujeres en función del éxito o fracaso de los hijos; en éstos se refleja hasta qué punto la madre fue abnegada o no en su cuidado. Esto describe el imaginario social de la madre mexicana como una mujer que se sacrifica por los hijos. En este escenario, el matrimonio es sinónimo de libertad coartada, es decir, es un compromiso en el que los cónyuges se vuelven uno solo y se pierde la individualidad y la autonomía. Finalmente, existe un pensamiento de que tener o pertenecer a una familia nuclear vuelve funcionales tanto a las mujeres como a sus hijos.

...

En el análisis contextual de los relatos de las participantes se ha dado cuenta del contexto en el que aquéllas han narrado sus experiencias de vida. De igual forma, el análisis temático elaborado con base en las respuestas proporcionadas por las participantes provee información y datos importantes para cada uno de sus casos individuales, a pesar de lo cual es posible identificar pensamientos e ideas comunes. Con base en lo anterior, es posible apreciar cómo el contexto intersubjetivo y las estructuras sociales e institucionales dan forma e influyen en la narración y en las experiencias de las participantes.

Por medio del análisis temático, es posible identificar los temas a los que las participantes otorgan mayor importancia (pues son particularmente ricos en experiencias), ya que estructuran su identidad y subjetividad sostenidos por una serie de significados construidos que van cambiando conforme transcurren las distintas etapas de su vida, generando también cambios en su forma de pensar.

## Capítulo 6. Discusión y conclusiones

El objetivo general de esta investigación ha sido conocer la narrativa de mujeres al frente de un hogar sin la presencia de un varón, analizando para ello sus relatos desde una perspectiva construccionista, procurando comprender el sentido y significado que las mujeres le dan a su vida y desentrañando las construcciones sociales en torno a la monoparentalidad femenina.

En el transcurso de esta investigación ha sido importante conocer las cuatro historias que las participantes compartieron y abordarlas desde sus particularidades. Al escuchar a las mujeres durante las entrevistas y posteriormente leer sus historias, observé ideas compartidas sobre *la familia* tradicional, es decir, la estructura nuclear biparental heterosexual con descendencia. En la práctica, este discurso hegemónico normaliza prácticas sociales, por ejemplo, el cómo debe ser una familia.

A pesar de sus diferencias, las mujeres que entrevisté comparten una realidad, pues viven en una estructura familiar diferente a la normalizada en la práctica social. Por consiguiente, existe una disonancia entre el discurso sobre la familia socializada y la realidad en que viven. Ante ello, cabe preguntarse ¿cómo acomodan esos discursos en su realidad?, ¿cuál es la forma armónica de convivir con una realidad que se vuelve discrepante? Las respuestas a estas preguntas son importantes porque dan cuenta de las prácticas en las que viven estas mujeres y permiten comprender que, a pesar de las particularidades de cada una de sus historias, existen elementos comunes. Si bien estas ideas sobre lo que viven las mujeres no son nuevas, lo que demuestra la investigación es que esta búsqueda de la familia, construida socialmente, continúa a través de los discursos y es sustentada por una serie de prácticas sociales.



En los relatos de las entrevistadas, la figura masculina (como pareja y como padre) se encuentra ausente física, económica y emocionalmente. Aunque estos hombres no aparecen como modelos o ejemplos a seguir, su presencia es añorada o requerida en determinadas circunstancias; la figura masculina es buscada, anhelando la existencia de un padre presente “sólo a medias”, con poca responsabilidad reproductiva y afectiva. De nueva cuenta, esto lleva a preguntarme ¿qué es lo que se busca de esta figura masculina?, ¿es esta fantasía una imagen idealizada que se persigue a costa de la salud emocional de las propias madres solteras y de su descendencia? Esta fantasía de una *familia* nuclear biparental es la que condujo a tres de las participantes a permanecer en relaciones con sus parejas, tratando de sostener dichas relaciones a pesar de la falta de involucramiento de los hombres (o de la violencia que sufrían). Como pudo observarse, dicha fantasía se quebrantó en distintos momentos de sus vidas, lo que las llevó a tomar la decisión de terminar la relación (en el caso de una de ellas, la fantasía de una figura masculina se quedó sólo en eso, en una idea que no se materializó pese a todos sus esfuerzos, por lo que en su lugar optó por recurrir a la fecundación *in vitro*).

La forma de pensar de las participantes no se halla estática, suspendida en el tiempo. Con base en sus relatos, observé que sus ideas y deseos cambian de acuerdo con las distintas etapas de sus vidas. Cuando sus hijos eran pequeños, aquéllas estaban enfocadas principalmente en su cuidado. Esta disposición disminuyó poco a poco conforme sus hijos iban creciendo, periodo en el que su atención y deseos pasaron a enfocarse gradualmente en la búsqueda de una pareja. Considero que este cambio puede obedecer a que, al crecer, sus hijos demandan menos cuidados y atención, lo que a su vez incide en una mayor disponibilidad de tiempo para buscar satisfacer las propias necesidades afectivas y sexuales.

En un principio, estas mujeres no habían elegido estar solas. Su deseo original era vivir en pareja y formar familias con sus respectivos hombres (incluso Centli lo intentó, aunque finalmente optó por la fertilización *in vitro*). Sin embargo, sus parejas optaron por ausentarse física, económica y emocionalmente. A su vez, esto influyó en la decisión de las participantes para alejarse y poner fin a sus respectivas relaciones.

Con base en los testimonios de las participantes, es aparente que la postura de sus respectivas parejas en torno a la reproducción es que ésta se trata de una cuestión que compete exclusivamente a la mujer. En un primer momento, las narrativas de las participantes hablan de abandono, de violencia y de falta de responsabilidad, sin embargo, hacia el final pasan a relatar su reivindicación como mujeres fuertes que se han sobrepuesto a la infidelidad, a la violencia y al abandono.

El abordaje de estas narrativas por medio del construccionismo me permitió comprender el significado que las participantes le dan a sus experiencias de vida, significado que ha ido cambiando a través del tiempo. Asimismo, me permitió conocer su subjetividad a través de cómo ellas se sitúan en el discurso y lo que cuentan de sí mismas con base en símbolos compartidos como la familia, la maternidad o el ser mujer.

Como base de la discusión que aquí presento, realicé dos análisis, uno contextual y otro temático. Desde lo general hasta lo particular de cada una de las historias de las participantes, por momentos sus experiencias se entrelazan y coinciden en cómo significan su vida. Sin embargo, en otros momentos las narrativas son distintas, así como los significados que les dan a los hechos.

Los hallazgos de esta investigación cuestionan los resultados de otros estudios, sobre todo de aquellos basados en la idea de la familia como *funcional*. Desde esta perspectiva, considero que obtuve una visión amplia del fenómeno *monoparental*, mismo que en esencia es más complejo que la *simple* ausencia paterna. Entrevistar a las participantes me permitió escuchar, leer y mirar las narrativas de las mujeres que compartieron sus historias y significados, abriendo con ello la posibilidad a nuevos diálogos y nuevas miradas.

### ***Análisis contextual***

Al abordar la historia de cada mujer por medio de relatos, resultó imposible describirlas sin tomar en cuenta las estructuras sociohistóricas, culturales y económicas que las cruzan, es decir, el análisis contextual. Al tener acceso a la información de viva voz de las mujeres, me encontré con descripciones diferentes a lo citado en investigaciones previas. Las mujeres entrevistadas se situaron como protagonistas de su propia historia, por lo que no pretendo hacer generalizaciones sino reflexionar en las particularidades de cada experiencia. No obstante, en los cuatro relatos hay elementos compartidos que, al contextualizarlos, se sitúan en un momento histórico, social y cultural.

La interpretación del contexto es siempre selectiva. En el análisis de las cuatro narraciones se observa cómo la exploración sistemática, basada en los tres niveles del contexto, da cuenta de una comprensión de las historias. Para mayor claridad analítica, menciono los tres elementos del análisis contextual como partes separadas y distintas, cuando, en realidad se interrelacionan y los límites entre ellos pueden ser difusos.

En la primera historia, el conocimiento del contexto intersubjetivo permitió apreciar cómo, a partir de diferentes hechos, Centli presenta su vida por facetas, revelando su origen a partir de las diferentes familias a las que ha pertenecido: la biológica, la adoptiva y “la comunidad”. En el campo social, como una segunda esfera del contexto, se vuelve evidente cómo el Estado y sus leyes, la propiedad de la tierra y las reglas internas de una comunidad constituyeron elementos importantes en la dirección de su vida.

En el relato de Centli, la propiedad de la tierra es un elemento fundamental. A principios del siglo XX, la mayoría de la población mexicana vivía en zonas rurales, por lo que el acceso a la tierra definía sus condiciones de vida (Cárdenas, 1987; Haber, 1993; Bortz y Águila, 2014) (a finales del siglo XX y principios del XXI, éste es todavía motivo de conflicto en las zonas rurales del norte de país). Durante el siglo pasado, la economía del país experimentó cambios relacionados con la industrialización; no obstante, en la actualidad algunos de estos cambios obedecen a razones como el narcotráfico, factor relacionado con la violencia que se vive en todo el país y que ha generado también desapariciones forzadas de personas (INFOBAE, 2022). Lo anterior ha derivado a su vez en la orfandad de incontables niños, convirtiéndose así en una causal de la monoparentalidad.

La metanarrativa está atravesada por pensamientos subyacentes como la búsqueda de pertenencia a través de la familia. ¿Podemos hablar de que ésta es una necesidad socialmente construida a partir de las experiencias previas? En caso de que la respuesta a esta pregunta sea afirmativa, cabe preguntarse, ¿una mujer dejaría de tener agencia porque su decisión está basada en algo socialmente construido? Esto nos habla de una narrativa cultural de la naturalización de la maternidad, de estar en y hacer una familia y de lo que significa en una

sociedad como la mexicana (sociedad en la que formar una familia es la norma o lo esperado socialmente) ser una mujer de determinada edad sin pareja y sin hijos.

De igual forma, en esta metanarrativa se cruzan vertientes como el racismo y clasismo hacia mujeres que no tienen dinero o bien que son cuestionadas por su aspecto físico, es decir, subyace la discriminación hacia la mujer que desea reproducirse y que físicamente no encaja con el estereotipo de una mujer con “clase” o dinero. Centli piensa que las personas que le informaron sobre la inseminación la consideraron como una mujer que no podía tener acceso a la elección de la maternidad por ese medio, ya que ni siquiera pagando el monto correspondiente habría podido elegir el “esperma extranjero”, solo el “esperma nacional”. Aparentemente, el primero no está ni debe estar al alcance de mujeres con sus “características”, pues se encuentra reservado para aquellas que sí cubren ciertas expectativas sociales, culturales y económicas. Lo anterior es muestra de discriminación no sólo por cuestiones de género, sino también por motivos de clase, fenotipo, poder adquisitivo y color de piel.

En la historia de Angy, es posible observar cómo a nivel intersubjetivo la condición socioeconómica es un factor relacionado con la condición de ser *madre soltera*. ¿Cuál es la correlación entre ambas? Investigaciones conducidas por órganos como ONUMUJERES (2017) establecen que entre mayor es el índice de pobreza también es mayor la vulnerabilidad social. En México, la deserción escolar está particularmente relacionada con la pobreza y la vulnerabilidad social, conllevando su vez mayores dificultades económicas. En esta correlación también interviene el género, pues se ha visto que las mujeres engrosan las estadísticas de pobreza.

En estas metanarrativas se observa la intersección entre la familia, la ley y la religión. ¿Cuál es la relación entre estas tres? México es un país con instituciones fuertemente arraigadas. En el aspecto social, se institucionaliza la familia (no sin tensiones) a partir de la ley y la religión, pues la primera permite la disolución del vínculo matrimonial pero la segunda no. En la tradición judeocristiana, la familia lo es todo, lo que se hace extensivo a la psicología de mujeres e hijos, permeando así el pensamiento del matrimonio para toda la vida (pues el matrimonio otorga una posición social privilegiada a la mujer casada). Bajo esta premisa, ¿qué consecuencias tendría una separación para la mujer y sus hijos? En primer lugar, se considera que una separación va en contra del orden establecido y devendría en hijos “problemáticos”, ya que existe un deber ser en familia y se cree que cada elemento tiene una función socialmente establecida en el desarrollo psicológico y emocional de los hijos e hijas normalizando las identidades de las personas, por lo que la ausencia de algún elemento (el padre o la madre) causaría disfunciones en los hijos.

Con respecto a la historia de María, el plano intersubjetivo permite entrever la relación entre el embarazo con la unión de la pareja, es decir, el establecimiento de una relación a partir de un embarazo no planeado. Desde el punto de vista del campo social, cabría enmarcar el papel de la institución familiar con valores decisivos para la vida en pareja como la unión, el bienestar y desarrollo emocional de los hijos. Las metanarrativas observadas están en función, sobre todo, de la maternidad. A partir de ésta, los sueños o anhelos quedan pausados para priorizar el rol materno a partir de tareas de entrega, cuidado y abnegación. De nueva cuenta, se hace referencia al papel naturalizado en la mujer, es decir, antes de ser madre, una mujer puede *soñar* y *desear* cosas diferentes al matrimonio y la maternidad misma. Sin embargo, desde el momento en que se embaraza, lo haya planeado o

no, la mujer es conceptuada de forma diferente, pues la libertad y la autonomía de las que había disfrutado deben dar paso a la formación de una familia.

Por último, la historia de Lorena (a diferencia de la de María) comienza refiriéndose a su hijo como un elemento que cambió su vida a partir de que se enteró del embarazo, pues dicha noticia rompió sus esquemas sobre la relación de pareja y la maternidad. Es importante señalar que aunque Lorena fue adoptada no eligió empezar a narrar su historia a partir de ese hecho, sino que lo introdujo más adelante como un elemento para explicar la difícil situación que viven las mujeres en la maternidad, con o sin pareja.

Por lo que respecta al campo social, se entretajan la familia *tradicional* y sus valores como elementos que marcaron las elecciones que Lorena tomó en su vida. ¿Qué se entiende por familia tradicional? El significado de este concepto ha cambiado con el tiempo y el contexto. En siglos pasados, aquél pudo referirse a la familia extensa, que por mucho tiempo tuvo mayor presencia en el país y aún es posible encontrar con frecuencia en el ámbito rural. Por otro lado, la familia tradicional urbana puede referirse a la familia nuclear biparental heterosexual. Éste es un pensamiento común en las cuatro narrativas de las participantes. De igual forma, las cuatro coinciden en que han decidido romper con esas prácticas y expectativas sociales de sus respectivas familias de origen, lo cual ha tenido consecuencias para ellas por vivir de “manera diferente”.

En las metanarrativas culturales se observa cómo la familia y la educación son valores preponderantes dentro de la sociedad. Constantemente se está en busca de esta idea de familia tradicional heterosexual, unida por el amor y generadora de hijos, como ente que genera bienestar psicológico y emocional a las personas. Por consiguiente, la separación de la relación desvaloriza a la mujer y a sus hijos. Cabe señalar que, en al menos uno de los

relatos de las participantes, es posible redimir esta desvalorización por medio de la formación escolar para reivindicarse y “ganarse” el respeto social.

Las cuatro historias analizadas en esta investigación parecen ser diferentes en sus detalles, pues fueron relatadas en diferentes contextos intersubjetivos e integradas en diferentes campos sociales (edad, condiciones socioeconómicas y familiares). Sin embargo, cuando se leen estas historias a través del contexto metanarrativo es posible identificar elementos comunes. Después del periodo industrial, se vivieron transformaciones sociales evidentes en el país, sin embargo, las mujeres seguían confinadas a la esfera doméstica. Actualmente, en el siglo XXI, muchas mujeres no sólo continúan a cargo del cuidado del hogar, pues a estas labores se han sumado el trabajo asalariado y el aporte de ingresos económicos que, en ocasiones, recae exclusivamente en ellas.

La familia continúa siendo una institución inserta en la sociedad como el lugar esperado y deseado para la mujer. La idea es que esta configuración contribuye al funcionamiento del sistema social y es fuente de bienestar emocional para los hijos, ya que en la medida en que se cumplan con estas condiciones, las familias criarán hijos funcionales o “normales”.

No obstante lo anterior, puede observarse un incremento en el número de hogares con jefatura femenina, lo que constituye un proceso de cambio y transformación para las mujeres. De acuerdo con la OECD (2022), el 13.1% de las mujeres entre 64 y 66 años tiene un grado universitario, frente al 25.7% de aquéllas entre 25 y 34 años. Sin embargo, estos índices de desarrollo son desiguales en la población femenina. Esto confirma lo establecido por investigaciones en torno a que el desarrollo y las posibilidades de crecimiento son mayores para mujeres escolarizadas y con mejores posibilidades económicas (Arriagada, 2002). El no



contar con estos elementos tiende a volver a las mujeres más dependientes de sus parejas o exparejas, lo que a su vez las hace más susceptibles de sufrir violencia doméstica.

De igual forma, estos datos revelan las diferencias generacionales en cómo se manejan las separaciones de pareja. Por ejemplo, por cuestiones de edad, Angy se encuentra entre la población con menor escolaridad, por lo que enfrentó la separación, en primer lugar, con negatividad (debido al factor económico) y teniendo en mente el pensamiento del matrimonio “para toda la vida”. Esta historia se repitió en el caso de la madre biológica de Lorena, quien había vivido en la pobreza, razón por la que dio en adopción a sus hijas, observándose así la misma cuestión de vulnerabilidad. Lo anterior contrasta con los casos de las otras tres participantes, cuya mayor escolaridad les brindó mejores posibilidades de autonomía económica.

A pesar de estas diferencias intergeneracionales, escolares y económicas, no parece haber desacuerdo en las participantes en lo tocante a la sumisión de las labores del cuidado y la crianza. Por el contrario, asumen éstas de manera *casi* automática y *natural*, enfatizando su deseo de cuidar de sus hijos cuando éstos son pequeños. Sin embargo, la situación cambia cuando su descendencia empieza a crecer; entonces comienzan a sentirse más empoderadas, con libertad para enfocarse en otras actividades. Considero que este comportamiento obedece a ideas preconcebidas sobre el género, ideas que empujan a las mujeres a asumir en lo inmediato el cuidado materno y suspender del todo las actividades fuera de éste. Es casi como si la mujer pudiera hacer “otras” cosas (pensar en sí misma, planear a futuro) mientras llega la maternidad, pero una vez que se vuelve madre socialmente se asume que, por naturaleza, es la encargada del cuidado de sus hijos y solo puede retomar sus “otros” planes o actividades cuando haya concluido su función principal, es decir, cuando los hijos han crecido.

Las narraciones de las participantes se encuentran atravesadas por el papel de la familia nuclear y la búsqueda del bienestar psicológico de la descendencia. Por ello, ubicar sus historias como madres solteras sin la presencia de padre biológico en estos contextos sirvió para resaltar la conducta de agencia e independencia en el mundo de cada una de ellas.

Entre los elementos fundamentales que recupero con esta investigación se encuentra la forma en que las participantes se posicionan como “madres solteras” y se definen a partir de dicho término. En este sentido, es importante señalar cómo el significado de dicho concepto es diferente para cada una de ellas. Por un lado, para Lorena el significado de ser madre soltera está en función de su economía. ¿Significa esto que la condición que ella asume para sí misma depende de la cooperación económica de su expareja? Por su parte, Angy respondería de forma negativa a esa pregunta. Como puede verse, el asumirse o no como *madres solteras* involucra sentimientos encontrados, como culpa y vergüenza, porque ser madre soltera evidencia el *fracaso social* de la mujer en “conservar” a su hombre a su lado. Frente a esta percepción social, una forma de reivindicarse (presente en varias de las participantes) es conducirse discursivamente “con orgullo”.

Las familias nucleares de las participantes se explican como una normalización dentro del contexto sociocultural, al vivir en una sociedad en la que, aparentemente, lo normal para una familia es contar con la presencia del padre y la madre. Al crecer en un contexto como el descrito, pese a las situaciones negativas que vivieron con sus respectivas familias de origen, las participantes desean estar “dentro” de la normatividad porque es lo que se espera de ellas por ser mujeres. Fueron educadas para pensar de esa manera; para ellas, encontrarse fuera de la normalidad implica ir contracorriente. La subjetividad de la mujer como ser

productor de vida les otorga a las madres un lugar sagrado y de respeto que, paradójicamente, sólo se valida o valora con la presencia del hombre-padre de los hijos.

Las participantes no sólo comparten el papel de “madres solteras”, también comparten experiencias similares, formas de significar su vida y estructurar sus relatos. Los relatos de estas mujeres (cada uno con sus respectivas particularidades) relacionan su vida presente con las experiencias pasadas más significativas. En estas historias se observa cómo convergen diversas fuerzas sociales: el género como control social de la mujer o la mujer como sujeto que busca *zafarse* de esas prácticas normativas manteniendo al mismo tiempo creencias ideológicas basadas en el modelo ideal de familia nuclear. Este último punto puede conducir en ocasiones a ambivalencia en la vida familiar, por ejemplo, cuando la presencia del padre idealizado en algunos miembros de la familia (padre ausente física y emocionalmente) fuerza la educación de los hijos en función de dicho ideal. Porque, después de todo, parece que para la mujer el vivir en familia continúa siendo un valor importante y aquélla sigue siendo un espacio de realización personal.

De acuerdo con el relato de las participantes, vivir en familia no es una práctica valorada por los hombres con quienes se relacionaron; al contrario, parece tratarse más de un *asunto femenino*. Por otro lado, lo que sí parece corresponder al “papel del hombre” es el uso del poder y el ejercicio del control a través de la violencia y el abandono. Las parejas de las participantes asumieron que éstas serían las encargadas de mantener la relación familiar, la crianza y el cuidado de la descendencia en común. Si estos hombres han naturalizado el rol de la mujer como cuidadora primaria, cabe preguntarse ¿cómo asumen que ellas podrán desempeñar dicho rol? ¿qué sucede con estos hombres con poca o escasa responsabilidad reproductiva y afectiva? ¿cómo impacta la conducta de estos hombres en la subjetividad de

sus exparejas? ¿cómo causan problemas estas discrepancias en los conceptos de familia que tienen las participantes? Una de las principales consecuencias es el cuestionamiento social de la identidad y valía de estas mujeres, ya que se les caracteriza como “culpables” de la falta de responsabilidad de los hombres.

Por otro lado, entre las participantes se encuentran dos mujeres que fueron adoptadas y para quienes la maternidad ha sido un eje principal en sus vidas, abocándose por completo a esa función. Angy fue huérfana de madre cuando era adolescente, hecho que la ha marcado: ahora que sus hijos ya son adultos, continúa con su labor de maternaje, cuidándolos como si fueran infantes que la responsabilizan de la separación con el padre. Por su parte, María creció con su padre y madre, quienes aún permanecen juntos, por lo que valora la independencia para sí y para su hija. Por ello, la metanarrativa de la maternidad, es decir, de la mujer como madre, no fue su objetivo en la vida; sin embargo, cuando se dio accidentalmente, se abocó completamente a dicha función.

Como se ha observado, el análisis contextual permite abordar las historias de las participantes en sus ejes principales, mostrando cómo las mujeres están inmersas en metanarrativas culturales similares a pesar de tener trayectorias de vida diferentes. Lo anterior también es muestra de que las mujeres nos encontramos inmersas en situaciones estructurales de mayor envergadura y a las que, como veremos a continuación, también otorgamos significados distintos.

### *Análisis temático*

Es importante señalar que los relatos y las historias pueden ser objeto de múltiples miradas y producir un sinfín de significados tomando en cuenta la interpretación de quien investiga. Por ello, cada lectura de las narrativas puede arrojar nueva información, nuevas interpretaciones y nuevos significados, lo que da cuenta de que la identidad de quien narra también cambia, pues no es estática, es relacional.

Desde este punto de vista, en la narrativa de las mujeres que compartieron su historia observé tres temas importantes: la familia, la pareja y el ser mujer, tomando en cuenta que los individuos están contruidos en un contexto social y relacional que va normando la conducta e identidad, ayudándole a aquéllos a darle significado a determinados hechos.

#### *La familia*

Las ideas sobre la familia nuclear (en un contexto norteamericano) fueron propuestas el siglo pasado por Talcott Parsons, con aquélla como una unidad de roles de género estereotipados en la que la mujer es la cuidadora y el hombre el proveedor. Aunque estas ideas parecen anticuadas hoy día, es de notarse la forma en que han permeado la visión normativa en las personas, quienes dirigen su conducta hacia un modo de vida que parece incuestionable. Sin embargo, la realidad que vive gran parte de la sociedad mexicana difiere del concepto de familia descrito por Parsons. El hombre no cumple estrictamente con su “función” de proveedor y la mujer no solo ya no está confinada al hogar, también se ve obligada a fungir como proveedora y cuidadora. La mujer ha asumido el rol que, de acuerdo con la propuesta de Parsons, le corresponde al hombre y que permanece solo en el imaginario. Lo anterior

demuestra que las fuerzas estructurales y culturales empujan a la mujer a perseguir prácticas y creencias ideológicas del modelo familiar nuclear (Nelson, 2006; Sarkisian, 2006).

El otorgar significados a estos hechos es lo que se llama *significados contruidos*. Por ejemplo, en torno al concepto de “la familia”. Como hemos observado, en las narrativas se observan diferentes significados con respecto a la *familia*. Sin embargo, estos no son significados opuestos o contrarios, sino diferentes modos de entender dicho concepto, de acuerdo con el contexto y la época en la que se vive. De esta manera, en primer lugar se encuentra una idea de la familia relacionada con los conceptos de lucha y unión.

De acuerdo con el relato y la descripción de Centli, a *la familia* se le cuida, respeta y provee. El primer referente que se tiene sobre la familia se basa en lo *tradicional*, es decir, una familia que cumple con ciertos roles establecidos socialmente y basados en dos personas heterosexuales (el padre y la madre) acompañados de sus respectivos hijos (este pensamiento lo comparten las cuatro participantes). De igual forma, una familia debe cumplir funciones de cuidado y apoyo basadas en el sexo de los progenitores, es decir, con el hombre como proveedor y la mujer como cuidadora. Por ello, la presencia del padre y la madre en la familia es esencial, porque cumple una función de apoyo mutuo y en beneficio de los hijos e hijas. En contraste, se considera que ante la ausencia de uno de los progenitores surgen diversas problemáticas en los hijos.

Por otro lado, las cuatro participantes comparten la idea de que en una familia se valoran ciertas características de la mujer como la feminidad y la virginidad o el actuar con recato y de acuerdo con los valores familiares, aunque ellas mismas no necesariamente acepten esos valores. Lo anterior genera una tensión entre los discursos familiares sobre el deber ser femenino y lo que conformó la vida y experiencias de las participantes.

Existe la creencia de que el objetivo de vida de una mujer, como realización personal y social, es contraer matrimonio y tener hijos. De acuerdo con esta tradición, la familia es el lugar en el que se cuidan tanto a los hijos como a la pareja. Este cuidado recae principalmente en la mujer. Por ello, la familia se entiende como una necesidad de pertenencia y posesión de algo propio y como una forma de perpetuar la descendencia. En síntesis, la familia es percibida como un ente aparte integrado por el padre, la madre y los hijos, ente que funciona con base en el desempeño de roles estereotipados y que se encuentra rodeado por un conjunto de valores que son compartidos por todos los miembros que integran el grupo familiar. Desde esta perspectiva, sólo se considera familia a aquélla que está conformada de forma nuclear.

Para Angy y María, la función de la familia también consiste en brindar apoyo en momentos de crisis, pues con su ayuda se puede hacer frente a todos los problemas. La familia también es vista como una estructura cuyo funcionamiento requiere la coordinación de todos sus elementos constitutivos. Con base en estas premisas, cabe preguntarse ¿qué implica para los miembros de una familia que ésta carezca de una estructura nuclear? De acuerdo con los relatos de las participantes, dicha carencia implica connotaciones negativas de pobreza y abandono.

De manera concreta, Angy experimentó esto con su familia de origen. La muerte de su madre la llevó a abandonar la escuela, lo que a su vez condujo a su precarización laboral. Por su parte, la madre biológica de Lorena vivió en un estado de vulnerabilidad y pobreza, teniendo que dar en adopción a sus hijas. Esta correlación confirma lo establecido por investigaciones anteriores que señalan que la pobreza afecta más a la mujer por su condición de género, e incluso todavía más a las madres que se quedan a cargo de sus hijos, situación

que se agrava cuando existen condiciones de marginalidad e inestabilidad familiar y no se cuenta con redes de apoyo (Ochoa, 2007).

Es importante señalar que en tres de los cuatro casos estudiados, las participantes con alto grado de escolaridad (maestría) dejaron en segundo plano sus anhelos personales y profesionales cuando se convirtieron en madres. En sus familias de origen, los objetivos principales de vida habían sido el matrimonio y tener descendencia. Sin embargo, el acceso a la escolaridad y los estudios propiciaron cambios en la idea de realización personal de estas mujeres (aunque finalmente la realidad impuso condiciones diferentes cuando aquéllas se enfrentaron con el cuidado de sus hijos sin el apoyo de sus respectivas parejas). Algunas de estas mujeres decidieron o tuvieron la oportunidad de volver a perseguir sus anhelos profesionales solo cuando sus hijos se hicieron mayores.

Es interesante resaltar que tres de las mujeres eran separadas. En estos tres casos, mientras vivieron con su expareja “perdonaron” o excusaron diversas situaciones, por ejemplo, el que sus parejas no cooperaran con la educación, la economía y el cuidado de los menores (ambos asumiendo de manera implícita que dicho rol les correspondía exclusivamente a ellas). Dos de estas mujeres relatan que podían “disculpar” la falta de involucramiento del hombre en tareas domésticas pero no podían pasar por alto una infidelidad o violencia física. Por ello, cuando se encontraron en dichas situaciones, decidieron separarse de sus parejas.

En el contexto de los relatos de las participantes, la maternidad significa aguantar, cuidar, priorizar a otros, abstraerse en el cuidado de los hijos, pasar por alto sus propias necesidades e ignorar el cansancio porque la maternidad *es* un estado deseado y natural de las mujeres. Desde esta perspectiva, las mujeres que deciden tener hijos asumen que dejan



de existir para sí mismas y pasan a significar su existencia *a partir del otro*. Por otro lado, las mujeres que deciden interrumpir un matrimonio (unión que se considera consagrada y “para toda la vida”) se tildan de desobedientes. Al respecto, aún persisten actitudes de antipatía hacia las mujeres por parte de quienes las rodean por romper las normas idealizadas sobre el matrimonio y la maternidad. Ser desobediente conlleva sanción y estigma social, pérdida de redes de apoyo, vida y vínculos sociales. De igual forma, conlleva vivir la separación con sentimientos de culpa, proyectando éstos en los hijos de manera que desarrollan conductas autodestructivas. En este contexto, se reafirma la culpa y se cree que fue una equivocación propia no haber “aguantado” al padre, explicando la conducta autodestructiva de los hijos por la ausencia de aquél y no por las emociones con las que se vive la separación.

Entender el papel de la madre al interior de una familia supone guiar, cuidar, educar y proveer a los hijos. El cuidado abarca tanto lo físico como lo emocional, por lo que ejercer el maternaje sin el apoyo del padre hace que estas labores se multipliquen. De esta manera, la familia se convierte en un elemento que no sólo mantiene ideas preconcebidas sobre el género, sino que también salvaguarda la subjetividad de la mujer como dadora de vida y cuidadora de la prole. Aquí, la diferencia biológica entre los sexos aparece como la justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre ambos.

La familia de origen se vuelve un elemento fundamental en la socialización de sus miembros. Como fenómeno social, aquélla está constituida por una gama de prácticas y convenciones sociales diferentes que trascienden a sus miembros (Berger y Luckmann, 1966): tener y estar en una familia se considera un privilegio, un beneficio simbólico de la normalidad (Bourdieu, 1997). Por ello, tener una familia era un objetivo personal de las cuatro participantes, aunque sus experiencias las condujeron a tomar otras decisiones.

En resumen, los discursos con los que se socializa a las mujeres se refieren a que la familia es fundamental para existir como personas. Las mujeres han entendido que para realizarse como “personas” es necesario perseguir la idea de “hacer” una familia. La presión social, sobre todo de la familia de origen, juega como agente moldeador de discursos en conflicto con los pensamientos de las propias mujeres, discursos a los que en ocasiones aquéllas terminan por sujetarse, por ejemplo, al posponer o dejar de lado los planes que tenían para sí mismas.

Las relaciones sociales se concretan en el discurso caracterizándolo, reglamentándolo y simbolizándolo. La familia es una relación social que, básicamente a partir del discurso, ha establecido la normatividad de la familia nuclear mediante la búsqueda engañosa de una fantasía con la que se educa a las mujeres desde pequeñas, es decir, aquella idea de la familia que vive “feliz para siempre”, idea que ignora las vicisitudes de una cotidianidad que se encuentra plagada de micromachismos (Bonino, 2004). No obstante, existe una brecha entre el discurso social normalizador de que la “familia lo es todo” y una realidad en la que se vive la violencia doméstica como testigos y como víctimas.

Como apunta Bourdieu (1997), nada parece más natural que la familia: esta construcción social arbitraria que se sitúa, lo mismo que el ser mujer u hombre, del lado de lo natural y lo universal, que se afianza a partir de los discursos y narrativas de las personas. Sin embargo, como institución construida socialmente para responder a demandas externas y a diferencias de género, la familia propicia y estimula la reproducción de estos sistemas de sexo/género; como tecnología de género, la familia sujeta a las mujeres (pero no a los hombres) como responsables de la salud mental de sus hijos (Lauretis, 2000).

### *La pareja*

La pareja se encuentra estrechamente relacionada con el tema de la familia. Tres de las participantes basaron sus respectivas relaciones en romances que empezaron en la adolescencia, derivaron en uniones de pareja y terminaron en infidelidades y violencia. En estas historias se construyó una relación basada en un enamoramiento *adolescente*, en el que predomina la fantasía del amor romántico y todo se hace “en nombre del amor”. En este contexto, subyace la idea de que para estar juntos la única opción es el matrimonio, comprendido éste como una vía hacia la felicidad y el respaldo institucional de la esposa frente a *otras* mujeres y posibles amantes.

Las narrativas de las participantes, hechas de historias cotidianas, bosquejan constantemente una idea doble del amor: por un lado, un amor que se fue, que no existió en la forma en que se anhelaba; por el otro, la fantasía de la llegada de un nuevo amor. En estas expresiones se denota la capacidad de una misma persona para narrarse en diferentes formas, pues diferentes entramados pueden tener connotaciones distintas y los significados que les atribuimos a los hechos pueden cambiar con el tiempo. Por ejemplo, para tres de las participantes el padre de sus hijos fue su “primer” o “gran” amor, pero la idea del amor que tenían entonces es diferente de la que tienen actualmente.

El significado que subyace acerca de la *pareja* la define como aquella otra persona que sostiene y acompaña. La importancia de la unión radica en la formación de una familia que mantendrá unida a la pareja para toda la vida. La función de la pareja en la familia es esencial para el apoyo y la crianza de los hijos. Por ello, la ruptura de la relación rompe con los esquemas, las creencias, los ideales y la autoestima de la mujer y pone en peligro el futuro de los hijos.

En las participantes aún puede observarse la búsqueda de la felicidad a partir de ideales como el amor. Esta búsqueda se lleva a cabo por medio de la educación y la socialización como fuentes de enseñanza acerca de cómo somos o debemos ser los hombres y las mujeres, incluso aún después de pasar por experiencias en las que se enfrentaron al resquebrajamiento de aquellos ideales. En este sentido, incluso en el relato de Centli (que concibió a su hijo por medio de fecundación *in vitro*) persiste la idea de que llegará la persona indicada para ella y le ayudará en el cuidado de su hijo.

De entre la diversidad de formas de amor socialmente construidas, las participantes conciben al amor como una *fusión* con otra persona, lo cual se relaciona con el ideal de amor romántico, manifestado a través de las ideas de cuidado, atención y abnegación (Giddens, 1992). Desde esta perspectiva, se ve a la otra persona como propiedad. De esta manera se manifiesta en los relatos de dos de las mujeres casadas (Angy y Lorena). En estos ejemplos se observa cómo, en tanto no se disuelva la unión legal, persiste el pensamiento de posesión del cónyuge, lo que da “derecho” (sobre todo al hombre) de tratar de manipular e influir (con frecuencia, por medio de los hijos) en la conducta de la mujer. Por otro lado, un significado similar puede observarse en torno al dinero y los recursos económicos como medios de control de la expareja.

En algunos sectores sociales persiste la idea (común en el siglo pasado) acerca del matrimonio como un medio de adquirir reputación y un lugar en la vida social, así como seguridad económica y familiar. A este respecto, si bien la familia ya no está controlada por la Iglesia católica, en cierto sentido lo sigue estando bajo determinadas creencias o expectativas sociales. De igual forma, persiste la idea del matrimonio como unión orientada

a la crianza de los hijos, unión cuyo mantenimiento y responsabilidad recae casi exclusivamente en la mujer.

En la construcción de los significados interviene una red de narrativas entrecruzadas, entre las que se encuentra la educación escolar. Por un lado, se halla la idea de la familia como unión, pero también se encuentra la idea de que, si una relación no *funciona* entonces se *termina*, idea creada a partir de la educación y de los planes profesionales a futuro.

De igual forma, es posible observar el fenómeno por el que se concibe a las mujeres sin pareja pero con hijos como “blanco fácil” de pretensiones amorosas con el argumento de que “están necesitadas” o “sexualmente disponibles” porque están “solas” (incluso disponibles para ser “la otra” mujer con quien se engaña a la cónyuge).

Asimismo, nos encontramos con el pensamiento de que el hombre busca a otra mujer porque aparentemente “algo le falta” a su esposa. En torno a este tema, se presentan dos formas de ver un mismo hecho. Por una parte, Angy y Lorena, las mujeres cuyos maridos les fueron infieles, cargaron con la idea de que *algo hicieron o dejaron de hacer* para que sus parejas buscaran a alguien más. Lo anterior conlleva la idea de que cuando el hombre busca a otra mujer además de su esposa, la responsable es esta última. Por otro lado, se encuentra el caso de María, quien mantiene una relación con un hombre casado. María considera su situación como “ventajosa” en comparación con la esposa de su pareja, pues vive “de novia”, sin la responsabilidad de *involucrarse* en las interacciones que implica un matrimonio, sobre todo de aquéllas concernientes a la *atención* del marido, por lo que María considera que le “toca” la parte “bonita” de la relación. Ante estas situaciones, cabe preguntarse, ¿qué nos dicen estos hechos acerca de *estas* mujeres? ¿cuál es el papel de las mujeres como esposas o como las *otras*? Pareciera ser que las mujeres, en una u otra situación, tienen que satisfacer

al hombre, *ganarse* el amor y el afecto, con la idea subyacente de que satisfacer sus propias necesidades afectivas, sexuales y emocionales está en función de qué tanto se esfuercen en satisfacer las necesidades sus parejas. Aunado a lo anterior, se encuentra la idea de que, socialmente, la mujer continúa siendo la responsable de las decisiones del marido, además de ser la encargada de decidir permanecer en una relación o terminarla.

Existen estructuras como la familia de origen o extensa, la religión, el sistema educativo y agentes sociales (jueces, sistema de salud, etc.) que fungen como presión social en la conducta de las mujeres. Aún cuando éstas pueden reflexionar en torno a las situaciones que viven, aquellas estructuras las hacen cuestionarse repetidamente acerca de si ellas tuvieron o no la culpa de la separación o si hicieron o no lo suficiente para mantener a “su familia unida”. Puede afirmarse que la culpa social se ha definido como revictimización, es decir, se trata de la culpabilización ejercida por parte de la sociedad o bien de la creencia popular de que debe haber provocación por parte de la persona maltratada que condujo al maltrato (Escudero, Polo, López y Aguilar, 2005). De esta manera, no sólo se reafirma la idea de la mujer como “insuficiente” en sus acciones, sino también su papel como provocadora y “merecedora” de abuso.

En términos de la tipificación de los tipos de violencia, la psicológica (en contraste con la violencia física) es de las más sutiles, por lo que resulta complicado identificarla (Hirigoyen, 2006). Sin embargo, la violencia psicológica se encuentra entre las experiencias que aparecieron repetidamente en los relatos de las participantes; de una u otra manera, todas la habían sufrido.

La dificultad para detectar la violencia psicológica radica en que el límite es impreciso y los umbrales son diferentes y subjetivos. Un mismo acto puede adoptar significados

distintos según el contexto en el que se inscriba y un mismo comportamiento será percibido como abusivo por unos pero no por otros. Cuando las participantes lograron identificar la violencia fue porque se cruzaron sus umbrales y el malestar era mayor. Las reacciones principales que experimentaron Lorena, María y Angy fueron depresión, ansiedad, impacto a su autoestima e incluso duda de sí mismas y de la realidad que estaban viviendo. Por su parte, Centli experimentó dificultad para entablar otra relación o compromiso.

Como parte del proceso de ruptura con la idea del amor romántico es preciso enfrentarse a una realidad que choca con los pensamientos y deseos. Para las participantes, romper el vínculo con sus respectivas parejas fue difícil porque con ello también dejaban de lado las fantasías de la normalización de una vida, la idealización de una familia y la pertenencia a algo y a alguien. Todo ello implicó quedarse sin la base que las sostenía y empezar “de nuevo”, solas, en una sociedad para la que la familia “lo es todo”. Terminar sus relaciones conllevó recoger los pedazos de su vida y reestructurarla y acomodarla con la de sus hijos e hijas. Esta decisión fue todavía más difícil de tomar para aquellas mujeres que dependían económicamente de sus parejas porque resulta más sencillo enfrentar una separación cuando la mujer es autosuficiente o cuenta con otros respaldos económicos.

Después de estas rupturas, cada una de las participantes (de acuerdo con su propia subjetividad) llevó a cabo un “recuento de daños” para recordar y atar cabos sueltos, proceso que les sirvió para dar coherencia y significado a su relato. De alguna manera, la experiencia de la violencia sufrida ha influido en sus situaciones sentimentales actuales en las que se les ha dificultado volver a mantener una relación de pareja. Las participantes que sí lo han logrado (después de varios años de terminada la relación) fueron Lorena y María (esta última con un hombre casado).

### *Mujer en un hogar sin la presencia del varón*

Como último tema, se presentó el de la “mujer en un hogar sin la presencia del varón”. Esto conlleva la idea general de que, para ser una familia (por lo menos, socialmente hablando) necesariamente se requiere la presencia de un hombre. Ante esta idea, ¿qué implica ser una madre sin pareja en la sociedad mexicana? Por un lado, implica tener que demostrar su valía y que no necesariamente se tienen carencias en la vida sexual (porque las madres solteras son vistas como mujeres “de fácil acceso”). Sin embargo, tener otra pareja (o varias) inmediatamente se relaciona con la idea de promiscuidad en la mujer, desvalorizando así la imagen de “madre”.

Ser una mujer con un hijo sin padre significa perder el honor y el respeto e implica vivir como una mujer “abandonada” o fracasada”; estas ideas se encuentran fuertemente arraigadas en las familias de origen y en la sociedad o contexto en el que estas mujeres han crecido (García, 2004). Ser percibidas de esta manera involucra el cuidado de su imagen ante sus hijos y el resto de la sociedad; implica compaginar su vida con la idea de que una madre debe consagrarse al cuidado de los hijos; conlleva tener que reivindicarse a través de una conducta intachable, anteponiendo dicha reivindicación a sus necesidades como “mujer”. Se considera que estas mujeres son ante todo madres, por lo que (como mujeres) quedan “anuladas” como seres con necesidades diferentes a las de la maternidad. Los discursos sociales se vuelven una presión constante para ellas, pues se sienten observadas, vigiladas y evaluadas en sus acciones y en las de sus hijos.

Para algunas de estas mujeres (Lorena y Centli), la educación es una forma de reivindicarse por la supuesta “transgresión” cometida al estar “solas” con sus hijos. Por su parte, el nivel educativo de María le ha permitido hacerse cargo de su hija además de erigirse



en un medio para mejorar su estatus y capacidad económica. Por ello, las narrativas de estas mujeres también son muestra de que la independencia económica les otorga autonomía en sus decisiones.

El papel de las mujeres en la familia y en la sociedad ha cambiado. Anteriormente, las mujeres permanecían en una relación de pareja “por el bien” de sus hijos, sin embargo, ahora deciden separarse. No obstante, con la separación ocurre una serie de desavenencias y reproches sociales hacia la mujer por quedarse “sola” con sus hijos. Por otra parte, las madres solteras también deben demostrar que, además de ser madres dedicadas, sus hijos no son “desviados sociales”, porque aquéllos son considerados como criterios de evaluación social respecto a qué tan bien o mal los están educando sus madres. Esta es la razón de que las madres solteras “deban” priorizar la educación de su descendencia por encima de su propio desarrollo personal o profesional.

Este tipo de presiones conllevan cargas de tipo emocional, social, económico e incluso sexual. El vivir en una sociedad en la que las mujeres deben cubrir ciertas tareas (desde las reproductivas hasta las sociales) tiene un costo para aquéllas que trasgreden dichas normas, por ejemplo, cómo enfrentar los calificativos de “fracasadas” o “abandonadas”.

Para una mujer, estar “sola” con sus hijos tiene implicaciones sociales, económicas, laborales, profesionales y personales; aquélla no puede tener un desarrollo personal o profesional propio (lo que repercute negativamente en su economía) porque “debe” cuidar de sus hijos. Paradójicamente, la mujer tiene el deber de proveer a sus hijos y satisfacer sus necesidades materiales porque (así se cree) parte del deber de la mujer consiste en renunciar a sí misma y a sus deseos para enfocarse en cuidar de su descendencia; de no hacerlo, “se le considera una “mala madre”. Ante dichas preconcepciones, cabe preguntarse ¿cómo

consigue una mujer cubrir las encomiendas económicas, laborales, de cuidado, de salud y de vivienda que conlleva tener una familia? ¿cómo puede una mujer tener “buenos resultados” en la evaluación del cuidado que provee a su descendencia? Estas son interrogantes que corresponden a la presión social que las participantes han enfrentado.

Por otro lado, algunas de estas mujeres consideran que ser madres solteras tiene ciertas ventajas porque parten de la premisa de que estar en pareja implica renunciar a una parte suya para atender al cónyuge. Por ello, al encontrarse solteras, pueden invertir su tiempo en ellas mismas o en sus hijos, además de no tener que “rendir cuentas” de su conducta a ninguna otra persona. Con esa finalidad, algunas han optado buscar a un hombre que satisfaga sus necesidades afectivas y sexuales sin tener que involucrarse en una relación que, de acuerdo con ellas, implicaría proveer atención y cuidado a la pareja. Desde esta perspectiva, persiste la idea del matrimonio como sinónimo de libertad coartada, es decir, como un compromiso en el que se pierden la individualidad y autonomía (al permanecer solteras, tienen mayor poder de decisión en sus hogares y sobre sí mismas).

Las mujeres no sólo “deben” cuidar su imagen, también deben cuidar la del padre de sus hijos. Lo anterior se refiere a que para estas mujeres es importante no hablar mal del padre o de su falta de responsabilidad frente a aquéllos (no obstante su palpable ausencia). En esta conducta se reproduce el rol de género de la mujer como cuidadora de *todos*, lo que incluye no menoscabar la imagen del padre ausente. Entre otras cosas, esto refuerza la desigualdad entre los sexos y el papel subordinado de la mujer en el cuidado y bienestar del otro, al tiempo que persiste la presencia psicológica del padre, figura para quien las madres mantienen reservados ciertos derechos y privilegios.

Pese a las presiones y los discursos sociales dominantes, estas mujeres han luchado por crear nuevos discursos acerca de sí mismas. Han decidido no verse como “fracasadas”, optando en su lugar por considerarse como mujeres fuertes y autosuficientes que han sacado adelante a sus hijos, estructurando sus luchas personales siempre en función de su maternidad. En este proceso de reestructuración intervienen elementos como la agencia (Sen, 1997) y el empoderamiento (Kabeer, 2006; Sen, 1997), es decir, como agentes sociales, estas mujeres dependen de sí mismas y toman sus propias decisiones, grandes y pequeñas.

En el caso de Centli, su decisión de ser madre involucró someterse a un proceso de fertilización *in vitro*. Pese a su agencia en la elección de ser madre, su necesidad de pertenencia a una estructura familiar estaba presente. Centli decidió ser madre soltera como una forma de realizarse como persona porque valoraba el pertenecer a una familia y tener “algo propio”, es decir, una “familia” con o sin pareja. De cierta manera, para Centli “lo femenino” se expresa al existir como mujer a partir de la maternidad (mediante el cuidado de otro). En este caso, independientemente de cómo el género se antepone en las elecciones, la agencia implica la toma de decisiones como sujeto.

La construcción de nuevos significados respecto a la idea de la pareja implicó agencia en los pensamientos de las propias participantes, así como el rompimiento de vínculos simbólicos que repercuten en la libertad de agencia. En este sentido, Sen (1985, 1999) señala que factores como la obtención de ingresos propios, el trabajo remunerado fuera de casa, la educación y los derechos de propiedad contribuyen a reforzar la voz y la agencia de las mujeres a través de su independencia y del aumento de su poder. Sin embargo, parece que para que las mujeres se empoderen y obtengan esta independencia de pensamiento deben

aprender a sobrellevar los discursos dominantes que las encasillan en lo “femenino”, entendido esto último como el papel de una mujer pasiva, dependiente y débil.

La independencia de pensamiento y el empoderamiento de las mujeres son factores que intervienen en los cambios económicos y sociales de una sociedad (Sen, 1985, 1999). Aquéllos implican el cuestionamiento y la ruptura de los roles de género, así como de los estereotipos sobre el “cómo se debe” ser mujer, madre, padre y hombre. No obstante, como señala Hirschmann (2003), en el contexto sociopolítico y cultural se encuentran instituciones, prácticas y valores que crean imágenes y discursos hegemónicos bajo cuya influencia los individuos se constituyen, siendo empujados hacia dichas ideas y formas de ser y de pensar. Por un lado, éstas pueden influir en los individuos y, por el otro, aquéllos poseen capacidades de agencia y elección, por lo que coexisten múltiples contextos en los que las personas se pueden identificar y participar en un proceso de co-construcción. En este proceso, un elemento básico es la reflexión respecto de sus vidas y el cuestionamiento de los discursos dominantes (White y Epton, 1993).

Estos discursos sociales dominantes, supuestos culturales, leyes y prácticas en los que nos encontramos inmersos son los que permiten o limitan la acción colectiva que lleva al empoderamiento de los grupos sociales (Zabala, 2010). En este sentido, en torno a los conceptos de mujer, madre y familia es posible hablar de dos discursos, uno hegemónico y otro contrahegemónico (y las propias mujeres escogen entre uno y otro). Las cuatro mujeres que participaron en esta investigación enfrentaron la dificultad de crecer con un discurso familiar que las encasilla, sin embargo, sus experiencias de vida familiar (haber terminado sus relaciones de pareja, sus vivencias como jefas de familias monoparentales) las han llevado a confrontar los discursos sociales dominantes sobre el ser mujer, resignificando y

generando nuevos discursos en torno a sus propias experiencias de vida. Esa es su agencia y empoderamiento.

### **Reflexiones finales**

Al momento de escribir estas líneas, escucho (en un contexto diferente al de las entrevistas que realicé para esta investigación) la frase “me duele que se haya ido, porque no quiero ser madre soltera”. Estas palabras me recuerdan el origen de mi curiosidad por investigar el fenómeno de las familias monoparentales con jefatura femenina.

Ser “madre soltera”. En pleno siglo XXI, ¿qué significa eso para la mujer sentada frente a mí? Para responder a esta pregunta, evoco a las mujeres que mucho tiempo atrás compartieron conmigo su historia. Recuerdo mi dificultad para nombrarlas, la dificultad social para visibilizarlas. Sin embargo, las mujeres que entrevisté se llamaban a sí mismas madres solteras. Dos de ellas lo dijeron con orgullo, denotando fuerza o quizá deseando que yo las viera así, como mujeres empoderadas que tomaron una decisión difícil. Eran mujeres fuertes que han salido adelante, pese a las adversidades que conllevó la separación.

Cada relato, actual y pasado, me remite a mi propia historia, a las historias de mi madre y abuela: la maternidad elegida u obligada, en solitario o acompañadas (o en un acompañamiento a medias). No importa la condición, parece que para las mujeres la maternidad es una condición difícil de vivir, de compaginar con la vida laboral y social e incluso con la propia pareja, conllevando cambios en la identidad de las mujeres que la experimentamos.

A través de las narrativas de Centli, Angy, María y Lorena pude acercarme a lo que es vivir como madre a cargo de hijos sin la presencia del padre y observar cómo ha sido su proceso dinámico desde sus inicios, cargado de sentimientos encontrados, dilemas y culpas. Asimismo, pude escuchar cómo ha sido para ellas vivir entre las expectativas personales y familiares y la realidad o la práctica.

Lo que aprendí de los relatos de las participantes es que las mujeres nos encontramos rodeadas de estructuras que atraviesan la individualidad y funcionan como camisas de fuerza, jalándonos como la gravedad o empujándonos hacia creencias que, por mucho que luchemos, el contexto termina por imponernos. La influencia de estas estructuras puede generar culpa en las mujeres o colocarlas en situaciones en las que parece que no se puede aspirar a algo mejor (mejor pareja, mejores condiciones económicas), como si en la sociedad no hubiera cabida para las mujeres que se salen de la norma. Paradójicamente, en el caso de las madres solteras, estas circunstancias no son elegidas por las mujeres, pues son el resultado de la falta de responsabilidad afectiva y reproductiva de sus parejas en tanto éstas han decidido no involucrarse en el cuidado de los hijos.

Luego de varios años de haber escuchado los relatos de las participantes en torno a lo que significaba para ellas la maternidad como renuncia a sus planes y sueños, empecé a comprender esta idea. Durante años, había pensado en lo fácil que debe ser para una mujer separarse si su relación no funciona como ella desea o anhela. Sin embargo, solamente después de experimentar la maternidad pude entender lo que querían decir las participantes cuando describían el deseo de permanecer con sus parejas por el bien de sus hijos (a pesar incluso de la falta de responsabilidad de los padres); su sentir en torno a este tema revelaba mucho de lo que las impulsaba a añorar tener una familiar nuclear.

En un intento por dar con una explicación más profunda de por qué las mujeres buscan psicológicamente la imagen del padre e insisten en sostenerla, reparé en la idea de que históricamente las mujeres somos educadas bajo el sistema patriarcal (que incluye conceptos como el amor romántico o el amor como intercambio social). En un principio, esta explicación parecía dar cuenta de una parte de la historia de las participantes, sin embargo, parece insuficiente para explicar su conducta.

Al momento de realizar las entrevistas, aún no tenía la experiencia de vida para imaginar lo que la maternidad puede hacer sentir a una mujer. Cuando María me contó que tenía planes a futuro (estudiar, viajar) que se vieron truncados al saber de su embarazo, pensé “¿por qué no abortaste?” porque me resultaba incomprensible que una joven estudiante de maestría, residente de un estado progresista y a favor del aborto no contemplara esa posibilidad. Al escucharla relatar cómo su experiencia la fue sumiendo en una depresión que la consumía, yo no lograba comprender su decisión.

En el relato de Centli encontré otro ejemplo que ilustraba mi incapacidad para imaginar el significado de la maternidad. Centli describió el camino que recorrió para poder ser madre, camino que involucró costo económico, malestar físico, desarraigo y desaprobación social. Ante su historia, pensé “¿para qué hiciste todo eso?”. Después de todo, Centli es una mujer con estudios universitarios de posgrado, entonces, ¿por qué complicarse la vida de esa manera? (por entonces mi razonamiento era que el grado académico nos brinda a las mujeres una visión más amplia de la vida y nos da mayor libertad de acción, de elección y de pensamiento). No obstante, desde mi perspectiva actual, la maternidad evoca otros sentimientos, pero en ese momento sólo podía sentir empatía hacia los sentimientos que evocaba en Centli el recuerdo de su decisión y su experiencia de vida.

El dilema de las mujeres que entrevisté nacía de un conjunto de prácticas aprendidas que, al quebrantarse, les generaban sufrimiento y sentimientos encontrados, creando a su vez un conflicto de significados que le es transmitido a sus hijos. En este sentido, el problema de significado lo encuentro en la práctica, no en la teoría: cómo vivir con las propias creencias sin ser desobediente socialmente.

Luego de transcurridos varios años, entendí de manera diferente las historias y las narraciones que las participantes compartieron conmigo acerca de desear o no la maternidad, así como sus sentimientos contrapuestos no expresados, su soledad, su frustración y su renuncia. Comprendí que, al momento de las entrevistas, mi capacidad para interpretar sus narrativas era limitada.

Mi experiencia de la maternidad empezó con el nacimiento de mi primera hija. Estaba obstinada en que podría continuar con mi ritmo de vida de estudiante de doctorado y dedicarme a ello con el mismo ímpetu y energía. Creía que la maternidad no me cambiaría y que yo no renunciaría a *mi vida*. Sin embargo, con cada día que pasaba empecé a sentirme diferente. Primero apareció el cansancio y luego la frustración de no poder leer o escribir: un ser demandaba mi atención, la cuestión biológica me *llamaba*. Hasta entonces, había creído que éste era un asunto meramente cultural, socialmente construido, aprendido e impuesto a nosotras *las mujeres*. Pero ahora, ¿dónde quedaban esas ideas? Continué hasta que la propia inercia de *mi nueva maternidad* hizo que pausara. Mi prioridad cambió, tal como sucedió con las mujeres que había entrevistado. Experimenté nuevos sentimientos, aquellos descritos por María, Lorena y Centli. En mi visión *sólo* alcanzaba a ver a mi *pequeña* familia.

A principios de 2019, el mundo vivió una crisis de salud. Yo misma vivía mi propia crisis. Y en medio de esas complicadas condiciones nació mi segunda hija. A diferencia de mi primer embarazo, mis sentimientos y emociones fueron otros. No había frustración,



presión o cansancio. Me sentía en una ensoñación, lo que llaman felicidad, *amor*. Pese al miedo que podía sentirse en el exterior, fuera de casa, yo sentía que flotaba en el mundo. Me dediqué a vivir la maternidad, *cómoda*, satisfecha. Entendí lo que las mujeres que entrevisté años atrás sentían por sus hijos: el sentido de la vida, la felicidad y el pensamiento de una *es* para ellos. Y ese sentimiento tan poderoso nos lleva a buscar la *felicidad* y el *bienestar*. Así se tolera, se acepta, y se disculpa con el objetivo de ofrecerles *una familia completa* porque sólo buscamos que sean felices y depositamos esa felicidad en dicha idea. Por ello, la ausencia del padre la vemos como rechazo hacia nuestras hijas e hijos.

Hoy día, como terapeuta, acompaño a mujeres que se encuentran en estos dilemas teóricos y prácticos. No existe un camino correcto. Hay deseos, sueños, anhelos y miedos. Hay mujeres que sueñan con el amor y con la familia y hay mujeres que anhelan a la pareja que decidió no involucrarse. Hay mujeres que temen a la soledad, que tienen miedo a perder al hombre imperfecto en la realidad, perfecto en la fantasía.

Para algunas de las mujeres que entrevisté, la maternidad es la realización de lo que se espera de ellas como mujeres; aunque lo “ideal” es que la maternidad se ejerza en compañía de la pareja, sus expectativas no se cumplieron. El hecho de observarlas y escucharlas antes de ser madre yo misma despertó mi curiosidad. Entonces sentí admiración por su determinación, frustración por sus decisiones, incompreensión por las cosas que habían aceptado. Ahora, leer sus relatos después de haber sido madre mueve mi comprensión; me conmueve la soledad en la que tuvieron que pasar experiencias difíciles, experiencias que yo misma viví en mi maternidad pero acompañada de mi pareja, lo que hizo la carga menos pesada, menos solitaria, menos dolorosa. De igual forma, aprendí que la maternidad es un

cúmulo de emociones contradictorias y que a las mujeres (pero no a los hombres) se nos entrena social y culturalmente para afrontarlo.

La reproducción biológica es un asunto de dos. Hacerse cargo de los hijos sin la presencia de la pareja, no es fácil ni emocional ni económicamente y es todavía más complicado cuando no se cuenta con recursos económicos o estabilidad material y emocional.

Me observo como investigadora desde dos escenarios. El primero corresponde a mi búsqueda y aproximación intencional a cada participante, invitándolas a compartir conmigo sus historias, generando saberes relacionales y un mayor entendimiento sobre la monoparentalidad femenina. El segundo escenario corresponde a mi profesión como terapeuta familiar, en el que las mujeres son las que se aproximan conmigo para compartir sus experiencias, generando también (desde otro contexto) múltiples saberes y desmontando los prejuicios que se tienen contra las mujeres y les otorgan significados a sus identidades.

Desde una perspectiva construccionista, con esta investigación fue posible visibilizar factores a nivel contextual que se hacen presentes (a través de prácticas del lenguaje) en cómo se designan las experiencias de las madres solteras. Lo anterior no implica negar las dificultades que las mujeres viven al estar a cargo de su descendencia, al contrario, muestra que la sociedad no está organizada para que las mujeres sean madres, mucho menos para que lo sean sin la presencia del padre.

Con base en lo anterior, se observa la necesidad de formular propuestas para la agenda pública que incluyan nuevas formas de mirar la maternidad, por ejemplo, más y mejores opciones para las mujeres que desempeñan la “jornada triple” (familia, tareas domésticas y

empleo). Por otra parte, es preciso y urgente poner el reflector en los padres ausentes por medio de la educación incluyente.

La conducción de esta investigación me permitió escuchar la voz de madres solteras, conocer sus experiencias y explorar sus identidades desde una visión positiva, lo que a su vez les permitió a aquéllas reconocer en sí mismas un mayor sentido de agencia y concebirse a partir de otras definiciones. En síntesis, la investigación aporta a mi campo de conocimiento sugiriendo las siguientes acciones:

- En la psicología clínica, particularmente en la terapia familiar, es preciso enfatizar la perspectiva de género para el acompañamiento de las mujeres.
- En la psicología persisten ideas basadas en una visión funcionalista. Es necesario replantear la idea de la funcionalidad-disfuncionalidad como normalidad en el estudio y elaboración del diagnóstico de niños y niñas para romper con prácticas que sólo reproducen vulnerabilidad en quienes se encuentran en situaciones diferentes.
- En el trabajo con mujeres es necesaria una visión más amplia, que enfatice su agencia y rompa con los estereotipos y prejuicios con los que se les nombra y define.
- Cuestionar los prejuicios y estereotipos de género desde campos como la rama médica, escolar y laboral, donde se palpan y se vuelven verdades a partir de la estructura familiar de mujeres, niños y niñas.
- Recalcar la importancia de realizar trabajo con hombres para desmontar la masculinidad patriarcal, reemplazando ésta por una idea de padres presentes y hombres conscientes.
- La familia es universal pero presenta configuraciones diversas. Es importante realizar trabajos con instituciones en los que se aborde la inclusión y se nombren estas diferencias en las estructuras, de manera que se normalicen y abonen a las políticas públicas sociales.

- Es importante deconstruir las categorías negativas atribuidas a las familias monoparentales femeninas y crear nuevos conceptos que ayuden al desenvolvimiento de los miembros que las integran.
- Es preciso conducir estudios desde la otra mirada, es decir, desde la masculina, la de los padres ausentes (paradójicamente, presentes) en las narrativas de las madres solteras.
- Es necesario conducir estudios acerca del fenómeno de la monoparentalidad masculina en México.

...

El marco teórico que sustentó este trabajo también refleja mi postura ante las narrativas de las participantes, es decir, mi papel como persona que indaga, como persona que investiga. Por otro lado, mi género, mis condiciones socioculturales y mi propia subjetividad pudieron ser, a su vez, una limitante u obstáculo para reflejar y comprender fielmente los pensamientos y las reflexiones de las participantes. Pese a que durante las entrevistas se suscitaron diversos sentimientos y emociones, es difícil que las transcripciones transmitan dicha emotividad. Lo que he pretendido con esta investigación es ahondar en sus historias a través de las narrativas, procurando comprender lo que las participantes expresaban para conocer mejor los significados que han construido sobre la familia y el proceso que vivieron en dicha construcción. Lo anterior me condujo a reflexionar acerca de la investigación desde mi propio concepto de familia monoparental, considerando para ello las diferentes rutas o caminos que las participantes han seguido para llegar a dicha estructura. Las palabras no sólo definen a los individuos, también conducen su comportamiento y definen el trato que reciben socialmente.

El objetivo de esta tesis no contemplaba abordar el tema de la maternidad, sin embargo, aquél era una constante en las narrativas de las mujeres entrevistadas, tanto en las que reporté aquí como en aquellas que quedaron en el tintero. Lo anterior me resulta interesante porque la *maternidad* no era mi interés original. En principio, buscaba comprender por qué algunas mujeres permanecen en relaciones en las que sufren violencia a pesar de contar con recursos económicos, profesionales o escolares (a este respecto, encontré que los hijos y su bienestar constituyen la razón principal por la que las mujeres no se separan de parejas violentas). En este sentido, mi interés en torno a las familias monoparentales con jefatura femenina surgió con anterioridad a mi experiencia en la maternidad, por lo que no me cabe duda de que los ojos con los que miraba las narrativas e historias de las participantes no son los mismos después de mi maternidad. Había pasado de cuestionar el por qué aquéllas continuaban en ciertas prácticas o dinámicas a mirar desde la comprensión más allá de sentires individuales, comprendiendo el sentir de los hijos que demandan presencia, atención y amor. Lo anterior me condujo a cuestionarme sobre lo que sucede con la mujer en la maternidad, siendo ésta un conjunto de experiencias por las que el hombre no atraviesa.

## Referencias

- Acosta, F. (2001). Jefatura de hogar femenina y bienestar familiar en Monterrey. *Frontera norte*. Vol.13, número especial 2, pp. 197-242.
- Acosta, F. (2003). La familia en los estudios de población en América Latina: estado del conocimiento y necesidades de investigación. *Papeles de Población*, vol. 9, núm. 37, julio-septiembre.
- Ahn, H. (2015). Economic well-being of low-income single mother families following welfare reform in the USA. *International Journal of Social Welfare*. 24, pp. 14-26.
- Alba, Francisco (1977). *La población de México: evolución y dilemas*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Alonso, L. E. (1995). Sujeto y discurso: el lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa. En J. M. Delgado, y J. Gutiérrez. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*. Madrid: Síntesis.
- Álvarez-Gayou, (2003). *Cómo hacer investigación cualitativa. Fundamentos y metodología*. México: Paidós.
- Anderson, M. (1998). *Aproximaciones a la historia de la familia occidental, 1500-1914*. México: Siglo XXI.
- Añon, V. (2009). Subjetividad. En Mónica Szurmuk y Robert Mckee (Coords.), *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*. Siglo XXI: México, pp. 260-265.
- Ariza, M. y Oliveira, O. (2001). Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición. *Papeles de POBLACIÓN*. No. 28. Pp. 10-39.
- Arriagada, I. (2000). ¿Nuevas familias para un nuevo siglo? *Paidéia*, 10 (18), 28-39.
- Arriagada, I. (2002). Revista de la CEPAL. Cambios y desigualdad en las familias latinoamericanas. Número.77. pp. 143-161.
- Arriagada, I. (2004). Transformaciones sociales y demográficas de las familias latinoamericanas. *Papeles de Población*, vol. 10, núm. 40, abril-junio, 2004, pp. 71-95. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Arriagada, I. (2007). Familias latinoamericanas: cambiantes, diversas y desiguales. *Papeles de población*, vol. 13, núm. 53, julio-septiembre, pp. 9-22.
- Arriagada, I. (2010). Familias sin futuro o futuro de las familias. En Susana Lerner y Lucía Melgar (Coord.). *Familias en el siglo XXI: realidades diversas y políticas públicas*. México, Distrito Federal: COLMEX, UNAM Y PUEG.
- Avilés Hernández, M. (2013). Origen de concepto de monoparentalidad. Un ejercicio de contextualización sociohistórica. *Papers*. 98/2, pp. 263-285.
- Bárceñas Barajas, K. (2012). Las familias mexicanas: de la institución al movimiento. Trayectorias, significados e imaginarios en la configuración de la diversidad familiar. *Sociedade e Cultura*, vol. 15, núm. 2, julio-diciembre, 2012, pp. 263-274.

- Universidade Federal de Goiás Goiania, Brasil.  
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70325252003>. Fecha de recuperación 16 de junio del 2022.
- Barrón, L. S. (2002). Familias monoparentales: un ejercicio de clarificación conceptual y sociológica. *Revista de Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 40, 13-30. Recuperado en [http://ibdigital.uib.es/greenstone/collect/portal\\_social/archives/mtas0086.dir/mtas0086.pdf](http://ibdigital.uib.es/greenstone/collect/portal_social/archives/mtas0086.dir/mtas0086.pdf)
- Bateson, G. (1985). *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*. Buenos Aires: Editorial LOHLÉ-LUMEN.
- Beach, Copeland D., y Lee Harbaugh, B. (2010). Psychosocial differences related to parenting infants among single and married mothers. *Issues in comprehensive Pediatric Nursing*. 33, pp. 129-148.
- Beck-Gernsheim, E. [2000 (2003)]. *La reinención de la familia: en busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona: Paidós.
- Bel Bravo, Ma. A. (2000). *La familia en la historia. Propuestas para su estudio desde la "nueva" historia cultural*. Ediciones encuentro, S. A. Madrid.
- Berger, P. L. y Luckmann, T. (1966). *La construcción social de la realidad*. Argentina: Amorrortu.
- Bestard-Camps, J. (1991). La familia: entre la antropología y la historia. *Papers*, 36. Pp. 79-91.
- Blank, R. M. (2007). Improving the safety net for single mothers who face serious barriers to work. *The future of children*. Vol. 17, No. 2, pp. 183-197.
- Bolívar, A. y Fernández, M. (2001). *La investigación biográfico-narrativo en educación*. Madrid: Editorial La Muralla.
- Bonino, L. (2004). Los micromachismos. *La cibeles*. No. 2. Noviembre.
- Bortz Jeffrey y Águila Marcos (2014). *Ganarse la vida día a día: Una historia de los estudios sobre el salario real en México durante el siglo XX*. Noviembre 2014. Pp. 359.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Braun, V. & Clarke, V. (2006). Using thematic analysis in Psychology. *Qualitative Research in Psychology*. 3: pp. 77-101.
- Brígida García y Rojas, Olga L. (2002). *Papeles de la población*. Cambios en la formación y disolución de las uniones en América Latina. No.32. pp. 11-30
- Bruner, J. (1991). The narrative construction of reality. *Critical Inquiry*. 18. Autum. University of Chicago. Pp. 1-20.
- Bruner, J. (1995). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza psicología minor.

- Bruner, J. (2004). Life as narrative. *Social Research*. Vol. 71, No. 3, otoño 2004. Pp. 691-710.
- Burín, M. y Meler, I. (1998). *Género y familia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (1998). Actos performativos y constitución de género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate feminista*. Año 9, vol. 8, pp. 296-314.
- Cabruja, T. y Lupicínio Iñiguez, F. (2000). Cómo construimos el mundo: relativismo, espacios de relación y narratividad. *Análisis*. 25. Pp. 61-94.
- Cárdenas, Enrique (1987). *La industrialización mexicana durante la gran depresión*. México: Colegio de México.
- Carlos Martínez, E., Valdés Cuervo, Á. y Ochoa Alcántar, J. (2012). Características emocionales y conductuales de hijos de padres casados y divorciados. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, vol. 12, no. 1, pp.117-134. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80212393007>
- Carrasco, P. (1982). Estructura familiar en Tepoztlán en el siglo XVI (1964). *Nueva Antropología*, vol. V, núm. 18, enero, pp. 1271-54. México: Asociación Nueva Antropología A.C.
- Casique, I. (2012). Vulnerabilidad a la violencia doméstica. Una propuesta de indicadores para su medición. En. *Realidad, datos y espacio revista internacional de estadística y geografía*. Vol. 3 Núm. 2 mayo-agosto.
- Castañeda Valdez, A. (2006). Salir al quite: Hogares de jefatura femenina en las evaluaciones cualitativas de Oportunidades. En M. González de la Rocha. *Procesos domésticos y vulnerabilidad. Perspectivas antropológicas de los hogares con Oportunidades*. México: Publicaciones de la casa chata: pp. 45-85.
- Castells, Manuel (2001). *La era de la información. El poder de la identidad*. Vol. II. México: Siglo XXI.
- Castro Martín, T., Cortina, C., Martín García, T. y Pardo, I. (2011). Maternidad sin matrimonio en América Latina: Análisis comparativo a partir de datos censales. CEPAL. *Notas de población*. Año XXXVII. No. 93. Pp. 37-76. Santiago de Chile.
- CEPAL, (2019). Tendencias recientes de la población de América Latina y el Caribe. En [https://www.cepal.org/sites/default/files/static/files/dia\\_mundial\\_de\\_la\\_poblacion\\_2019.pdf](https://www.cepal.org/sites/default/files/static/files/dia_mundial_de_la_poblacion_2019.pdf). Fecha de recuperación 24 de mayo de 2022.
- Cerrutti, M. y Binstock, B. (2009). Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública. CEPAL. *Series políticas Sociales*. No. 147. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Chant, S. (1997). Las unidades domésticas encabezadas por mujeres en México y Costa Rica: Perspectivas populares y globales sobre las madres sin pareja. En González de la Rocha, Mercedes (Coord.). *Divergencias del modelo tradicional: Hogares de jefatura femenina en América Latina*. México: CIESAS, Plaza y Valdés. pp. 97-124.



- Christopher, K., England, P., Smeeding, T. and Phillips, K. (2002). "The Gender Gap in Poverty in Modern Nations: Single Motherhood, the Market, and the State." *Sociological Perspectives* 45(3): 219–42.
- Cicchelli-Pugeault, C. y Cicchelli, V. (1999). *Las teorías sociológicas de la familia*. Argentina: Ediciones Nueva Visión SAIC.
- Cicerchia, R. y Bestard, J. (2006). ¡Todavía una historia de la familia! Encrucijadas e itinerarios en los estudios sobre las formas familiares. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*. Vol. 4, N.º 1.
- Coffey, A. (1996). *Making sense of qualitative data: complementary research strategies*. London: Sage publications, Inc.
- Conde, R. (1983). Tendencias de cambio en la estructura familia. *Revista española de investigaciones sociológicas*. 21, pp. 33-60.
- Cook, K. E. (2013). Social support in single parents' Transition from welfare to work: Analysis of qualitative findings. *International Journal of Social Welfare*. 21, pp. 338-350.
- De la Torre, Renée (2014). El estudio de la religión en México enmarcado en el campo intelectual y el campo del poder. *Sociedad y Religión: Sociología, Antropología e Historia de la Religión en el Cono Sur*, XXIV (42),67-91. [fecha de Consulta 1 de Julio de 2022]. ISSN: 0326-9795. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=387239045004>
- Denzin, N. (2001). The reflexive interview and a performative social science. *Qualitative Research*. Vol. 1 No. 1; 23-46
- Denzin, N. K. (2017). Los discursos emancipatorios y la ética y la política de la interpretación. En Denzin y Lincoln (Comps.). En Manual de investigación cualitativa. Vol. V. El arte y la práctica de la interpretación, la evaluación y la presentación. Gedisa: Barcelona. Pp. 79-127.
- Denzin, Norman K. & Lincoln, Yvonna S. (2005). The Sage Handbook of Qualitative Research. Third Edition. Thousand Oaks: Sage Publications, Inc. *Introduction. The Discipline and Practice of Qualitative Research*. Pp. 1-13.
- Denzin, Norman K. & Lincoln, Yvonna S. (2017) (Comps.). Manual de investigación cualitativa. Vol. V. El arte y la práctica de la interpretación, la evaluación y la presentación. Gedisa: Barcelona.
- Denzin, Norman K. (1989). *Interpretive Biography*. Newbury Park, CA: Sage.
- Díaz Gómez, Á. y González Rey, F. (2005). Subjetividad: una perspectiva histórico cultural. Conversación con el psicólogo cubano Fernando González Rey. *Univ. Psychol. Bogotá* (Colombia), 4 (3): 373-383, octubre-diciembre de 2005. Recuperado en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/artpdfred.jsp?icve=64740311>
- Domingues, José M. (2009). La modernidad contemporánea en América Latina. *Cuadernos del pensamiento crítico latinoamericano*. No. 18.

- Domingues, José M. (2016). Familia, modernización y teoría sociológica. *Estudios sociológicos*. XXXIV: 10. Pp. 145-167.
- Domínguez De la Ossa, E. y Herrera González, D. (2013). La investigación narrativa en psicología: definición y funciones. *Psicología desde el Caribe*. Vol. 30 (3): 620-641, ISSN 0123-417X (impreso) ISSN 2011-7485 (on line).
- Dunifon, R. y Kowaleski-Jones, L. (2007). The influence of grandparents in Single-Mother families. *Journal of Marriage and Family*. 69 (may 2007), pp. 465-281.
- Durand, J. (2007). El programa bracero (1942-1964). Un balance crítico. *Migración y Desarrollo*, (9), 27-43. [fecha de Consulta 9 de noviembre de 2022]. ISSN: 1870-7599. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=66000902>
- Echarri C. (2010). Hogares y familias en México: una visión sociodemográfica. En S. Lerner y L. Melgar (Coord.). *Familias en el siglo XXI: realidades diversas y políticas públicas*. México, D.F.: COLMEX, UNAM Y PUEGO.
- Echarri, C. (2009). Estructura y composición de los hogares en la ENDIFAM. C. Rabell Romero (Coord.). *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica*. México, D.F: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, El Colegio de México
- Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH) (2021). Consultado de [https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/endireh/2021/doc/endireh2021\\_presentacion\\_ejecutiva.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/endireh/2021/doc/endireh2021_presentacion_ejecutiva.pdf). El 10 de agosto del 2022.
- Encuesta Nacional sobre Usos del Tiempo (ENADID) (2018). Consultado de [https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enut/2019/doc/enut\\_2019\\_presentacion\\_resultados.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enut/2019/doc/enut_2019_presentacion_resultados.pdf). El 25 de abril del 2022.
- Engels, F. (1884/1970). *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Madrid: Fundamentos.
- Enríquez Rosas, R. (1999). *Voces de la pobreza: Malestar emocional femenino y redes sociales, un estudio comparativo sobre jefaturas de hogares pobres*. Guadalajara: Centro de Investigación y Formación Social/ITESO.
- Enríquez Rosas, R. (2001). Pobreza y hogares de jefatura femenina en México. En L. Gallardo Gómez y J. Osorio Goicoechea (Coord.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. Tomo II. México: Editorial Limusa. Pp. 195-243.
- Escudero, N. A., Polo, U. C., López, G., Aguilar, R. (2005). La persuasión coercitiva, modelo explicativo del mantenimiento de las mujeres en una situación de violencia de género. Las emociones y las estrategias de la violencia. *Revista de la asociación española de neuropsiquiatría*. Vol. XXV, No. 96, octubre/diciembre 2005, páginas 59-91.
- Esteinou, R. (2004). El surgimiento de la familia nuclear en México. *Revista Estudios de Historia Novohispana*. 31, julio-diciembre, pp. 99-136.
- Fernández Cordón, J. A. y Tobío S. C. (1997). Las familias monoparentales en España. *Reis*. 83/98, pp. 51-85.

- Flaquer, Ll. (1999). *La estrella menguante del padre*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Foucault, M. (1988). El sujeto y el poder. *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, No. 3. (jul. - sep., 1988), pp. 3-20.
- Foucault, M. (1968). *Las Palabras y Las Cosas*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1990). *Tecnologías del yo y otros textos a fines*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Franco Núñez, Aurora y Zubieta García, Judith (1982). *La migración interna en México: 1960-1970*. CELADE-Sistema DOCPAL. Documentación sobre población en América Latina. San José Costa Rica.
- Fruggeri, L. (2001). Los conceptos de mononuclearidad y plurinuclearidad en la definición de familia. *Revista del Centro Milanese di Terapia della Famiglia*. Connessioni, 8, (Traducción de Felipe Gálvez Sánchez).
- Fruggeri, L. (2005) *Diverse normalità. Psicologia sociale delle relazioni familiari*. Roma: Carocci.
- García Peña, A. (2004). Madres solteras, pobres y abandonadas: ciudad de México, siglo XIX. *Historia mexicana*. Vol. LIII, enero-marzo. No. 3. Pp. 647-692.
- García, B. y Oliveira, De O. (2005). Mujeres jefas de hogar y su dinámica familiar. *Papeles de Población*. Vol. 11, núm. 43, enero-marzo, 2005, pp. 29-51. Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México.
- García, B., y Oliveira, (2011). Family changes and public policies in Latin America. *Dianual Review of Sociology*, 37(1), 593–611.
- Gergen, J. K. (2006). *Construir la realidad: el futuro de la psicoterapia*. Barcelona: Paidós
- Gergen, K. J. (1996). *Realidades y relaciones. Aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Gergen, Kenneth J. (2006). *Construir la realidad*. Barcelona: Paidós.
- Giddens, A. (1992). *La transformación de la intimidad Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra teorema.
- Gil-Juárez, A. y Vitores, G. A. (2011). *Comunicación y discurso*. Barcelona: Editorial UOC.
- Goleman, D. (2000). *La inteligencia emocional. Porqué es más importante que el coeficiente intelectual*. México: Vergara.
- Gonzalbo Aizpuru, P. (1992). “La familia” y las familias en el México colonial. *Estudios Sociológicos*, Vol. 10, No. 30, (Sep. - Dec., 1992), pp. 693-711.
- Gonzalbo Aizpuru, P. (1994). Familia y vida privada: dos temas paralelos. En *Obradoiro de historia moderna*. No. 3. Universidad de Santiago de Compostela. Pp. 147-160.
- Gonzalbo Aizpuru, P. (2001). Introducción: la familia en crisis. P. Gonzalbo Aizpuru (Coord.). *Familias Iberoamericanas, identidad y conflictos*. México: Colegio de México.

- Gonzalbo Aizpuru, P. (2004). Las mujeres novohispanas y las contradicciones de una sociedad patriarcal. En O. Gonzalbo Aizpuru y B. Ares Queija. *Las mujeres en la construcción de las sociedades Iberoamericanas*. México: COLMEX.
- Gonzalbo Aizpuru, P. (2007). Afectos e intereses en los matrimonios en la ciudad de México a fines de la colonia. *Historia Mexicana*, vol. LVI, núm. 4, pp. 1117-1161. México: El Colegio de México.
- Gonzalbo Aizpuru, P. y Rabell Romero, C. (2004). La familia en México. En Pablo Rodríguez (Coord.). *La familia en Iberoamérica 1550-1980*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, Universidad Externado de Colombia.
- Gonzalbo, P. (1993). Historia de la familia. México: Instituto Mora. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Gonzalbo, P. (1998), Familia y orden colonial. México: Colegio de México
- González de la Rocha, M. (1997). Hogares de jefatura femenina en México. Patrones y formas de vida. Ponencia preparada para la sesión *Pobreza, género y desigualdad. Jefatura femenina en hogares urbanos latinoamericanos*. XX Congreso Internacional de la Sociedad de Estudios Latinoamericanos (LASA), Guadalajara, México, 17-19 de abril de 1997.
- González de la Rocha, M. (2006). *Recursos domésticos y vulnerabilidad*. En M. González de la Rocha. *Procesos domésticos y vulnerabilidad. Perspectivas antropológicas de los hogares con Oportunidades*. Publicaciones de la casa chata: México D.F. pp. 45-85.
- González Montes, S. (1996). Novias pedidas, novias robadas, polígamo y madres solteras. Un estudio de caso en el México rural, 1930-1990. En López, M. de la Paz. (Comp.). *Hogares, familias: desigualdad, conflicto, redes solidarias y parentales*. México: Sociedad mexicana de demografía.
- Good Gringrich, L. (2008). Social exclusion and double jeopardy: The management of lone mother in the market-state social field. *Social policy & administration*. Vol. 42. No. 4, august, pp. 379-395.
- Gorlier, J. C. (2006). *Análisis Narrativo en las Ciencias Humanas. Teoría, Epistemología, Metodología*. Manuscrito.
- Gracia Fuster, E. y Musito Ochoa, G. (2000). *Psicología social de la familia*. Barcelona: Paidós.
- Gubrium, J. F. & Holstein, J. A. (1998). Narrative practice and the coherence of personal stories. *The Sociological Quarterly*. Vol. 39, Number 1, pp. 163-187.
- Gubrium, J. F. & Holstein, J. A. (1987). The private image: experimental location and method in family studies. *Journal of marriage and the family*, 49, pp. 773-786.
- Gubrium, J. F. & Holstein, J. A. (1993). Phenomenology, Ethnomethodology, and family discourse. In G. P. Boss, J. W. Doherty, R. Larossa, R. W. Schumm y K. S. Sternmetz. *Sourcebook of family theories and methods. A contextual approach*. Nueva York: Plenum Press.

- Guevara Tapia, S. (1994). *Madresolterismos estructuras y vivencias*. Santiago de Chile: Ediciones academia.
- Guil Bozal, Rocío; Serrano Díaz, Noemi; Larrán Escandón, Cristina & Gil-Olarte Márquez, Paloma (2014). Inteligencia emocional y clima familiar. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 2 (1), 407-417. [fecha de Consulta 17 de junio de 2022]. ISSN: 0214-9877. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=349851782043>
- Gutiérrez Capulín, R. Díaz Otero, K. y Román Reyes, R. (2017). El concepto de familia en México. Una revisión desde la mirada antropológica y demográfica. *Ciencia ergo-sum*. Vol 23-3, noviembre 2016-febrero 2017. Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, México. Pp. 219-228.
- Haber, Stephen H. (1993). La industrialización de México: historiografía y análisis. *HMex*, XLII: 3. Pp. 649-688.
- Haraway, D. (1988). Situated Knowledges: The Science Question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies*, Vol. 14, No. 3, Autumn, pp. 575-599.
- Harris, D. A. (2015). “You just have to look at it as a gift”: Low-income single mothers’ experiences of the child support system. *Journal of poverty*. 19. Pp. 88-108.
- Heller, Agnes (1970). *Historia y vida cotidiana*. México: Grijalbo.
- Hernández Monleón, A. (2012). Monomarentalidad y solidaridad informada. Estrategias contra la exclusión social en el mercado laboral y en la conciliación de la vida familiar. *ARXIVUS de Ciéncies socials*. Núm. 26, June 2012, pp. 7-20.
- Herrera, S., Salinas, V. y Valenzuela, E. (2011). *Familia, pobreza y bienestar en Chile: un análisis empírico de las relaciones entre estructura familiar y bienestar*. Chile: Pontificia Universidad católica de Chile.
- Hirigoyen, M. (2006). *Mujeres maltratadas. Los mecanismos de la violencia en la pareja*. Barcelona: Paidós.
- Hirschmann, N. (2003). *The Subject of Liberty: Towards a Feminist Theory*. Kansas: Princeton University Press.
- Ifcher, J. & Zarghamee, H. (2014). The happiness of single mothers: evidence from General Social Survey. *Journal Happiness Study*. 15, pp. 1219-1238.
- Iglesias de Ussel, J. (1988). *Las familias monoparentales*. Madrid: Ministerios de Asuntos sociales, instituto de la mujer, serie debate, número 5, pp. XX.
- INEGI (2015). Encuesta intercensal. [https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/intercensal/2015/doc/eic\\_2015\\_presentacion.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/intercensal/2015/doc/eic_2015_presentacion.pdf). Recuperado el 25 de mayo del 2022.
- INEGI (2017). Encuesta Nacional de los Hogares. <https://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/myd.aspx?tema=P>. Fecha de recuperación 26 de mayo del 2022.

- INEGI (2018). Encuesta Nacional de Hogares. Comunicado de prensa Núm. 251/18 28 de mayo de 2018 página , 1 y 2. [https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/estsociodemo/enh2018\\_05.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/estsociodemo/enh2018_05.pdf)
- INEGI (2020). Cuéntame de México. La población. <https://cuentame.inegi.org.mx/>. Fecha de recuperación 26 de mayo 2022.
- INEGI, (2010). *Mujeres violentadas por sus parejas en México*. México: INEGI.
- INEGI, (2016). *Estadísticas a propósito del... 14 de febrero, matrimonios y divorcios en México*. INEGI: México, D.F. Fecha de recuperación, el 13 de abril del 2016 de: [http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/aproposito/2016/matrimonios2016\\_0.pdf](http://www.inegi.org.mx/saladeprensa/aproposito/2016/matrimonios2016_0.pdf)
- INEGI, (2017). *Características de la nupcialidad en México, 2014*. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. México. Recuperado el 20 de marzo del 2017 de [http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod\\_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva\\_estruc/702825089832.pdf](http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825089832.pdf)
- INEGI, (2022). Banco de indicadores poblacionales. INEGI. En <https://www.inegi.org.mx/app/indicadores/?ind=6200205266&tm=6#D6200205266#D6200205251#D6207019036>. Fecha de recuperación 25 de mayo de 2022.
- INEGI, (2022). *Tasa de abandono escolar por entidad federativa según nivel educativo, ciclos escolares seleccionados de 2000/2001 a 2020/2021*. <https://www.inegi.org.mx/app/tabulados/interactivos/?pxq=9171df60-8e9e-4417-932e-9b80593216ee>. Fecha de recuperación 15 de agosto del 2022.
- INFOBAE, 2022. *INEGI: hay más de 92 mil personas inhumadas en fosas comunes*. <https://www.infobae.com/america/mexico/2022/03/15/inegi-hay-mas-de-92-mil-personas-inhumadas-en-fosas-comunes/#:~:text=Seg%C3%BAAn%20las%20cifras%20oficiales%2C%20en,no%20localizas%20del%20total%20nacional>. Fecha de recuperación 15 de noviembre de 2022.
- Jiménez, I., Morgado, B. y González, M. (2004). Familias monomarentales y exclusión social. *Portularia*. 4, pp. 249-260.
- Jociles, M. I., Rivas, A. M., Moncó, B., Villamil, F. y Díaz, P. (2008). Una reflexión crítica sobre la monoparentalidad: el caso de las madres solteras por elección. *Portularia*, VIII Sin mes, pp. 265-274.
- Kabeer, N. (2006). *Lugar preponderante del género en la erradicación de la pobreza y las metas de desarrollo del milenio*. México: Plaza y Valdés.
- Kotchick, Beth A., Dorsey, Shannon y Heller, Laurie (2005). Predictor of parenting among African American single mothers: personal and contextual factors. *Journal of Marriage and Family*. 67, pp. 448-460.
- Kvale, S. (2007). *Doing Interviews*. Londres: Sage.
- Kvale, S. (2011). *Las entrevistas en Investigación cualitativa*. Madrid: Morata.

- Labov, W. (1972). *Language in the Inner-City Studies in the Black English Vernacular*. Philadelphia: Penn Press.
- Labov, W. (1997). Some further steps in narrative analysis. *The journal of narrative and life history*. Volume 7, (1-4), 395-415. <http://www.ling.upenn.edu/~wlabov/sfs.html>
- Lamas, M. (1999). Género, diferencias de sexo y diferencia sexual. En *Debate feminista*, Año 10. Vol. 20. Octubre.
- Lambie, R. (2011). At-risk children from nontraditional families. *Counseling and human development*. Vol. 44. No. 4, pp. 1-12.
- Landeró Hernández, R. (2000). Las familias monoparentales. Sus características y tipología. *Revista de Ciencias Sociales (Cr)*, Sin mes, pp. 9-23.
- Landeró Hernández, R., Estrada Aranda, B., y González Ramírez, M. T. (2009). Depression and quality of life for women in single-parent and nuclear families. *The Spanish journal of Psychology*. Vol. 12, No. 1. Pp. 171-183.
- Larguía, I. y Dumoulin, J. (1975). *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*. Barcelona: Anagrama.
- Lasch, Ch. (1996). *Refugio en un mundo despiadado*. Barcelona: Gedisa.
- Lauretis, T. (2000). La tecnología del género. En *Diferencias. Etapas de un camino a través de feminismo*. Madrid: Horas y horas.
- Lavrin, A. (1991). La sexualidad en el México colonial: un dilema para la iglesia. En, *sexualidad y matrimonio en la América hispánica. Siglo XVI-XVIII*. A. Lavrin (Coord.). México: Grijalbo.
- Lázaro Castellanos, R., Zapata Martelo, E., Martínez Corona, B. y Alberti Manzanares, P. (2005). Jefatura femenina de hogar y transformaciones en los modelos de género tradicionales en dos municipios de Guanajuato. *La ventana*. No. 22, pp. 219-268.
- Leñero, L. (1996). La familia y sus respuestas organizacionales ante la crisis. En L. M. Fuentes: *La familia, investigación y política pública*. México: Colegio de México-DIF.
- León, M. (1995). La familia nuclear: origen de las identidades hegemónicas femenina y masculina. En L. G. Arango, M. León, M. Viveros (comp.). *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y masculino*. Bogotá: Tercer Mundo-UNIANDES.
- Levi-Strauss, C. (1974). La familia. En: Lévi-strauss, C., Spiro, M.E. y Gough, K. (1974). *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*. Barcelona: Anagrama.
- Levi-Strauss, C. (1982). La familia. En *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*. Barcelona: Cuadernos ANAGRAMA.
- Limón, A. G. (2005). *El giro interpretativo en terapia. Terapia, narrativa y construcción social*. México: Pax.
- Linton, R. (1978). La historia natural de la familia. En E. Fromm, M. Horkheimer, T. Parsons. *La familia*. Barcelona: Ediciones península.



- López Austín, A. (1996). *Cuerpo humano e ideología. Las concepciones de los antiguos nahuas*. México: UNAM.
- Lumsden K, Bradford J Goode J (2019). Emotions and reflexivity in social research. En: *Lumsden: Reflexivity: theory method and practice*. London: Routledge.
- Madrigal-León, D. (2011). La familia monoparental en los estudios sociológicos. Pertinencia de un análisis cultural. *Santiago*. (127). Enero-abril. No. 1 del 2012, pp. 61-72.
- Malvido, E. (1982). Algunos aportes de los estudios de demografía histórica al estudio de la familia en la época colonial de México. En Varios autores, *Familia y sexualidad en Nueva España, memoria del primer simposio de historia de las mentalidades: familia matrimonio y sexualidad en Nueva España*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Manning, P.K. & Cullum-Swan, B. (1994) Narrative, Content and Semiotic Analysis. In N. Denzin and Y. Lincoln (eds) *Handbook of Qualitative Research* London: Sage Publications.
- May, V. (2010). Lone motherhood as category of practice. *The sociological review*. 58, 3, pp. 429-443.
- McCaa, R. (2003). El *Calli* de los nahuas del Mexico antiguo: Hogar, familia y género. *Revista de Indias, 2003, vol. LXIII, núm. 227 pp. 79-104*.
- McNamee, S. & Gergen, K., J. (1996). *La terapia como construcción social*. Barcelona: Paidós ibérica.
- Meler, I. (1998). La familia, antecedentes históricos y perspectivas futuras. En M., Burin, e I., Meler (1998). *Género y familia*. Buenos Aires: Paidós.
- Melgar, L. y Lerner, S., (2010.). Introducción. Realidades de las familias en México: diversidad, transformaciones y retos. En S. Lerner y L. Melgar. *Familias en el siglo XXI: realidades diversas y políticas públicas*. México: COLMEX, UNAM Y PUEG.
- Mena Méndez, P. (2009). *Ser padre soltero en la ciudad de México y el área metropolitana*. Tesis de maestría. México: COLMEX.
- Mendoza Rivas, L. y López Estrada, R. (2012). Monoparentalidad y jefatura femenina: resultados empíricos en Nuevo León. *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, SOCIOTAM*. Vol. XII, Núm. 1, pp. 195-223. Universidad Autónoma de Tamaulipas Ciudad Victoria, México.
- Michel, A. (1974). *Sociología de la familia y del matrimonio*. Barcelona: Ediciones Península.
- Moreno Carmona, Norman Darío (2014). Una mirada –otra– a la familia. *Psicología Iberoamericana*, 22(1),55-61. [fecha de Consulta 18 de Junio de 2022]. ISSN: 1405-0943. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=133944229007>
- Moreno Fernández, M. (2007). Antropología y Etnología. Análisis filosófico del término Antropología y desarrollo del alcance gnoseológico de la Etnología como ciencia. *El Catoblepas. Revista crítica del presente*. número 69. Noviembre. página 10.



Recuperado de <http://www.nodulo.org/ec/2007/n069p10.htm#kn37> el 13 de noviembre de 2018.

- Morgado, B., González, M. y Jiménez, I. (2003). Familias monomarentales: problemas, necesidades y recursos. *Portularia*. 3, pp. 137-160.
- Navarro Ornelas, A. y González Ramírez, R. (2010). Los hogares con jefatura femenina y la calidad de vida. Chihuahua y Tijuana, 2005. *Estudios demográficos y urbanos*. Vol. 25. Núm. 1. (73), pp. 45-72.
- Nelson, M. (2006). Doing family. *Journal of Marriage and Family*. 68 (November 2006), pp. 781–795.
- Ochoa Ávalos, M. (2007). Pobreza y jefatura femenina. *La ventana*. Número 25, pp. 168-198.
- Ochs, E. (2000): Narrativa, pp. 271-303. En: Van Dijk, T. A. (comp.): *El Discurso como Estructura y como Proceso* /Estudios sobre el Discurso II/ Barcelona: Gedisa.
- OECD (2022), Population with tertiary education (indicator). doi: 10.1787/0b8f90e9-en (Accessed on 25 May 2022).
- Olhaberry, M. y Farkas, Ch. (2012). Estrés materno y configuración familiar: estudio comparativo en familias chilenas monoparentales y nucleares de bajos ingresos. *Universitas Psychologica*, octubre-diciembre, pp. 1317-1326.
- Oliveira, Orlandina (1984). Migración femenina, organización familiar y mercados laborales en México. *Comercio exterior*. Exterior, vol. 34, núm. 7, México, julio ele 1984, pp. 676-687.
- Oliveira, Orlandina (2001). Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición. *Papeles de Población*, 7 (28) Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11202802>
- Oliveira, Orlandina y Ariza, Marina (2001). *Transiciones familiares y trayectorias laborales femeninas en el México urbano*. Cadernos pagu (17/18) 2001/02: pp.339-366.
- Organización Mundial de la Salud (2014). Prevención y erradicación de la falta de respeto y el maltrato durante la atención del parto en centros de salud. [http://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/134590/WHO\\_RHR\\_14.23\\_spa.pdf?sequence=1](http://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/134590/WHO_RHR_14.23_spa.pdf?sequence=1) consultado el 12 de abril del 2018.
- Ortega Silva, Patricia, & Reyes Luna, Adriana Guadalupe, & Garrido Garduño, Adriana, & Torres Velázquez, Laura Evelia (2011). PATERNIDAD Y RUPTURA FAMILIAR. Enseñanza e Investigación en Psicología, 16(2),277-293. [fecha de Consulta 18 de junio de 2022]. ISSN: 0185-1594. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29222521005>
- Osmond, M. W. y Thorne, B. (1993). Feminist theories: The social construction of gender in families and society. En P. G. Boss, W. J. Doherty, R. La Rossa, W. R. Schumm y S. K. Steinmetz (comps.). *Sourcebook of family theories and methods: A contextual approach*. Nueva York: Plenum Press.

- Pacheco, Edith y Blanco, Mercedes (2011). *Tiempos históricos, contextos sociopolíticos y la vinculación familia-trabajo en México: 1950-2010*. Pp. 47-76. Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM. Recuperado de <https://repositorio.unam.mx/contenidos/5019210> el 25 de abril del 2018.
- Parker, I. (2005). *Qualitative Psychology: Introducing Radical Research*. Buckingham: Open University Press.
- Parsons, T. (1978). La estructura social de la familia. En Fromm, Horkheimer, Parsons, *La familia*. Barcelona: Ediciones Península.
- Passegi M (2020). Reflexividad narrativa: “vida, experiencia vivida y ciencia”. *Márgenes. Revista de educación de la Universidad de Málaga*, 1(3), 91-109.
- Pavez-Soto, I. y Alcalde-Campos, R. (2013). Infancia, familias ‘monomarentales’ e inmigración latinoamericana en Barcelona: Los cambios generacionales de las niñas y los niños. *Portularia*. Vol. XIII, No. 2, pp. 71-81.
- Petts, R. J. (2012). Single mothers`religious participation and early childhood behavior. *Journal of Marriage and Family*. 74 (April 2012). Pp. 251-268.
- Pizzigoni, C. (2004). “Para que le sirva de castigo y al pueblo de ejemplo” El pecado de poligamia y la mujer indígena en el Valle de Toluca (siglo XVIII). En O. Gonzalbo Aizpuru y B. Ares Queija. *Las mujeres en la construcción de las sociedades Iberoamericanas*. México: COLMEX. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Quilodrán, J. (2003). La familia, referentes en transición. *Papeles de Población*, vol. 9, núm. 37, julio-septiembre, p. 51-83 Universidad Autónoma del Estado de México Toluca, México.
- Rabell Romero, C. (1991). Estructuras de la población y características de los jefes de los grupos domésticos en la ciudad de Antequera, Oaxaca. En P. Gonzalbo (Comp.). *Familias novohispanas. Siglos XVI al XIX*. México: Colegio de México.
- Rabell Romero, C. (2008). *Oaxaca en el siglo XVIII: población, familia y economía*. México, Distrito Federal: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rabell Romero, C. (2009). *Tramas familiares en el México contemporáneo: Una perspectiva sociodemográfica*. Universidad Nacional Autónoma de México Instituto de Investigaciones Sociales. México: El Colegio de México.
- Rabell Romero, C. y Gutiérrez Vázquez, E. (2014). Grupos domésticos, hogares y familias en los censos de 1985 a 2010. En Rabell, C. (Coord.). *Los mexicanos: un balance del cambio demográfico*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rabell Romero, C. y Murillo, S. (2009). El respeto y la confianza: prácticas y percepciones de las familias numerosas y pequeñas. En C. Rabell Romero (Coord.). *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica*. México, D.F.: UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales; El Colegio de México.
- Rapoport, R. N. Fogarty, M. y Rapoport, R. (eds.) (1982). *Families in Britain*. London: Routledge and Kegan Paul.

- Reissman, C. (1993). *Narrative Analysis*. Newbury Park, CA: Sage.
- Riessman, C. (2001). Analysis of personal narratives. En J. F. Gubrium and J. A. Holstein (Edit.). *Handbook of interviewing*. Editorial y país. Pp. 695-710.
- Riessman, C. (2005). Narrative Analysis. In: *Narrative, Memory & Everyday Life*. England: University of Huddersfield, Huddersfield, pp. 1-7. Recuperado en [http://www.medarbetarportalen.gu.se/infoglueCalendar/digitalAssets/1771183328\\_BifogadFil\\_Chapter\\_1\\_-\\_Catherine\\_Kohler\\_Riessman.pdf](http://www.medarbetarportalen.gu.se/infoglueCalendar/digitalAssets/1771183328_BifogadFil_Chapter_1_-_Catherine_Kohler_Riessman.pdf).
- Ríos-Salas, Vanessa y Meyer, R. (2014). Single mothers and child support receipt in Peru. *Journal of Family Studies*. 20 (3), pp. 298-310.
- Riquer Fernández, F. (2001). Mujer, género y pobreza: estado de la discusión en la noventa. En L. Gallardo Gómez y J. Osorio Goicoechea (Coord.). *Los rostros de la pobreza. El debate*. Tomo II. México, D.F: Editorial Limusa.
- Rodríguez, P. (2004). *La familia en Iberoamérica 1550-1980*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, Universidad Externado de Colombia.
- Rodríguez, S. C. y Luengo, R. T. (2003). Un análisis del concepto de familia monoparental a partir de una investigación sobre núcleos familiares monoparentales. *Papers* 69, pp. 2003 59-82.
- Ronzón, E. (1991). Antropología y antropologías. Ideas para una historia crítica de la antropología española. El siglo XIX. Oviedo: Pentalfa ediciones.
- Roudinesco, E. (2006). *La familia en desorden*. Barcelona: Anagrama.
- Rubín, G. (1986). El tráfico de mujeres: nota sobre la “economía política” del sexo. *Revista nueva Antropología*. Noviembre, año/vol. VIII, número 030, pp. 95-145.
- Ruiz, S. S. y Martín, C. M. (2012). Nuevas formas de familia, viejas políticas familiares. Más familias monomarentales. *Nómadas*, Vol. 33, no. 1 enero-junio, pp. 1-17 sin página.
- Salles, V. (1991). Cuando hablamos de familia, ¿de qué familia estamos hablando? *Nueva Antropología*. vol. XI, núm. 39, junio, pp. 53-87.
- Salvia, A. (1995). La familia y los desafíos de su objetivación: enfoques y conceptos. *Estudios sociológicos*. XIII. 37. Pp. 143-162.
- Sarkisian, N. (2006). “Doing family ambivalence”: nuclear and extended families in single mothers’ lives. *Journal of Marriage and Family*. 68 (November 2006), pp. 804-811.
- Scott, J. (1990). El género, una categoría útil para el análisis histórico. En Nash y Amelang (Eds.). *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfons el Magnanim.
- Segalen, M. (1992). *Antropología histórica de la familia*. Madrid: Taurus Ediciones.
- Sen, A. (1985). Well-being, Agency, Freedom. *Journal of Philosophy* 82 (4): pp. 169-221.
- Sen, A. (1999). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.
- Sen, G. (1997). Empowerment as an Approach to Poverty. *Human Development Papers. Background Paper for Human Development Report*.

- SEP (2012). Reporte de la Encuesta Nacional de Deserción en la Educación Media Superior. SEP: México. En [http://www.sems.gob.mx/work/models/sems/Resource/10787/1/images/Anexo\\_6Reporte\\_de\\_la\\_ENDEMS.pdf](http://www.sems.gob.mx/work/models/sems/Resource/10787/1/images/Anexo_6Reporte_de_la_ENDEMS.pdf) fecha de recuperación 5 de marzo del 2018.
- Shirahase, Sawako y Raymo, J. M. (2014). Single mothers and poverty in Japan: The role of intergenerational Coresidence. *Social Forces* 93 (2) pp. 545-569. December 2014.
- Shotter, J. (1996). El lenguaje y la construcción del sí mismo. En M. Packman (1996). *Construcción de la experiencia humana vol. I*. España: Gedisa editorial.
- Smith, C. P. (2000). Content analysis and narrative analysis. En: H. T. Reis y C. M. Judd. *Handbook of research methods in social and personality psychology*. New York: Cambridge University Press.
- Suarez, C., M. (2004). El enfoque narrativo en la terapia. En L. L. Eguiluz, (Comp.). *Terapia familiar, su uso hoy en día* (pp.139-160). México: Pax
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós básica.
- Terremocha, I. y Mota López, R. (1999). *Las condiciones de vida de los hogares pobres encabezados por una mujer: Pobreza y género*. Madrid: Fundación FOESSA.
- Therborn, Göran (2004). Familias en el mundo. Historia y futuro en el umbral del siglo XXI. En Irma Arriagada y Verónica Aranda (compiladoras). *Cambios de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Thomas, A. y Sawhill, I. (2005). For love and money? The impact on family structure on family income. *The future of children*. Vol. 15, No. 2, pp. 57-74.
- Torres Velázquez, E., Ortega Silva, P., Reyes Luna, A. y Garrido Garduño, A. (2011). Paternidad y ruptura familiar. *Enseñanza e investigación en Psicología*. Vol. 16, Núm. 2, pp. 277-293.
- Tuirán, R. (1993). Vivir en familia: hogares y estructura familiar en México, 1976-1987. *Comercio exterior*. Vol. 43, número7, julio, pp. 662-676.
- Tuirán, R. (1999). Estructura familiar y trayectoria de vida en México. En C. Gómez, (comp.) *Procesos Sociales, Población y Familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre la vida doméstica*. México: FLACSO.
- Tuval-Mashiach, (2014). Life Stories in Context: Using the Three-Sphere Context Model To Analyze Amos's Narrative. *Narrative works: issues, investigations, & interventions* 4(1), 125-145.
- UN Women (2018). Turning promises into action: gender equality in the 2030 agenda for sustainable development. <http://www.unwomen.org/-/media/headquarters/attachments/sections/library/publications/2018/sdg-report-gender-equality-in-the-2030-agenda-for-sustainable-development-2018-en.pdf?la=es&vs=5653>. Consultado el 12 de abril de 2018.

- Urías Murrieta, M., Ibarra Vázquez, B., Valdés Cuervo, Á., y Martínez, E. (2011). Efectos del divorcio de los padres en el desempeño académico y la conducta de los hijos. *Enseñanza e Investigación en Psicología*, 16(2),295-308. [fecha de Consulta 18 de junio de 2022]. ISSN: 0185-1594. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29222521006>
- Usdansky, M. (2009). A weak embrace: popular and scholarly depictions of single-parent families, 1900-1998. *Journal of Marriage and Family*. 71 (May 2009), pp. 209-225.
- Vayreda, A., Tirado, F., J. & Doménech, M. (2005). *Construccionismo social, narrativa y simetría*. En G. Limón (Comp.). *Terapias posmodernas, aportaciones construccionistas* (pp. 141-162) México: Pax.
- Vayreda, A., Tirado, F., J. y Doménech, M. (2005). *Construccionismo social, narrativa y simetría*. En G. Limón (Comp.). *Terapias posmodernas, aportaciones construccionistas*. México: Pax.
- Vera Bolaños, M., y Pimienta Lastra, R. (1996). Familia y cambio demográfico. Aspectos históricos. *Papeles de Población*, (11), 69-74.
- Vicente de Castro, F. y Cabanillas Diestro, Ma. (2010). La familia. Una realidad histórica y sociocultural. *Revista galego-portuguesa de Psicoloxía e educación*. Vol. 18, (2), Año 14º
- Waldfoegel, J., Craigie, T. y Brooks-Gunn (2010). Fragile families and child wellbeing. *The future of children*. Vol. 20, No. 2, pp. 87-112.
- West, Candace y Zimmerman, Don (1999). Haciendo género. En Marysa Navarro y Catherine R. Stimpson (Comps.). *Sexualidad, género y roles sexuales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Whitaker, EM., Atkinson, PA (2019) Reflexivity. En: *Sage Research Methods Foundations*. Ed. Sage Publishing
- White, M. y Epton, D. (1993). *Medios narrativos para fines terapéuticos*. Paidós: Barcelona.
- Zabala, I. (2010). Estrategias alternativas en los debates sobre género y desarrollo. *Revista de Economía Crítica*, nº9, primer semestre.
- Zamorano, Villarreal, C. (1998). La solidaridad familiar... ¿la solidaridad familiar? Algunas ideas sobre el peso de una idea. *Estudios sociológicos*. XVI: 48. Pp. 711-729.
- Zapata Posada, J. (2013). Familias monomarentales y monoparentales y su relación con los hijos e hijas adolescentes según el nivel socioeconómico y el sexo. *Universidad Pablo de Olavide*. Facultad de Ciencias Sociales. Tesis doctoral.
- Zhan, Min y Pandey Shanta (2004). Postsecondary education and economic well-being of single mothers and single fathers. *Journal of Marriage and Family*. 66 (August 2004) pp. 661-673.
- Zilber, T.B., Tuval-Mashiach, R., and Lieblich, A. (2008). The embedded narrative: Navigating through multiple contexts. *Qualitative Inquiry*, 14(6), 1047-1069.

## Apéndices

### APENDICE 1

#### GUIA DE ENTREVISTA

Se usará una guía de entrevista semiestructuradas. La entrevista se realizará a las mujeres que se encuentran al frente de una familia monoparental. Cabe mencionar que las preguntas propuestas no se realizarán de manera continua o como cuestionario si no, según la pertinencia de la conversación.

<p><b>Objetivo general:</b> El objetivo general de esta investigación fue conocer las narrativas en las mujeres al frente de un hogar, sin la presencia del varón, analizadas desde una perspectiva construccionista y de género. Para comprender el sentido y significado que le dan a su vida las mujeres, así como las construcciones sociales entorno a la monoparentalidad femenina.</p>		
Objetivo particular	Tema general/categoría	Preguntas ejemplos
1.1 Conocer la estructura de la familia, experiencias cotidianas y percepciones de la vivencia de la maternidad como madre soltera.	Familiograma y estructura familiar	Cómo se compone su familia Qué edad tiene sus hijos Quiénes viven en casa Cuál es su ocupación Cuál es su último grado de estudio ¿Y de los hijos? ¿Quiénes contribuyen al gasto?
1.2 Describir las dinámicas relacionales que manifiestan los miembros	Relaciones familiares	Cuéntame, cómo es la relación entre los miembros de la familia Cómo se llevan con mamá los/as hijos/as ¿Realizan actividades juntos? ¿Cuáles? ¿Cómo es la relación con la escuela? ¿Cómo es la relación con los abuelos? (en caso de que haya)
1.3 Indagar sobre la representación familiar, a través de las creencias y la representación social de la familia, a partir del contexto en el cual las ha	Representación/idea/imagen sobre la familia	¿Qué significa para ud. la familia? ¿Qué características tiene que tener un grupo para que sea una familia? ¿Quiénes son para Ud. una familia? ¿Quiénes no lo son?

construido y se ha construido.		
1.4 Dar cuenta de las creencias que se tienen sobre lo qué es una familia y cómo se ha llegado a ese pensamiento.	Creencias familiares	<p>¿Qué es una familia? ¿qué es y no es una familia?</p> <p>¿Cómo deberían ser las familias?</p> <p>¿Qué idea tenía de pequeña sobre la familia?</p> <p>¿A cambiado? ¿De qué manera?</p> <p>¿Qué piensa ahora sobre la familia que tiene?</p> <p>¿Existe alguna relación entre lo creía de pequeña y la familia que tiene ahora?</p> <p>¿Qué cree que piensa su hijo/a sobre su familia?</p> <p>¿Cómo cree que llegó a pensar eso?</p>
1.5 Analizar cuáles son las expectativas que se tienen de la familia a la que pertenecen.	Expectativas del ser familia	<p>¿Cómo se representa socialmente una familia?</p> <p>¿Qué observa en la sociedad en la que se desenvuelve lo que sería una familia?</p> <p>¿Qué entiende Ud. por expectativas sobre la familia?</p> <p>¿Qué esperaría de su familia?</p> <p>¿Cambiaría algo de la familia?</p> <p>La familia que tiene, es cómo la quería tener</p> <p>¿Cumplen con las funciones que se imagino en el pasado?</p> <p>¿Qué cosas si son las que pensaba que sería una familia y cuáles de las que vive actualmente, no lo son?</p>
1.6 Explorar la existencia del ideal de familia y analizar sus posibles efectos en las relaciones entre los miembros.	Ideal de familia	<p>¿Cómo se formo esta familia?</p> <p>¿Cuál es su historia?</p> <p>¿Piensa que existe algún modelo predominante de familia?</p> <p>En su experiencia, ¿Cree que existe alguna “presión” para adaptarse a ese modelo?</p> <p>¿Cómo ha sido su experiencia con sus hijos sobre la ausencia del padre en la escuela?</p> <p>¿Considera que les ha afectado en algo la ausencia de padre? ¿De qué manera o porqué piensa eso?</p>
1.7 Comprender cómo ha sido la	Construcción de significado familiar	¿Dónde aprendió este significado de familia?

<p>construcción del significado de familia en las mujeres</p>		<p>¿Cómo cree que ha influido este aprendizaje en la conceptualización y en vivir día a día con su familia?          ¿Dónde piensa que sus hijos/as lo estén aprendiendo?          ¿Cómo cree que esta idea o aprendizaje esté influyendo en su vida?</p>
<p>1.8 Analizar el papel del género en las construcciones subjetivas de las mujeres y de sus hijos/as</p>	<p>Género</p>	<p>¿Cuál es el papel del hombre y la mujer en la crianza y en la familia?          ¿Cómo llego a esas conclusiones, quién le dijo, de quién lo escuchó?          ¿Cómo ha sido para Ud. la experiencia de ser madre soltera?          ¿Cómo ha sido estar al frente de la familia siendo una mujer?          ¿Por qué cree que son las mujeres las que en su mayoría se quedan a cargo de los hijos?</p>
<p>1.9 Conocer la experiencia de las mujeres en su papel de ser madre y mujer.</p>	<p>Influencia del género en la construcción del ser madre y mujer.</p>	<p>¿Qué significa ser madre?          ¿Cómo se ha sentido en ese papel, ¿Es como lo esperaba?          ¿Qué implicaciones ha tenido ser madre en su vida?          ¿Qué piensa de la educación que le está dando a sus hijos?          ¿Cómo vive la vida personal de mujer de la madre?          ¿Cómo vive sexualidad?          ¿Ha tenido nuevas parejas?</p>



## APÉNDICE 2



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**Programa de Maestría y Doctorado en Psicología**

Doctorado en Psicología Social y Ambiental

**Número de identificación \_\_\_\_\_**

### **CARTA DE CONSENTIMIENTO INFORMADO**

Yo, \_\_\_\_\_ acepto participar en este estudio de investigación, he leído el folleto, he comprendido toda la información sobre el mismo y mis preguntas han sido respondidas de manera satisfactoria. He sido informada y entiendo que los datos obtenidos en el estudio pueden ser publicados o difundidos con fines científicos. Recibiré una copia firmada y fechada de esta forma de consentimiento informado.

\_\_\_\_\_  
Firma de la participante

\_\_\_\_\_  
Fecha

Esta parte debe ser completada por el Investigador o su representante:

He manifestado a \_\_\_\_\_ los propósitos de este estudio de investigación; le hice entrega de un folleto, le he explicado acerca de los riesgos y beneficios que implica su participación. He contestado a sus preguntas y le he preguntado si tiene alguna duda. Una vez concluida la sesión de preguntas y respuestas, se procedió a firmar el presente documento.

Firma de la participante

Fecha